En la vida y en el amor no todo sale como se planea

Te protegeré



ELIZABETH BERMÚDEZ

TE PROTEGERÉ

En la vida y en el amor no todo sale como se planea

ELIZABETH BERMÚDEZ

Título: Te protegeré
Primera edición, enero 2023
©2023, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1
Imagen portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

Sinopsis

Alessandro Albani es un hombre que proyecta la viva imagen del poder, del éxito y de la confianza en uno mismo. Al mismo tiempo desprende una sensación de peligro e inflexibilidad que da miedo. Es una persona respetada, ya que el mensaje que irradia su mirada, su porte y todo su ser es: Si interfieres en mis planes te mataré.

Melania del Castillo cae en las garras de Alessandro por casualidad. La mujer presencia algo que no debe y tiene que ser eliminada, pero el jefe máximo no es capaz de deshacerse de ella.

Melania supondrá un verdadero obstáculo en los planes de Alessandro, pero cuando la atracción es demasiado fuerte termina convirtiéndose en protección y amor.

¿Puede una cautiva enamorarse de su captor? ¿Puede un hombre duro y peligroso arriesgarlo todo por una mujer?

En la vida y en el amor no todo sale como se planea, pero una verdadera historia de amor nunca se termina.

Índice

Sinopsis
Sobre la autora
PRÓLOGO
1
Libre
2
Paseo bajo la lluvia
3
Prisionera
4
Los ojos del demonio
5
Una oportunidad
6
Enfrentarme a un monstruo
7
Alessandro Albani
8
Sus normas
9
Aceptar mi destino
10
Una sorpresa inesperada
11
Entre la espada y la pared
12
Tentación
13
Mariposas en el estómago
14
El beso del demonio
15
En su cama
16
El perfecto anfitrión
17
Adiós, Laura
18
Libertad de movimiento

19
Furioso
20
No me apartes de tu lado
21
Entrar en su mundo
22
Periodo de adaptación
23
La cruda realidad
24
Sentimientos encontrados
25
Solo tú
26
Celos incontrolados
27
Por sorpresa
28
Madrid
29
¿Puedo ser su mujer?
30
Sin elección
31
Un mes después
32
Acostumbrarme a él
33
El peligro que le rodea
34
Dubrovnik
35
No te abandonaré
36
Entre la vida y la muerte
37
Confesión de amor
38
¿Y ahora qué?
39
AMOR

40
El corazón del demonio
41
Su cumpleaños
42
Tormentas en tus brazos
43
Llámalo negocios cuando es amor
44
Una traición
45
El dolor de la traición
46
Diez días después
47
Tú y mi familia
48
Las bases de una relación
49
El placer del demonio
50
Confío en ti
51
Asegurar el futuro
52
Por amor
53
Te protegeré
54
Ausencias
55
Tres meses después
56
Diez meses después
57
¿Quién eres?
58
En la vida y en el amor no todo sale como se planea
59
La hora de la verdad
60
Todo sobre ti

61
Volver a enamorarnos
62
Corazón dividido
63
Una verdadera historia de amor nunca se termina
64
Pídeme un futuro juntos
65
La cruda realidad
66
Para toda la vida
Epílogo
Agradecimientos
Otras novelas de la autora

Sobre la autora



Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Te protegeré es su **novela número dieciséis**,

anteriormente publicó:

1. Deseos del destino
2. *Secretos*
3. *Tus huellas en mi corazón*
4. Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
5. *La sombra de su pasado*
6. *Volver a nacer*
7. Volver a creer
8. *Volver a sentir*
9. Y de repente, el mundo se paró
10. El amor lo cambia todo
11. Serie Volver

12. Bilogía:
El precio de la vida
El precio del amor
13. Te quiero para mí
14. Nicolás Hungría

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez

A mi Oliver, mi niño de la sonrisa eterna.
Te amo con locura.
Puedes tener la seguridad de que siempre te protegeré.

PRÓLOGO

De vuelta a casa, mientras paseo por la calle sonriente y feliz, con mi paraguas en la mano y pisando los charcos de la acera como una niña, tras romper con todo lo que me rodeaba hasta el momento, siento una enorme sensación de libertad y descanso. Muy lejos de cómo imaginé encontrarme tras renunciar a mi trabajo como contable en una empresa de decoración y dejar a mi novio.

Hasta que la hija de mi jefa empezó a hacerme la vida imposible pensaba que tenía una vida perfecta a mis veinticinco años. Contaba con un trabajo estable y un novio con el que tenía planes de futuro. Pero cuando todo en mi mundo laboral se hizo cuesta arriba comencé a plantearme todo lo que me rodeaba. Trabajaba más de ocho horas al día, vivía con mis padres, veía a mi novio dos o tres días en semana y no salíamos mucho ni viajábamos demasiado porque teníamos que ahorrar para un piso en común que nos habíamos comprado el año anterior y estaba en construcción.

Un día, antes de ir a trabajar y enfrentarme de nuevo a la consentida y mal educada de la hija de mi jefa, me miré al espejo y me pregunté en voz alta:

—¿Eres feliz, Melania? —reflexioné.

Tenía todo con lo que había soñado de pequeña. Una carrera, un trabajo, un coche, un novio y un proyecto de vida junto a una persona que quería, sin embargo, no podía gritar a los cuatro vientos que fuese feliz por completo. Sentía que me faltaba algo. Mi vida se había convertido en una rutina que seguía de forma mecánica sin pararme a pensar que en los últimos meses acudía al trabajo con desgana, no tenía ilusión por irme a vivir con mi pareja y me di cuenta de que mi novio se quería más a sí mismo que a mí. Él siempre estaba primero, y sus amigos.

Comenzamos a salir en el último año de la carrera, ambos estudiamos empresariales, sin embargo, ese día frente al espejo cuando me pregunté si era feliz me di cuenta de que ya no estaba enamorada de David, incluso me planteé si alguna vez lo había estado de verdad. Nuestra relación se había convertido en algo cómodo, tras casi tres años de pareja, habíamos caído en una rutina que me hizo perder la ilusión por todos los proyectos que habíamos soñado vivir juntos.

Tardé dos meses en tomar las dos decisiones más importantes de mi vida. Dejar mi trabajo, en el que llevaba dos años, y en el que me había dejado la piel desde que salí de la universidad, y romper con David definitivamente. Tenía claro que no quería casarme con él ni emprender una vida en común.

Cuando se lo planteé, mientras comíamos juntos, intentó convencerme, pero le hice ver que lo nuestro no iba a ningún lado. Éramos una pareja de cara a amigos y familiares, pero habíamos dejado de serlo para nosotros mismos sin darnos cuenta de ello desde hacía mucho tiempo. El

amor se había esfumado y por mi parte me había desencantado. Necesitaba más, no sé en concreto qué, pero estaba segura de que con David no lo tenía ni lo tendría en un futuro. Él intentó persuadirme de que todo cambiaría entre nosotros una vez que conviviésemos juntos, pero ya estaba decidida a que el rumbo de mi vida fuese otro. No sabía cuál exactamente en esos momentos, pero sí tenía claro que no era a su lado.

Finalmente, decidimos romper en buenos términos, quedamos como amigos y él me propuso comprar mi la parte del piso en el que habíamos invertido para un futuro en común.

Ese mismo día, al finalizar mi jornada laboral, le presenté mi renuncia a mi jefa. Tras los meses imposibles que pasé por culpa de su hija y ella ser consciente de esto y no hacer nada, la dejé tirada cuando más me necesitaba, a principios de enero, cuando hay preparar todo para presentar a la Agencia Tributaria todos los impuestos de la empresa del año anterior a finales de mes. Ahora, ella y su querida hija, sí iban a valorar más mi trabajo y lamentar todas las veces que me hicieron la vida imposible meses atrás. Les demostré a ambas que nada era eterno en esta vida ni puedes confiarte en no perderlo. Las circunstancias de las personas cambian, los rumbos de nuestras vidas toman curvas inesperadas y el principal error que cometemos es creer que siempre va a permanecer todo ahí sin alterarse.

Cuando llego a mi casa y me deshago de las botas y el abrigo agradezco estar sola. Mis padres están de viaje y me parece una maravilla tener la casa para mí este fin de semana.

Me tiro en el sofá, enciendo la televisión y mi móvil suena. Descuelgo y escucho la voz de mi mejor amiga, la única a la que le confesé todo lo que pensaba dejar atrás en mi vida tras comenzar este nuevo año. Como se dice, año nuevo, vida nueva.

—¿Lo has hecho? —me pregunta con expectación Laura.

—Sí —respondo al mismo tiempo que tomo una bocanada de aire y me siento liberada.

—Me hubiese encantado ver la cara de tu jefa y la de su hija —carcajea Laura.

—Su hija no estaba, pero la cara de mi estirada jefa fue un cuadro. Te juro que disfruté como una niña mientras la veía descolocada ante mi decisión.

—Nunca imaginó perderte —murmura mi amiga—. Creía que al comprarte una casa para irte a vivir con tu novio jamás dejarías tu trabajo.

—Ya no tengo nada de eso —le indico, sonriente, feliz y liberada.

—Me alegro. ¿Cómo se lo tomó David? —indaga.

—Lo cogió por sorpresa, pero tras hablarlo mucho creo que me entendió. Me propuso comprar mi parte del piso y acepté.

—Es un buen tío. No te ha querido bien, pero no tengo nada en su contra. Creo que ambos os merecéis conocer al gran amor de vuestras vidas. Lo mejor está por llegar— me anima—. ¿Qué vas a hacer ahora? —se interesa por mi futuro.

—Por el momento pasar un fin de semana en casa, sola, de relax. Sin trabajo y sin pensar en nada. Manta, sofá, televisión y leer —le indico mi mejor plan.

—Nos vemos en cuanto regrese —propone mi mejor amiga. Se encuentra de viaje en Praga. Laura trabaja como publicista y diseñadora gráfica. Es autónoma y desarrolla su trabajo desde casa para una gran empresa de Reino Unido. Envidio sus horarios y todo lo que le permite viajar y conocer el mundo.

—Lo estoy deseando.

—Hasta la semana que viene.

Me tumbo en el sofá por completo y suspiro. Sonrío y de golpe una idea pasa por mi cabeza. Una de mis grandes aficiones siempre fue dibujar y pintar. Me hubiese encantado dedicarme a ello, pero mi padre me lo quitó de la cabeza. Me dijo que como entretenimiento estaba muy bien, pero que nunca me ganaría la vida pintando cuadros.

Subo a la buhardilla de mi casa y saco todos los materiales que tengo ahí, me siento en el suelo y admiro un par de cuadros que me atreví a pintar en el pasado y se encuentran allí colgados. Luego encuentro un cuaderno donde tengo muchos bocetos a carboncillo. Los había olvidado. Los miro uno a uno y recuerdo cuando los dibujé. Luego miro las pinturas y los lienzos sin estrenar que aún tengo por allí y no puedo evitar coger unos pinceles y ponerme manos a la obra.

Cuando me doy cuenta han pasado tres horas y apenas me he dado cuenta mientras que he plasmado lo primero que me ha venido a la mente. El mar en calma. Así es como me siento yo en estos momentos. Puede que mi vida sea un caos y no sepa qué rumbo seguir, pero me siento en paz.

A la mañana siguiente, en cuanto me levanto, mientras me tomo un café, hago un pedido online de pinturas, pinceles y lienzos. Tengo la necesidad de ponerme a pintar y sacar todo lo que llevo dentro. Es una forma de relajarme, ser yo misma y dejar atrás de forma definitiva todo lo que no me gustaba de mi antigua vida. Porque he decidido que en esta nueva vida voy a ser otra Melania que mire más por ella y se preocupe de que todos los sueños que tenga los alcance. Me he dado cuenta que hasta el momento me había dedicado más a los demás que a mí misma. Siempre he sido una persona generosa hasta que fijarme en la vida de mi amiga Laura y admirarla me impulsó a ser un poco más como ella. Su lema es: si no miras por ti, no lo hará nadie más. Y tiene toda la razón. A mis veinticinco años siento que jamás he sido la prioridad de nadie, ni siquiera la mía misma, pero estoy dispuesta a cambiarlo.

Suspiro cuando pienso en el momento que le tenga que contar a mis padres que he dejado el trabajo, a mi novio y que ya no habrá una futura boda como siempre soñaron. Soy la única hija que les falta por casar.

El timbre de la casa suena y cuando voy a abrir la puerta me encuentro con mi hermano y sus dos hijos.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunto con sorpresa. No los esperaba.

—Carmen está en un congreso y los niños querían ver a los abuelos y a su tía preferida —dice mi hermano entrando en el salón—. Creo que me van a volver loco —se queja mientras mira a sus retoños.

Yo llevo al pequeño de dos años en brazos y el grande de cinco años me tiene tomada de la mano. Amo a mis sobrinos y me enorgullece ser su tía favorita. También es cierto que los consiento en todo y les doy todo lo que me piden. Mateo y Lucas están casi siempre por casa. Mi hermano vive en la misma calle donde mis padres tienen su piso, un par de edificios más alejado, y como mi cuñada es hija única y no tiene familia, pues siempre tiran de mis padres y de mí para ayudarlos con los pequeños. Carmen es médica de cabecera en un centro de salud aquí en

Guadalajara y mi hermano es orientador en un instituto.

—¿Cómo que no has ido a casa de Ana, que jueguen con el primo Esteban y corran por el jardín? —le indico con toda la intención de que no se siente y se apalanque en el sofá, de donde dudo se mueva el resto del día.

Nuestra hermana mayor vive a las afueras de la cuidad, en una zona residencial tranquila. Tiene un gran chalet y un bonito jardín con piscina. La casa ideal con la que todos soñamos, pero pocos nos podeos permitir, pero ella tuvo la gran suerte de casarse con un notario y su marido gana una pasta al mes. Mi hermana comenzó a trabajar en una notaría, se enamoró de Félix, pese a ser diez años mayor que ella, y llevan doce años casados y tienen un hijo de ocho años, Esteban. Es un amor.

—La he llamado, pero han quedado en casa de unos amigos.

Lo miro y luego dirijo la vista hacia mis sobrinos, correteando por la casa y sacando todos los juguetes mientras pienso; se acabó mi paz.

—¿Qué planes tienes para hoy? ¿Has quedado con David? —pregunta mi hermano.

Estoy a punto de decirle que sí para que se marchen, pero no soy tan mala persona.

—Hemos roto —murmuro con un suspiro mientras que me siento a su lado.

Carlos se incorpora de golpe y me mira con los ojos muy abiertos.

—¿En serio? ¿O es solo una pelea?

—Es definitivo —le indico seria.

—¿Estás bien? Digo… no sé. No me lo esperaba. ¿Qué ha sucedido? —pregunta con miedo.

—Lo he dejado yo. Me he dado cuenta de que no estoy enamorada de él. Seguir adelante con los planes de un futuro juntos era perder el tiempo.

—Vaya… —murmura mientras me mira en silencio y atisbo cierta admiración en su mirada —. Has sido muy valiente.

—También he dejado mi trabajo —anuncio con una sonrisa mientras que mi hermano está a punto del infarto.

—¡¿Qué?! —pregunta con un grito ahogado.

—Me he dado cuenta de que no era feliz con la vida que tenía —le indico mientras observo a mis sobrinos jugar en la alfombra.

—¿Y qué piensas hacer? —pregunta mirándome de arriba abajo.

—No lo sé —murmuro encogiéndome de hombros mientras le dedico una sonrisa tímida.

—¿Hay alguien en tu vida que haya ocasionado todos estos cambios? —pregunta con interés.

—Nadie —respondo de inmediato—. Me he dado cuenta de que no quiero desperdiciar mi vida sin disfrutarla. Solo tengo veinticinco años. Hay que trabajar para vivir, no al contrario. Quiero un trabajo en el que no pase más de ocho horas diarias, me permita tener tiempo para mí, viajar y esté bien remunerado.

—Papá te propuso un puesto en la universidad —me recuerda.

—No me gusta impartir clases ni el ambiente universitario desde la perspectiva de ser profesora.

—Estudiaste la carrera solo por complacer a papá ya que Ana y yo no lo hicimos —comenta seguro de ello.

Mi padre es el decano de la facultad de ciencias económicas. Ha dedicado toda su vida a la enseñanza en la universidad y lo ha compaginado con llevar la contabilidad de alguna que otra gran empresa. Siempre intentó que sus hijos siguiésemos sus pasos y solo lo consiguió conmigo. Mi hermana se negó a entrar en la universidad y realizó un módulo de secretariado, mi hermano tenía claro que quería ser orientador de los jóvenes y como yo siempre fui la más buena y la más dócil de los tres, pues accedí a los deseos de mi padre sin darme cuenta de que no eran los míos propios y tarde o temprano me pasaría factura.

—En un principio le vi muchas salidas laborales y eso me atrajo bastante. Salir de la universidad y tener un alto porcentaje de encontrar trabajo era un gran aliciente, pero me he dado cuenta de que trabajar para una empresa privada es una tortura. Trabajaba mañana y tarde, pasaba más de ocho horas en una oficina a la que apenas llegaba el sol y el sueldo no era para tirar cohetes.

—Prepara unas oposiciones o hazte autónoma y lleva solo a las empresas que escojas —aventura.

Me quedo pensativa y valoro su propuesta. No es mala idea ser funcionaria en un futuro y tener todas las tardes libres, o hacerme autónoma, ser mi propia jefa y marcar yo misma mis horarios. Le sonrío a mi hermano y le doy las gracias en silencio por ambas ideas.

—Valoraré las opciones. Por ahora me tomaré un tiempo para pensar todo bien.

—Estupendo, y así puedes dedicarte más tus sobrinos. Carmen y yo hacemos ocho años de casados la próxima semana. ¿Te quedarías con los niños y la sorprendo con un fin de semana romántico?

Lo miro agobiada, fuerzo una sonrisa y finalmente asiento.

Mi hermano pasa en casa el resto del día y mis sobrinos no me dejan volver a pintar ni relajarme.

La vuelta de mis padres a casa es algo accidentada. Mi madre se ha resbalado en una excursión que realizaron en el viaje y regresa con una pierna rota.

Cuando el lunes no voy a trabajar tengo que decirles el motivo real por el que me quedo en casa y la reacción de mi padre es una bomba. Tal así que se marcha dando un sonoro portazo y vociferando que me he vuelto loca y he echado mi vida a perder. Mi madre es más comprensiva y me ha brindado todo su apoyo.

La semana siguiente en mi casa es un completo caos. Mi madre postrada en la cama o en el sillón con la pierna rota, mi padre quejándose por todo, la casa llena de visitas y mis sobrinos que vienen a diario a ver a la abuela. No hay paz ni tranquilidad y como yo soy la que está en casa sin hacer nada, pues todo recae sobre mí o se espera que lo haga. Llevar a mi madre al médico, hacer las tareas de la casa, la compra, cuidar de mis sobrinos… Me agobio tanto que hasta lamento haber dejado mi trabajo.

Para colmo Laura me llama y me dice que de Praga se va unos días a Sicilia. Envidio tanto su paz y hacer lo que realmente quiere que deseo no tener una familia, como ella. Es hija única y su padre murió cuando tenía doce años. Por el contrario, Laura siempre ha envidiado el ambiente familiar que se vivía en mi casa, cuando nos reuníamos todos o llegaban fechas señaladas.

La siguiente semana recibo una llamada de mi ex jefa, desesperada, en la que me hace una propuesta. Si le realizo todo el trabajo pendiente y cumplo con los plazos de entrega de los impuestos que deben de estar listos antes de finalizar el mes de enero me dará una buena recompensación económica, sin embargo, negocio algo mejor con ella. Le propongo que firme mi despido, aumente mi finiquito y me envíe al paro. Y aceptó.

Después de trabajar los tres últimos días del mes seguidos en mi antigua oficina y dejar todo listo, me despido para siempre de ese lugar. Sonrío al cerrar la puerta y pienso que las últimas horas infernales que he pasado allí me servirán para asegurarme un año completo cumpliendo mi gran sueño.

Con la cifra que me tiene que dar mi jefa por despedirme ella como le hice aceptar y la que David me dará por la parte del piso que teníamos en común y se va a quedar, contaré con un buen respaldo económico, y si a eso le añado la prestación por desempleo mensual que obtendré durante un año completo, es justo lo que necesitaba para marcharme de casa de mis padres, poder alquilar un piso y dedicarme a mí misma.

He pensado mucho y finalmente decido que necesito encontrar un buen trabajo que me permita disponer de más tiempo libre del que tenía antes. Valoro las difíciles opciones y determino ponerme a estudiar unas oposiciones. Si las apruebo tendría un sueldo fijo y un trabajo para toda la vida, si no consigo aprobarlas, como segunda opción, siempre podría hacerme autónoma y llevar la contabilidad de varias empresas.

Tras meditarlo todo mucho y hacer cuentas tomo una gran decisión. Necesito un año completo alejada de mi familia, sin trabajar y dedicarme en exclusiva a estudiar unas oposiciones. De esta forma, tendría tiempo para mí y también podría pintar mis cuadros. Hace tanto que no hago cosas que me gustan… La idea me resulta de lo más atractiva y decido ponerla en marcha.

Cuando mi amiga Laura regresa le cuento mis planes. Me abraza y me dice:

—Sabes que todo lo que gano me lo fundo en viajes y en vivir la vida, pero si te tengo que ayudar en algo, cuenta conmigo. Te apoyo, amiga.

—Gracias. —Le doy un abrazo y me siento respaldada. Ahora me queda contárselo a mi familia.

—¿Te ayudo a buscar piso? —propone abriendo su portátil y comienza una búsqueda en la cuidad.

—No quiero quedarme aquí —le indico segura de ello. Ella me mira extrañada—. He pensado en el sur. Un buen clima. El mar. Necesito estar alejada de mi familia y amigos, que nada me distraiga, centrarme en mí misma y en mi futuro.

—Vaya… —murmura—. ¿La venturera no era yo? —me recuerda con una amplia sonrisa. Laura teletrabaja y eso le permite moverse a su antojo. Ha vivido en Madrid, Toledo, Valencia y Barcelona. Le gusta conocer nuevas cuidades y es un culo inquieto—. ¿Qué lugar tienes en mente? —me pregunta ladeando la cabeza.

—Cádiz. La Línea de la Concepción. La Playa de Poniente. Levantarme y ver el mar desde mi ventana. Estudiar y pintar en la terraza de un noveno piso sintiendo la brisa y el olor a sal. Salir a pasear por el paseo marítimo. Un lugar diferente, clima distinto, gente que no conozca y alejada de mi bulliciosa familia. —Lo tengo muy claro. Ya he bicheado por internet y me he enamorado

del lugar.

—Me gusta. —Laura me dirige una mirada de admiración—. Casi no te reconozco, Mel —murmura.

—Me has contagiado tu espíritu aventurero. Quiero conocer otras cuidades, costumbres, personas y enriquecerme de experiencias. Hasta el momento he sido una hija ejemplar y siempre he hecho lo que se esperaba de mí para no decepcionar a mis padres, pero en estos momentos tengo muy claro que la vida solo es una y a la única persona que no debo decepcionar con el tiempo ni con las decisiones que tome es a mí misma.

—¿Qué te ha dicho tu familia? Nunca has vivido sola ni has salido de Guadalajara, bueno, solo para viajar —rectifica de inmediato.

La miro y pienso en los escasos viajes que he realizado, el de fin de curso del instituto a Roma, el de final de carrera a Tenerife y un par de ellos con David por España, a él no le gustaba viajar. Es cierto que solo tengo veinticinco años recién cumplidos y he estado estudiando hasta los veintidós, sin tiempo ni dinero propio para hacer grandes viajes, me queda mucho por vivir y quiero hacerlo, pero si me comparo con Laura que lleva tres años viajando a un montón de lugares y ha vivido sola en cuatro ciudades diferentes, me siento en desventaja y tengo la necesidad de igualarla o tomarle la delantera.

—No quiero que sepan mi lugar exacto de destino. No quiero que me visiten ni me molesten. Tengo que aprovechar este año al máximo para poder tener un futuro seguro y cierto en el que poder llevar a cabo todos mis sueños.

Cuando llega la hora de exponerle a mi familia mis nuevos planes, en un principio, no entienden que me marche fuera, lejos de ellos, solo para estudiar. Por suerte, mi cuñado Félix me apoya y les indica que él estuvo tres años en una casa en la sierra de Madrid aislado, solo, estudiando las oposiciones de notario. Finalmente, todos comprenden que necesite estar sola y sin distracciones para prepararme unas oposiciones con tanto temario en relativamente poco tiempo. A regañadientes aceptan que no les revele el lugar donde me marcho, solo consiguen arrancarme que lo haré al sur, en Andalucía, cerca del mar. Eso sí, antes de marcharme, me despido de todos ellos por un año. No los visitaré en todo ese tiempo ni les diré dónde me voy para evitar distracciones y que se presenten sin avisar. Finalmente comprenden que me queda un año duro, de mucho estudiar, y aceptan no vernos hasta las próximas navidades, y para eso faltaban once meses.

1

Libre

Tras un duro día de mudanza me siento feliz, he venido sola en mi coche con todas mis cosas, conduciendo desde Guadalajara hasta Cádiz, me han entregado las llaves del piso que he alquilado en la Línea de la Concepción y he subido todas las maletas y cajas que traía en mi coche. Menos mal que la casa estaba limpia y no es muy grande. Tiene dos habitaciones, un baño, cocina y salón. Pero lo mejor de todo es la gran terraza del noveno piso con vistas al mar. Está todo amueblado con gusto y se nota que es nuevo, pero aun así he realizado una lista de cosas que necesitaré y también para personalizar un poco mi nuevo hogar.

Mi padre y mis hermanos insistieron en acompañarme, pero no lo permití. Les mentí y les dije que Laura venía conmigo. Por el momento, ella es la única que sabe la dirección exacta del piso y ya me ha pedido un vídeo completo del lugar en el que viviré. Se lo envío y me llama de inmediato.

—Es estupendo, amiga. Has tenido mucha suerte —me indica muy contenta.

—Sí. Tiene mucha luz y unas vistas maravillosas. Es justo lo que necesito —comento con una enorme sonrisa mientras paseo la mirada por el salón. Tiene un cómodo sofá y una televisión grande, y al lado una mesa con cuatro sillas. Sonrío y pienso que ese será mi lugar de estudio cuando el tiempo no me permita estar en la terraza.

—Me escaparé algún fin de semana para hacerte una visita —propone Laura.

—Vale, a ti te dejo —le permito, sonriente. Ella me da alegría y sus sabios consejos que ayudan mucho.

Cuando cuelgo, me siento en el sofá y admiro el que será mi hogar por casi un año. Suspiro y presiento que serán meses duros, encerrada en estas cuatro paredes, sin embargo, haber alquilado este piso, en este lugar, me va a dar vida y ganas de llevar a cabo todos los proyectos que me he trazado como metas. Voy a estudiar y a conseguir un puesto de funcionaria muy buen remunerado. Dispondré de dinero y tiempo libre, el cual emplearé en pintar mis cuadros y, algún día, podré exponerlos y venderlos. Es mi gran ilusión, pero para llevarla a cabo necesito dinero y estudiar estas dichosas oposiciones es mi única opción. Además, cuando apruebe es muy poco probable que me toque como destino Guadalajara. Ya me siento como Laura, viajando por diferentes cuidades de España hasta encontrar mi destino final.

Estoy ilusionada y motivada, y según mi preparador online de las oposiciones me dice que estos dos factores son fundamentales para afrontar el estudio y llevarlo a cabo con éxito.

***

Llevo una semana en mi nueva casa y no me puedo sentir más libre ni mejor. Disfruto de silencio, paz, hago lo que me da la gana, no tengo horarios y gozo de unas vistas maravillosas. Cada vez que salgo a la terraza y admiro la grandeza del mar que tengo frente a mí el corazón me da un vuelco de emoción.

Me he creado unas rutinas diarias. Me levanto temprano y salgo a caminar por el paseo marítimo, no me puedo llevar todo el día en una silla sentada, estudiando. Luego desayuno, ordeno un poco la casa, voy a hacer las compras de lo que necesite y me siento delante de mi ordenador hasta la hora del almuerzo. Después bajo y doy otro paseo por la playa y me dejo impregnar por los maravillosos rayos de sol y del buen tiempo que hace pese a ser febrero. Vuelvo a casa y estudio de nuevo el resto de la tarde, después de cenar me dedico a pintar, me relaja y desconecto del mundo oposición. Luego veo mis series favoritas y me duermo.

Estoy pensando en apuntarme a un gimnasio. En estos días investigaré alguno que esté cerca y me venga bien. Laura insiste en que me tengo que relacionar con gente y no me puedo llevar todo el día sola. Ya me ha amenazado con presentarse pronto por aquí y sacarme de fiesta, pero es lo que menos me apetece. Desde que he llegado me paso el día en ropa cómoda, no me maquillo y apenas uso la plancha del pelo, llevo recogida mi larga y extensa melena en una coleta alta o un moño informal. Para mi gran sorpresa, me gusta pasar los días así. Yo era de las que se maquillaba y peinaba a conciencia a diario para ir a la universidad y luego a trabajar. Cuidaba mucho de todo mi estilismo. Me encanta la ropa e ir a la moda, pero desde que he llegado a este lugar me he despreocupado de todo ello. Estoy tan centrada en mis nuevos proyectos e ilusiones que me he olvidado un poco de mi apariencia, pero lo más increíble de todo ello es que cada noche cuando pongo la cabeza en la almohada me siento feliz, contenta y libre. Siento que estoy haciendo lo que me apetece en este momento de mi vida, sin reglas, ataduras ni presiones. Amo a mi familia, pero me sentía encorsetada junto a todos ellos. Tienen sus vidas, inquietudes y proyectos. Yo tengo que buscar los míos propios y ser feliz con ellos. Siento que por primera vez en mi vida he tomado las riendas de esta y voy por el camino correcto para conseguir mis objetivos en el futuro.

Con respecto a mi familia, les he prohibido que me llamen a todas horas y me envíen mensajes. Les he dejado claro que les contestaré y llamaré cuando no estudie y el resto del tiempo tendré el móvil desconectado para evitar distracciones.

Llevo tres semanas viviendo en este lugar mágico y estoy encantada. Si algo he decidido ya para el resto de mi vida es que voy a vivir en una ciudad costera que me permita estar cerca de mar y pasear a menudo contemplándolo.

Me he acostumbrado a caminar temprano por la playa, cuando amanece, voy bien abrigada, pero es una sensación tan maravillosa cuando la brisa y el viento con olor a sal impregna tu rostro que me siento privilegiada de vivir todo esto. Estoy muy contenta con mi nueva vida. Pensé que volver a estudiar me costaría más, pero lo llevo muy bien. También es cierto que me ayuda mucho la motivación que siento y mis ganas de pintar. Desde que he llegado he pintado dos cuadros con las vistas que tiene esta casa desde su terraza. Me encantan y tengo por seguro

que nunca me desharé de ellos y me acompañaran allá donde vaya el resto de mis días. Forman parte del comienzo.

2

Paseo bajo la lluvia

Como cada mañana, bajo a dar mi caminata en cuanto me levanto. Al salir a la calle compruebo que está lloviendo. No me había dado cuenta, maldigo, pero no me doy por vencida, apenas es una leve llovizna. Subo a casa y cojo un chubasquero y un paraguas y vuelvo a la calle. Conforme avanzo por la playa siento que hay mucho viento y la lluvia se vuelve más intensa, incluso cuando fijo la vista en el horizonte aprecio algo de niebla. Desde que he llegado a la Línea de la Concepción es mi primer día oscuro y desagradable. Miro al cielo y observo que está negro.

—Hoy no va a ser un buen día —murmuro mientras me doy media vuelta, decidida a volver a casa, prepararme un café caliente y ponerme a estudiar.

Cierro mi paraguas, me pongo el gorro de mi chubasquero y camino en dirección a mi casa, de donde no debí haber salido. Solo he conseguido calarme hasta los huesos en poco tiempo.

De repente, el fuerte sonido de un motor llama mi atención. Llega desde el mar. Desvío la mirada y observo una moto de agua, la conduce un hombre. De inmediato pienso que le ha pasado como a mí, ha salido sin consultar el tiempo.

Doy un par de pasos más y me giro de golpe cuando siento a un coche a toda velocidad, es un enorme todoterreno negro por la orilla de la playa. Fijo la vista en él, sin embargo, no aprecio que sea de la policía. Me paro en seco y me quedo mirando la escena. La moto de agua llega hasta la orilla, el chico se baja e intercambia un paquete con dos hombres que se han bajado del todoterreno y luego el chico de la moto saca una pistola. En cuanto veo el arma mis piernas comienzan a temblar. Mi mente me dice que salga corriendo de ahí, sin embargo, me he quedado paralizada. Mis pies no me responden.

Hay un forcejeo entre los tres hombres y finalmente se dispara un arma. Se escucha un tiro en la solitaria playa. Solo estamos ellos, yo y la lluvia. Observo que el chico de la moto de agua cae al suelo con sangre en su cuerpo. Me llevo la mano a la boca y mi corazón se dispara por completo. Lo acaban de matar y lo he presenciado. Echo a correr como si no hubiese un mañana, sin mirar atrás. No quiero ser testigo de nada más. No quiero que me maten. Debe de ser un ajuste de cuentas, narcotraficantes… yo qué sé. Podría haberme fijado en la matrícula del coche, pero tengo que irme de allí de inmediato.

La arena mojada y el miedo me impiden correr más deprisa. De golpe siento que alguien se abalanza sobre mí y caigo de boca en la arena y quien sea que venga detrás lo hace sobre mí. Siento un gran peso sobre mi espalda y me cuesta respirar, pero solo son algunos segundos. De inmediato me da la vuelta y me quedo mirando a un hombre con cara de asesino. Me apunta con una pistola.

—¿Estabas con él? —pregunta de golpe, refiriéndose al muerto en la orilla.

—No. No. Yo solo paseaba por aquí —digo muerta de miedo, llorando.

—¿Paseabas? ¿A estas horas y con este tiempo? —bufa, enfadado, mientras acerca más la pistola a mi cara.

—No me mates, por favor —le ruego entre sollozos con los ojos entrecerrados.

De repente siento que alguien se acerca, lo miro esperanzada, pero escucho:

—Ya tenemos a un muerto. Ni se te ocurra apretar ese gatillo —ordena de forma tajante otro hombre.

—Lo ha visto todo. No podemos dejar cabos sueltos —le indica el hombre que me apunta con la pistola al otro.

—La llevaremos con el jefe y que él decida qué hacer con ella —ordena el hombre que está de pie al lado de mi cabeza, el otro me tiene inmovilizada en la arena y continúa apuntándome con la pistola.

—No tengo nada que ver con esto. No diré nada de lo que he visto —les ruego.

—Demasiado tarde, princesa. Debiste quedarte en la cama. —El hombre que me apunta con la pistola me levanta del suelo de un tirón mientras yo miro a nuestro alrededor por si aparece alguien y puedo pedir ayuda—. Vamos —me indica de malas formas mientras tira de mí.

Entre los dos me hacen caminar hasta el coche en el que llegaron. Me resisto a entrar y que me lleven, pero son muy fuertes, altos y corpulentos. Me atan las manos y me tapan la boca con suma facilidad mientras me siento perdida. Me meten en el maletero del coche y me despido de mi vida mientras escucho:

—La llevo con el jefe, tú ocúpate de hacer desaparecer a este y la moto.

El coche se pone en marcha mientras que tiemblo y lloro pensando que voy a morir. No han debido de querer matarme en la playa para evitar que alguien los pudiese ver, pero estoy segura de que en cuanto me lleven con su jefe este me dará el tiro definitivo que acabe con mi vida para siempre.

Me retuerzo en el oscuro maletero del coche en movimiento en el que no veo nada, tengo que intentar escaparme, pero es inútil. No puedo. Ni siquiera tengo mi móvil. Me lo han quitado del bolsillo de la chaqueta cuando me han registrado y maniatado. Intento gritar, pero es imposible. Estoy perdida. Maldigo mi suerte y me apiado de mí misma. Pienso en mi familia y sufro por anticipado lo que lo harán ellos cuando encuentren mi cuerpo o simplemente nunca más sepan nada de mí porque ni siquiera aparezca.

No me cabe la menor duda, estos tíos eran profesionales y yo he visto cómo han matado a otro. No tengo escapatoria, van a acabar con mi vida para que nunca pueda decir lo que vi en la playa.

En el trayecto pienso con rapidez. ¿Qué puedo hacer para que no me maten? El hombre que conduce le ordenó al otro que se deshiciese del hombre que mataron y de la moto, por lo que igual nunca aparece. Puedo jurarles que no diré nada, y aunque lo diga, si se han deshecho del cuerpo bien nunca aparecerá y a mí puede que nadie me crea. Tengo que intentarlo. Solo tengo veinticinco años, no puedo perder mi vida así, por una tonta casualidad y por ver algo que no debí presenciar.

Pierdo la noción del tiempo que paso en el coche. De repente, siento que se para y se abre el maletero. El hombre que me metió ahí aparece ante mí y me extiende una mano para hacerme bajar. Continúa lloviendo. Cuando pongo un pie en el suelo me tambaleo. El tío está ágil y me coge de inmediato. Llevo las manos atadas y una mordaza en la boca. No me han tapado los ojos. Pese al día gris y la lluvia que cae observo que nos encontramos en una propiedad. Miro bien a mi alrededor y descubro una impresionante casa, muy lujosa. Echo un vistazo, desconcertada, al lugar donde nos encontramos, pensaba que me llevaría a un descampado o algo así para matarme.

Sin cruzar una sola palabra conmigo tira de mí con fuerza y me obliga a que entre en la casa, pero no lo hacemos por la puerta principal. Accedemos al interior por un lateral. Entramos por la cocina, atrapa un paño en esta y me venda los ojos. Soy incapaz de decir nada. Tiemblo y pienso que no volveré a abrir los ojos nunca más.

El hombre me hace caminar mientras no veo nada, bajamos unas escaleras y siento que abre un par de puertas. Me sienta en un lugar que es cómodo y luego me quita la venda de los ojos y la mordaza de la boca.

—No me mates por favor —le suplico de inmediato, desesperada, mirándolo a los ojos. Es un hombre joven, corpulento, alto, de intensos ojos negros y pelo negro. Es guapo pese a tener un aire intimidante.

—Quédate aquí. No hagas preguntas ni ruido —me advierte en tono seco.

Se da media vuelta y desaparece sin decir nada más.

Cuando me quedo sola advierto que estoy sentada en un sofá. Paseo la mirada por la estancia y descubro una amplia habitación. Existe una cocina, una cama, un salón y una puerta que deduzco debe de ser un baño, pero no me levanto a averiguarlo. Sigo con las manos atadas y estoy muerta de miedo. Busco algún lugar de escape, pero no existen ventanas. Observo la puerta por la que hemos entrado y es de hierro. Dudo que haya vía de escape.

Me remuevo incómoda en el sofá, trato de romper la brida con la que llevo las manos atadas, pero solo consigo hacerme daño. Miro hacia todos lados, agudizo mi oído por si escucho algo, pero nada. En un intento desesperado de supervivencia grito. Pienso que igual haya alguien en esa casa que se apiade de mí, pero mis gritos parecen no escucharse fuera.

Calculo que paso un par de horas sola, es una completa agonía la que vivo. Pienso en mil formas diferentes en las que puedan matarme, dónde y cómo aparezca mi cadáver.

De repente, siento que la puerta de entrada se abre. Miro esperanzada hacia ella por si pudiese ser la policía que viene en mi rescate, sin embargo, me encuentro con un hombre, desconocido hasta el momento, alto, fuerte, con el pelo muy corto, vestido de negro por completo, parece un motorista. Lleva botas y una chupa de cuero. Su aspecto es intimidante, mucho más que los otros dos de esta mañana. Se acerca y me repasa de arriba abajo con atención. Fijo mis ojos en los suyos y descubro unos ojos en color verdes que me taladran de forma severa.

No hace falta que me lo diga, deduzco que él es el jefe. Su aspecto seguro e intimidante no deja lugar a dudas. Y será el encargado de matarme, no me cabe la menor duda. Cierro los ojos y emito un último pensamiento sarcástico: al menos voy a morir a manos de un tío guapo a rabiar. ¿Cómo alguien tan impresionantemente apuesto puede ser un asesino?

3

Prisionera

—¿Quién eres? —escucho una voz grave y exigente. Abro más los ojos y lo miro de nuevo, con miedo. Me tiembla todo el cuerpo.

—No… no… tengo nada que ver con lo que sucedió en la playa —balbuceo, nerviosa—. Solo pasaba por allí —le indico temblándome la voz.

Está apostado delante de mí, con actitud intimidante. Fijo la mirada en él y me tranquiliza un poco que no me apunte con un arma. De hecho, no aprecio ninguna en sus manos.

—¿Cómo te llamas? —pregunta de forma seca, sin dejar de mirarme.

No puedo parar de llorar. Un miedo incontrolado se ha apoderado de todo mi ser.

—Melania —murmuro con la mirada fija en él.

—¿Qué hacías en la playa hoy? —pregunta sin dejar de mirarme con sus penetrantes ojos verdes. Dan miedo.

—Salgo todas las mañanas temprano a pasear —murmuro.

—No eres de aquí —afirma de inmediato sin dejar de repasarme de arriba abajo.

—He llegado hace apenas unas semanas —le indico mientras me estremezco.

—¿A qué has venido? —pregunta de forma dura, como si fuese el dueño de la ciudad. Lo miro y siento que estoy en un interrogatorio, pero él está muy lejos de ser un policía.

—Quería estar tranquila. Estudiar —murmuro apresurada.

—¿Puedes ser un poco más explícita? —exige, implacable. Continúa parado frente a mí, de forma intimidante. Tiene los brazos cruzados a la altura del pecho.

Suspiro y me retuerzo las manos. Me duelen. Él fija la mirada en ellas y observo que saca una enorme navaja del bolsillo. Me asusto, trato de alejarme de él, pero no voy más allá de la otra punta del sofá. Grito cuando se inclina sobre mí, me coge las manos con fuerza y corta la brida con un movimiento rápido y certero.

Lo miro con el corazón desbocado y observo que se aleja un poco de mí. Pensé que había acabado con su paciencia e iba a matarme.

El hombre se levanta en silencio, se dirige a la zona donde hay una cocina y busca algo en los muebles. Mientras, yo me miro las muñecas, tengo sangre en ellas y me duelen. He manchado el bonito sofá sobre el que estoy sentada.

Cuando veo que el hombre se acerca de nuevo a mí descubro que lo hace con unas gasas y un bote de alcohol.

—Vamos a curar esas heridas —murmura sentándose a mi lado mientras lo miro desconcertada, no esperaba tal gesto.

Me coge las manos entre las suyas, yo tiemblo y lo miro mientras esparce el líquido por mis muñecas. Escuece y grito. Él no dice nada, se limita a echar más líquido y luego lo limpia con unas gasas, me pone otras nuevas y las ajusta con un poco de esparadrapo.

—¡¿Para qué me curas si me vas a matar?! —me espeto con valentía.

Él me mira y siento que la expresión de su cara se relaja un poco.

—Cuéntame todo sobre ti y luego ya veremos si te mato o no —murmura y lo siento como una orden.

Lo miro con un atisbo de esperanza. Si descubre que no tengo nada que ver con el hombre que han matado y le convenzo de que no diré nada de lo que vi quizá tenga una oportunidad, una probabilidad de que no me mate como él ha dicho y deje que me marche.

—¿Tú eres el jefe? —pregunto con sumo interés.

—Aquí las preguntas las hago yo —me indica de forma severa, sin dejar de mirarme. Ha vuelto a tomar una posición dominante sobre mí y lo tengo parado enfrente, de pie.

Miro sus manos con miedo, lleva una mano tatuada y los dedos de sus manos con símbolos, pero no tiene nada en ellas con lo que pueda hacerme daño, sin embargo, pienso que sus grandes manos serían suficientes para acabar con mi vida.

—Pues la verdad, me gustaría saber si estoy delante de la persona que va a decidir sobre mi vida. Igual le voy a contar lo que me exiges a un segundón y no sirve de nada —le espeto con garra. No sé de dónde ha salido tanta valentía de golpe. Es como si una Melania que desconozco se hubiese metido en mi cuerpo y encarase a aquel hombre de mirada intimidante.

Se queda en silencio y atisbo que en las comisuras de sus labios se forma una leve línea imperceptible. Toma aire y me indica:

—Soy el jefe —asegura con voz seria y firme—. El que toma las decisiones. No hay nadie más por encima de mí, ni se hace nada sin que yo lo ordene. Sé sincera conmigo. De lo que me digas depende tu vida —me advierte.

Lo miro seria y asiento. Desde luego tiene pinta de ser el jefe, pienso de inmediato.

—Vale, vale —le indico a modo de disculpa. No quiero cabrearlo—. Llegué a la Línea de la Concepción hace tres semanas. Soy de Guadalajara y vine a estudiar a este lugar para estar tranquila. Me estoy preparando unas oposiciones y quería estar lejos de mi familia y amigos para no tener distracciones y centrarme solo en mis estudios. Me levanto todas las mañanas temprano y doy un largo paseo por la playa antes de desayunar y ponerme a estudiar. Hoy salí, estaba lloviendo y aun así no me di la vuelta a casa. De haberlo hecho no estaría aquí —le indico con pesar.

—Debiste hacerlo —murmura mientras se rasca el mentón. Lleva una barba perfectamente recortada.

Lo observo pasearse delante de mí mientras lo estudio a conciencia. Me da la espalda con tranquilidad, miro a mi alrededor por si encuentro algo con lo que atacarlo y dejarlo cao, pero es tan alto y tan fuerte que dudo que con lo que fuese que le diese lo dejase cao. Desecho la idea y continúo en silencio. Él está serio y pensativo.

—¿Por qué te alejaste de tu familia? —pregunta mirándome de nuevo.

—Me agobiaban. Necesitaba paz y tranquilidad. Vivía con mis padres y la casa estaba siempre llena de gente. Quería independencia.

—¿Solo estudias? —indaga.

—Sí.

—¿Quién te mantiene? —pregunta de una tan forma seria que hace que me sienta ofendida.

—Nadie —contesto con valentía y el mentón alto—. Desde que terminé la carrera me mantengo por mí misma sin necesidad de depender de nadie.

—¿Qué estudiaste? —inquiere de inmediato.

—¿Toda esta información es necesaria para que no me mates? —pregunto, confusa.

—No me cabrees. Tengo poca paciencia —me advierte con una mirada dura.

—Ciencias Empresariales. Cuando acabé la carrera estuve un par de años trabajando para una empresa de decoración, llevaba su contabilidad, pero la hija de la dueña me hacía la vida imposible y pasaba más horas de las contratadas en mi pequeño despacho que luego nunca me recompensaban. Decidí dejar el trabajo y buscar un futuro mejor —resumo.

Él asiente.

—¿Estás sola aquí? —pregunta, pensativo.

—Sí. Ni siquiera le dije a mi familia el lugar donde me venía para que no se presentasen por sorpresa. Sola saben que escogí un lugar en el sur y donde estaré un año sola preparando mis oposiciones —confieso apurada.

Observo que el rostro del jefe se relaja y siento que he metido la pata hasta el fondo dándole una información muy valiosa. Nadie de mi familia sabe dónde estoy ni dónde encontrarme. Me quedo callada de inmediato y lo estudio mientras se pasea por la estancia pensativo.

—¿Tienes pareja, hijos…? —se interesa.

—No. —Me mira serio, con una ceja levantada, no me cree—. Vale, tenía un novio hasta hace dos meses, pero lo dejé. Rompí con toda mi vida anterior, la cual no me gustaba demasiado y decidí emprender una nueva con la esperanza de que fuese como la había soñado, pero al parecer me metí en la boca del lobo. Me salió el tiro por la culata —admito muy enfadada. No sé en qué momento he dejado de ser una mujer vulnerable y me he convertido en alguien que no se calla nada, quizá sea el hecho de saber que me queda poco y nada de lo que diga pueda salvarme de mi destino final, morir a manos del hombre que tengo delante de mí.

Tras mi confesión se queda en silencio, consulta su móvil y continúa en un silencio tan sepulcral que me pone nerviosa. Me remuevo en el sofá inquieta mientras lo observo.

—¿Has decidido ya si voy a morir hoy? —pregunto con rabia y desesperación. No soporto esta agonía.

—Hoy no —murmura con pasmosa tranquilidad—. Aquí tienes todo lo que puedas necesitar —comenta mientras pasea su mirada por la estancia—. Haz uso de lo que necesites. También hay comida.

Lo miro descolocada. Esperaba una sentencia final y me ofrece comida.

Cuando veo que se dirige hacia la puerta por la que ha entrado y tiene intenciones de marcharse le pregunto con valentía:

—¿Qué va a pasar conmigo? —grito a modo de exigencia.

—Tengo que pensarlo —murmura con calma, sin inmutarse. Cierra la puerta y desaparece.

Echo a correr detrás e intento abrirla, pero es imposible. Golpeo la puerta con ganas y grito con todas mis fuerzas, pero nada. Me dejo caer hasta el suelo y comienzo a llorar, derrumbada por completo, sin saber qué va a ser de mí.

No sé el tiempo que paso allí en el suelo, detrás de la puerta. Cuando siento que todo mi cuerpo se estremece y comienzo a temblar me doy cuenta de que aún estoy empapada de la lluvia que me cayó encima. Debería quitarme la ropa, darme una ducha y ponerme otra ropa si no quiero enfermar, pienso. Pero de inmediato se forma una sonrisa irónica en mi rostro. Me van a matar, qué hago pensando en mi salud. Y si me muero por mí misma mejor, antes de que me sometan a algún tipo de tortura, o peor, me vendan o me envíen a algún país con el que puedan tener tráfico de mujeres. Con hombres como estos que me tienen retenida nunca se sabe el grado de su peligrosidad.

Mi mente comienza a pensar en cosas horribles que puedan hacer conmigo y me echo a llorar de forma incontrolada, sintiendo una gran impotencia y dando mi vida por perdida.

Me dirijo al sofá y me acurruco allí. Solo quiero morirme. No soy tonta y sé que nunca más volveré a mi vida de antes después de lo que ha pasado hoy. Adiós a todos mis sueños, mis proyectos y a la Melania Del Castillo en la que pensé convertirme algún día. Nunca debí marcharme de Guadalajara, dejar mi trabajo, ni a David, me arrepiento de todo en esos momentos. Al menos hubiese vivido, ahora solo sé que me espera la muerte o a saber qué harán estos tíos conmigo. Cierro los ojos y dejo que cierta sensación de que todo se apague se apodere de mí.

4

Los ojos del demonio

Cuando abro los ojos de nuevo aprecio que me encuentro en una cama y no tengo la misma ropa mojada de antes. Me incorporo un poco y me topo con unos intensos ojos verdes fijos en mí. Trago con dificultad mientras los catalogo en mi mente como los ojos del demonio. ¿He muerto y estoy en el infierno? Repaso el lugar en el que me encuentro y veo que es el mismo donde me trajeron y se presentó el gran jefe ante mí. Lo observo en silencio y me pregunto cuál será su nombre.

—¿Qué tal te encuentras? —pregunta con cierto tono que me da miedo de catalogar de amabilidad. Me observa en silencio, serio.

—¿Qué me has hecho? —pregunto con terror mientras paseo la mirada por la cama y me doy cuenta de que solo llevo una camiseta de hombre colocada sobre mi cuerpo.

—Cuidarte —murmura despacio, mientras una leve sonrisa aparece en su boca—. No seas mal pensada —me reprocha con un tono de voz en el que denoto cierta diversión.

—¿Qué me ha pasado? —exijo saber mientras me alejo un poco de él, está sentado en la cama a mi lado, y me cubro el cuerpo con la manta hasta la barbilla.

—Caíste enferma. Llevas tres días con fiebre muy alta —revela.

—¿Tres días? —pregunto con un grito ahogado.

Él asiente con tranquilidad.

—No recuerdo nada —murmuro con desconfianza mientras me abrazo a mi propio cuerpo. He comenzado a temblar.

—Cuando llegaste aquí venías calada hasta los huesos. No me hiciste caso y no hiciste uso de lo que este lugar te brindaba. Una ducha caliente, ropa y comida. Te encontré con fiebre, tiritando y bastante mal en el sofá. Tuve que llamar a un médico y has pasado tres días complicados, pero, por suerte, los medicamentos que te aplicó han dado resultados —admite mirándome con atención.

—¿Quién me ha desnudado? —pregunto en forma de exigencia.

—Te he salvado la vida. No me mires así —me reprocha de golpe.

—Si quieres salvarme la vida devuélveme la mía —le espeto de golpe sin control alguno.

—Todo a su debido tiempo —murmura con calma—. Aún debes de recuperarte por completo.

—¿Quieres decir que cuando me recupere no me matarás y me dejarás irme? —pregunto esperanzada.

—No voy a matarte —murmura con calma—. Prueba de ello es que te he cuidado durante estos tres días y hasta hice venir a un médico para ti. Tengo un trato que proponerte del cual hablaremos cuando estés bien del todo —anuncia con ese aire de jefe que tiene.

—¿Cómo te llamas? —pregunto de golpe, movida por la curiosidad. Desde que se presentó

delante de mí mi mente se ha referido a él como el jefe o los ojos del demonio.

—Alessandro Albani —se presenta y extiende su mano hacia la mía. No se la tomo y tuerce un gesto en el rostro. No debe de estar acostumbrado a tales desplantes.

—No acostumbro a estrechar la mano de mi futuro asesino —le indico con tono mordaz.

—Ya te he dicho que no te voy a matar —me recuerda con cierto tono agradable, hasta aprecio una medio sonrisa apenas perceptible en sus labios.

—Bueno, me mantienes secuestrada y a saber con qué fines —replico con cierto nerviosismo, pero aparentando valentía.

—Todo a su debido tiempo —murmura con tranquilidad—, Melania Del Castillo —añade en un susurro.

—¿Cómo sabes mi apellido? —pregunto de golpe, asustada.

—Lo sé todo de ti, al igual que de todos los que me rodean —revela con aire de prepotencia.

—Bien, entonces habrás averiguado que no tengo relación alguna con lo que pasó en la playa. Puedes dejarme ir. No diré nada —le suplico esperanzada.

—No es tan fácil —murmura colocándose de pie.

—¿Piensas mantenerme aquí toda la vida? —le reprocho con un grito, de forma enérgica.

—No me tientes —me advierte de forma desafiante, dedicándome una mirada que me causa un escalofrío por todo el cuerpo—. Aprende a respetarme y a dirigirte a mí. Soy tu única salida y salvación —me advierte antes de marcharse en dos zancadas y dejarme sola.

Me acurruco contra el cabecero de la cama y cierro los ojos, pero de mi mente no desaparecen sus intensos ojos verdes. ¿Quién es Alessandro Albani y qué quiere de mí?

Miro por toda la estancia en busca de un reloj, pero no hay. No existen ventanas que me hagan ver si es de día o de noche, debo de estar en un zulo. Me siento desorientada, muy cansada y solo con ganas de dormir.

Tomo conciencia de que llevo tres días aquí. Me agobio al pensar que mi familia y Laura deben de estar como locos al no tener noticias mías en este tiempo. Una esperanza salta dentro de mí, ¿y si han acudido al piso y al ver que no estoy han dado aviso a la policía y me están buscando?

De repente, la puerta del zulo donde me tienen se abre y entra una mujer.

—La medicina, reina —anuncia con aire de superioridad.

Fijo la mirada en ella y de inmediato pienso que puede ser la pareja del tal Alessandro. Es tan guapa como él. Rubia platino, alta, de ojos azules y un cuerpo de modelo.

—¿Quién eres? —pregunto esperanzada en que se apiade de mí.

—Eso no importa. Tómate esto. —Me coloca una bandeja por delante. Trae un zumo, un sándwich y una pastilla.

Lo miro todo con desconfianza y de forma reticente.

—Ayúdame, por favor —le suplico acercándome a ella y tomándola de las manos, desesperada.

—Lo estoy haciendo —murmura impasible, mirándome a los ojos—. Cuando te tomes esto te sentirás mejor.

—Ayúdame a escapar. Me van a matar —sollozo.

—Ahórrate todo esto, linda. Aquí nadie traiciona a Albani. Y el que lo hace lo paga con su vida —me indica.

Trago con dificultad y la miro con los ojos muy abiertos.

—¿Trabajas para él o tú también estás aquí en contra de tu voluntad como yo? —indago con miedo.

Ella esboza una sonrisa y se toma su tiempo para responder.

—Nunca lo traicionaría. Es mi jefe. Llevo años a su lado. Pierdes el tiempo intentando que desobedezca alguna de sus órdenes —me deja bien claro.

La miro y asiento. Suspiro y la observo en silencio, por alguna extraña razón he sentido un gran alivio cuando se ha referido a Albani como su jefe.

—¿Es la primera vez que vienes aquí? —me intereso.

—Yo me he encargado de cambiarte de ropa y asearte en estos días —revela. Me mira unos segundos y suelta una sonora carcajada—. ¿No habrás pensado que lo hizo Albani? —Se queda mirándome, sonriente. Siento que se está burlando de mí.

Ha descubierto que pensaba que él fue quién me cuidó estos días. ¿Seré imbécil? Me reprocho en silencio.

—Tranquila, sé que él solo se encargará de matarme —le indico. Tengo que intentar conseguir algo de información y provocarla es mi táctica. Quizá ella sepa algo.

—No intentes jugar conmigo, niña —me indica de forma sonriente—. Te doy mil vueltas en todo.

Se aleja de mi lado de la cama y se pasea por la estancia.

—¿Qué hora es? —pregunto. Ella se queda callada, pensativa, sin responder—. No existen ventanas en este sitio en el que me tenéis. ¿Tan grave es que quiera saber si es de noche o de día? —le exijo.

—Son las cuatro de la tarde —murmura consultando su reloj. Luego echa un vistazo a la bandeja que ha dejado encima de mi cama, intacta, y dice—: Cómete eso y tómate la pastilla. Tienes que recuperarte. Albani tiene planes para ti.

La miro con los ojos muy abiertos, asustada. Ella conoce sus planes. Un gran miedo interior se apodera de mí. ¿Qué va a hacer conmigo? Menos dejarme marchar me espero de todo. Quizá que me mate sea lo mejor, pienso aterrada.

La rubia de la cual desconozco su nombre se marcha y me deja sola nuevamente. Me engullo el sándwich y me bebo el zumo. Me siento hambrienta, además, me recuerdo que debo de estar fuerte por si en algún momento puedo escapar. No me tomo la pastilla que me ha traído. No confío en ellos. Igual es para tenerme dormida o atontada. Me levanto y la tiro al váter.

El resto de la tarde la paso sola. No vuelvo a dormirme, le doy vueltas y vueltas a la cabeza, pensando en mi situación y la angustia que debe de sentir mi familia al pensar qué me ha ocurrido algo. Tres días sin tener noticias de mí los habrá alertado. Espero que mi hermana se haya puesto en contacto con Laura y esta le haya indicado la dirección del piso.

De repente, me sobresalto en la cama cuando se abre la puerta de nuevo y me encuentro con los ojos del demonio mirándome. Llega hasta a mí en silencio y me observa desde los pies de la cama.

—¿Cómo estás? —pregunta, serio.

—Secuestrada, encerrada, privada de libertad… Como quieras llamarlo.

—Yo diría que estás segura y a salvo —murmura con pasividad—. Estás bajo mi protección y todo el que se encuentra en ese círculo puede estar tranquilo.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Qué vas a hacer conmigo? —le exijo.

—Mañana hablaremos con calma. He venido para que comas algo. —Se dirige a la cocina y comienza a abrir un mueble.

Lo observo desde la cama y le pregunto con sorna:

—¿Vas a hacerme la cena tú?

—¿Algún problema? —pregunta mientras abre un paquete de pasta.

—Debo ser muy importante para que el jefe venga hasta este zulo y se encargue de mí —le espeto con rabia.

—Eres un problema importante del que me voy a encargar personalmente —especifica sin mirarme, mientras echa agua en una olla y la pone a calentar para hervir los espaguetis. ¿Pero quién le ha dicho que voy a comer pasta ni nada de lo que él me haga?

5

Una oportunidad

Observo cómo el demonio que me mantiene encerrada prepara un plato de pasta como si fuese lo más normal entre nosotros. Es un hombre que se mueve con soltura, seguro de sí mismo, guapo y que irradia maldad por los cuatro costados. Es distante, frío y mandón. Ignoro de qué es el jefe en concreto, pero deduzco que de algo importante y nada legal. El hombre que me trajo hasta aquí y la rubia que me ha cuidado estos días deben de ser sus empleados. Me pregunto si a todos los escoge guapos, fuertes, altos y atléticos.

Siento el cuerpo y el rostro de Alessandro Albani en tensión. Creo que es un hombre que nunca se relaja. Siempre está tramando algo en su mente. Lo miro bien y admito que es envidiable. No tiene ni un solo gramo de grasa. Lo imagino matando a alguien o a mí misma y la piel se me pone de gallina.

Estoy tan centrada en mis pensamientos que me sobresalto cuando me coloca un plato de pasta delante.

—Tienes que comer —ordena.

—No tengo hambre —le miento. El olor de esa simple comida me está haciendo la boca agua. Me he llevado tres días sin apenas probar bocado.

—Cómetela —me exige con la mirada clavada en mí, penetrante—. ¿Por qué te gusta desafiarme y llevarme la contraria? —me reprocha.

—Porque no te temo —murmuro con desgana—. Mátame cuando quieras. —Le sostengo la mirada y puedo ver cómo sus ojos arden ante mi desafío. Si lo que me queda es estar encerrada, que me mate cuanto antes.

—Hoy no —me indica con pasividad. Se levanta, se aleja de mí y se marcha.

En cuanto me deja sola me como todo el plato de pasta que tengo delante. En la mesita de noche tengo dos pastillas. Ha debido dejarlas ahí sin que yo me diese cuenta. No me las tomo. Repito el mismo proceso de antes, las tiro al váter.

Paso una noche inquieta, dando vueltas en la cama, con calor y frío. Creo que tengo fiebre, pero no cuento con nada para bajarla ni puedo llamar a nadie. Intento llegar hasta el baño. Voy a darme una ducha, quizás así me baje la temperatura, pero de camino a este siento que las piernas me fallan y me dejo caer al suelo. No tengo fuerzas para seguir. Me acurro y me quedo ahí.

Siento unos brazos que me levantan y me llevan a la cama. Entreabro los ojos y veo los ojos verdes del demonio que me tiene ahí encerrada.

—Trae hielo y llama al médico —ordena de forma tajante y clara.

Ignoro a quién se lo indica, nadie ha cuestionado su orden. Quien sea sale de la estancia y el jefe se queda a mi lado.

Interiormente una esperanza se abre en mi camino, va a venir un médico, alguien de fuera que pueda ayudarme. Intento espabilarme y recomponerme un poco. De repente, doy un salto en la cama cuando siento un paño frío en mi frente.

—Esto ayudará a bajar la fiebre. Estás ardiendo —murmura a mi lado.

—¿Por qué me quieres viva? —le pregunto con la garganta seca y los ojos entreabiertos.

—Porque es una pena que una belleza como tú se marchite y no viva todo lo que la vida tiene para ti —susurra en mi oído de tal forma que consigue ponerme la piel de gallina.

No sé si es la fiebre o que veo alucinaciones, pero, por primera vez, aprecio una sonrisa en su boca. Si no llega a ser porque ya estoy medio derretida por todo el calor que consume mi cuerpo, este hombre lo hubiese conseguido por muy demonio que fuese. Es guapo y atractivo a rabiar. Tengo que admitir que ese aire de misterio y peligro que lo envuelve lo hace más sexi.

De repente, dos personas entran en el zulo en el que me tienen. Son dos hombres, a uno lo reconozco de inmediato. Es quien me trajo hasta aquí desde la playa, el otro deduzco que es el médico, lleva un maletín negro en su mano.

—¿Me pueden dejar a solas con ella? —pide el médico.

Cuando lo escucho estoy a punto de levantarme de la cama y ponerme a bailar. Tengo una oportunidad. Ese hombre es mi única vía de escape de este lugar. Tengo que convencerlo de que me ayude a salir de aquí.

El demonio y el otro hombre salen en silencio.

En cuanto me quedo a solas con el médico trato de incorporarme un poco en la cama. Cuando él se acerca a mí con la intención de revisarme le digo:

—Tiene que ayudarme, por favor. Me tienen aquí retenida. Ayúdeme a escapar, avise a la policía. Haga algo, por favor, antes de que me maten —le suplico totalmente desesperada.

—Tranquilícese —murmura mientras me mira como si estuviese loca—. Tiene mucha fiebre.

—No estoy delirando. Quizá le hayan dicho que me conocen, pero me tienen secuestrada. Dígales que necesito ir a un hospital, llame a una ambulancia, allí llamaremos a la policía —le ruego tomándolo del brazo con fuerza.

—Señorita, nadie traiciona al señor Albani —me indica el médico, serio y tajante—. Y el que lo hace no vive para contarlo —revela al mismo tiempo que lo siento como un consejo.

Miro al médico con los ojos muy abiertos, asustada.

—¿Está de su parte? ¿Quién es ese hombre? —pregunto con rabia y desprecio.

—Alguien muy poderoso al que no conviene tener de enemigo.

Miro al médico con los ojos muy abiertos mientras que él me revisa. No dice nada más. En silencio recoge sus cosas y se marcha.

Antes de que cierre la puerta grito con todas mis fuerzas, todo lo que puedo. Igual hay alguien más ahí fuera que pueda ayudarme y no le tema al poderoso Alessandro Albani.

Unos minutos más tarde regresa el demonio a mi lado. Entreabro los ojos, pero no le digo nada. Se sienta en una silla a mi lado, me obliga a tomarme una medicación, lo hago a regañadientes y luego se queda mirándome en silencio.

—No te esfuerces en gritar. Solo te harías daño en la garganta. Te encuentras en un búnker a prueba de cualquier tipo de bomba en el exterior —murmura como si fuese lo más normal de

mundo mientras que yo me estremezco al asimilar tal información.

—¿Qué clase de hombre tiene un búnker en su casa? —pregunto con terror.

—Puedes hacerte una idea de ello. Y créeme que no lo tengo porque le tema a una tercera guerra mundial.

—¿A qué te dedicas? —me atrevo a preguntar. Escupo las palabras casi con asco.

—Eso es mejor que lo ignores por el momento. Te baste saber que soy alguien poderoso. Y no te esfuerces en tratar de convencer a cada persona que te encuentres en esta casa para que te ayuden. Todo el que está aquí es porque es de mi entera confianza y sé que cuento con su lealtad incondicional.

—Eres un monstruo —me atrevo a decir.

—Algunos me han catalogado de ello —murmura sin que mis palabras le hayan afectado lo más mínimo.

—¿Qué quieres de mí? —murmuro cerrando los ojos. Estoy cansada y tengo sueño.

Siento que el demonio que está a mi lado se acerca a mí y susurra en mi oído:

—Descansa. Este monstruo velará tus sueños.

No le contesto, estoy tan derrotada que creo que es inútil seguir hablando con él, decido hacer algo más productivo como dormir. De esa forma recuperaré fuerzas para enfrentarlo con los cinco sentidos alertas.

Cuando me despierto, desorientada y sin saber qué hora es, ya no me encuentro en el búnker. Miro a mi alrededor y descubro que estoy en una habitación con ventanas, por las cuales entran los rayos del sol. Con esfuerzo, logro sentarme en la cama y repasar el lugar en el que estoy. Es una habitación grande, la cama en la que me encuentro es enorme y todo lo que me rodea es muy lujoso. ¿Dónde estoy? Me pregunto con los ojos cerrados, llorando. Por mí, por lo que me espera y por mi familia. Debo de llevar una semana desaparecida para ellos. Los echo de menos y lamento tanto haberme alejado de mi familia…

Haciendo un gran esfuerzo, me levanto de la cama, llevo un bonito pijama que no recuerdo habérmelo colocado yo, pero no me paro a pensar más en ello. Me dirijo hacia la ventana. Necesito averiguar dónde estoy. Descorro las cortinas y descubro un inmenso jardín ante mi vista. Pistas de tenis y baloncesto, y una enorme piscina. Madre mía, ¿pero cuánto dinero tiene este hombre? Me pregunto mientras me froto los brazos. He sentido escalofríos al comprobar la riqueza que me rodea. De repente, me llevo la mano al pecho y ahogo un grito. ¿Y si me ha vendido? ¿Dónde estoy realmente? Corro hacia la puerta de la habitación e intento abrirla, pero está cerrada con llave. Me dirijo a la ventana, estoy en un segundo piso, la abro y comienzo a gritar:

—¡Ayuda! Necesito que alguien me ayude. ¡Socorro!

No hay más casas alrededor, pero por lo que mis ojos ven esta es muy grande. No puede mantenerse sola. Debe de haber gente de limpieza, mantenimiento, jardinero... Esperanzada sigo gritando, alguien tiene que oírme y sacarme de aquí.

6

Enfrentarme a un monstruo

—¡Quieres dejar de gritar! —ordena una voz a mi espalda. Sobresaltada, me doy la vuelta y me encuentro con los ojos verdes más impactantes que he visto jamás. Me mira serio y noto un tic en su apretada mandíbula—. He interrumpido una reunión muy importante porque mis hombres me han comunicado que llevas una hora sin dejar de gritar. Y como he dado la orden de que solo yo puedo ponerte una mano encima, ninguno de ellos se ha atrevido a venir y callarte —ladra, enfadado.

Lo miro con el corazón encogido y la respiración alterada. Por una parte, me alegra que siga con este monstruo que ya conozco un poco.

—¿Dónde estamos? —pregunto de golpe.

—En mi casa —contesta de inmediato, con calma. Se acerca a la ventana y la cierra—. Esta propiedad tiene los suficientes kilómetros para que nadie te escuche a los alrededores. Pierdes el tiempo y la garganta con tus gritos —me recomienda.

—¿A dónde me has llevado? —pregunto.

—No nos hemos movido de donde estabas. Solo he considerado subirte a una de las habitaciones de invitados, pero dado tu poco agradecimiento por el gesto quizá deba bajarte de nuevo al búnker, dónde no te da la luz ni el sol.

—No. Por favor —le ruego—. Déjame aquí, al menos sabré si es de día o de noche y podré mirar por la ventana y distraerme con el paso de las nubes o de los pájaros.

—No hagas más tonterías —me advierte, tajante—. Ten por seguro de que no te vas a marchar de mi lado a menos que yo lo permita —me indica en tono amenazante—. En esta casa todos siguen mis órdenes, ninguna de ella se cuestiona ni se contradice —me deja claro.

—Vale. ¿Y cuál es mi papel? ¿Qué esperas de mí? —me atrevo a preguntarle con valentía mientras hago esfuerzos porque no me tiemble la barbilla mientras le sostengo la mirada.

Me mira de arriba abajo y consigue que me sienta ridícula a su lado. Voy descalza, en pijama y despeinada. Y seguramente tenga mala cara tras varios días en cama enferma. Él, sin embargo, va vestido de negro de nuevo, pero en esta ocasión de una manera más formal. Lleva unos pantalones de pinzas, seguro que son parte de un traje de chaqueta, aunque no lleve esta, y una camisa negra. Lo observo bien y compruebo una vez más lo terriblemente guapo que es. Sus ojos son intimidantes, pero impresionantes a la vez. Tienen un verde tan intenso que no puedes dejar de mirarlo. Sigue llevando una barba negra muy bien recortada y su intenso pelo negro lo lleva muy corto. Tiene algo que me estremece y me atrae a la vez. No sé cómo tengo el valor para plantarle cara, es algo que me sale solo, sin embargo, al mismo tiempo, hay algo en él que me hace querer saber más de todo lo que lo rodea. ¿Quién es realmente? ¿A qué se dedica? Y, sobre

todo, ¿cuáles con sus planes conmigo? Por alguna extra razón que no logro entender no quiero que me aleje de él. En mi mente lo tengo como un demonio y un monstruo, pero también soy consciente de que cuidó de mí, llamó a un médico para que me atendiese y se ha preocupado de mantenerme con vida. Solo me falta averiguar cuál es el fin.

Cuando me canso de su penetrante y descarada mirada por todo mi cuerpo doy dos zancadas y me meto en la cama, sintiendo algo de protección interponiendo distancia entre él y yo.

—Date una ducha, vístete. Tienes ropa y todo lo que puedas necesitar en el vestidor. Cuando estés lista aprieta ese botón. —Me indica uno situado al lado de la puerta—. Vendrán por ti.

—¿Vas a deshacerte de mí? —inquiero con miedo, mientras retuerzo con mis manos las sábanas de la cama.

—Te reunirás conmigo —anuncia en tono de una orden—. Voy a proponerte algo. Y te advierto de ello para que lleves la mente abierta y valores lo que te exponga.

—¿Volveré a ser libre? —pregunto esperanzada.

—Todo dependerá de ti. Te espero. No te demores. —Se da media vuelta y se marcha sin mirarme ni darme más explicaciones.

Suspiro cuando me quedo a solas, me tumbo en la cama y sollozo con fuerza. No puedo más. Sin embargo, al cabo de un rato me doy cuenta de que no voy a conseguir nada con mi actitud. La llave para salir de aquí solo la tiene este monstruo al que me tengo que enfrentar y descubrir qué quiere de mí y cómo puedo conseguir volver a mi vida.

Cuando entro en el inmenso baño me llevo una mano a la boca para acallar un grito de sorpresa. No tengo palabras para describirlo. Es enorme, muy lujoso. Jamás había visto nada parecido de cerca. Encuentro todo lo que una mujer pueda necesitar. Me doy una ducha, me seco el pelo, me lo dejo suelto y me maquillo un poco con los productos que hay allí para no parecer una muerta viviente.

Luego voy hasta el vestidor que Alessandro ha nombrado antes y lo encuentro lleno de ropa. La admiro toda y descubro que es de mi talla. Me coloco unos vaqueros con un jersey negro y unas zapatillas de deportes. Me miro al espejo y suspiro. He de reconocer que, tras el baño, un poco de maquillaje y bien vestida parezco otra.

Con nerviosismo e inquieta, me acerco al botón que me indicó Alessandro y lo presiono al mismo tiempo que mi corazón se acelera. ¿Qué querrá este hombre de mí?

Espero unos veinte minutos hasta que la puerta se abre. Para mi gran sorpresa aparece el hombre que me llevó de la playa. No entra en la habitación, me mira por unos segundos y dice:

—El jefe te espera. Sígueme.

Camino hacia la puerta en silencio y voy tras él.

Cada paso que doy observo al detalle todo lo que me rodea. Compruebo que es una casa grande y lujosa. Caminamos por un largo pasillo y bajamos unas grandes escaleras. Luego cogemos por otro pasillo y caminamos hasta el fondo, dónde hay una doble puerta e intuyo que detrás de ella se encuentre Alessandro Albani.

El hombre que me acompaña abre la puerta sin llamar y me indica que entre. Él no lo hace. Cierra la puerta detrás de mí y logra que me estremezca.

Cuando estoy dentro de la estancia paseo la mirada por ella. Es un enorme despacho. Frente a

mí hay una mesa y justo cuando doy un paso para ver dónde se encuentra el demonio la silla de detrás de su mesa se gira y aparece él sentado en ella.

Me paro en seco y lo miro. Allí sentado en el imponente sillón negro y mirándome de arriba abajo con ojos escrutadores lo siento más peligroso que nunca.

—Acércate y siéntate —Me ofrece con un gesto de la mano. Lo hago sin dejar de mirarlo—. Te veo mejor —aprecia mientras no deja de repasarme con atención.

—La ducha me ha sentado bien —murmuro, alerta. Mirándolo con desconfianza mientras mi mente no puede dejar de preguntar qué querrá de mí.

—Sí. Además, aprecio que has hecho uso de todo lo que ordené que dejasen para ti —comenta y consigue que me sienta incómoda. Me revuelvo en la silla y me toco el pelo, nerviosa.

—¿Qué va a pasar conmigo? —pregunto de golpe. Sus penetrantes ojos sobre mí me tienen nerviosa.

—Espero que lleguemos a un acuerdo —expone inclinándose un poco sobre la mesa, para estar más cerca de mí.

—¿Tengo otra opción? —pregunto resignada.

—Lo cierto es que no, pero todo será más llevadero si colaboras y lo aceptas —anuncia muy seguro de sí mismo.

—Dispara —murmuro, pero en cuanto escucho la palabra que he pronunciado lo miro con los ojos muy abiertos y rectifico—: Quiero decir, que me digas ya lo que sea —lo apremio.

Él esboza una media sonrisa que aprecio mientras me pregunto; ¿está de buen humor?

—Bien, dadas las circunstancias, debes ganarte mi confianza —anuncia. Lo miro seria y tiemblo mientras me retuerzo las manos—. Te preguntarás cómo —dice, ya que yo no puedo articular palabra. Solo asiento—. Te he investigado y lo que he descubierto coincide con la versión que me contaste. Llegaste a Cádiz hace poco y lo hiciste con la intención de estudiar unas oposiciones alejada de tu familia y amigos. He comprobado que no tenías nada que ver con el suceso de la playa. Estabas allí por casualidad. He pensado mucho qué hacer contigo —revela mirándome con atención—. Y he llegado a la conclusión de que te quedarás en esta casa, bajo mi protección, los meses que pensaste permanecer en el piso que alquilaste. Tu tiempo lo puedes emplear en lo mismo que pensabas hacer, estudiar. La propiedad es extensa, si quieres puedes salir a caminar o correr y también tengo un gimnasio aquí que no me importaría compartir contigo. —Me mira en silencio y espera mi reacción.

—¿Y cómo se me supone que debo ganarme tu confianza? —pregunto con miedo, es lo que más me interesa si con ello consigo mi libertad de nuevo.

—Aceptando la propuesta de buen grado y no rebelándote contra mí. Si en este tiempo decido que eres alguien en quien pueda confiar, pasado un año volverás a tu vida como siempre.

—¿Y si no? —pregunto, aterrorizada.

—Todo depende de ti. Soy un hombre de palabra. No intentes escapar de mí, no te pongas en contacto con nadie, ni intentes persuadir a ninguno de mis empleados para que te saquen de aquí —me advierte, tajante.

—¿Qué otra opción tengo? —le pregunto con rabia. ¿Se cree un dios para privarme de mi libertad y decidir sobre mi vida? Indudablemente, sí.

—Ninguna —murmura impasible—. Si colaboras y te muestras participativa podrás salir y entrar de tu habitación, pasear por la propiedad y hacer uso de sus instalaciones. De lo contrario, permanecerás encerrada.

—Mi familia debe de estar buscándome —murmuro con miedo—. Llevan demasiado tiempo sin comunicarse conmigo. ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí? —He perdido la cuenta de los días desde que me secuestraron.

—Ocho días —confirma.

—Hablaba con ellos a diario. ¿Qué creerán que me ha pasado en este año que me tengas aquí retenida?

—Has continuado hablando con ellos en este tiempo —murmura. Lo miro seria, sin comprenderlo—. Tenemos tu móvil. Le hemos enviado mensajes a tu familia y amigos como si fueses tú —suelta tan tranquilo.

—¿Qué? —pregunto asustada.

—Ellos creen que estás bien, estudiando mucho y sin demasiado tiempo para atender el teléfono.

—Eres… —Lo miro con rabia.

—Ahórrate el calificativo —me aconseja en tono amenazante.

Me callo y lo miro en silencio. Taladrándolo con la mirada y odiándolo a muerte.

—¿Qué pasaría con mi familia en este tiempo que esté en este lugar ganándome tu confianza? —pregunto con cierto tono molesto.

—Mi equipo seguiría haciéndose pasar por ti —murmura de forma relajada.

—¿Y si quieren hablar conmigo? ¿Hacer una videollamada? Es lo más normal —inquiero nerviosa.

—Siempre que te comportes en ellas y estén supervisadas por mí o alguien de mi confianza podrás hacerlas.

—Veo que lo tienes todo pensado —murmuro con cierto tono de desprecio.

—No te quepa la menor duda, Melania. Hay muy pocas cosas que escapan de mi control.

—Está bien, acepto. No me queda otra opción, señor Albani —le espeto con rabia.

—Me alegro. Haré que te traigan todas las cosas de tu piso. Y si deseas algo, solo tienes que pedírmelo.

—Mi libertad, gracias —murmuro en tono mordaz, con una sonrisa forzada.

—Todo a su debido tiempo. Ten por seguro que tus buenas actitudes serán recompensadas.

—¿No me vas a obligar a nada más durante este tiempo? —pregunto con miedo.

—Te doy mi palabra.

—Bien. —Suspiro y me quedo más tranquila.

Ambos nos quedamos en silencio, nos miramos hasta que él propone:

—¿Te gustaría cenar conmigo? —Lo miro con miedo al pasarme por la mente que tal vez quiera algo más después de la cena. Parece leerme la mente y aclara de inmediato—: Una cena informal, en mi cocina. Hoy es el día libre de la cocinera.

—Vale —acepto. No me apetece volver a encerrarme en una habitación, por otro lado, quiero que comience a creer en mi buena actitud y disposición.

7

Alessandro Albani

Salimos del despacho y sigo a este peligroso hombre que va a mantenerme encerrada en su casa durante algunos meses hasta la cocina. Cuando entramos en ella descubro que es inmensa. Con una isla en el centro y hay una mesa redonda para comer, con una pantalla de televisión enfrente.

—¿Qué te apetece? —pregunta al mismo tiempo que abre las dos puertas de la nevera.

Tomo asiento en un taburete alto, al lado de la isla de la cocina y murmuro sin demasiado entusiasmo:

—Cualquier cosa.

—¿Una ensalada y unos filetes a la plancha? —propone mientras me mira con el frigorífico abierto.

Asiento mientras lo observo e intento verlo como mi secuestrador, alguien oscuro y peligroso con el que debería tener el menor contacto posible, sin embargo, vamos a compartir una cena y me trata con amabilidad. No lo entiendo, pero existe algo en él que me atrae, sí, es muy guapo, tiene un cuerpo de escándalo, su voz es como hipnótica, al igual que sus ojos verdes y no puedo dejar de mirarlo.

Lo observo mientras saca todo del frigorífico y lo lleva hasta la isla, me encuentro frente a él. Lo estudio al detalle cuando coge un cuchillo del cajón y comienza a cortar la lechuga.

—¿Quieres ayudarme? —propone mientras levanta la mirada y la clava en mí.

—Pensé que te gustaría tenerme lejos y controlada. ¿Ya te fías tanto de mí como para que esté a tu lado con un afilado cuchillo? —pregunto con ironía, con la mirada clavada en él.

Suelta una carcajada y me indica:

—Créeme, antes de que pudieses pensarlo siquiera ya te habría quitado el cuchillo de las manos sin que te dieses cuenta. —Su tono prepotente y seguro me molesta.

Me acerca un par de tomates, una lata de espárragos, zanahoria, cebolla y luego me pasa un cuchillo. Lo cojo de su mano y mientras lo hago siento una corriente eléctrica cuando nuestra piel se roza.

Corto la zanahoria y luego la cebolla en silencio mientras que siento que él me observa mientras pone la carne en la sartén. Cuando estoy cortando la cebolla comienzo a llorar. Alzo la mirada y observo los ojos de un completo demonio, con un brillo especial, clavados en mí. Me sorprende cuando aprecio una amplia sonrisa en su boca.

—¿Disfrutas viéndome llorar? —pregunto mosqueada, mientras me limpio las lágrimas y lo veo borroso a la misma vez que pienso que lo ha hecho a posta.

—Te puedo asegurar que soy un hombre al que le gusta disfrutar con cosas mucho más placenteras —murmura mientras que me dirige una mirada tan intensa que hace que me revuelta en el asiento del taburete.

—Me las imagino —le lanzo de golpe y le mantengo la mirada a pesar de que todo mi interior tiembla.

—No lo creo —me reta mientras su sonrisa de hace más amplia y se lleva una copa de vino a los labios sin dejar de mirarme.

Antes de que la cosa suba de tono, le entrego las zanahorias y la cebolla picada y me dirijo a la mesa. Por alguna extraña razón necesito tenerlo lejos, no porque le tema, todo lo contrario, me temo a mí misma y todas las cosas que esos ojos verdes de demonio malvado me hacen sentir en contra de mi voluntad.

—En ese mueble están las servilletas —me indica el que está al lado de la mesa—. Y el en el cajón de al lado los cubiertos. Lo vasos están arriba del cajón. Yo me encargo del resto —comenta mientras le echa sal a la carne.

Acato sus órdenes y luego me siento en la mesa a esperarlo. Lo observo moverse por la cocina como pez en el agua y me digo que, pese a parecer un hombre que no la pisa nunca sabe desenvolverse muy bien. Mil preguntas asaltan mi cabeza sobre él, por una razón que no entiendo me gustaría saber las respuestas a todas ellas.

Como si me leyese la mente, mientras sirve la carne en los platos, murmura:

—Adelante, puedes hacerme todas las preguntas que bullen en tu interior. —Lo miro desconcertada por tal concesión—. No quiere decir que vaya a responderte a todas, pero puedes intentarlo —me anima mientras se acerca a la mesa con ambos platos en las manos.

Lo observo en silencio mientras trae la ensalada, el agua y el vino a la mesa y se sienta frente a mí.

—No tienes acento italiano —murmuro mientras lo observo descorchar una botella de vino blanco.

—Nací en España y me crie aquí. Mi padre y toda su familia sí lo eran. De ahí mi nombre y mi apellido. ¿Satisfecha tu curiosidad? —inquiere con una media sonrisa.

—¿Sabes italiano?

—Hablo cinco idiomas. El italiano entre ellos —contesta mientras echa vino en ambas copas. No me ha preguntado si quiero, pero no lo voy a declinar. Siento que necesito algo fuerte.

Balancea la copa y luego bebe de ella sin dejar de mirarme.

—¿Cuántos años tienes? —pregunto mientras pienso cuánto tiempo le habrá llevado hablar cinco idiomas y si tiene más estudios. En mi inocente mente no concibo a un hombre peligroso, culto y con idiomas.

—Treinta años —contesta sin vacilar, mientras que corta la carne—. ¿Quieres ensalada? —me ofrece antes de servirse.

—Sí, por favor —indico mientras mi mente traza la siguiente pregunta—. ¿Dónde estamos exactamente? —murmuro mientras observo la comida en mi plato.

—Vaya, veo que has acatado bien mi orden de que puedes preguntar lo que quieras. Espero que, en futuro, todas las órdenes que te dé las cumplas con el mismo rigor —comenta y hace que me quede en silencio, seria.

Me limito a bajar la mirada a mi plato y cortar la carne. Siento que he caído en su trampa con mi ronda de preguntas y mi ansiedad por saber más.

Durante varios minutos cenamos en silencio. Siento que no deja de observarme. Yo evito mirarlo.

—Estamos en Sotogrande —murmura al fin, levanto la cabeza y lo miro sorprendida—. ¿Satisfecha tu curiosidad? —pregunta con interés. Se mete un trozo de carne en la boca y mastica sin dejar de observarme con atención.

—Sí. Nunca había estado, pero ahora concuerda esta lujosa propiedad con el lugar. ¿Es tu casa? —me atrevo a preguntar.

—Una de ellas —contesta como si tal cosa, mirándome con atención—. En la que paso el mayor tiempo —especifica.

—Eres un hombre rico y poderoso —concluyo con desánimo.

—Creo que salta a la vista, pero ya lo irás comprobando. —Me dedica una mirada tan intensa que me hace sentir un gran escalofrío.

Terminamos de comer en silencio y luego dice:

—En la nevera hay helado y dulces de postre. ¿Qué te apetece?

La cena estaba buenísima, aunque no se lo pienso decir. Creo que a Alessandro Albani no hace falta que le suba el ego en algo más. Algo me dice que no hay nada que se le dé mal a este demonio.

—Nada. Me he quedado llena, gracias.

—¿Eres de las mujeres que evitan comer azúcares y llevan una dieta estricta? —indaga con cierto tono amistoso.

—Hago ejercicio y como todo lo que quiero, no en exceso, pero no me privo de nada —le indico y observo cómo él asiente, satisfecho con mi respuesta—. Tomaré de postre lo mismo que tú —decido finalmente, voy a aprovechar el momento para pedirle algo.

—Helado de turrón —murmura mientras se levanta y acude al frigorífico.

Lo observo coger el helado, dos recipientes, dos cucharitas pequeñas y una grande. Acude de nuevo a la mesa y sirve ambos helados mientras lo observo. Me ofrece uno y me mira en silencio.

Comienzo a comérmelo bajo su atenta mirada y me lanzo.

—Quería pedirte algo —comento con cierto temor—. Estoy acostumbrada a pasear y a correr al aire libre. ¿Podría hacerlo alrededor de esta casa?

—Bueno. Vamos poco a poco, para correr primero hay que aprender a andar —murmura mientras se lleva una cucharada de helado a la boca y me estudia con atención. Creo que se ha dado cuenta de que no tengo un pelo de tonta.

Sé que no es un hombre con el que se pueda jugar, pero tampoco voy a aceptar su privación de libertad acatando por las buenas todo lo que me diga. Intentaré hacer mi lucha.

Terminamos nuestros helados en silencio y luego Alessandro me acompaña a mi habitación. Abre la puerta y para mi sorpresa entra detrás de mí. Mira todo con atención y dice:

—Si necesitas algo solo tienes que pedírmelo e intentaré cumplir con tus deseos en la medida de lo posible. Ahora te dejo para que descanses. Cerraré la puerta con llave —me indica serio—, pero en un futuro dependerá de tus acciones que lo siga haciendo. Hasta mañana.

Se da media vuelta y se marcha. Yo me quedo en silencio, pensativa en sus palabras. Escucho

que me encierra y siento ganas de llorar. Me tumbo en la cama y pienso en los meses que me quedan al lado de este peligroso hombre. ¿Podré resistirlo?

Al menos ya sé algo más sobre Alessandro Albani. Nació en España, tiene treinta años y la mayor parte del tiempo vive en esta casa, en Sotogrande, y pienso seguir averiguando más cosas sobre mi secuestrador. Tengo un año por delante para descubrir todo lo que rodea a este oscuro hombre, el más guapo, sexi, atractivo e interesante con el que me he topado en mi vida.

8

Sus normas

Pese a todo lo que me abruma, lo que tengo encima en estos momentos de mi vida y estar algo alterada, duermo como un bebé durante toda la noche. Lo cierto es que la cama es comodísima e invita a dormir, y las sábanas son las más suaves en las que he estado nunca. Abro los ojos y compruebo que son las ocho de la mañana. Voy al baño y por la ventana de este observo como Alessandro llega a la parte principal de la casa corriendo. Es evidente que viene de hacer deporte. Observo su atuendo, en mallas cortas y una camiseta sin mangas, y tengo que contener el aliento mientras que él consulta el reloj de su muñeca. Tiene pinta de haber hecho muchos kilómetros, puedo apreciar cómo chorrea el sudor por todo su espectacular cuerpo.

De repente, el demonio alza los ojos hacia arriba y fija la mirada en mí. Me doy media vuelta y me marcho de inmediato. Me meto de nuevo en la cama y clavo los ojos en el techo mientras me pregunto cómo será mi día a día a partir de hoy en esta habitación. Miro a mi alrededor y, aparte de la ropa, no tengo nada más con lo que me pueda entretener. Ni siquiera un libro. Echo de menos mi teléfono y mi ordenador, pero auguro que pasará mucho tiempo antes de que me deje tocar uno. Es una forma de ponerme en contacto con el mundo exterior y dudo que Alessandro Albani lo permita.

Una hora después, aún permanezco en la cama, con desánimo, cuando la puerta de mi habitación se abre y descubro que es la mujer rubia que me visitó cuando estuve en el búnker.

—Te traigo el desayuno —anuncia con tono molesto mientras entra con una bandeja en sus manos—. ¿Aún estás en la cama? —pregunta con la mirada fija en mí, en modo de reproche—. Al jefe no le gusta la gente perezosa —me advierte.

—No es que tenga mucho que hacer —murmuro sentándome en la cama.

La rubia deja la bandeja en una mesa baja que hay delante de la ventana y se sienta en un sillón justo al lado.

—A eso he venido. A informarte de las normas de esta casa —murmura mientras saca su teléfono.

La miro extrañada y pongo atención. Es algo que me interesa. Espero que entre las dichosas normas de este demonio se encuentre una en la que pueda salir fuera de esta habitación en breve.

—Albani ha ordenado que se te traigan tus cosas del apartamento en el que vivías, pero eso no será posible hasta la próxima semana por diversas cuestiones. ¿Hay algo que desees para no aburrirte? ¿Libros o cualquier otra cosa en la que pases el tiempo? Puedes hacerme una lista y Albani lo valorará. Tienes una televisión —me indica mirando a su lado.

—Libros estará bien y si es posible… me gusta pintar. Lienzos y pinturas.

—Haz la lista y tenla a lo largo del día. En el cajón de la mesilla tienes papel y bolígrafo.

—Me gustaría salir al aire libre. Llevo mucho tiempo encerrada —le solicito con cautela.

—Albani te ha concedido un paseo esta mañana. Te acompañaré.

La miro y deduzco que está lista para ello. Ha llegado en deportes, unas ajustadas mallas negras y una sudadera roja.

—Voy a vestirme —le indico con ilusión, saltando de la cama.

—En nuestro paseo te comentaré el resto de las normas del jefe, por ahora —especifica sentada en el sillón, con pose de reina, mientras me mira.

Cuando entro en el vestidor en busca de ropa deportiva la encuentro al instante. Todo lleva las etiquetas, es nuevo. Nadie lo ha usado antes. Cuando reparo en el precio de las prendas calculo que mi atuendo para dar un simple paseo por la propiedad puede superar los quinientos euros.

Cuando salgo del vestidor la rubia me mira de arriba abajo. No se levanta y dirige la mirada a la bandeja que me ha traído en señal de que desayune primero.

Me tomo el zumo de naranja y me unto una tostada con mermelada bajo su atenta mirada.

—Lista —le indico cuando me he comido el pan y bebido el zumo con prisa.

Ella se levanta y se dirige hacia la puerta, yo la sigo de cerca. Cuando salimos de la habitación y enfilamos el largo pasillo hasta llegar a las escaleras para bajar a la planta de abajo le pregunto:

—¿Cuál es tu nombre? —La rubia me lanza una mirada seria—. ¿Cómo me tengo que dirigir a ti? —especifico en un tono más dócil.

—Nerea —murmura en tono seco, distante y altiva.

La sigo en silencio y salimos de la casa. Cuando el aire del exterior me da de pleno en el rostro me siento más viva. Respiro con fuerza y cierro los ojos. Descubro que me molestan más que nunca los rayos del sol, casi no puedo ver.

—Es normal. Has pasado casi dos semanas encerrada —murmura la rubia. Me extiende unas gafas de sol y las tomo de inmediato.

—Gracias —le indico. Me las coloco y siento que lo veo todo mejor.

—Vamos a dar una vuelta por el jardín —me indica Nerea.

La miro mientras bajamos un par de escalones. Aprecio una entrada a la propiedad majestuosa e impresionante. La verja principal se ve muy lejos. Giramos a la derecha y descubro un jardín sin fin y una gran piscina exterior.

Observo que Nerea se mueve como pez en el agua por aquí. Mientras la miro, caminando a mi lado, me pregunto qué papel tiene en la vida de Alessandro Albani. Si es una simple empleada o alguien más importante en la vida de él.

Caminamos en silencio durante un buen rato, hemos pasado por la piscina, una pista de tenis y otra de baloncesto, y ahora estamos en una especie de jardín con muchas flores que imita un laberinto. Llegamos a un lugar en el que hay un banco y Nerea me indica que me siente. Lo hago y ella lo hace a mi lado.

—Es una propiedad muy grande. Sigue más allá —explica—. Otro día andaremos más o igual prefieres correr. —La miro de arriba abajo y me dice un poco ofendida—: Te aseguro que podré seguirte el ritmo.

—¿Tú vas a ser mi niñera? —le pregunto con la barbilla alta.

—Albani nos ha encargado a Fábregas y a mí que nos ocupemos de ti.

—¿Quién es Fábregas? —pregunto con interés.

—El hombre que te trajo aquí —especifica. Y recuerdo al tío alto y corpulento que me llevó a la fuerza de la playa.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que ocuparos de mí? —pregunto en tono sarcástico.

—No te confundas. Fábregas y yo somos las personas de confianza de Albani. Eres afortunada de haber caído en nuestras manos.

—¡Vaya, igual os tengo que dar las gracias a todos! —murmuro molesta.

—Probablemente. En un futuro —comenta, seria.

—¿Qué hora es? —pregunto alzando la mirada hacia el sol—. ¿Sería posible tener un simple reloj? —le sugiero.

—Son las doce —me indica mientras mira su reloj de mano, digital, último modelo, con pinta de ser muy caro—. Pídelo en tu lista. Igual te lo concede.

—Lo haré. A ver qué me trae Papá Noel —murmuro con cierto tono mordaz.

Nerea esboza una media sonrisa que reprime de inmediato. Endereza su postura, me mira a los ojos, saca el móvil y anuncia:

—Vamos con las indicaciones del jefe. Es bueno que las tengas muy claras —especifica. Asiento y espero que comience a hablar—: Si quieres dar un paseo o hacer ejercicio por la propiedad será a primera hora de la mañana o a última. Una sola vez al día. Si quieres usar el gimnasio de la casa puedes pedirlo y podrás hacer ejercicio siempre que Albani no esté en el mismo. Por supuesto, siempre estarás acompañada por mí o por Fábregas. Las comidas las harás en tu habitación, con excepción de alguna que se te conceda fuera de esta, que previamente se te comunicará. Si necesitas algo, hablamos de cosas materiales o personales para ti, puedes pedirla en cualquier momento y lo consultaremos con el jefe para tratar de complacerte en la medida de lo posible. No tendrás móviles ni aparatos electrónicos con acceso a internet que permitan comunicarte con el exterior. Cuando lo tengas que hacer, como ya te comentó Albani, para que tu familia no sospeche nada de todo esto, lo harás bajo la supervisión nuestra. Y lo que vaya surgiendo, se resolverá sobre la marcha. ¿Está todo claro? —especifica en tono cansado. Deduzco que no le hace gracia acompañarme ni estar a mi cargo.

—Como el agua —respondo con rabia. Si algo he odiado siempre en mi vida es que pusiesen límites.

—Me he tomado la libertad de hacerte un plan diario —dice Nerea con aires de superioridad —. Puedes salir a hacer ejercicio por la mañana sobre las ocho, luego te pones a estudiar lo que sea que estabas preparando, tienes televisión, libros y los entretenimientos que pidas, y puedes hacer uso del gimnasio de la casa. Creo que no se te harán lo días demasiado largos. Igual hasta sacas la mejor nota de las oposiciones y gracias a este encierro consigues lo que viniste a buscar a aquí en el sur, tranquilidad durante este año para poder tener un buen puesto de trabajo fijo que te permita tener más tiempo libre.

La miro encendida por dentro, me sienta muy mal que lo sepa todo de mí, y escupo entre dientes:

—Igual hasta le tengo que dar las gracias al cabrón de Albani por mantenerme aquí encerrada, ¡no te jode! ¿Tú te crees que yo puedo tener cabeza para estudiar ni hacer nada? Me tenéis aquí

encerrada, secuestrada —enfatizo—, sin saber si a ese demonio se le pueden cruzar los cables en cualquier momento y un día decida hacerme desaparecer. Vivo con el corazón a punto del infarto —le indico alterada—. Pienso en mi familia a todas horas y estoy muerta de miedo —expongo alzando la voz—. Dile a Albani que se meta sus normas por donde le quepan. ¿Me va a mantener aquí encerrada y también va a controlar y supervisar en qué empleo cada minuto de mi tiempo? —La encaro con valentía.

—Cálmate —me recomienda con mala cara—. De nada sirve que te pongas así. Si haces todo lo que te dice conservarás la vida que tienes y podrás volver a la que tenías antes de llegar aquí. ¿Quieres un consejo? No le lleves la contraria y, sobre todo, no lo traiciones, o te hará desaparecer. Albani es de blanco o de negro, no conoce la escala de grises —me advierte.

—Parece que lo conoces bien —murmuro mientras un escalofrío recorre mi cuerpo. Hablan de matar a las personas como si fuésemos insectos.

—Muy bien. Llevo años trabajando a su lado. —Tras un breve silencio entre ambas Nerea se levanta y la sigo—. Y ahora, volvamos a tus aposentos, reina.

Si alguna vez conservé la esperanza de ganarme la confianza de Nerea, por ser mujer y no como el resto de matones que deben de rodear a Alessandro Albani, y me ayudase a salir de aquí, la he perdido totalmente al sentir la lealtad que le profesa a su jefe.

9

Aceptar mi destino

Cuando nos acercamos a la entrada de la casa nos encontramos con una furgoneta y un chico bajando de ella varios paquetes. Miro bien el rótulo del vehículo y aprecio que es de una conocida empresa de mensajería en España. Dirijo la mirada hacia la verja de la propiedad, al fondo, y la veo abierta por completo. Mi corazón comienza a latir muy deprisa al sentir que es mi gran oportunidad. Valoro si salir corriendo o pedir ayuda al mensajero. Miro a Nerea y la encuentro distraída supervisando los paquetes de la entrega. Otra idea se pasa por mi mente al advertir que la furgoneta está arrancada, puedo subir y largarme en ella. Tengo que salir de aquí de alguna forma y la oportunidad la tengo frente a mí. Es ahora o quizá nunca más se me presente otra oportunidad. De repente echo a correr hasta furgoneta, aprovechando que Nerea está firmando la entrega de los paquetes, y me subo en el lado del conductor. Quito el freno de mano y acelero a toda velocidad. Enfilo el camino recto que lleva hasta la salida y una amplia sonrisa se dibuja en mis labios cuando cruzo la verja abierta. Lo he conseguido, grito, he salido de allí. He escapado. Ahora solo tengo que buscar una carretera que me lleve a encontrar a alguien que pueda avisar a la policía. Miro a todos lados y, de repente, veo frente a mí otra gran verja, más grande y de más seguridad que la anterior que he pasado antes. Esta se encuentra cerrada. Asustada, miro hacia otros lados, pero no hay más salidas, ni otro camino. Conforme me acerco a la verja veo dos todoterrenos negros, apostados delante de ella, del que se bajan cuatro hombres. Paro la furgoneta, no me queda otro remedio, no soy tan suicida como para llevármelos por medio, y cuando voy a pedirles ayuda sacan unas pistolas y me apuntan. Justo ahí es cuando comprendo que deben de ser hombres de Alessandro Albani y ahora sí me van a matar. La he cagado de lleno.

Soy incapaz de bajarme de la furgoneta. El miedo me tiene paralizada. No quiero ni mirarlos. Cierro los ojos y espero a que me disparen de un momento a otro. Los oídos me pitan y el corazón parece que se me va a salir del pecho.

De repente, siento que abren la puerta del conductor y tiran de mí para que me baje del vehículo.

—Ya veo que no has entendido nada —murmura la voz de Albani.

Me sorprendo, alzo la mirada, lo miro con los ojos muy abiertos y descubro que es él. Tiemblo de miedo cuando lo tengo frente a mí. Su expresión es seria y sus ojos me taladran mientras me tiene tomada del brazo con fuerza y me obliga a caminar hasta uno de los todoterrenos. Me sube a él y Albani lo hace a mi lado.

Nos dirigimos de nuevo a la casa, puedo apreciarlo por el cristal del coche. Soy incapaz de mirar a Albani a los ojos. Me retuerzo las manos, nerviosa, mientras pienso en la forma en la que me va a matar. Nerea me lo ha dicho antes, es un hombre de blanco o de negro y lo acabo de traicionar a la primera oportunidad que he tenido, ¿qué será ahora de mí? Me pregunto con terror.

Cuando llegamos a la entrada de la casa me saca del coche y me guía llevándome tomada del brazo con fuerza, pero no me hace daño. Veo a Nerea y al repartidor mirándonos con atención.

—Ayúdame, me van a matar —le suplico al repartidor—. Llama a la policía —grito con fuerza.

Albani, los hombres que nos siguen y Nerea ni se inmutan por mis palabras.

Cuando pasamos por el lado de Nerea ella le susurra a Albani:

—Te dije que sería un problema. No ha desaprovechado la primera oportunidad para traicionarte.

Nerea me dirige una sonrisa maligna y luego miro al repartidor, allí apostado, impasible, y los cuatro hombres de Albani. Todos me miran en silencio. Justo en ese momento llego a la conclusión de que todo ha sido una trampa.

—No me mates —le ruego desesperada a Albani cuando entramos en la casa. Para mi gran sorpresa el resto no nos sigue.

Me mira en silencio y me obliga a caminar a su paso ligero, casi me arrastra. No me suelta el brazo, en el que ejerce demasiada presión. Subimos las escaleras y descubro que se dirige en dirección a la habitación que he ocupado hasta esta misma mañana. Abre la puerta y hace que entre. Luego entra él, cierra la puerta y de queda apostado en ella, con los brazos cruzados mientras me mira en silencio.

Yo tiemblo, paralizada, allí en medio de la habitación, observando a ese hombre vestido de nuevo de negro entero y su mirada felina.

—Todo ha sido una trampa —escupo entre dientes, con rabia. Me reprocho haber caído en ella.

—¿De verdad pensaste que sería tan fácil? —murmura en tono cortante.

—No lo pensé. Supongo que fue instinto de supervivencia. Pero ya qué más da —grito con desánimo. Me siento en la cama y lo miro, esperando su sentencia final.

—Sabes que esta tontería que acabas de cometer tendrá sus consecuencias —amenaza, impasible, sin moverse del lugar que ocupa.

—¿Me va a atar y torturarme? —le espeto con rabia.

Se queda en silencio por unos segundos y comienza a acercarse a mí con pasos lentos.

—La idea de tenerte atada me atrae bastante, no lo voy a negar —murmura, y logra ponerme la piel de gallina—. Se acabó salir al exterior de esta casa hasta que vuelva a confiar en ti —me indica, impasible—. Me has traicionado y tendrás tu merecido castigo —sentencia.

—¿No me vas a matar? —pregunto esperanzada, alzando la barbilla y la mirada hacia él. Está situado de pie justo delante de mí.

—Hoy no —murmura, se da media vuelta y se dirige a la puerta. Antes de marcharse me ordena—: Esta noche cenarás conmigo en el salón. Está lista a las nueve. —Su tono es tan frío

que provoca que me frote los brazos con fuerza.

Lo miro en silencio y observo cómo se marcha mientras pienso, descolocada, si mi castigo va a comenzar por una cena con el demonio. ¿Me irá a envenenar?

Una vez a solas me tumbo en la cama y comienzo a llorar de impotencia. Me recrimino lo tonta que he sido por caer en su trampa a la primera y me preparo para lo que me espera al lado de este hombre.

Cuando Nerea aparece con el almuerzo y se va sin decir nada la miro esperanzada en que me dé alguna orden, pero, al parecer, está todo dicho. No pruebo ni un solo bocado de lo que me trae. Paso el resto del día en la cama. Cuando cae la tarde me meto en la ducha para prepararme para la cena con el demonio. No quiero cabrearlo más. Estoy impaciente e inquieta por descubrir cómo va a castigarme por haber intentado escapar de él.

Con desánimo, me paseo por el vestidor en busca de algo cómodo, pero al aparecer ante mi vista unos bonitos vestidos, los toco, los miro con atención y una loca idea se forma en mi cabeza. Decido ponerme uno, escojo el más atrevido de todos ellos. Uno en color rojo, en raso, con un pronunciado escote en pico, largo y una raja delantera en el centro. Me arreglo mi larga melena a conciencia y me maquillo con esmero. Finalmente me subo a unos tacones en color negro y me miro en el espejo. Sonrío al apreciar el resultado. Me gusta. He ondeado mi pelo, algo que me ha llevado casi una hora, lo tengo muy largo y abundante, pero me ha quedado genial con la carísima plancha que me tenían en el baño. Parece que tiene más brillo, nunca me ha gustado tanto mi color castaño claro natural como en estos momentos. Luego repaso mi cara y tras muchos días, me siento guapa. El color ha vuelto a mi rostro. Mis ojos color miel tienen un brillo especial, pero creo que es el miedo, algo que he tratado de opacar con una mirada muy marcada en negro. Para terminar repaso mi cuerpo y todo lo que este vestido realza mis curvas. Aprecio que estoy más delgada, sin embargo, me veo maravillosa. No tengo ningún arma para desestabilizar al demonio, solo yo misma y he decidido usarme. Es un hombre frío, pero sentarme a su lado con un generoso escote puede que juegue a mi favor y sea un motivo de distracción donde pueda encontrarle un punto débil.

Suspiro y me pregunto qué hora será. Comencé a arreglarme cuando oscureció, pero es invierno y la noche cae sobre las siete de la tarde. Miro por la ventana y no veo movimiento alguno en la propiedad. Todo está muy tranquilo.

De repente, la puerta de mi habitación se abre. Me giro, asustada, y maldigo en silencio la manía que tienen todos de entrar sin llamar. Me encuentro con Fábregas que me mira con atención. Tengo que reprimir una sonrisa al advertir que he conseguido descolocarlo con mi atuendo, ¿pasará lo mismo con Albani?

—El jefe te espera abajo. Vamos —me indica apostado desde la puerta, sin quitarme ojo.

En silencio, me dirige hasta el salón de la casa, una estancia que desconozco hasta el momento.

Cuando Fábregas abre la puerta y me indica que pase lo miro con miedo. Me adentro en la estancia y veo a Alessandro sentado a la cabecera de una extensa mesa de doce comensales. Escucho que la puerta se cierra a mi espalda y me quedo inmóvil, sin saber qué hacer. Miro al demonio y descubro que me repasa con atención de arriba abajo. Se reclina sobre la silla y

murmura:

—Toma siento, por favor —me indica con un gesto de la mano.

La mesa está llena de comida y el lugar del otro comensal está colocado a su derecha. Intentando que mis pasos parezcan firmes y aparentando seguridad, me dirijo hacia él. Tomo asiento bajo su intensa y escrutadora mirada y espero a que sea él quien diga qué sigue. Mientras, lo observo y descubro que viste de riguroso negro de nuevo. Lleva una camisa desabrochada hasta el pecho, las mangas de estas remangadas y un pantalón de vestir, clásico. Es la vez que más arreglado lo he visto. Trago con dificultad e intento calmar el nerviosismo interior que sus ojos y su presencia en general me provocan.

—Te sienta muy bien el rojo —murmura sin dejar de mirarme.

—Si decides matarme esta noche no se apreciarán las manchas de sangre en mi vestido —comento de golpe. No he podido evitarlo.

Alessandro se lleva un dedo a la boca y me mira con atención. Creo que mi comentario ha provocado una sonrisa en sus labios e intenta disimularla.

—No has comido nada este mediodía —me reprende, serio.

—Ya veo que te informan de todos mis pasos. ¿O tienes cámaras en la habitación? —pregunto de golpe, llevándome una mano al pecho. No había caído en ello antes.

—Nada sucede en mi casa ni a mi alrededor sin que yo me entere —contesta impasible, sin dejar de mirarme. Si era yo la que pretendía descolocarlo con mi atuendo me ha salido el tiro por la culata. Solo he conseguido que no aparte los ojos de mí y la descolocada resulte ser yo.

—¿Por qué has querido cenar esta noche conmigo? ¿No se supone que me he portado mal y lo mínimo que merecía es estar encerrada en la habitación como una niña traviesa? —intento provocarlo y que me diga de una vez qué me espera.

—Esta noche vas a comprobar porqué de hoy en adelante te vas a convertir en una niña buena y dócil —comenta con calma mientras que yo siento como si me diesen un puñetazo en el estómago. Lo miro con los ojos muy abiertos, preguntándome qué será capaz de hacerme—. Vamos a comer primero —me anima.

Ni siquiera me he dado cuenta de que la comida ya estaba servida en el plato. Es cordero asado con patatas panaderas. Él coge los cubiertos de la mesa y comienza a cortar la carne y a comer. Yo lo miro mientras siento una mezcla de miedo y atracción por ese peligroso hombre que esta noche está arrebatadoramente guapo.

Apenas puedo probar bocado. Tengo el estómago completamente cerrado. Alessandro cena en silencio mientras que yo soy incapaz de mover la mirada del plato.

—Come —me insta con voz seria y seca.

—Ni que tuvieras que engordarme como en el cuento de Hansel y Gretel —le espeto, furiosa.

—Así cuando te coma me sentiré más satisfecho —me indica serio—. Come —ordena de nuevo, tajante.

Cojo el tenedor e intento que la comida me pase. Lo observo mirándome con atención mientras corto la carne y la meto en mi boca.

Finalmente, con esfuerzo, dejo el plato vacío.

—Así me gusta —me indica mostrándome una medio sonrisa, sintiéndose victorioso. Evito

replicarle, no quiero enfurecerlo. Suspiro e intento dirigirle una mirada dócil—. Este flan está muy bueno —comenta mientras se levanta y corta dos porciones frente a mí.

Me coloca un plato por delante, con un trozo de flan y una cucharilla, y se sienta en su lugar. Sin dejar de mirarme, se come el flan. Alza una ceja y, en silencio, me insta a que comience con el mío. Lo hago a duras penas y en cuando lo pruebo por poco muero de placer. Está buenísimo. Obviamente no se lo digo. Me lo termino tomándome mi tiempo, mientras él no deja de mirarme con atención.

—Bien, y ahora pasemos a mi despacho. Voy a dejarte algunos puntos claros. —Se levanta y me extiende su mano. Me quedo mirándolo, me pongo de pie y lo igualo con la cabeza alta, sin aceptar la mano que me ofrece.

Alessandro chasquea la lengua, me da la espalda y murmura contrariado:

—Sígueme.

Camino detrás de él, con ganas de pegarle una paliza, pero solo conseguiría hacerme daño.

Cuando llegamos a su despacho me hace pasar y cierra la puerta. Me indica que tome asiento delante de su mesa y él lo hace en su sillón. Nos quedamos en silencio mientras que me retuerzo las manos pensando qué me tendrá preparado. Él parece disfrutar del momento. Se reclina en la silla y se lleva ambas manos a la boca, en un gesto pensativo.

—Vamos a dejar las cosas claras para que no vuelvas a cometer otra estupidez como la de esta mañana —anuncia en tono seco, mientras me mira serio y distante—. Esta casa tiene tres controles de acceso. No son tres simples verjas, quizás puedas superar una, pero nunca las tres. Están vigiladas con las últimas tecnologías en seguridad. Tengo hombres que vigilan las veinticuatro horas esta casa y algunos de ellos van armados —especifica—. La casa tiene cámaras que lo controlan todo por fuera, y dentro se activan cuándo y dónde yo lo ordeno. Todas las personas que entran aquí son de confianza y a nadie se le ocurriría traicionarme por una desconocida como tú. Como ya te dije, si un día sales de esta casa será porque yo lo permita —me recuerda con ímpetu—. Te aseguro que esta propiedad está más blindada que el banco de España. Con tu actitud de hoy solo has conseguido enfurecerme y hacer que pierda por completo la confianza en ti. Se acabaron los paseos al exterior y salir de tu habitación, donde permanecerás por un largo tiempo. Hasta que aprendas que no te queda otra opción más que aceptar mis normas y obedecerme.

Lo miro en silencio y le sostengo la mirada, aceptando mi destino por mucho que me pese estar en sus manos. Sé que no podré escapar de él. Solo me queda la esperanza de que este demonio decida algún día dejarme volver a mi vida de antes, o igual decide mantenerme cautiva para siempre.

Suspiro y asiento en silencio. Tengo ganas de llorar, pero me contengo por orgullo.

—Puedes volver a tu habitación —me ordena. Pero no se pone en pie ni se abre la puerta, nadie viene a buscarme, algo que me extraña.

Me levanto algo reticente y me encamino hacia la salida después de dirigirle una mirada en silencio. Hago un gran esfuerzo por no decirle todo lo que pienso, pero no serviría de nada, solo para enfurecerlo.

—Melania del Castillo, no vuelvas a desobedecerme —escucho su voz a mi espalda, sin

embargo, no lo siento como una advertencia, más bien como un ruego.

Me doy la vuelta, incapaz de contenerme, lo miro y lo enfrento con valentía.

—Alessandro Albani, ¿y si me da igual que me mates? —lo reto, total, lo tengo todo perdido.

—Desaparece de mi vista porque en estos momentos, tal y como vas vestida, te mataría —admite, dirigiéndome una mirada ardiente—, pero de placer —murmura cerrando los ojos.

Mi corazón da un vuelco y me marcho de inmediato. En cuanto cierro la puerta tras de mí me deshago de los zapatos de tacón con prisa y echo a correr hasta mi habitación como si no hubiese un mañana. No encuentro a nadie por el trayecto. Entro en el cuarto y cierro la puerta, pero de inmediato me doy cuenta de que solo se cierra con llave por fuera, y desde que estoy en ella nunca he deseado tanto como en estos momentos escuchar la cerradura.

Me dejo caer, deslizando mi espalda por la puerta, y me siento en el suelo abrazando mis rodillas con las manos. Las palabras de Alessandro me han dejado en shock, me desea. De un salto me voy al baño, me deshago el vestido frente al espejo y me quito todo el maquillaje mientras murmuro, llorando:

—Eres una estúpida, Melania. Esta noche has conseguido que ese demonio te desee al vestirte y arreglarte de esta forma. Ahora tienes algo más por lo que temer: que te quiera en su cama.

Me observo en el espejo, en ropa interior, con toda la cara manchada de maquillaje corrido y solo quiero morirme.

10

Una sorpresa inesperada

No he pegado ojo en toda la noche, desde que llegué de la cena con Alessandro nadie vino a cerrar mi puerta. He temido que se presentase en mitad de la noche en mi cama. Cuando la puerta se abre me sobresalto, pero me tranquilizo al ver a Nerea. Trae la bandeja de mi desayuno.

—Anoche no le diste la lista al jefe —me recuerda con tono distante, como si hubiese faltado a una obligación.

Cierro los ojos y pienso en la lista.

—Pensé que me iba a matar, como para presentarme ante él con peticiones. Con pedirle por mi vida tenía suficiente —le lanzo mirándola de reojo desde mi cama.

Nerea se queda en silencio, pasea la mirada por la estancia y antes de marcharse me indica:

—Hazla y dámela antes de esta tarde, o habrás perdido tu oportunidad, reina.

Sin dejarme opción a réplica se marcha, y nuevamente advierto que no cierra con llave la puerta, algo que me desconcierta y hace que me pregunte; ¿qué ha cambiado?

Desayuno, me ducho, hago la cama y me seco el pelo. Me siento en el sillón y, por primera vez, pongo la televisión. Compruebo que solo tengo acceso a plataformas de pago. Ni siquiera puedo saber qué pasa en este país. Apago la televisión con desgana y me voy a una de las ventanas de mi habitación. Se encuentra en una esquina de la casa y tengo vistas a la entrada principal y al jardín. Perdida en el paisaje y pensando en todo el dinero que debe de tener Alessandro Albani y cómo lo habrá conseguido, caigo en hacer la lista. Voy hasta la cama, saco de la mesita de noche papel y bolígrafo y allí sentada comienzo con mis peticiones. No me voy a cortar en nada, si me lo concede bien, sino, lo habré intentado. Lo primero que pongo en mi lista es un reloj de mano, simple, añado entre comillas. Solo quiero saber la hora. También pido libros para leer, especifico que sean en papel y de género romántico. En la situación en la que me encuentro no quiero nada que no me haga soñar y ni que no tenga un final feliz, con el hecho de que el mío no lo sea tengo suficiente. Y por último añado lienzos, pinceles y pinturas.

Cuando Nerea vuelve a mi habitación con la bandeja del almuerzo le entrego mi lista. Ella la toma en la mano y se marcha en silencio sin leerla, pero sé que lo hará antes de entregársela al jefe.

A media tarde vuelve y me trae algo de merendar, consigo lleva una Tablet. Me la extiende y dice:

—Tiene acceso a internet. Compra los libros que quieras y todo el material de pintura que desees. Son órdenes del jefe. —La miro extrañada—. Yo estaré aquí a tu lado por si se te ocurre hacer alguna tontería —me extiende la Tablet y cuando la cojo en mis manos y me muevo por internet me siento viva de nuevo.

No me corto en nada. Pido veinte libros y abundante material de pintura.

—Mañana mismo lo tendrás todo aquí —dice la rubia antes de marcharse.

Estoy a punto de preguntarle por el reloj, pero supongo que el demonio no me lo ha concedido. Da igual, me siento contenta porque tendré algo en lo que emplear mi tiempo libre.

En la lista podía haber pedido el temario de las oposiciones, pero sé que no voy a tener cabeza para estudiar. Necesito distraerme, que el tiempo pase rápido y estudiando no lo voy a conseguir, por ello no he insistido más en ese tema.

A la mañana siguiente, cuando me levanto encuentro a mi lado una caja. Está envuelta en papel de regalo. Me siento en la cama y paseo la mirada por la habitación, sobresaltada. No he escuchado que entrase nadie. Me asusta que Alessandro o quien sea tenga la libertad de entrar y verme dormir sin ser consciente de ello. Abro el regalo y encuentro un maravilloso reloj. Es de oro y reconozco la marca de inmediato. Es muy caro. Observo que está en hora y pese a que por mi orgullo me gustaría rechazarlo y no aceptar nada de Alessandro Albani considero que lo necesito.

Antes de comer Nerea y Fábregas irrumpen en mi habitación cargados de cajas y las dejan ahí.

—Todo lo que pediste, reina —murmura ella antes de marcharse.

Fábregas me mira, pero no dice nada.

En cuanto desaparecen, siguen sin cerrar mi puerta con llave, abro las cajas. Son los libros y el material de pintura que pedí, pero todo viene multiplicado por tres.

Cuando Nerea aparece con la bandeja de mi almuerzo estoy en el suelo de la habitación rodeada de todo lo que ha llegado.

—Es mucho más de lo que pedí —le indico algo confusa.

—El jefe es muy generoso cuando te portas bien.

—¿Y yo lo he hecho? —pregunto con desconcierto. Hasta donde recordaba estaba castigada por haberme intentado fugar.

—Llevas dos días con la puerta sin pestillo y ni siquiera has intentado abrirla y asomar la cara al pasillo —revela.

Yo la miro en silencio y asiento mientras que asimilo que esta es la recompensa a todo ello. Nerea fija la mirada en mi muñeca y observa que llevo el reloj en ella.

—El reloj te lo quería dar el jefe —especifica.

—Lo encontré a mi lado en la cama cuando desperté —le indico algo confusa.

—Está muy ocupado últimamente, pasaría temprano y aún estabas dormida.

Me quedo callada, pensativa, asimilando que Alessandro Albani ha estado a mi lado mientras dormía.

—Esta tarde vamos a hacer una videoconferencia con tus sobrinos y familia —anuncia.

A mí me cambia el ánimo, me levanto del suelo y voy hasta ella, feliz.

—¿Cómo lo haremos? —pregunto, ilusionada.

—Como te dijo Albani, hemos sido su equipo quien se ha hecho pasar por ti estas semanas para que tu familia no sospechase nada. Le hemos dicho, o más bien tú le has dicho —rectifica —, que la cobertura en el piso que tienes alquilado es malísima. Ya has cambiado dos veces de

compañía, de ahí que te hayas llevado varios días sin internet y esta tarde ibas a ir a un bar para poder hacer una videoconferencia con ellos.

—Vale —murmuro mientras proceso toda la información. Solo quiero verlos, comprobar que están bien—. ¿La haremos aquí? —pregunto ansiosa.

—Abajo, sobre una pared blanca, en el gimnasio —especifica—. Yo estaré a tu lado en todo momento y Fábregas también. Ni una tontería —me advierte—. Les dirás que estás muy bien, estudias mucho y que te encanta el piso en el que estás. Luego simularemos mala conexión y cortaremos la comunicación, ¿entendido?

—Sí. Sí. —Haré todo lo que quieran.

—Si haces algo o dices algo que no debas tus sobrinos pagaran las consecuencias —me amenaza con dureza. Cuando escucho que nombra a mis sobrinos se me corta la respiración.

—Haré todo lo que me digáis —le indico con miedo.

—Bien. Haremos la conexión sobre las siete. Te veo luego.

Se marcha y me deja aterrada de miedo por la amenaza que ha vertido sobre mis sobrinos, sin embargo, al mismo tiempo, me siento feliz porque podré ver y saber de mi familia.

Apenas como, estoy tan nerviosa que no puedo probar bocado. Me mentalizo para no emocionarme y ponerme a llorar en cuanto vea a mi familia. Llevo casi tres semanas sin comunicarme con ellos. Sé que debo aparentar que lo he hecho por mensajes, pero va a costarme. Sin embargo, me estoy mentalizando para que esta prueba de fuego salga bien y ganarme un poquito la confianza del demonio, aquella que perdí por completo cuando intenté escapar.

Estoy nerviosa e impaciente cuando Nerea irrumpe en mi habitación y me pide que la acompañe. La sigo por toda la casa y me lleva al gimnasio, en su recorrido descubro un ala de esa inmensa mansión que desconocía.

Encuentro una mesa con un café y me indica que me siente. Encima de la mesa se encuentra mi teléfono. Lo reconozco al instante. Fábregas aparece y se sitúa frente a mí. Nerea lo hace a mi lado.

—Yo sostendré el teléfono —dice seria—. Recuerda, será algo breve, y ni una sola tontería —me advierte.

Asiento y espero que realice la llamada. No me deja tocar el teléfono. Observo que llama a mi hermano.

Cuando Carlos descuelga el teléfono me emociono. Está en casa de mis padres, reconozco el salón y los niños aparecen en cuanto él los llama. Se sientan en el sofá y luego mis padres se colocan detrás.

—¿Cómo estáis, mi vida? —les pregunto a mis sobrinos. Los echo muchísimo de menos. Se me pasa por la cabeza la idea de que puede que no los vea más, pero la descarto para no hundirme y ponerme a llorar.

—Te echamos de menos, tita. Queremos que vengas —gritan ambos a la vez.

—Yo también os echo de menos, pero tengo que estudiar mucho —me excuso.

—¿Cuándo vienes? —preguntan ansiosos.

—En unos meses, mis amores —les indico forzando una sonrisa y sorbiendo por la nariz, haciendo grandes esfuerzos por mantener el tipo.

—¿Qué tal todo, hermanita? ¿Solucionados los problemas de cobertura? Has estado un poco incomunicada —dice mi hermano.

—Sí. Probando con una y otra compañía. Espero dar con la adecuada —comento mirando a Fábregas. Él asiente en señal de que lo estoy haciendo bien.

—Hija, ¿cómo te va en el sur? ¿Te has adaptado a tu nueva vida? —pregunta mi madre.

—Esto es maravilloso, mamá. Justo lo que necesitaba. Mucha paz, tranquilidad y relax.

—Seguro que te sacas esas oposiciones a la primera —me anima mi hermano, y en su intento casi rompo a llorar, pero me contengo.

—Debería —apostilla mi padre—, si estudia ocho horas al día y no se distrae con otra cosa. —Él siempre ha sido muy estricto con los estudios.

—¿Cómo está Ana y el niño? —pregunto por mi hermana y mi sobrino.

—Muy bien. Te echan de menos —dice mi madre.

—Otro día los llamo. Tengo poca batería hoy —murmuro con pena, con intención de ir cortando la conversación como me indica Fábregas.

—Tita, mira —llaman mi atención mis sobrinos, me enseñan unos coches.

Me centro en ellos y aparto de mi rostro varias lágrimas con disimulo.

—Mis amores, os tengo que dejar. Otro día hablamos más. Estoy muy bien. Os echo de menos. Os quiero muchísimo a todos —me despido con pena y el alma rota.

—Lo vas a conseguir, mi niña —dice mi madre—. Todo esfuerzo tiene su recompensa.

—Gracias, mamá —me despido de ella.

Les tiro besos a todos con una mano y se corta la comunicación.

—Lo has hecho muy bien —dice Fábregas.

Lo miro y luego a Nerea, sentada a mi lado en silencio.

—¿Volveré a comunicarme con ellos? —pregunto esperanzada.

—Aquí las órdenes las da el jefe. Pero vas por buen camino si sigues comportándote como hoy —murmura Nerea. La miro y estoy a punto de echarle en cara que cómo no iba a tener un comportamiento ejemplar si me habían amenazado con mis sobrinos, pero evito disputas que no me permiten avanzar.

Vuelvo a mi habitación contenta y triste a la vez. Paso el resto del día en la cama, pensando en mi familia, nostálgica y llorando.

Me quedo dormida con la esperanza de que el demonio aparezca por mi habitación y me felicite por mi comportamiento y esto lleve a algún tipo de recompensa como volver a ver pronto a mi familia, pero no lo hace y lo echo de menos. Hace dos días que no lo veo y cada vez que la puerta de mi habitación se abre tengo la esperanza de que sea él. ¿Qué me pasa con este hombre? ¿El hecho de que no pueda sacarlo de mi cabeza se debe a que lo culpabilizo constantemente por mantenerme encerrada o hay algo más? ¿Por qué sus ojos verdes me persiguen en sueños? ¿Por qué intento imaginar su cuerpo desnudo? Y, sobre todo, ¿por qué me pregunto cómo será sentir un beso suyo? ¿Me atrae la maldad y lo prohibido o simplemente me atrae el mismísimo demonio que representa Alessandro Albani?

11

Entre la espada y la pared

Ha pasado una semana desde que hablé con mi familia, recibí los libros y los materiales para pintar y no he vuelto a ver a Alessandro Albani. He tenido un comportamiento ejemplar. Me he dedicado a la pintura, a leer y a hacer ejercicio en mi habitación. Por increíble que parezca los días pasan más rápido de lo que creía. La pintura está siendo mi gran salvadora. He acabado dos cuadros y estoy orgullosa de ellos.

Por mi habitación solo han aparecido Nerea y Fábregas. He estado tentada de preguntar por el demonio, pero no he sido capaz de invocarlo. No sé si se encuentra en esta casa, si está contento o enfadado conmigo. Lo cierto es que lo echo menos y pienso en él durante todo el día. No puedo sacármelo de la cabeza. Me azotan preguntas personales como si estará con alguien o si tendrá hijos. Pero lo que más intrigada me tiene son sus negocios. Saber a qué se dedica exactamente y porqué se rodea de tanta seguridad. Recuerdo que me dijo que el búnker en el que estuve no lo tenía porque le temiese a una tercera guerra mundial. ¿Qué clase de enemigos tiene este hombre que se guardaba las espaldas de tal manera?

Centrada en mi pintura, con las manos y la ropa manchada, me sobresalto de golpe cuando escucho que alguien entra en mi habitación de forma abrupta, sin llamar.

—Mi próxima petición al gran jefe será un timbre en la puerta —digo enfadada.

Cuando me giro de golpe, dispuesta a enfrentarme a Nerea o a Fábregas, me topo de lleno con Alessandro Albani frente a mí. De sus ojos verdes saltan chispas y su pose al mirarme es amenazante. Es evidente que está muy enfadado.

—No he hecho nada —me excuso con miedo y la voz cortada mientras el pincel que tengo en la mano se resbala de ella y cae al suelo.

—Había una persona que sí sabía la dirección del piso que tienes alquilado aquí —ladra fuera de sí, mientras se pasea delante de mí como un león enjaulado—. Me has mentido —brama. Está muy enfadado y me asusto.

—¡¿Qué?! —pregunto confusa, sin saber a qué se refiere exactamente.

—No tenemos tiempo, Melania —alza la voz—. Escúchame porque todo está en tus manos. —Lo miro con atención a la misma vez que el corazón me late muy deprisa—. Mandé a Fábregas a tu piso para que trajese todas tus cosas. Quería recompensarte por tu buen comportamiento —especifica, y consigue que lo mire con una sonrisa por ese gesto—, sin embargo, no contábamos con el hecho de que mientras él recogía tus cosas apareciese tu amiga Laura, armase un numerito al no verte por ningún lado del piso al no conocer a Fábregas, ya que tú no le habías hablado de él y no se explicaba por qué tenía todas tus cosas en cajas.

—Laura —susurro con los ojos muy abiertos y la boca seca mientras recuerdo que era la

única que sabía mi dirección y me dijo que vendría a verme.

—La misma —dice mirándome muy enfadado.

—¿Qué ha pasado con ella? —pregunto muerta de miedo.

—Fábregas la trae hacia aquí —me informa impasible.

—¿La vas a secuestrar también? —inquiero mirándolo más de cerca.

—No —niega de inmediato.

—¿La vas a matar? —pregunto con un hilo de voz.

—Eso va a depender de ti —me indica con frialdad.

—¿Qué tengo que hacer? —le ruego desesperada. Haré lo que me pida este demonio, lo que sea por la vida de mi mejor amiga.

—Fábregas no ha tenido más remedio que meterla en el coche, por las buenas —especifica— y convencerla de que estás bien. Le ha dicho que soy tu novio y su jefe y que ahora tú vives conmigo.

—¡¿Qué?! —pregunto de forma abrupta, con un grito ahogado, llevándome la mano a la garganta—. No se lo va a creer, Laura me conoce bien.

—No te preocupes, Fábregas miente muy bien —me tranquiliza—. Le ha dicho que nos conocimos en el supermercado, te ayudé con la compra y empezamos a quedar. Luego tú te caíste corriendo por el paseo, te lastimaste el brazo, y te traje a vivir conmigo para cuidarte. Vienen de camino —me indica.

—No se lo va a creer —insisto, desesperada.

—Todo dependerá de la interpretación que hagas delante de ella —manifiesta impasible—. La vida de tu amiga Laura está en juego —me recuerda.

Lo miro aterrada.

—¿Y qué se supone que debo hacer? —le exijo atacada. No puedo pensar. Siento que la cabeza me va a estallar.

—Comportarte como si estuvieses locamente enamorada de mí —dice con normalidad.

—¡¿Qué?! —grito de golpe.

—Y yo de ti, por supuesto —añade tan tranquilo—. Mantén la versión que le ha dado Fábregas a tu amiga. No podemos hacer otra cosa.

—No se va a creer que me haya vuelto loca por ti en tan poco tiempo —le espeto alterada.

—Llevas aquí más de tres semanas y más de un mes en Cádiz —me recuerda—. Será creíble si le pones empeño. He visto a mujeres caer rendidas a mis pies en cuestión de minutos —añade con prepotencia.

—Yo no soy como ellas —digo enfadada.

—De eso ya me he dado cuenta —replica. Me mira en silencio y pregunta—: ¿Aceptas o qué? —me increpa.

—Vale, vale —acepto de inmediato. Haré lo que sea por la seguridad de Laura.

—No te moverás de mi lado. No estarás a solas con tu amiga en ningún momento, bajo ningún concepto. Pégate a mí como una lapa o ella lo pagará —me amenaza—. Tu amiga viene con maletas, al parecer dispuesta a quedarse, le daremos alojamiento en esta casa por esta noche, para que se convenza de que estás bien y luego se marche y sea todo lo más normal. Espero toda

tu colaboración —me exige.

—Está bien —le indico aterrada de miedo. No puedo ni pensar. La cabeza me va a estallar.

—Procura mostrar en todo momento tu mejor sonrisa, y hacerle creer que eres muy feliz y estás locamente enamorada de mí —me recuerda con énfasis—. Esta noche, y las que tu amiga decida quedarse —añade, contrariado—, dormirás conmigo —anuncia.

—¡¿Cómo?! —Lo miro con los ojos muy abiertos.

—Ya te he dicho que no pienso perderte de vista. ¿Piensas que voy a arriesgarme a que en mitad de la noche acudas a la habitación de tu amiga, le cuentes la verdad y al día siguiente ella se vaya como si nada y avise a la policía? —argumenta—. Y no sería lógico que te encerrase —añade como si me hubiese leído el pensamiento.

—Pero… —Me quedo callada de golpe, no sé ni qué decir.

—Melania, no hay tiempo. —Consulta su reloj—. Tu amiga Laura estará aquí en menos de quince minutos —anuncia, y mi cuerpo tiembla por completo—. O aceptas lo que te propongo o llamo a Fábregas y le indico que coja otra ruta con ella. Créeme que para mí sería lo más fácil. —Me mira taladrándome con la mirada.

—¡No! —le suplico—. Haré lo que me dices. No me separaré de ti en ningún momento y la convenceré de que me he enamorado como una loca y me he venido a vivir contigo —resumo, desesperada.

—Confío en tu palabra, de lo contrario tu amiga sufrirá las consecuencias. —Asiento, temblando—. Deberás llevar el brazo en cabestrillo para que sea más creíble con tu amiga que lo tienes lastimado, según le dijo Fábregas.

—Vale —acepto de inmediato—. Pero cuando hablé con mi familia no lo tenía ni les dije nada —argumento de golpe, abrumada. Solo quiero la seguridad de todos ellos.

—Le diremos que no los querías preocupar para que no se presentasen aquí. Y que no les dijiste nada de mí a tu familia porque no entenderían la locura que has cometido por amor al venirte a vivir conmigo tan pronto —recita con calma—, pero seguro que Laura sí te entiende.

—Esto no va a salir bien —murmuro nerviosa mientras me limpio las manos y trato de ordenar mi mente.

—Más te vale que sí —me indica serio, dirigiéndome una mirada que hace que una fuerte corriente eléctrica me recorra todo el cuerpo.

—Intentaré que Laura se marche mañana mismo —murmuro apurada. Por ella y por mí.

Mi amiga estará segura fuera de esta casa y yo alejada de la cama de Alessandro Albani. Solo pensar en tener que compartir un mismo espacio con él, como es su habitación, me pone de los nervios. Por supuesto, no me pienso acostar con el demonio. Pero solo pensar en comportarnos como una pareja enamorada delante de Laura hace que tiemble todo mi cuerpo.

—Cámbiate, recibiremos a tu amiga juntos —ordena mientras fija la mirada en mi ropa manchada de pintura.

12

Tentación

Cuando salgo del vestidor Alessandro aún está en mi habitación. Lo encuentro inspeccionando mis dos cuadros terminados y el que estoy pintando sobre el caballete.

—Ponte esto —me indica con la mirada encima de la cama.

Encuentro un cabestrillo en color azul. Me acerco, lo cojo en mis manos y me pregunto en qué momento ha llegado. ¿Este hombre lo tiene todo a su alcance? Arma una película en dos minutos y cuenta con todo a su alrededor para montar la escena. Me deja sin palabras.

Intento colocármelo bajo la atenta mirada de él, que me observa en silencio desde la distancia y consigue ponerme nerviosa, pero no sé cómo hacerlo. Estoy demasiado alterada pensando que mi mejor amiga va a pisar el mismísimo infierno de este demonio y no sé si salga de este de rositas.

Alessandro se acerca a mí, me lo quita de las manos y me indica:

—Te ayudo. —Sentirlo tan cerca me hace temblar. Huele tan bien que me nubla los sentidos, y cuando me roza el cuello con sus manos y percibo su contacto me estremezco—. Listo —murmura cuando me lo ha colocado en un momento. Parece que lo hace a diario.

—Gracias —murmuro por educación, porque en realidad tengo ganas de matarlo.

Sus ojos se posan sobre los míos de una forma tan intensa que siento muchísimo calor.

—Recuerda no hacer movimientos con este brazo delante de tu amiga. Te he colocado el cabestrillo en el brazo izquierdo para que tengas más libertad de movimiento ya que eres diestra. —Lo miro y asiento en silencio. ¿Existe algo que a este hombre se le pase por alto? Me pregunto mientras lo miro. Consulta el reloj y me indica—: Vamos, están entrando en la propiedad.

Lo miro y suspiro con fuerza. ¿Seré capaz de llevar a cabo esta farsa? Laura me conoce tan bien… Camino detrás de Alessandro y nos dirigimos hasta la puerta principal de la casa. Salimos al porche y a lo lejos veo venir un gran todoterreno negro, el mismo en el que llegué yo. Distingo que Fábregas conduce y Laura viene a su lado en el asiento del copiloto.

En cuanto veo a mi amiga mi corazón se revoluciona y tengo que contener un par de lágrimas.

De repente, siento el contacto de la mano de Alessandro sobre la mía. Me la toma y entrelaza sus dedos con los míos. Miro nuestras manos unidas, sorprendida, y él me indica:

—Recuerda que estás loca por mí. —Tiene la mirada al frente y sonríe mientras me tiene la mano tomada con fuerza.

Lo miro desde la diferencia de altura que nos separa. Albani es muy alto y yo, no es que sea baja, mido un metro setenta, pero en zapatillas de deporte me saca una cabeza.

Laura se baja del coche y echa a correr hasta mí. Yo soy incapaz de moverme, parece que tengo los pies pegados al suelo.

—Mel, amiga —grita subiendo las escalinatas hacia mí. Ignorando por completo al hombre

que tengo al lado, me abraza de forma efusiva y me da dos besos—. ¿Pero qué te ha pasado? —pregunta con la mirada fija en mi brazo y luego observa con descaro a Alessandro—. ¿Me puedes explicar todo esto? —pregunta con una sonrisa fingida mientras me taladra con la mirada.

—Pasemos dentro —dice la voz del hombre que tengo al lado—. Alessandro Albani —se presenta a Laura extendiéndole la mano con su aire de superioridad.

Mi amiga le estrecha su mano y se queda mirándolo con admiración.

—Madre mía —murmura. Se vuelve hacia mí, se agarra del brazo bueno y me susurra en el oído mientras nos adentramos en la casa—: Me tienes que contar cómo lo conociste. ¡Joder, qué tío! Está buenísimo, y es rico —comenta con admiración mientras sus ojos se agrandan como platos al ver el interior de la casa.

Alessandro y Fábregas caminan delante de nosotras y se adentran en el salón. Los seguimos y los miro en silencio mientras que mi amiga está en su propio mundo admirando todo lo que nos rodea, ajena al peligro que nos acecha.

—Mel, qué susto me di cuando llegué a tu casa y descubrí a este tío —se refiere a Fábregas— recogiendo todas tus cosas y metiéndolas en cajas.

—Comenzó a pegarme por la espalda gritando qué había hecho con su amiga —comenta Fábregas.

Miro a Laura, sorprendida.

—No te conocía de nada. Te encontrabas en casa de mi amiga, recogías sus cosas con prisa y Mel no estaba por ningún lado —justifica Laura con la mirada clavada en Fábregas. Yo la miro en silencio y suspiro—. Pero luego me contó que estabas en casa de su jefe, no lo creí en un principio, pero ya recibí un mensaje tuyo en el que me decías que confiase en él y que me llevaría contigo.

—Un mensaje mío —murmuro con los ojos clavados en Alessandro. Él me dirige una sonrisa forzada y asiente.

—Bueno, ya estás aquí. Ponte cómoda —le ofrece Alessandro con un gesto de la mano.

Laura toma asiento en un sillón, yo lo hago en el sofá que está a su lado y para mi gran sorpresa el demonio se sienta junto a mí. Fábregas toma asiento en otro sillón frente a Laura. Ambos nos miran a las dos. Creo que Laura es la única que ignora la tensión que existe en el ambiente.

—Tenéis que contarme lo vuestro —anuncia mi amiga con ilusión, con la mirada clavada en Alessandro y en mí—. Hacéis muy buena pareja —comenta sin tapujos—. Mi amiga es una belleza, pero por dentro es aún más bella —le indica a mi supuesto novio—. Y tú eres increíble —murmura con descaro a Alessandro—. Comprendo que haya perdido la cabeza por ti. Espero que la hagas muy feliz, sino te mato —le indica, atrevida, y yo cierro los ojos y me llevo la mano a la cabeza.

No sabes a quién estás amenazando, pienso de inmediato. Alessandro le dedica una sonrisa seductora y sé que se ha ganado a mi amiga por completo.

—Que te diga ella lo feliz que es a mi lado —murmura con toda la poca vergüenza. Me toma de la mano y la lleva hasta sus labios. Deposita un beso en ella mientras que siento que mi corazón y mi estómago se revolucionan.

Carraspeo un poco y me aclaro la voz para decir la mayor mentira de toda mi vida.

—Aless es un hombre increíble. —Cuando lo llamo de esta forma ladea un poco la cabeza y me sonríe—. Es atento, caballeroso y tiene unos ojos que me atrapan cuando lo miro. Nos conocimos por casualidad en el supermercado, volvimos a coincidir, hablábamos todos los días por mensajes y luego cuando me caí se ofreció cuidarme en su casa. Lo nuestro fue un flechazo —reconozco de golpe, no sé cómo justificar que me haya venido a vivir con un desconocido a las pocas semanas de conocerlo cuando no lo hice con mi novio en varios años de relación—. Estamos muy bien —zanjo de golpe.

—Me alegro que hayas encontrado a un hombre así —comenta Laura con alegría.

La miro y tengo que forzar una sonrisa, mi interior grita que no he podido tener peor suerte. Es el mismísimo demonio y si Laura no sale de esta casa pronto puede que corra con la misma suerte que yo.

—¿Cómo que has venido sin avisar? —pregunto frotándome las manos, inquieta.

—Tu hermana me llamó por si sabía algo más de ti, pero no me hacías mucho caso a los mensajes. Ahora entiendo por qué —le dirige una mirada a Alessandro—. Hoy he aterrizado en el aeropuerto de Málaga y decidí pasar unos días contigo. Sería una sorpresa y resulta que la sorpresa me la he llevado yo —comenta con sorpresa.

—Mi familia no sabe nada de esto. —Alzo el brazo en cabestrillo—. Solo ha sido un esguince y no quise preocuparlos —le manifiesto. Luego miro a Alessandro y me dedica una sonrisa—. Por supuesto tampoco saben que Aless cuida de mí. Aún no he tenido tiempo de hablarles de él —le indico algo apurada.

—Ya me imagino. Este hombre debe de mantenerte muy ocupada —murmura Laura con cierta picardía.

Mis mejillas arden al imaginarme cualquier tipo de intimidad con Alessandro Albani. Parece percibirlo, me rodea los hombros con el brazo, me estrecha hacia él y me da un beso en el cabello.

—Mel es una mujer increíble —murmura. Cuando escucho en su voz que me llama Mel, como solo lo hacen mi familia y amigos más cercanos, el corazón me da un vuelco. En el timbre grave de su voz suena de forma maravillosa—. ¿Te quedas a cenar con nosotros? —la invita Alessandro.

—Por supuesto. He reservado este fin de semana completo para estar con mi amiga. Los siguientes meses de mi vida están hasta arriba. Si quieres podemos volver a tu piso estos días ahora que estoy yo para cuidarte, Mel —propone de forma espontánea.

—Esta casa es muy grande. Puedes quedarte aquí —le ofrece Alessandro de inmediato.

—No quiero molestar —le indica Laura.

—Ni yo separarme de la mujer que amo —suelta de golpe Alessandro. Me coge de la mano y la lleva hasta sus labios.

Siento que estoy en el mismísimo infierno y ardo por dentro. Las palabras de Alessandro y el contacto de su piel, sus labios, hacen que todo mi interior se revolucione por completo. Nunca había sentido un calor igual.

—¡Madre mía, este hombre está loco por ti! —grita mi amiga de alegría. Viene hasta mí y me

da un efusivo abrazo mientras que yo pienso que sí está loco, pero por tenerme secuestrada en la forma en que lo hace.

—¿Quieres ponerte cómoda? —le ofrece Alessandro—. Mel y yo vamos a darnos un baño, ya sabes, la tengo que ayudar con el brazo —justifica—. Podemos cenar los cuatro juntos —propone—. Fábregas, acompaña a Laura a la habitación de invitados, llama al mejor restaurante y encarga que nos traigan la cena para cuatro.

Advierto que la orden de Albani no le hace demasiada gracia a Fábregas. Lo mira con atención con una ceja alzada. Supongo que no le gusta ser la niñera de Laura.

Observo a mi amiga y la mirada que le dirige a Fábregas, la conozco, y ruego en mi interior que no se fije en él o estará tan perdida como yo.

Fábregas es alto, corpulento, atractivo y guapo. Un moreno de intensos ojos negros. Un hombre que atrae a cualquier mujer, con ese toque de misterio y peligro al igual que Albani. Se parecen mucho. Entiendo que sea su mano derecha. Si no fuese porque los ojos de Alessandro son impresionantes y me atraparon desde el mismo momento en el que los vi, otra cosa es que sea un completo demonio, diría que ambos están en igualdad de condiciones con respectos a sus atributos físicos visibles. Son dos hombres que deben de tener a mil mujeres haciendo cola por ellos. En varias ocasiones me he preguntado quién ocupará sus corazones, ya que dudo que estén libres.

Fábregas se levanta y le indica a mi amiga:

—¿Vamos por tus maletas al coche y te llevo hasta tu habitación?

—Por favor —le manifiesta ella. Se pone en pie y me guiña un ojo, sonriente.

—Nos vemos en un par de horas aquí mismo —dice Alessandro antes de que se marchen.

Fábregas y Laura desaparecen del salón mientras que yo suspiro, agobiada, tensa y nerviosa. Sigo sentada en el sofá con Albani a mi lado.

—¿Lo he hecho bien? —le pregunto exasperada. La situación me supera. No sé si vaya a aguantar que Laura se quede todo el fin de semana y pueda fingir todo el tiempo que Alessandro y yo estamos enamorados. Su cercanía me pone nerviosa, me altera y me hace sentir y pensar cosas que no debería.

—Fantástica —murmura mirándome—. Lo único que no me ha gustado es que me llames Aless —comenta con una medio sonrisa—. Es demasiado íntimo y personal. Nadie de mi alrededor se atreve a llamarme así —bromea, pero no le sigo el juego.

—Pues te aguantas —le suelto de golpe, furiosa—. Mientras que finjamos ser una pareja te llamaré Aless. Además, tú también te has referido a mí como Mel —le reprocho.

—Tu amiga te llamó así —justifica.

—Sí, pero ella sí puede. Es como una hermana para mí. Todos los que me quieren me llaman así.

—Bien, entonces mientras que finjamos querernos te llamaré así. —Se levanta, me extiende la mano y me indica—: Vamos a darnos una ducha y cambiarnos para la cena.

Rechazo su mano, me levanto sin problema, y lo miro seria.

Alessandro se da media vuelta y comienza a caminar en dirección a las escaleras. Lo sigo. Solo tengo ganas de refugiarme en mi habitación y rezar para que desaparezca la enorme

tentación que tengo de correr a la habitación de Laura y decirle que avise a alguien de lo que me está pasando y me ayude a salir de aquí.

13

Mariposas en el estómago

—¿Dónde vas? —escucho que me pregunta Alessandro, suena como un reproche, cuando subimos las escaleras y me dirijo en dirección a mi habitación.

—A cambiarme para la cena —le indico de forma abrupta. Parece que se haya olvidado lo que él mismo ha propuesto hace unos minutos.

—No te vas a separar ni un solo segundo de mi lado ni te voy a perder de vista mientras tu amiga esté en esta casa. ¿Queda claro? A mi habitación —ordena, serio y tajante.

—Todas mis cosas están aquí. —Le hago un gesto con la mano, señalando la puerta.

—Ya no. —Da dos pasos, se acerca a mí, me toma del brazo y me obliga a caminar junto a él hasta el fondo del pasillo.

Dos grandes puertas dan acceso a su habitación. Entramos y cierra de inmediato con llave.

—Para evitar tentaciones —murmura con los ojos posados en mí.

Me fijo en su inmensa habitación y descubro mis pinturas, mis libros y el caballete con el lienzo que estaba pintando esta mañana.

—¿En qué momento… —pregunto mientras pienso que hace escasamente una hora, cuando salimos de mi habitación, estaba todo allí y en estos momentos se encuentra en la habitación de Alessandro…

—Tengo a gente muy eficiente a mi lado, que trabajan rápido —responde serio.

Lo miro desconcertada. Desde que llegué a esta casa solo he tenido contacto con Nerea o Fábregas, no he visto a nadie más, sin embargo, siempre he pensado que una mansión como esta no se mantiene sola. Tampoco es que me imagine a Nerea ni a Fábregas haciendo las tareas del hogar.

—¿Dónde voy a dormir? —pregunto de golpe, cambiando de tema. Solo veo una cama.

—A mi lado. ¿No te parece una cama lo suficientemente grande? —pregunta como si nada.

Lo miro y cuando descubro que lo dice en serio fijo mis ojos en la cama. Es enorme. La más grande que haya visto en mi vida.

—No voy a dormir contigo —murmuro.

—Ya te lo dije. No te pienso perder de vista —comenta con pasividad.

—Pero si cierras la puerta con llave —justifico algo alterada, con un gesto de la mano hacia la puerta. Esperaba muchas cosas de él, menos dormir en su cama, a su lado.

—Vas a estar a mi lado y no hay más que hablar —dice rotundo. Mirándome, serio.

—¿También voy a tener que ir al baño de tu mano? —le espeto alzando la voz, enfrentándolo.

—Será al único lugar al que vayas sola. Estaré al otro lado de la puerta y solo usarás este baño —especifica—. Olvídate de acudir al aseo de abajo durante o después de la cena, o en cualquier otro momento, en compañía de tu amiga, como hacéis siempre las mujeres. —Lo siento como

una queja.

Camino hasta la cama y me dejo caer en ella, abatida. Siento que las piernas me fallan. Es demasiada la tensión acumulada. Suspiro, me llevo las manos a los ojos y trato de relajarme o se irá todo a la mierda y pondré a Laura en peligro.

—Voy a prepararte un baño de espuma. Necesitas relajarte —murmura. Alzo la mirada y me topo con los ojos verdes de Alessandro. Me sorprendo cuando leo en ellos un atisbo de compasión hacia mi persona.

Se da media vuelta y desaparece. Me deshago del cabestrillo y lo tiro encima de la cama, frustrada. Me paseo por la habitación y descubro un vestidor grandísimo en el que en una parte está mi ropa. Me acerco y descubro, asombrada, mientras la toco, que es la ropa que estaba en el piso que alquilé. Luego me dirijo hacia unas cajas que están abiertas y descubro mis apuntes, mi ordenador y cosas personales.

—Para que te sientas como en casa —escucho la voz de Alessandro a mi espalda. Cojo mi ordenador en la mano y lo miro, allí agachada en cuclillas—. Puedes usarlo. Solo que no tendrás conexión a internet —especifica. No me importa, me alegro de tenerlo. Existen carpetas con fotos de mi familia que podré ver cuando me sienta mal. Será una forma de sentirlos más cerca.

—¿Cuándo se vaya Laura volveré a la habitación que tenía? —pregunto con cierto temor.

—¿Piensas que me gusta tenerte aquí? Nunca utilizo esta habitación con ninguna mujer. Es un espacio demasiado personal que no soy partidario de compartir. Contigo me he visto obligado por las circunstancias —comenta concierto deje molesto.

Lo miro en silencio mientras, por alguna extraña razón, me siento una privilegiada.

—¿Puedo usar el baño? —pregunto. Necesito poner distancia. Alejarme de Alessandro Albani y aclarar mi mente. Desde que hemos entrado en su habitación lo he sentimos alguien más cercano, más humano y es algo que me asusta.

—Adelante —me indica con amabilidad—. La bañera está lista. Puedes pasar un buen rato allí —me anima. Lo miro en silencio y estoy a punto de darle las gracias, pero luego recuerdo que me tiene secuestrada, me doy media vuelta y me marcho en silencio.

Cuando entro en el baño descubro una bañera redonda enorme, con una gran ventana a su lado y unas vistas maravillosas de la propiedad. Recorro el resto del baño de mármol blanco, impoluto, y no doy crédito a tanto lujo. Cuando descubro una chimenea al lado de la bañera me llevo una mano a la boca. Esto es demasiado.

Sin perder más tiempo, me desnudo y me meto en el agua. Huele de maravilla y siento que mi cuerpo se envuelve en pura seda. Me recuesto y cierro los ojos dejando que la espuma acaricie mi piel. No deseo pensar en nada, solo quiero unos minutos de paz y relax sin que el nombre o el rostro del demonio me atormente.

Unos toques insistentes en la puerta hacen que abra los ojos de golpe. Me he quedado dormida en este maravilloso baño de espuma.

—¿Estás bien? —pregunta la voz de Alessandro abriendo la puerta y asomando la cabeza.

—Sí —contesto de inmediato, mientras procuro que todo mi cuerpo quede bajo el agua y la espuma.

—Lo siento. Tardabas mucho y toqué varias veces a la puerta —se disculpa. Algo que lo hace

más humano y que lo mire con interés.

—Ya salgo —le indico apresurada. He ocupado su baño por demasiado tiempo sin ser considerada en que él también necesitase usarlo.

—Está bien. Tranquila. —Se da media vuelta y desaparece dejándome espacio e intimidad.

Me envuelvo en un albornoz blanco, tan suave que lo siento como el abrazo de una madre cuando más la necesitas, me miro al espejo y me siento otra. Más calmada, con más energías y con la valentía suficiente para superar con éxito el tiempo que Laura pase en esta casa. Tengo una misión esta noche, conseguir que se vaya mañana mismo convencida de que estoy muy bien aquí.

Salgo hacia la habitación para dirigirme al vestidor y escoger algo para ponerme. En cuanto abro la puerta los ojos de Alessandro se posan en mí.

—Voy a vestirme —le indico.

—Te tomo el relevo, voy a darme una ducha. Yo seré más rápido —especifica. Se da media vuelta y desaparece en el baño.

Me dirijo al vestidor y miro la ropa, perfectamente colgada y planchada, mientras pienso que este hombre debe de tener a todo un ejército que trabaje para él en un tiempo récord. Es imposible que hayan hecho todo esto en la escasa hora que hemos estado abajo con Laura.

Finalmente me decanto por un vestido negro de punto, sencillo. Lo convino con unas botas altas en tono claro y cuando me miro al espejo me gusta el efecto. Me peino el pelo mojado con los dedos y voy de nuevo hasta la habitación. Cuando Alessandro salga del baño me secaré el cabello y me maquillaré un poco. Quiero que Laura me vea bien, radiante y feliz. Todo lo hago por ella, para que no sospeche nada. Lo último que deseo es ponerla en peligro y que se vea en mi situación.

De repente, la puerta del baño se abre y observo que Albani sale. Cierta taquicardia se apodera de mi corazón, la boca se me seca y siento mucho calor. Solo lleva una toalla envuelta de la cintura para abajo. Cuando descubro su impresionante torso, los brazos musculosos y su abdomen que no parece real de lo perfecto que es, tengo que sentarme. Madre mía. Este hombre está buenísimo. No puedo evitar el pensamiento mientras clavo la mirada en el tatuaje que lleva en medio pecho y se extiende hacia la mitad del brazo derecho.

Se pasea delante de mi vista y parece que lo hace a conciencia. Lo miro en silencio, ruborizada como una estúpida y reprendiéndome porqué me afecta tanto verlo así. Como si nunca hubiese visto a un hombre medio desnudo. Lo cierto es que nunca he tenido a uno tan cerca con todos los atributos que muestra Alessandro Albani.

—Voy a vestirme —murmura dirigiéndose al vestidor.

Cuando se da la vuelta observo un gran tatuaje que tiene en su espalda. Son dos serpientes, una frente a otra. Sacudo la cabeza y me voy al baño. Suspiro frente al espejo y descubro mis mejillas rosadas.

Sin dejar de pensar ni un solo segundo en el escultural cuerpo de Albani, me seco el pelo, me lo aliso un poco y me maquillo con esmero.

Cuando vuelvo a la habitación me espera a los pies de la cama completamente vestido. Lleva unos pantalones vaqueros oscuros y una camisa blanca que se sienta de maravilla. Está

guapísimo, arrebatador. Es la primera vez que no lo veo vestido de negro y debo de admitir que el blanco le da un toque de alguien más humano, lejos del demonio que es en la realidad.

—Lista —le indico algo nerviosa mientras lo miro con atención.

—El cabestrillo —me recuerda dirigiendo su mirada encima de la cama.

Cuando me lo estoy colocando se acerca a mí y me ayuda. La cercanía de Alessandro me altera aún más, su maravilloso olor impregna mis fosas nasales y cierto nerviosismo se apodera de mi interior sintiendo unas mariposas en el estómago que revolotean con demasiada intensidad. Alzo la mirada hacia él y me encuentro con unos ojos verdes que tienen un brillo especial y me atraen demasiado.

Una vez que el cabestrillo ha quedado perfectamente colocado Albani lleva una mano hacia mi mejilla tomándose el atrevimiento de acariciarla con mimo y suavidad. Estoy a punto de desmayarme. ¿Por qué siento esta debilidad y atracción por alguien como él?

—Estás muy guapa esta noche —murmura—. Vamos. —Me coge de la mano y salimos juntos de la habitación—. Tranquila, irá bien —augura mientras caminamos por el pasillo en dirección a la planta de abajo.

Lo miro de reojo y pienso: si tú supieses que lo que me tiene atacada por completo no es encontrarme con Laura y convencerla de que estoy junto a ti feliz y enamorada, sino las increíbles mariposas que siento en el estómago cada vez que te tengo cerca y me miras con la intensidad que lo haces. ¿Qué clase de persona soy que se siente atraída por su secuestrador? Me pregunto con miedo. Debería despreciarlo y temerle, en vez de desear que me estreche junto a él y me bese.

14

El beso del demonio

Pasearme por la casa de Alessandro Albani de su mano me resulta inquietante.

Cuando llegamos al salón está vacío, ni Laura ni Fábregas han llegado aún. Alessandro no me suelta de la mano y ambos esperamos de pie a que aparezcan los demás. De repente, Alessandro se gira hacia mí y me acaricia la mejilla de nuevo. Se inclina un poco y susurra en mi oído:

—Abrázame. Que tu amiga nos encuentre en actitud cariñosa cuando entre. —Alzo la mirada y lo observo en silencio, desconcertada—. Recuerda que estamos muy enamorados —murmura con una medio sonrisa, como si disfrutase con todo esto.

Lo abrazo algo reticente, sin entusiasmo, acaricia mi pelo y luego se inclina hacia mí y me da un beso en la mejilla, muy cerca de la boca, rozando la comisura de los labios.

—Perdón —escucho de golpe la disculpa de mi amiga.

Doy un paso atrás y me alejo de Alessandro, alterada por su cercanía y su contacto. De forma involuntaria me llevo la mano a la mejilla que me acaba de besar.

Miro a Fábregas y lo encuentro un par de pasos por detrás de Laura, con la mirada clavada en mí y en su jefe. Creo que no le hace mucha gracia toda esta situación.

—¿Ha llegado la cena? —le pregunta Alessandro a Fábregas.

—Está todo listo —le indica.

—Bien, pasemos al comedor —propone Albani.

Me coge de la mano de nuevo, siento que me estremezco con su contacto, y caminamos detrás de Fábregas hasta llegar al comedor.

—Tienes una casa impresionante, Alessandro —comenta mi amiga.

—Gracias.

—¿Es heredada? —pregunta Laura con interés.

—No. Todo es esfuerzo de mi trabajo —le indica con orgullo.

—¿A qué te dedicas? —pregunta de golpe, y yo estoy a punto de abalanzarme sobre ella y taparle la boca. La miro con terror mientras pienso: no preguntes eso o estarás tan perdida como yo.

—Tengo varios negocios —dice Albani como si nada.

—¿De qué? —pregunta con curiosidad mientras yo me quiero morir.

Alessandro nota la tensión a través del contacto de mi mano. Me ayuda a sentarme en la mesa y se queda detrás de mí con las manos posadas en mis hombros.

—Varias discotecas, pubs, restaurantes e inversiones en inmuebles —revela con naturalidad.

—¿Dónde tienes las discotecas? —pregunta con interés. A Laura le encanta salir de fiesta.

—Aquí, en Madrid, Barcelona, Valencia, Ibiza y La Coruña.

—Vaya —murmura sorprendida—. Podríamos ir a la de aquí después de cenar los cuatro —

propone de golpe.

—Está en remodelación. En otra ocasión —le indica Albani de inmediato, con calma, mientras pienso que este hombre es un genio de la interpretación. No se altera por nada.

Fábregas, sentado frente a mí y al lado de Laura, me dirige una mirada seria. En la que interpreto que quiere que pare a mi amiga.

—Laura, cuéntame qué tal tu último viaje y los próximos. Ella siempre está viajando —les indico a Alessandro y Fábregas a modo de crear una nueva conversación, mi amiga se olvide de la vida de Albani y deje de hacer preguntas.

—Acabo de llegar de Nápoles. Qué cuidad más bonita. Igual tú la conoces, Alessandro. Eres italiano, ¿verdad? Aunque no tienes acento para nada. —Suspiro agobiada en mi intento infructuoso de que se olvidase del demonio.

Alessandro ha tomado asiento en la cabecera de la mesa. Estoy a su derecha y lo miro seria. Él me hace un gesto de asentimiento en el que me transmite que me calme. Toma mi mano entre la suya, la sostiene encima de la mesa y dice:

—Nací en España, pero mi padre y toda su familia eran italianos. No conozco Nápoles, pero me encantará que me indiques qué es lo que más te ha gustado para llevar a Mel algún día. —Me mira y me sonríe con naturalidad. Ante tal gesto de cariño, aparte de descubrir que sabe sonreír sin forzar los labios ni usar una mirada dura, mi corazón da un vuelco y las dichosas mariposas vuelven a aparecer en mi estómago mientras me recuerdo, enfadada conmigo misma, que todo forma parte de una magistral actuación.

Cuando Laura hace un gesto para sacarse el móvil del bolsillo de la chaqueta se da cuenta de que no lo tiene.

—Oh, he debido dejar el móvil en mi habitación. Luego os enseño fotos. Nápoles es maravilloso.

—¿A qué te dedicas? —se interesa Alessandro.

—Soy publicista y diseñadora gráfica.

—¿Te gusta tu trabajo? —pregunta Fábregas.

—Me encanta. Me permite tener la vida que siempre he soñado. Teletrabajo desde mi casa, cambio de piso y de ciudad cada vez que se me antoja y puedo viajar con frecuencia si me organizo bien.

—Fábregas, quédate con el teléfono de Laura por si un día necesitamos de sus servicios para alguna de nuestras empresas —le indica Albani. Fábregas solo asiente.

—Luego te lo doy —dice Laura con una sonrisa mientras mi mente piensa: no lo hagas, te lo van a hackear y revisar todo, eso si no lo han hecho ya.

—¿Cuáles son tus próximos planes, amiga? —pregunto mientras dos personas, a las que desconozco, uniformados, nos sirven la cena.

—Madrid. Voy a alquilar un piso en la capital. Me apetece pasar una temporada allí.

—¿Y tu próximo viaje? —me intereso mientras le grito en silencio: vete lejos.

—Lisboa y Manchester —revela con entusiasmo.

—¿Haces estos viajes sola? —pregunta Fábregas.

—No. Con amigas y compañeras de trabajo.

—Laura tiene amigos y conocidos por todo el mundo —les indico.

Alessandro le pregunta a mi amiga por otros lugares que haya visitado y entablan una conversación sobre sitios en los que han ido ambos y exponen sus diferentes puntos de vista mientras que Fábregas y yo permanecemos en silencio. Nos limitamos a comer la exquisita comida italiana que tenemos delante.

Cuando hemos acabado con los postres, Alessandro propone tomarnos algo en el salón. Mientras nos encaminamos hacia la estancia, me lleva tomada de nuevo de la mano, me acerco a él y le susurro:

—¿Te has propuesto ser el perfecto anfitrión? Podrías haber terminado ya con la cena —me atrevo a reprocharle.

—¿Tan impaciente estás por compartir mi cama? —Me dirige una amplia sonrisa mientras que casi me paro en seco y me desmayo al sentir su penetrante mirada.

Miro a Laura y la encuentro charlando animadamente con Fábregas.

Nos sentamos en el salón y Alessandro es el encargado de preparar unas copas. Cuando me entrega una para mí la declino con un gesto de negación de la cabeza, pero me indica:

—Bébetela, te hará bien.

Miro la copa y le susurro:

—¿Intentas drogarme o emborracharme?

Se inclina hacia mi oído y dice:

—Permíteme que te recuerde que puedo hacer contigo lo que me plazca. Hasta el momento creo que no debes de tener quejas. Te he tratado como a una reina.

Aparto la mirada de él y bebo de la copa que tengo entre mis manos. Para mi gran sorpresa está buenísima, o es como Alessandro me acaba de decir; la necesitaba.

Escucho de refilón que Laura le dice a Fábregas:

—Se nota que están super enamorados.

Me bebo la copa de tirón y deseo emborracharme hasta perder la cordura.

—Laura, ¿te marchas mañana? —le digo de golpe. Necesito que se vaya de esta casa cuando antes, por varias razones.

—Bueno… Yo había pensado quedarme todo el fin de semana. Hasta el lunes no tengo que trabajar, pero si estorbo… —murmura mirando a Alessandro.

—Para nada. Puedes quedarte hasta el domingo. Las amigas de la mujer que quiero siempre serán bien recibidas en mi casa —dice Alessandro llevándose la copa a los labios y mirándome.

Estoy a punto de desmayarme cuando lo escucho, por dos razones; por su ofrecimiento a mi amiga y oír decirle que me quiere, sé que es mentira, pero me impacta y me ha puesto la piel de gallina.

—Estupendo, me quedaré hasta el domingo a mediodía —resuelve Laura con una enorme sonrisa. Mira a Fábregas y luego a mí.

—Lo celebro —le indica Alessandro, que alza la copa y brinda en la distancia con ella. Yo los miro a ambos y estoy a punto del colapso—. Mañana haremos una barbacoa en el jardín —propone con entusiasmo mientras yo intento imaginarlo asando una carne que no sea de las personas que mata.

Cierro los ojos y me paso una mano por la cabeza, agobiada.

—Cariño, estás agotada. —Cuando escucho que me llama cariño y me acaricia la pierna estoy a punto de que me dé un infarto—. Creo que debemos marcharnos a la cama —propone y noto cierto tono especial cuando nombra la cama que me hace levantar la mirada, fijarla en sus intensos ojos verdes y taladrarlo con los míos.

Respiro hondo, cojo fuerzas mientras que clamo paciencia al cielo y digo aparentando amabilidad:

—Sí. Me duele un poco el brazo y estoy cansada.

De inmediato, Alessandro se pone en pie y me ofrece su mano. Lo miro en silencio y se la tomo.

—Yo también estoy cansada del viaje. Mañana será otro día —dice Laura.

Salimos los cuatro del salón y Fábregas se despide. Para mi sorpresa no sale por la puerta de la entrada. Sigue el pasillo en dirección a la cocina.

Alessandro, Laura y yo subimos las escaleras y acompañamos a mi amiga hasta la puerta de su habitación. Luego nos encaminamos hacia la nuestra, al fondo del pasillo. Pero antes de entrar Alessandro se para, me toma por la cintura con ambas manos y me acerca a él. Tiemblo cuando siento su cuerpo tan cerca del mío. ¿Qué está haciendo? Cuando estoy a punto de alejarlo de mí, se inclina sobre mi oído y susurra:

—Tu amiga nos mira. Démosle la última imagen del día de una pareja enamorada.

De golpe, se apodera de mi boca y me besa. Me obliga a abrir los labios y termino correspondiéndole al beso sin saber cómo. Descubro que no solo tiene el cuerpo de un verdadero dios, también besa como un dios. Jamás me habían besado así. Me estremezco de todo lo que me hace sentir. Millones de mariposas aparecen por mi estómago y el cuerpo entero. Mi mente me grita que me aleje de él y pare ese beso. Pero no puedo, es algo adictivo. Su sabor es maravilloso y su boca se mueve con gran maestría.

15

En su cama

Cuando siento que la boca de Alessandro se separa de la mía y sus manos abandonan mi cintura casi me tambaleo. Lo miro con el corazón desbocado y la respiración alterada.

—Ya se ha ido tu amiga —me indica como si nada, abre la puerta y me hace un gesto para que lo siga.

Lo observo, completamente aturdida, sintiéndome como una tonta marioneta en sus manos, y descubro que él está como si nada. ¿Pero a este hombre no le afecta nada? O puede que el beso le haya resultado el más insignificante e incómodo de su vida.

—¿Por qué me has besado? —le increpo, alterada.

—Para hacer más real lo nuestro. ¿No crees que sería poco creíble a los ojos de tu mejor amiga que una pareja que se enamora en tan poco tiempo no se haya dado ni un solo beso desde que ella llegó?

—Vale, lo que sea para que Laura se vaya cuanto antes convencida de lo nuestro. —Intento no pensar en el tema.

—¿Te ha resultado incómodo? —pregunta con interés, con la mirada fija en mí.

Lo miro algo desconcertada. No esperaba que me preguntase algo así. ¿Y ahora que le respondo a este tío? ¿Y si le miento, le digo que sí y le hiero su ego y toma algún tipo de represalia?

—Quizá para ti lo haya sido más que para mí. Seguro que tienes a alguien a quién darle explicaciones. —Lanzo de golpe y evito contestarle de forma directa. Sonrío sintiéndome victoriosa por tan buena salida ante su pregunta incómoda.

—No soy un hombre de dar explicaciones —manifiesta serio y rotundo.

—Ya. La mujer que esté a tu lado estará acostumbrada a soportar todo —aventuro y le muestro una sonrisa forzada.

—No hay ninguna mujer a mi lado. Deja de decir tonterías —ladra, enfadado.

—¿Me vas a decir que un hombre como tú no tiene quién le caliente la cama? —suelto de golpe, mirándolo con furia. Ni yo misma entiendo qué me pasa ni porqué he reaccionado así.

—Por supuesto. Esta noche tú estarás en ella. —Me mira de forma desafiante y hace que me tiemble todo el cuerpo.

Da un par de pasos y camina hasta la cama. Junto a ella, comienza a desnudarse mientras que yo lo miro con la boca abierta. ¡No puede ser verdad! Se queda en bóxer, unos en color negro, de marca, cara, que se ajusta perfectamente a su anatomía y deja visible lo bien dotado que está.

Cuando me dirige una mirada aparto la mía de golpe, avergonzada.

Se mete en la cama, se sienta reposando la espalda sobre el cabecero y se tapa. Se cruza de brazos y me mira en silencio durante unos segundos que a mí me parecen una eternidad.

—Ve a ponerte un pijama y te quiero en la cama ya —ordena.

—No. No pienso dormir contigo —le dejo claro, mientras me arranco el cabestrillo, enfadada, y lo tiro al suelo.

—Ni yo discutir contigo, Melania. Es lo que hay —zanja alzando un poco la voz.

—Puedo dormir en el suelo —propongo.

—¿Vas a hacer que me levante y sea yo mismo quién te meta en la cama? —me amenaza de forma severa.

Lo miro con la respiración alterada. Es muy capaz de hacerlo. Algo me dice que no está acostumbrado a que lo desobedezcan. Chasqueo la lengua y me la muerdo para no soltarle todo lo que bulle en mi interior. Si no fuese porque Laura está en esta casa y puede que ella pagase mis actos se iba a enterar Alessandro Albani, me tiene cansada de tantas órdenes.

Me doy media vuelta y me encamino al vestidor, cojo un pijama y me voy al baño bajo la atenta mirada en silencio de Alessandro, que parece disfrutar de todo esto.

Cuando salgo, con una gran furia interior que intento controlar, me dirijo a la cama del demonio y me siento en ella.

—Ahora túmbate y a dormir —ordena.

Me echo en la cama con miedo y me quedo en el filo. El colchón es tan grande que entre Alessandro y yo caben dos personas más. Lo miro en silencio y luego aparto los ojos de esa mirada verde ardiente.

Se acerca a mí y me arropa. Cuando lo siento tan cerca trago con dificultad.

—Duerme tranquila. Puedo ser muchas cosas, pero cuando estoy con una mujer me gusta que me corresponda con ganas, nunca he obligado a ninguna —me susurra en el oído. Se aparta de mí, apaga la luz y me da la espalda.

Suspiro en silencio y cierro los ojos, trato de dormir y olvidar que estoy en su cama, pero el beso que nos hemos dado no se quita de mi mente. Aún tiemblo cuando pienso en él. Su sabor permanece en mi boca y su olor está impregnado en mis fosas nasales. ¿Qué me pasa contigo Alessandro Albani? ¿Por qué cuando me tocas y me miras pierdo toda mi voluntad y olvido el demonio que realmente eres? ¿Por qué deseo volver a besarte? ¿Por qué siento esto que jamás he sentido por nadie? ¿Por qué tú? Lamento.

Doy mil vueltas en su cama, trato de conciliar el sueño, pero no puedo. Tengo a mi lado al hombre que me ha secuestrado, amenazado y besado como ningún otro antes. Mis sentimientos son un completo caos.

Cuando me despierto, estoy abrazada al pecho desnudo de Alessandro Albani. Abro los ojos por completo y doy un respingo para apartarme de él. Lo miro medio desnudo y luego me miro a mí. Me tranquilizo al ver que llevo el pijama puesto. Intento calmarme mientras que me recojo el pelo y paso mis manos por los ojos.

—¿Has dormido bien? —pregunta en la misma posición en la que lo he dejado.

—Eh… No sé, un poco —murmuro, confusa.

—Te mueves mucho —se queja—. Y hablas en sueños.

—¡¿Qué?! —Nunca nadie me ha dicho que lo hiciese—. ¿Qué dije? —pregunto con interés.

—Cosas sin sentido —comenta despreocupado. Se sienta en la cama y me mira—. ¿Ha sido

tan malo dormir en mi cama? —pregunta.

—Hace mucho que no dormía con nadie —murmuro, nerviosa.

—¿De verdad? —pregunta con interés.

Lo miro y maldigo por haberle dado esa información.

—No te importa —le indico abrumada—. ¿Qué es lo que me espera hoy? —inquiero con pesar.

Anoche con las emociones a flor de piel debido al beso que me dio perdí el norte y no le reprendí por aceptar a la primera que Laura se quedase todo el fin de semana.

—No vamos a salir de la propiedad —deja claro— Daremos un paseo y haremos una barbacoa.

—¿Vas a asar la carne tú? —pregunto de golpe.

—Por supuesto. ¿Lo pones en duda? —pregunta, ofendido.

—No sé… Me resulta difícil imaginarte en un ámbito en el que hagas algo y no des ordenes —me atrevo a manifestar.

—Hoy mismo lo comprobarás —murmura. Sale de la cama de un salto. Yo fijo los ojos en su culo, y se mete en el baño.

Cuando me quedo a solas sonrío cuando pienso que tendré unos minutos a solas con Laura mientras Alessandro hace la barbacoa. Tengo que pedirle que se vaya de aquí hoy mismo. Por supuesto, no le voy a contar nada de cómo llegué aquí realmente, pero necesito ponerla a salvo.

16

El perfecto anfitrión

Cuando Alessandro sale del baño ya estoy vestida y preparada para afrontar un día difícil.

Me he peinado y maquillado un poco en el vestidor para tener un buen aspecto físico. De ropa he escogido unas mallas y una sudadera ancha. Si vamos a estar en casa y hacer una barbacoa quiero estar cómoda.

Aprovechando que Alessandro entra en el vestidor para vestirse, paso al baño, hago mis necesidades y me coloco el cabestrillo frente al espejo, en la intimidad. No quiero volver a sentir su respiración cerca de mí, y menos cuando estemos solos. El beso que nos dimos anoche no puedo sacarlo de mis pensamientos. Me persigue y cuando tengo al demonio cerca no puedo evitar mirar su boca y soñar con ella por todo mi cuerpo.

Espero a Alessandro sentada en la cama. Cuando sale del vestidor lo admiro. Lleva un chándal negro que le sienta de maravilla. Lejos de sentirlo de mal humor por tener que soportar este fin de semana a mi amiga en casa y hacer todo este teatro, lo noto diferente, como si disfrutase con la situación.

—Vamos a desayunar.

Lo sigo mientras que abre la puerta con llave. Camino, alejada de él ya que no quiero que me coja de la mano, no quiero sentir su contacto.

Vamos directos a la cocina y allí encontramos a Fábregas y Laura, ambos hacen el desayuno. Los miro con sorpresa, pero no digo nada.

La mesa esta puesta, con los zumos y la fruta servidos. Alessandro comienza a hacer el café mientras me indica:

—Siéntate, Mel. Tú estás lesionada —me recuerda.

De repente, Laura se sienta a mi lado y me abraza.

—Te encuentro diferente —aprecia, mirándome a los ojos—, pero maravillosa en sí.

—¿Cómo te gusta el café, Laura? —le pregunta Alessandro.

—Con leche.

Sin dejarnos margen de cruzar una palabra más, Fábregas se sienta al lado de mi amiga en la mesa.

—¿Has descansado bien? —le pregunto.

—Sí. Esta casa es una pasada. ¿Te vas a quedar aquí o cuando te recuperes volverás al piso de alquiler? —me pregunta Laura con interés.

—Bueno… —titubeo—. Es algo que tengo que hablar con Alessandro.

—¿Vas a dejar escapar a mi amiga? —le pregunta Laura, con una gran sonrisa.

—Creo que me gusta demasiado tenerla cerca todo el día. Dudo que la deje marchar —comenta mientras me mira de una forma intensa.

Miro hacia el café que me acaba de poner por delante y me centro en mover la cucharilla.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunta Laura.

—Puedes ir con Fábregas a recoger la carne para hacer la barbacoa mientras que Mel recibe el masaje del fisioterapeuta que llega en una hora —propone consultando su reloj. Mientras que lo miro y suspiro. No tiene límites con sus mentiras—. Luego podemos dar un paseo por la propiedad y pasaremos el resto del día comiendo y bebiendo.

—Me encanta el plan —dice Laura mientras intento untarme la tostada con una sola mano, con poco éxito.

—Mi amor, yo lo hago —murmura Alessandro a mi lado, coge el pan en su mano y le unta la mantequilla.

Me da la tostada y me sonríe al hacerlo. Observo que Laura lo mira embobada.

—Me encanta cómo te cuida —murmura admirándonos a ambos.

En cuanto terminamos de desayunar Fábregas le indica a Laura:

—¿Nos vamos? —Estoy a punto de impedir que se vaya con él. Sé que es una táctica de Albani para alejarla unas horas de mí y mi amiga ha caído de lleno en la trampa ya que se nota a leguas que le gusta Fábregas.

—Sí. —Laura se levanta y se marcha con el hombre de confianza de Alessandro.

—No le va a pasar nada, ¿verdad? —le pregunto en tono de súplica en cuanto nos quedamos solos—. Me estoy portando muy bien —le recuerdo.

—Tranquila, tu amiga volverá con Fábregas sana y salva. Todo va bien.

—No sospecha nada. Cree que estamos muy enamorados —añado.

—Aún queda superar el día de hoy. Procura ser más atenta y cariñosa conmigo en presencia de tu amiga —me exige. Yo lo miro con una ceja alzada—. Ambos queremos que Laura se marche mañana de aquí completamente convencida de lo nuestro.

—¡Eres un completo demonio! —le grito de golpe, sin poder contenerme. En cuanto lo hago, ha sido un impulso, me quedo callada de golpe y lo miro con miedo.

—Procura mantener contento a este demonio —me indica sonriente. Se acerca a mí, me da un beso en la mejilla y se marcha.

Desconcertada, me quedo sola en la cocina, sin saber qué hacer. Al cabo de varios minutos aparece Nerea. Le aprecio cara de pocos amigos. Ha debido de dormir mal. No dice nada, comienza a servirse un café en silencio mientras me mira seria.

—¿Te toca el turno de ser mi niñera? —pregunto con cierto tono molesto.

—Solo obedezco órdenes —puntualiza.

—¿Vives en esta casa? —pregunto por entablar una conversación con ella.

—No te importa. Mientras menos sepas, mejor —dice de forma despectiva. Hoy le encuentro diferente. Me mira como si me odiase.

—No te quejes, tú solo haces tu trabajo, soy yo la que está aquí encerrada —le recuerdo. Yo debería de estar de peor humor que ella.

—Le estás dando demasiadas molestias al jefe —lanza con rencor—. ¿Estás contenta? Ya te has metido en su cama —ladra mientras me dirige una mirada furiosa.

De inmediato, llego a la conclusión de que Nerea actúa como una mujer celosa. Ignoro si ha

tenido algo con Alessandro, pero me queda claro que siente algo por el jefe. Suspiro, agobiada. Ahora ella me ve como a una enemiga y no me interesa tener enemigos en esta casa. Una mujer en la que un principio pensé que me podía ayudar.

—Solo cumplo órdenes —le recuerdo—, al igual que tú. Quizá a ti te guste la cama del jefe, yo acudo a ella para proteger la vida de mi amiga y la mía propia —escupo entre dientes.

—Eres la primera mujer que entra en su habitación y pasa la noche en ella —comenta con desprecio.

—Pues pórtate mal, igual te impone el mismo castigo. —Alzo la voz, me coloco en pie y la encaro. Ya estoy harta.

—¿Todo bien? —nos interrumpe la voz de Albani. Nos mira a Nerea y a mí en silencio.

—Sí —dice Nerea de inmediato.

Alessandro me mira en silencio, a la espera de que sea yo quién se lo confirme.

—¿Puedo salir a que me dé el aire un poco? Necesito despejarme —le solicito al jefe con cierto tono crispado.

Alessandro asiente y murmura:

—Vamos. —Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga.

Salimos por la puerta de la cocina al exterior. Suelto mi brazo del cabestrillo y camino sin mirar atrás, aunque siento que me sigue.

—¿Qué te pasa? —murmura a mi espalda después de un rato caminando en silencio.

—Nada —suelto de golpe, en un tono seco.

De repente, siento que Alessandro tira de mi brazo, hace que me gire y quede de cara a él.

—No me ocultes nada —murmura en tono de una orden.

¿Pero este hombre sabe pedir algo por favor? Pienso al mismo momento que intento deshacerme de su agarre, pero no lo permite.

—Nerea no está muy contenta con el hecho de que duerma en tu cama —le suelto de golpe, enfadada.

—Aquí las órdenes las doy yo —me indica en tono serio.

—Pues recuérdaselo a tu empleada —le espeto con rabia.

De repente, escuchamos que un coche se acerca. Son Fábregas y Laura. Siento un gran alivio al ver regresar a mi amiga de nuevo.

—Colócatelo —me recuerda Alessandro mientras me ayuda con el cabestrillo—. Y ahora dame un beso —exige de golpe.

—¿Qué? —pregunto mirándolo desconcertada.

—¿No me has entendido? —pregunta en tono amenazante.

Me inclino sobre el demonio y le doy un beso en la mejilla. Cuando mis ojos se cruzan con los de él su mirada arde. Me acerca con brusquedad y se apodera de mis labios. Le correspondo porque Laura y Fábregas deben de estar viéndonos. Sin embargo, no sé a quién trato de engañar. Estaba deseando este segundo beso, al que le correspondo completamente entregada.

—Vaya, sentimos interrumpir —escucho la voz de mi amiga cerca y de inmediato me separo de Alessandro—. Ya tenemos todo para la barbacoa —nos indica alzando las bolsas que lleva en sus manos.

—Vamos a llevarlo a aquella zona del jardín —le indica Fábregas.

Yo permanezco al lado de Albani, aún me tiene agarrada por la cintura y me mira de una forma intensa.

—Vamos con ellos —le suplico en un susurro. Se lo piensa por unos segundos, luego me toma de la mano y nos encaminamos juntos cerca de la gran barbacoa y unas mesas próximas en el jardín.

En cuanto Alessandro y Fábregas comienzan a encender la barbacoa aparece Nerea. Albani la presenta como una prima y se sienta con Laura y conmigo mientras ellos están pendientes de hacer la comida. Mi oportunidad de estar a solas con Laura se frustra. Cómo no lo pensé antes. No existe nada que se le pase por alto a Alessandro Albani. Cuando yo voy, él ya ha ido y venido unas cuantas veces.

Como todo un maestro, Alessandro se encarga de crear un ambiente perfecto en el que casi yo misma estoy a punto de pensar que somos unos amigos reunidos. Descubro que tiene buena mano en la cocina y que cuando se relaja puede llegar a ser alguien humano.

Ha estado todo el tiempo pendiente de mí. Me ha dirigido miradas cómplices, se ha encargado de cortarme la carne y de darme algún que otro mimo y abrazo delante de mi amiga. Cuando lo hacía observaba la cara de Nerea y podía apreciar lo mal que le sentaba.

Comienza a hacer frío tras la comida y decidimos ir dentro, al calor de la chimenea, donde pasamos el resto de la tarde entre charlas de viajes y copas. Nerea desaparece en cuándo entramos en el salón. Ya no hace falta que me vigile. Sin embargo, Fábregas y Alessandro están de lo más animados. No dejan de beber junto con Laura. Yo solo me he tomado dos copas y ya estoy un poco achispada.

Alessandro y yo nos retiramos a dormir, sin embargo, Fábregas y Laura se quedan tomándose la última copa juntos en el salón.

De camino a la habitación del demonio, me lleva la mano echada por lo hombros, murmura:

—Estoy orgulloso de ti. Hoy te has comportado como esperaba.

—Laura se irá mañana y seguirá con su vida, ¿verdad? —inquiero con miedo. Espero que todo mi esfuerzo vaya valido de algo.

Alessandro asiente con un gesto de la cabeza, pero lo creo.

—Hoy he sido muy buena —comento con cierto tono meloso—, ¿no podría dormir en mi habitación y cierras con llave? —le propongo esperanzada.

—¿Intentas aprovecharte de mí? —inquiere con una ceja alzada mientras me mira con atención en medio del pasillo. Ha detenido el paso.

—¿Cómo? —pregunto sin saber qué quiere decir.

—Me he tomado unas cuántas copas, Melania, pero conservo todas mis facultades. Hace falta mucho alcohol para que Alessandro Albani no recuerde lo establecido. Que me haya comportado con tu amiga como un perfecto anfitrión no quiere decir que lo siga siendo contigo.

Suspiro y pierdo todas las esperanzas de que acceda a mi petición. Lo miro y vuelvo a ver al mismísimo demonio en él.

17

Adiós, Laura

Entro en la habitación de Alessandro y pienso que es la última noche a su lado. Imagino que tendrá una larga lista de mujeres más que dispuestas a ocupar mi lugar y en estos momentos puede que sea una privilegiada al tener acceso donde nadie lo ha tenido hasta el momento.

En silencio, cada uno nos colocamos el pijama, yo en el baño y él en el vestidor. Nos metemos en la cama y nos miramos como una pareja que lleva años compartiendo lecho, y en ese momento pienso que igual esta situación para él supone el mismo sacrificio que para mí. Me ha metido en su cama solo para tenerme completamente vigilada y que no mantenga ningún tipo de contacto con Laura. Cierta angustia se apodera de mí, sin saber explicarla.

Cierro los ojos y trato de dormir sin intercambiar ningún tipo de palabra con Alessandro. Tras el beso de hoy no quiero tenerlo cerca, no quiero sentir esto que se apodera de mí en contra de mi voluntad.

Él apaga la luz e intento pensar en otra cosa que no sean sus maravillosos besos.

En mitad de la noche me despierto acalorada, estaba soñando con las manos del demonio recorriendo todo mi cuerpo. Descubro que Alessandro no está en la cama. Miro por el resto de la habitación y tampoco hay ni rastro de él. Tengo la camisa del pijama empapada en sudor, me la quito, me quedo en sujetador y voy al baño, necesito refrescarme un poco.

Entro en el baño distraída en dirección al lavabo. De repente, emito un grito cuando descubro a Alessandro bajo la ducha. Clavo los ojos en su cuerpo desnudo y me sorprendo por completo cuando lo veo masturbándose. Con su miembro en la mano, me mira y lo escucho maldecir. Salgo corriendo del baño, alterada y avergonzada e intento marcharme de la habitación, pero me encuentro con la puerta cerrada. Suspiro, lo había olvidado por completo y me meto en la cama. Cuando en realidad lo que me gustaría es meterme debajo de la cama y no ver nunca más a Albani tras lo sucedido.

Cierro los ojos y no puedo apartar la imagen de su impresionante cuerpo desnudo bajo el agua. Siento mucho calor, el corazón me late muy deprisa y las manos me sudan.

Intento calmarme un poco, pero no puedo.

Minutos después Alessandro aparece en la habitación, solo lleva los pantalones del pijama y nuevamente su impresionante torso me deja sin palabras.

—Lo… lo siento. Me desperté, tenía calor y quise ir a refrescarme. Al no verte pensé que habías salido de la habitación —justifico retorciéndome las manos, sin mirarlo a los ojos.

—No te preocupes. No has visto nada del otro mundo. Somos adultos. Llevo dos noches sin sexo durmiendo con una mujer atractiva a mi lado —dice con toda la naturalidad del mundo. ¿Pero este hombre no se altera por nada?

Se dirige a la cama y se mete de nuevo en ella. Lo miro de reojos mientras que el corazón me

late muy deprisa. ¿Me ha calificado de atractiva? No puedo creerlo. No sé si tomarlo como un cumplido o echarme a temblar por causarle algún tipo de atracción a Alessandro Albani. Es algo que tengo que digerir.

De repente, cuando siento su mirada clavada en mí, me doy cuenta de que voy en sujetador. Me cubro de inmediato con la sábana y esto provoca una carcajada en Alessandro que me desconcierta por completo.

—Tranquila, nada que no haya visto antes.

Se da media vuelta, me da la espalda y se echa a dormir.

Al cabo de casi una hora, cuando siento en su respiración que ha conciliado el sueño, me levanto y voy hasta el baño. Continúo acalorada y con el corazón a mil por hora. Dirijo la mirada hacia la ducha donde encontré a Alessandro y me ruborizo mientras recuerdo su imagen ahí.

Me refresco y vuelvo a la cama. Miro el reloj y son las cinco de la madrugada. Solo me quedan unas horas a su lado, pienso al mismo tiempo que siento como si fuese una despedida.

Alessandro se encuentra boca arriba en la cama y lo admiro en silencio. Dormido parece alguien muy diferente al demonio que me retiene a la fuerza en su casa. Sin embargo, la atracción que siento por él no desaparece pese a recordarme que es alguien oscuro y peligroso. ¿Qué me pasa? Me reprendo. Tengo ganas de besarlo y acariciarlo, sin embargo, me doy media vuelta y me dispongo a dormir.

Cuando amanece Alessandro ya no está en la cama. Abro los ojos y lo encuentro perfectamente vestido. Lo observo sentado en una mesa que hay al fondo de la habitación. Tiene un ordenador abierto y lo veo concentrado mientras escribe a una gran velocidad.

En cuando escucha que me incorporo en la cama cierra de golpe el ordenador y se vuelve hacia mí.

—Tenemos que bajar a despedir a tu amiga. Fábregas la llevará a la estación a las once.

Miro el reloj y compruebo que son las nueve.

—Tardo dos minutos —murmuro saltando de la cama.

Me meto en el baño, me cojo una coleta alta, no me molesto en echarme ni una sola gota de maquillaje y luego escojo algo de ropa del vestidor y me enfundo en unos vaqueros oscuros y un jersey blanco. No olvido colocarme el cabestrillo por última vez y me presento delante de Alessandro.

—Podemos bajar. —Aprecio que me mira con sorpresa. No me esperaba lista tan rápido.

—Vaya, veo que tienes muchas ganas de abandonar esta habitación —murmura con cierto deje casi molesto.

—Solo un poco —le respondo con una sonrisa.

Él me la devuelve y pienso: ¿estamos tonteando? Salimos de la habitación y, sin preguntar, como siempre, me coge la de mano. No protesto pese a estar solos, disfruto de este último contacto entre ambos.

Cuando llegamos a la cocina está desierta. Alessandro saca su teléfono y hace una llamada. No me dice a quién.

En silencio, Albani comienza a preparar café. Al rato, aparecen Laura y Fábregas en la cocina. Los miro a ambos y maldigo. ¡No puede ser que se hayan acostado! Conozco esa mirada en mi

amiga Laura. El brillo de sus ojos lo dice todo.

—Se os han pegado las sábanas —los reprende Alessandro.

—Anoche nos dieron las tanta en el salón —se excusa Laura.

Miro a Fábregas y lo siento algo avergonzado. Está en silencio y remueve el café que Albani le ha puesto por delante cabizbajo.

Tras un desayuno en el que mi amiga y la mano derecha del demonio se dirigen miradas cómplices en las que deben de recordar la noche que han pasado juntos, Alessandro y yo que tratamos de evitarnos tras lo sucedido en el baño, resulta una despedida un poco silenciosa.

Cuando salimos de la cocina descubro las maletas de Laura tras la puerta principal.

—Tengo que irme, amiga. —Me da un beso y un abrazo—. Ha sido un fin de semana genial —. Luego abraza y besa a Alessandro y él le corresponde con amabilidad.

—Cuídate mucho. Te quiero —le digo con un nudo en la garganta. No sé si volveré a verla más.

—Ya haremos algo este verano. Igual os hago otra visita —aventura, y mi corazón se altera y miro a Alessandro.

—Lo vamos viendo. Encantado de conocerte —le indica Alessandro.

—Y tú, —Laura se dirige a mí mientras coge sus maletas—, estoy segura que este hombre te mantiene muy ocupada, pero hazle más caso al móvil y no tardes horas o días en contestar.

—Lo intentaré —le miento con una sonrisa forzada mientras aguanto las ganas de llorar y gritar la situación en la que me encuentro.

Fábregas abre la puerta, sale con las maletas de Laura y comienza a meterlas en el coche. Mi amiga me da un último abrazo y me susurra en el oído:

—Tienes loco a ese hombre. Solo hay que ver cómo te mira. Sé feliz, amiga. Te lo mereces.

Le doy un último beso y Laura se marcha. Desde la ventanilla del coche me dice adiós con suma alegría, ignorando en el infierno en el que me quedo.

Siento la mano de Albani posada en mi cintura, la agarro y la aparto de ahí con fuerza. Él cierra los ojos y suspira esbozando una medio sonrisa. Lo miro a los ojos en forma desafiante y le pregunto:

—¿Alguna queja sobre mi comportamiento, señor Albani?

18

Libertad de movimiento

—Tengo que admitir que me has sorprendido. No has intentado decirle nada a tu amiga y has colaborado en todo lo que te he pedido para hacer esto más real. —Me hace un gesto con la mano y me invita a entrar dentro.

Para mi gran sorpresa se dirige al salón y lo sigo mientras me quito para siempre el cabestrillo y lo tiro encima del primer sillón del salón por el que pasamos.

—¿Ya puedo volver a mi habitación? —pregunto de pie, mirándolo. Él ha tomado asiento en el sofá.

—Ven, quiero hablar contigo sobre algunos cambios —anuncia. Y esto hace que mi corazón se acelere. Doy varios pasos y me siento a su lado.

—¿En qué consisten los cambios? —pregunto con miedo.

—No temas, es algo bueno. Te has ganado un poco mi confianza y eso tiene su recompensa. Volverás a tu habitación de antes, pero no estarás encerrada. Lo he pensado muy bien y he decidido otorgarte libertad de movimiento por parte de la casa. —Lo miro esperanzada y espero que continúe hablando—. Tendrás libertad para salir y entrar de tu habitación cuando quieras, ir a la cocina, al gimnasio y salir al exterior para dar un paseo por el jardín o pintar algunos de tus cuadros ahí.

—Bien —murmuro con cierto deje de alegría.

—Si algún día te pido que no salgas de tu habitación o pases allí unas horas determinadas lo harás sin preguntar por qué. Tienes prohibido ir a cualquier otra estancia de esta casa que no te haya nombrado. Y no te esfuerces por pedir o conseguir un móvil al personal de limpieza de esta casa si te cruzas con ellos. Todos trabajan aquí sin ningún aparato electrónico. Tampoco les pidas que una vez fuera se pongan en contacto con tu familia, no lo harán y me estarás traicionando —me advierte—. Aquí todos me deben lealtad. Y no le ofrezcas dinero, piensa que el que puedas darles lo triplicaré sin problema.

—Lo sé, no tengo escapatoria a menos que tú lo decidas —recito con pesar. Es algo que ya he admitido. No tengo nada que hacer contra el poder de este hombre.

—Cualquier cosa que necesites puedes hablarlo conmigo y llegaremos a un acuerdo siempre que sea razonable —expone—. ¿Algo que objetar en todos estos cambios?

—Eh… No. Me parecen bien. —Lo miro y espero que sea él quién ordene qué tengo que hacer ahora. Son las once de la mañana de un domingo y lo que realmente me apetece es volver a la cama y dormir todo lo que no he logrado la pasada noche.

—¿Te apetece hacer algo? —pregunta como si no me tuviese secuestrada en su casa. Yo lo miro con el ceño fruncido.

—Sí, pasear por una calle normal, comer en un restaurante con gente alrededor… —le indico

de forma irónica.

Alessandro esboza una amplia sonrisa y murmura:

—Te llevaría si estuviese seguro de que no vas a intentar escapar de mí. ¿Puedes prometerlo? —me pregunta con una mirada penetrante.

Me quedo en silencio y suspiro.

—¿Lo harías tú? —contraataco. Creo que no se esperaba mi pregunta porque se queda muy callado—. Creo que es instinto de supervivencia, recuperar mi libertad y mi vida.

—Escaparías de mí a la menor oportunidad que tuvieses —afirma seguro de ello.

—No te quepa la menor duda —le manifiesto con sinceridad. Puede que mis palabras me pasen factura, pero también puede que valore que sea franca.

—Te comprendo —murmura y yo lo miro sorprendida—. Sin embargo, nunca olvides que si interfieres en mis planes o la persona que decidas meter para que te ayude, no dudaré en haceros desaparecer.

Tras sus palabras siento un gran escalofrío por el cuerpo. Lo miro a los ojos y me estremezco al descubrir que es un hombre capaz de todo por conseguir sus objetivos. ¿Cómo puedo sentirme atraída por alguien así? Me reprocho con dureza.

—Me duele un poco la cabeza. Me gustaría ir a descansar a mi cama —le comento a modo de que dé por terminada nuestra conversación y me conceda irme.

—Puedes hacer lo que te plazca. Yo voy al gimnasio —me indica—. Hace dos días que no lo piso.

Me levanto del sofá en silencio y le dirijo una mirada en forma de despedida. No sé cómo será nuestra relación de ahora en adelante, pero, por mi bien, espero y deseo tenerlo lo más lejos posible.

Cuando entro en mi habitación y cierro la puerta deseo que exista una llave ya que cuando duerma no estaré tranquila por si el demonio decide aparecer en cualquier momento. Me meto en la cama y cierro los ojos. Llevo dos noches en las que apenas he dormido y el estrés y la tensión por tener a Laura en casa me están pasando factura. Siento que no puedo con mi cuerpo.

Abro los ojos y ya es de noche. Miro el reloj y son las siete de la tarde. Me sorprendo al descubrir un sándwich y un zumo sobre mi mesita de noche. Me pregunto quién los habrá dejado ahí.

***

Hace dos semanas que Laura se marchó y apenas he visto a Albani. Sé que sale todas las mañanas a correr sobre las siete y vuelve sobre las ocho. Algo me impulsa a salir de la cama a esa hora para observarlo llegar desde mi ventana. Cuando me he paseado por las estancias que tengo permitida en la casa me lo he cruzado, pero siempre iba con Fábregas u otro hombre del cuál desconozco su nombre y solo hemos intercambiado un simple saludo.

Nerea se ha convertido en mi sombra, cada paso que doy ahí está ella. Ya sea a mi lado o vigilándome desde la distancia.

En estas dos semanas he descubierto que Alessandro Albani tiene a muchas personas que trabajan para él. La cocinera, personal de limpieza de la casa, jardinero y personal de mantenimiento de las instalaciones de la casa. Todos muy discretos y silenciosos. He llegado a pensar que son mudos. Cuando paso por al lado los saludo, pero solo me responden con una inclinación de cabeza, como si yo fuese la reina.

Tan solo he conseguido entablar un poco más de conversación con la cocinera. Una mujer de mediana edad que me cae bien y hace una comida maravillosa. La he encontrado en los fogones un par de veces que he acudido a la cocina y hemos hablado sobre alimentos y elaboración de ellos. No me ha preguntado en todo este tiempo quién soy ni qué hago en esta casa. Supongo que lo sabe o entre sus tareas entra la de no preguntar.

En este tiempo me he marcado unas rutinas con las que me encuentro más libre al poder salir de mi habitación al exterior cuando me apetece. Salgo a caminar por el jardín, a tomar el sol a mediodía mientras leo y a pintar en un maravilloso rincón del jardín que he descubierto. He intentado ponerme a estudiar las oposiciones, pero ha sido imposible ya que me repito de qué me sirve si no sé cuál va a ser mi futuro. En cuanto me pongo por delante del temario solo puedo pensar en Albani, por lo que he decidido dejarlo, mantenerme ocupada en otras cosas y tratar de no pensar en él, en este secuestro, y que el tiempo en esta casa pase lo más rápido posible.

He estado tentada en un par de ocasiones de ir al gimnasio, también por si allí encontraba a Alessandro, pero finalmente no he reunido el valor. Estar alejada de él es lo mejor para mí.

19

Furioso

—Hoy no podrás salir de tu habitación en todo el día —me indica Nerea. Me ha subido el desayuno muy temprano.

Se marcha sin decir nada más, pero, para mi gran sorpresa, no cierra la puerta con llave. Desayuno en la cama y cuando me levanto observo a través de las ventanas mucho movimiento en la entrada de la casa. Hay cuatro furgonetas descargando cajas y Fábregas les da órdenes a varios hombres. Me pregunto dónde estará Albani y qué pasará hoy en su casa para que no pueda salir de mi habitación.

Paso casi todo el día pendiente de lo que sucede en el exterior desde mi ventana. Entra y sale mucha gente, desde que estoy en su casa jamás he visto tanto movimiento. Cuando cae la tarde noche comienzan a llegar varios coches lujosos, de los que se bajan personas que tienen pintas de ser tan peligrosos e importantes como Albani. Tengo muchísima curiosidad por lo que está pasando en su casa. No sé si es una reunión de trabajo, una fiesta u otra cosa.

Voy hasta la puerta de mi habitación, la abro y miro al pasillo desierto. La habitación de Albani está al fondo. Doy varios pasos, me dirijo hacia ella y escucho detrás de la puerta. Quizá no haya bajado aún a recibir a esas personas y pueda preguntarle qué pasa. No oigo nada en su habitación y cuando me dirijo hacia la mía me cruzo con un hombre en traje de chaqueta por el pasillo que se queda mirándome con demasiada atención. No le digo nada y camino más deprisa, casi corriendo, hasta mi cuarto. La mirada de ese desconocido me ha producido una sensación de miedo y peligro que ha conseguido ponerme la piel de gallina. Me siento en la cama, asustada, y luego miro de nuevo por la ventana. Todo en el exterior parece en calma. Hay siete coches en la entrada, varias personas de seguridad dando vueltas y más luz que en otras ocasiones.

Me siento en el sillón de mi habitación, leo un poco y luego pongo una serie en la televisión.

De repente, la puerta de mi habitación se abre con tanta brusquedad que hace que dé un respingo en el sillón. Cuando veo que se trata de Nerea me tranquilizo.

—¿Por qué coño has salido de esta habitación? —ladra dirigiéndome una mirada furiosa. Yo la observo y veo que va vestida de forma elegante. Con un vestido de terciopelo negro, largo, y el pelo recogido.

—Solo quería ir a hablar con Albani, me acerqué a su habitación. Nada más —excuso.

—Suficiente. —Me corta alzando la voz. Se dirige al vestidor de mi habitación y escucho que remueve algunas perchas. Viene hacia mí con un vestido en tono azul petróleo con lentejuelas, lo tira en la cama de malas formas y ordena—: Póntelo y baja. Esmérate en peinarte y maquillarte —dice con una mirada dura—. Cuando llegues al salón busca a Albani y ve hasta él. Lo coges de la mano y lo besas. No importa lo que esté haciendo. Tienes media hora —me indica muy enfadada, señalándome con el dedo.

—Pero… —protesto, no entiendo nada.

—Hazlo o estás perdida —me ordena de forma tajante—. Síguele la corriente a Albani en todo lo que haga o diga. Ni se te ocurra contradecirlo —me advierte de forma severa. Sus ojos echan fuego. Puedo sentir que sea lo que sea que suceda en el salón de esta casa es algo importante y tiene que ver conmigo—. Ah, y ponte este anillo. —Tira un pedrusco impresionante sobre la cama—. No lo olvides —me advierte antes de marcharse.

Me quedo mirando la puerta por la que ha salido, temblando de miedo, sin saber qué me espera y qué encontraré cuando baje a la planta baja de esta mansión. Sopeso la posibilidad de no hacer lo que me ha indicado, pero recuerdo que una vez Alessandro me amenazó con mi familia.

Me maquillo con prisa y con esmero, me aliso el pelo, es lo más rápido, y me coloco el vestido que Nerea ha dejado encima de la cama. Cuando me miro al espejo creo que es demasiado atrevido. Casi se me salen las tetas por el escote de pico. Tiene otro igual de grande en la espalda y una raja delante, desde el tobillo hasta medio muslo. Me hace un tipazo increíble. Reconozco que estoy guapísima, pero me preocupo con deslumbrar demasiado a las personas que se encuentren abajo. Me froto las manos y recuerdo las ordenes de Nerea. Bajar, buscar a Albani, acércame a él, cogerlo de la mano y besarlo. Suspiro, trato de calmarme y, subida en las altas sandalias que he encontrado para que el vestido no arrastre y me mate al caminar, salgo de mi habitación y me dirijo al salón.

Conforme bajo las escaleras escucho murmullo de muchas personas y música de fondo. Cuadro los hombros cuando he bajado el último escalón y busco a Albani entre toda la gente que hay por el recibidor y el salón. Hay camareros con bandejas y uno de ellos me ofrece una copa. Hago un gesto negativo y continúo buscando a Albani. Observo a muchos más hombres que mujeres. Todos van muy bien vestidos, con trajes de chaqueta.

Cerca de la chimenea, charlando con varios hombres, diviso a Alessandro. Tiene una copa en la mano. Lo observo desde lejos y su rostro está serio. Conforme me acerco a él, trato de hacerlo de una forma decidida, siento que las piernas me tiemblan. Observo a todas las personas que lo rodean y tienen pintas de ser tan peligrosos como el propio Albani. Saco fuerzas de donde no las tengo, nerviosa e indecisa doy el último paso que me acerca al demonio y estoy segura de que voy a arder en el infierno. Me sitúo a su lado, lo tomo de la mano, al sentir mi contacto me mira y, como me indicó Nerea, me lanzo y le doy un beso en los labios delante de todos esos hombres.

—Al fin —murmura Alessandro sobre mis labios. Me acaricia la mejilla y se centra en el resto de hombres que no dejan de mirarnos. Me tiene tomada por la cintura con posesividad—. Os presento a Mel, mi mujer.

Cuando escucho esas palabras lo miro con los ojos muy abiertos y siento que me mareo. ¿Su mujer? No, definitivamente se ha vuelto loco. Esto no puede ser.

—¿Quieres una copa, cariño? —me pregunta y yo asiento con un gesto. Necesito recomponerme tras la impresión—. Enseguida volvemos —se disculpa con las personas que estaba y caminamos juntos en busca de la bebida.

Alessandro para a un camarero, coge dos copas de champán de la bandeja y me ofrece una. Me la bebo de tirón mientras que él no me quita ojo.

—¿No has podido escoger un vestido más discreto? —me reprocha en un susurro, de malas

formas.

—Nerea lo eligió —le indico con un hilo de voz.

Siento cómo Albani maldice en silencio y la busca con la mirada, pero no está por allí.

—No te vas a separar de mí en toda la noche —me ordena y lo siento muy furioso. Sus ojos arden—. Y recuérdalo, eres mía. Mi mujer —murmura con posesividad.

Me acaricia la espalda, me abraza y me besa en el cuello mientras siento que está pendiente de otra persona, pero no logro averiguar de quién. ¿Será que en la fiesta hay alguna ex y quiere darle celos conmigo? Pienso de golpe.

Alessandro tira de mi mano y llegamos hasta un grupo de hombres. Los observo bien y aprecio que son árabes. Algunos llevan pañuelos en la cabeza.

—¿Todo bien, señores?

—Alessandro. Sabes reunir a lo mejor del mundo. No hay nadie como tú —lo halaga un señor de mediana edad. Albani le muestra una sonrisa.

—¿Y esta preciosidad? —pregunta uno de ellos dirigiéndose a mí. Solo sentir cómo me mira siento asco.

—Es mi mujer —deja claro Albani. Me toma de nuevo por la cintura y me acerca a él. Me da un beso en el cabello y los mira a todos, serio.

De inmediato, reconozco al hombre con el que me crucé arriba en el pasillo cuando salí a buscar a Alessandro a su cuarto. No era alguien de seguridad, sino un invitado.

—¿Ella es tu mujer? —pregunta el hombre que he reconocido.

—Sí. Mía —le indica Alessandro, serio, sin soltarme de su lado mientras ambos hombres se miden con la mirada y yo me pregunto qué pasa allí.

—Bueno, en ese caso… —murmura el hombre—. Las mujeres de mis socios son intocables. Todo ha sido una confusión. Te pido perdón, Albani —se disculpa mientras yo lo miro sin entender nada.

—Amín Faheem —se presenta extendiéndome la mano. Se la estrecho algo reticente, pero no quiero hacerle un feo. Miro a Alessandro y no le quita ojo al hombre, lo mira serio—. ¿Cómo podemos resolver este mal entendido? Pídeme lo que quieras, ahora soy yo el que está en deuda contigo, amigo.

—Ya hablaremos. No quiero precipitarme —murmura Alessandro.

—Os invito a pasar unos días de vacaciones en Dubái. Cuando regrese a mí país.

—Estaremos encantados —resuelve Alessandro. Lo miro y su rostro parece un poco más relajado.

Alessandro me coge de la mano y caminamos juntos por el salón.

—No entiendo nada —murmuro.

—Ni se te ocurra hacer ni una sola pregunta —ladra bajito, furioso.

Los ojos del demonio arden, todo su cuerpo está en tensión y percibo que está muy enfadado conmigo por algo que he debido hacer mal y no sé qué es.

De repente, comienza a entrar un catering de comida, un gran despliegue que huele de maravilla. Observo que es una reunión, ignoro de qué ni quienes son, pero está todo organizado con exquisito gusto y esmero. Diviso a Nerea y aprecio que saluda y conoce a la gran mayoría de

los invitados. Fábregas también se relaciona con ellos.

Alessandro me da la mano de nuevo y vamos hacia un hombre que saluda llamándolo:

—Hasan. Bienvenido a mi casa.

—Un placer verte, Albani —dice el hombre haciendo esfuerzos en pronunciar el español. De inmediato, Alessandro comienza a hablarle en francés y mantienen una ardua conversación mientras yo los miro sin entender nada.

Tras dos horas al lado del demonio, sin sentarme, siento que los pies los tengo reventados. Me duele la cara de tanto forzar una sonrisa constante que no siento y estoy deseando marcharme de aquí y que todos dejen de mirarme como lo hacen.

Cuando Alessandro despide al último invitado son más de las dos de la madrugada.

Me quedo en el salón con Alessandro, Fábregas, Nerea y otro hombre que no conozco, pero que cuando lo miro bien recuerdo que es el tío que iba con Fábregas en el coche cuando presencié todo lo que me trajo aquí.

—Acompáñame a mi despacho. —Alessandro se dirige a mí y siento miedo ante el tono tan duro que ha usado—. Nerea, Fábregas, Lupo, revisad que todo esté bien. Quiero un informe completo mañana a primera hora —ordena. Los tres asienten y se marchan por el pasillo que dirige a la cocina.

Albani se encamina hacia el despacho y yo estoy como paralizada, quiero seguir, pero el miedo me lo impide. De pronto, se para en seco, me mira y debe de leer en mi cara que estoy aterrada porque su rostro se humaniza un poco y no siento que tenga frente a mí a un monstruo, al que le llevo temiendo quedarme a solas con él toda la noche.

—Vamos —dice agarrándome de la cintura con amabilidad.

Entre el dolor de pies que tengo y las piernas que me tiemblan, me cuesta caminar, aprovecho su abrazo y le paso el brazo por la cintura para andar con más seguridad. Palpo un bulto en la parte de atrás de su espalda y me paralizo cuando descubro que es una pistola lo que lleva oculto en la cintura del pantalón.

Me paro en seco, lo miro a los ojos y le pregunto con vez queda:

—¿Me vas a matar? —No tengo fuerzas para exigirle que, al menos, me diga las razones.

Alessandro me mira serio, observo un leve tic en su mandíbula y murmura:

—Hoy no.

Sin más explicaciones, me lleva hasta el despacho mientras siento que mi final está cerca.

20

No me apartes de tu lado

Alessandro abre la puerta de su despacho y me hace pasar. Luego cierra con llave y esto me sobresalta.

—Siéntate —ordena cuando pasa por mi lado.

Se quita la chaqueta de malas formas antes de sentarse frente a mí, detrás de su mesa. Se abre más el cuello de la camisa y se remanga los puños. Mi mente solo está centrada en la pistola que lleva y aún no ha mostrado. Me preguntó cuándo la sacará.

—Te juro que… —comienzo a decir alterada.

—¡Qué! —grita—. Desobedeciste una orden —vuelve a gritar fuera de sí. Da un golpe con el puño sobre la mesa, con actitud amenazante—. Saliste de tu habitación y las órdenes eran que no podías hacerlo en todo el día —brama fuera de control—. ¿Sabes lo que le pasa a la gente que no cumple con lo que ordeno?

Lo miro con el corazón desbocado y a punto de llorar. Tengo un nudo en la garganta que apenas me deja hablar. Me mira serio, esperando que diga algo.

—Solo salí un minuto, fui a la puerta de tu habitación. Cuando escuché que no estabas en ella volví a mi cuarto. Te juro que no hice nada ni hablé con nadie. Por favor, Alessandro, tienes que creerme —le ruego.

—Te creo. Tengo cámaras por toda mi casa, y más en días como hoy. Los mejores en seguridad y hackers del país trabajan para mí —revela. Estos datos hacen que lo sienta un hombre mucho más peligroso de lo que creía.

—Entonces, ¿qué he hecho? —pregunto con pavor.

—El hombre con el que te encontraste en el pasillo es Amín Faheem, un multimillonario árabe. Alguien acostumbrado al poder, al dinero y a conseguir todo lo que quiere —enumera mientras que yo lo miro pensativa.

Cuando acaba de describirlo estoy a punto de preguntarle si él no es igual que este hombre, pero me quedo en silencio. No quiero avivar más el fuego que arde en sus intensos ojos verdes.

—No le dije quién era, nada —intento que me crea.

—Lo sé. Pero bastó que te viese —me echa en cara—. Pensó que al no estar en la fiesta eras alguien a mi servicio. —Lo miro sin entender nada—. Le debo un favor a ese hombre y le dijo a Fábregas que ya había encontrado el precio. Te quería a ti. Se encaprichó en cuanto se cruzó contigo.

—¡¿Qué?! —lanzo un grito ahogado moviendo la cabeza—. ¿Me vas a vender? —pregunto aterrada, llevándome una mano al pecho. No puedo pensar con claridad. Un terrible dolor de cabeza me está matando de golpe y siento ganas de vomitar.

—Me has obligado a tomar una decisión que no quería, pero era la única posible —me

reprocha con dureza mientras me mira con atención—. ¡Ahora asume las consecuencias! —me advierte alzando la voz. Lo miro y está muy furioso.

—Por favor, no —le ruego levantándome de la silla y yendo hacia él—. Haré lo que me pidas, pero no me apartes de tu lado, Alessandro.

No podría acostarme con ese tal Amín, su sola mirada me produce asco. Prefiero mil veces a Alessandro. Al menos es alguien joven, atractivo, con un buen cuerpo y no lo siento como un depravado, además me dijo que nunca se llevó a una mujer a la cama a la fuerza, por extraño que parezca, confío en él.

—Una de las pocas cosas que hombres como Amín Faheem respetan son a las mujeres de sus socios —revela mirándome a los ojos, pero no consigo procesar la información. Varias lágrimas ruedan por mis mejillas mientras que Alessandro está sentado frente a mí—. Cuando Fábregas me hizo llegar la petición de Amín tuve que pensar con suma rapidez. Si bajabas a la fiesta y te presentaba a todos como mi mujer estarías a salvo de Faheem, de lo contrario se valdría de todas sus mañas para obligarme a entregarte a él y llevarte junto con sus otras mujeres a un país árabe del que no saldrías jamás.

Tras escucharlo el estómago se me revuelve de nuevo, me llevo las manos a la cabeza y siento que todo me da vueltas.

—Gracias, Alessandro —murmuro cuando al fin comprendo que me ha salvado de ese hombre.

—No me las des tan rápido —me indica serio. Lo miro con los ojos muy abiertos y un nudo en el estómago mientras me pregunto qué más me puede pasar—. Hoy todas esas personas te han conocido como mi mujer. A las próximas reuniones y acontecimientos que acuda tendrás que venir conmigo en calidad de tal —lo manifiesta como una queja—. Y ya oíste a Amín, nos ha invitado a Dubái y tarde o temprano tendremos que cumplirlo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con miedo.

—Que a partir de hoy eres mi mujer para todos y deberás estar a mi lado como tal de cara a los demás siempre que sea necesario —expone.

Lo miro estupefacta, la cabeza está a punto de estallarme cuando murmuro:

—¿No sería más fácil que me matases ya? ¿Qué clase de vida me espera a tu lado, como tu mujer? —Siento que no valgo nada. Mi mundo se acaba de derrumbar por completo.

Alessandro se pone en pie, lo miro con miedo, incapaz de levantarme, y observo que me tiende su mano.

—Puede que no sea tan malo. Será cuestión de adaptarnos.

—¿Podemos seguir con esta conversación en otro momento? —le ruego—. No me siento bien.

Creo que ya se ha percatado de mi malestar. Me ayuda a salir del despacho y cuando vamos a subir las escaleras aprecia mi debilidad. De golpe, se inclina sobre mí y me carga en sus brazos. Sube las escaleras conmigo como si nada mientras que yo dejo caer la cabeza en su pecho, sintiéndome morir. Me da igual todo. Que haga conmigo lo que quiera. Después de esta noche creo que mi vida no puede empeorar más.

Cuando siento que me deposita en la cama advierto que es la suya. Abro mucho los ojos e

intento incorporarme.

—No estás bien y voy a cuidar de ti —ordena mientras comienza a quitarme los zapatos de tacón. Luego empieza a deshacerse de mi vestido y le paro las manos con la mía—. Tranquila, solo quiero que estés cómoda.

—Alessandro, yo… —lo miro con miedo.

Él esboza una medio sonrisa y murmura:

—Será cuando tú lo desees, mientras me comportaré como un marido paciente y solo te protegeré. Ya te dije que las mujeres que me llevo a mi cama son porque lo desean —me recuerda—. Jamás he forzado a ninguna.

—Esto no va a salir bien —murmuro con los ojos cerrados mientras me quita el vestido con manos expertas.

—Tendrás que poner todo de tu parte. Solo tienes dos opciones en estos momentos. Amín Faheem o yo. Tú eliges —me recuerda.

Abro los ojos de golpe, lo agarro por la camisa y le suplico, desesperada:

—No me apartes de tu lado.

Se inclina sobre mí, se acerca a mis labios y los roza con los suyos mientras murmura:

—Así me gusta.

21

Entrar en su mundo

Me incorporo en la cama y le indico a Alessandro:

—Necesito ir al baño. Voy a vomitar. —Siento que no puedo con todo lo que esta noche ha sucedido.

Lo aparto para salir de la cama, pero estoy tan débil que me cuesta ponerme en pie. Con agilidad, y sin preguntar, me carga en brazos y me lleva hasta el baño. Me coloca delante del váter y cuando veo que no se piensa marchar le ruego:

—Vete, déjame sola. No creo que quieras…

—Te aseguro que he visto cosas mucho peores en mi vida.

No puedo aguantar más, me coloco de rodillas, porque siento que las piernas me fallan, y vacío mi estómago por completo. No comía nada desde el mediodía, pero se me ha revuelto hasta la primera papilla. Alessandro está a mí lado, me recoge el pelo con sus manos y me sostiene la cabeza mientras tira de la cisterna.

Cuando termino, me ayuda a colocarme de nuevo en pie y me ayuda a refrescarme la cara. Me miro al espejo y observo mi cara hecha un cuadro, con todo el maquillaje corrido. Estoy en ropa interior, mi cuerpo tiembla, apenas puedo mantenerme en pie y Alessandro está a mi lado, pendiente de mí. Moja una toalla y me la pasa para que limpie mi cara y me refresque. Nos miramos en silencio y agradezco que sea él quien esté ahí, ni siquiera sé la razón, pero lo miro a los ojos y en ellos veo que por alguna causa me quiere proteger, y eso es un alivio en este momento.

Me coge de nuevo en brazos y me lleva a la cama. Me ofrece una botellita de agua y le voy varios sorbos. Me recuesto, cierro los ojos y susurro:

—Gracias.

—No hay de qué. Es lo que hacen los maridos. Cuidar de sus mujeres —murmura con cierto deje bromista. Creo que es la primera vez que le escucho hablar así.

Entreabro los ojos y observo que desaparece en el baño. Comienzo a sentir frío, cada vez más. Tiemblo como no recuerdo haberlo hecho antes. Alessandro sale del baño y noto que se mete en la cama. No tengo fuerzas ni para abrir los ojos ni moverme. Él siente que tiemblo sin control. Me coloca una mano en la frente a modo de comprobar mi temperatura, se levanta y echa otra manta sobre mí, pero no es suficiente. La mandíbula me tiembla mientras estoy en posición fetal. Me duele todo el cuerpo.

—Estás así por la impresión de todo lo sucedido esta noche —murmura cerca de mí—. Ven, abrázame. Entrarás en calor. O vas a acabar por enfermarte de verdad.

Siento que me toma por el hombro, me ayuda a volverme hacia él y hace que recueste la cabeza sobre su pecho desnudo y lo abrace. Cuando lo hago, no puedo evitar una sonrisa. El demonio está ardiendo como si estuviese en el mismísimo infierno. Es tan placentero que me

dejo llevar. Solo quiero dejar de temblar. Cierro los ojos e intento no pensar en el musculoso cuerpo sobre el que descanso y las abdominales tan impresionantes que he palpado con mis manos.

—¿Estás mejor? —pregunta cuando ha pasado un rato. Denoto en su voz cierto tono de preocupación.

—Sí. —Ya no tiemblo como antes. Alzo la mirada y me encuentro con el brillo de sus ojos en la oscuridad del cuarto—. Voy a confesarte algo: desde que llegué a esta casa siempre te he calificado en mi mente como el demonio, pero nunca pensé que te agradeciese el calor del infierno.

Alessandro esboza una medio sonrisa.

—Mientras esté en mis manos, tienes mi palabra de que siempre te protegeré, sea de la forma que sea, Melania. —Siento que es una promesa.

Cuando escucho esto el corazón se me acelera. Lo miro y siento ganas de besarlo, pero no quiero propiciar nada que no pueda acabar.

—Esta noche me lo has demostrado al no entregarme a ese hombre —murmuro con miedo. Solo de pensar en Amín se me revuelve el estómago de nuevo.

—Espero que yo te agrade un poco más que él.

—Tú eres un hombre atractivo, es imposible no sentirse atraída por ti, pero Amín… Me quitaría la vida yo misma antes de irme con él —confieso.

Alessandro me atrae con más fuerza hacia su cuerpo. Me da un beso en el cabello y murmura:

—Me complace que te sientas atraída por mí.

Me quedo en silencio y me doy cuenta de que he hablado de más sin ser consciente de ello cuando lo he manifestado en voz alta delante de él. Cierro los ojos e intento quedarme dormida, como si el sueño pudiese llevarse de un plumazo todo lo que me atormenta en estos momentos.

Me despierto sobresaltada, escucho la voz de Alessandro que dice:

—Estoy aquí, estoy aquí —me repite mientras toma mi rostro entre sus manos y me obliga a mirarlo. Ambos estamos sentados en la cama. Suspiro, me tomo unos segundos para pensar y aclaro mi mente—. Era una pesadilla —dice Alessandro.

Mi pecho sube y baja sin control, tengo la respiración alterada y tiemblo. De repente, Alessandro se acerca a mí y se apodera de mis labios. Nos fundimos en un intenso beso al que le correspondo hambrienta. Lo abrazo y lo atraigo más hacia mi cuerpo profundizando el beso. Necesito sentirlo cerca.

De repente, una llamada de teléfono nos interrumpe. Yo no le hago caso, continúo besándolo, pero Alessandro murmura sobre mis labios:

—Lo siento. Deben de ser mis hombres. Me esperan. —Me acaricia el rostro y sale de la cama de inmediato.

Me dejo caer en el colchón y cierro los ojos mientras me pregunto: ¿qué me pasa con Alessandro Albani? ¿Por qué lo deseo de esta forma incontrolada?

Cierro los ojos nuevamente y logro volver a dormirme. Me despierto y sigo en su cama. Siento que necesito una ducha y me atrevo a adentrarme en su baño y meterme bajo los chorros del agua. Luego me dirijo al vestidor y le tomo prestado un chándal. Cuando me miro al espejo

me veo enorme con él, pero no tengo otra ropa y no me voy a pasear por el pasillo hasta mi habitación en ropa interior.

Medito si volver a mi habitación o esperarlo aquí. No quiero enfurecerlo. Voy hasta la ventana del cuarto y observo el exterior de la casa. Hay varias furgonetas en la entrada que retiran todo lo de la fiesta de anoche. Al haber movimiento en la casa decido no salir de la habitación de Albani hasta que él me indique lo contrario.

De repente, la puerta del cuarto se abre y es él. Me mira de arriba abajo, serio, mientras se acerca a mí. Va vestido de negro de nuevo y debo de admitir que el jersey de cuello vuelto y el pantalón le quedan de maravilla.

—Me he tomado la libertad de cogerlo prestado —indico la ropa que llevo de él—. Estaba hecha un desastre y no tenía nada que ponerme tras usar tu ducha —justifico sin saber cómo le va a sentar que me haya tomado tantas libertades.

—Ya he dado la orden de que todas tus pertenencias vuelvan aquí —me indica mientras me mira con atención, muy cerca, como estudiando mi reacción.

—¿Cómo? —pregunto con sorpresa.

—Anoche te presenté ante todos como mi mujer para salvarte —me recuerda—. Ahora tienes que comenzar a asumir el papel.

—Pero… nadie se va a enterar de que dormimos en habitaciones separadas —murmuro.

—No me voy a arriesgar a que el personal de esta casa lo comente y se filtre la información. Dormirás conmigo —zanja, tajante—. Y me acompañarás fuera de esta casa, en calidad de mi mujer, siempre que sea necesario. También me obedecerás en todo lo que te diga —añade dirigiéndome una mirada penetrante. Me quedo en silencio, incapaz de llevarle la contraria—. ¿Tienes hambre? —pregunta de golpe mientras admiro su habilidad para cambiar de tema y dejarme estupefacta.

—Sí —afirmo. El estómago me ruge.

—Vamos. —Me coge de la mano y tira de mí.

Salimos de la habitación y caminamos por toda la casa sin soltarme de la mano. Nos cruzamos con Nerea, que les indica a los operarios cómo llevarse todo y lo supervisa con atención, y clava los ojos en nosotros con interés, sobre todo en mí, que llamo bastante la atención con el chándal de Alessandro, sus zapatillas y el pelo húmedo, pero Albani ni siquiera la mira a ella, pasa por su lado como si fuese invisible.

Cuando llegamos a la cocina, la cocinera repara en nosotros y nos dirige una amplia sonrisa al vernos juntos de la mano.

—¿Nos preparas algo de desayunar? —le pide Alessandro mientras tomamos asiento en la mesa.

Mientras la mujer trastea en la cocina en silencio y nos pone por delante un suculento desayuno, permanecemos en silencio. Intento no mirarlo a los ojos, centro la vista en la gran ventana que tenemos delante y me limito a contemplar el jardín.

Tras servirnos todo, la señora sale de la cocina y nos deja solos.

Alessandro comienza a remover su café con la cucharilla mientras anuncia:

—Vas a entrar en mi mundo y necesitas aprender muchas cosas. —Me quedo en silencio, a la

espera que me diga cuáles—. Lo primero que te va a enseñar Nerea es cómo comportarte a mi lado cuando salgamos juntos. Voy a cederte a mi entrenador para que te enseñe clases de defensa personal y vas a hacer público a tu familia y amigos que estás conmigo, que somos una pareja —especifica—. Más adelante me llevarás a conocerlos.

—¡¿Qué?! ¿Ya confías en mí? —pregunto esperanzada.

—No te confundas. Tú eres la que ahora tienes que confiar en mí. A mi lado, como mi mujer, te protegeré de Amín Faheem. Si decides dejarme o traicionarme y se entera que ya no estás bajo mi protección te encontrará. No sabes cómo es ese hombre cuando quiere a una mujer para él.

—Está bien. Me queda claro que no tengo otra salida ni escapatoria que estar a tu lado y hacer todo lo que me digas —acepto resignada—. Por lo poco que sé de ti, algo me dice que eres más poderoso que la mismísima policía y el poder judicial si decidiese denunciarte. Nunca más podría salir a la calle sin estar tranquila —murmuro con miedo.

—Veo que lo has entendido bien.

—Soy una marioneta en tus manos —le indico con pesar.

—Eres mucho más que eso. A los ojos de todos los que me conocen ya eres mi mujer, y con el tiempo comprenderás el poder y el estatus que eso te otorga.

—Creo que he llegado a tu vida ocasionándote muchos problemas —comento mientras me llevo la taza de café caliente a los labios.

—Ni te lo imaginas —contesta. No sé cómo interpretar su intensa mirada verde clavada en mí. Desde que nos hemos besado esta mañana, por voluntad de ambos, sin interpretar un papel delante de alguien que nos observase, siento que algo entre nosotros ha cambiado, pero no puedo acertar a decir qué exactamente.

Lo miro con culpabilidad y maldigo la mañana en la que salí a pasear bajo la lluvia y vi cómo mataban a ese hombre. Miro a Alessandro y tengo ganas de preguntarle qué pasó, pero lo pienso mejor y creo que cuanto menos sepa del peligro que rodea a este hombre conseguiré vivir un poco más tranquila.

22

Periodo de adaptación

Cuando terminamos de desayunar Albani me comunica que toda mi ropa y pertenencias ya están en su habitación. Lo miro sorprendida mientras me pregunto a qué velocidad trabaja su gente.

—Puedes ir a ponerte tu ropa —me ofrece con un tono amable—. Luego baja al salón. Nerea te espera. Te va a poner al tanto de algunos asuntos y acontecimientos a los que tendrás que acompañarme próximamente.

—Vale. —Me levanto de la silla y me dispongo a marcharme.

Alessandro me toma de la mano cuando me encamino a la puerta, me paro a su lado y dice:

—Estás muy sexi con mi ropa. Vuelve a guardarla en el vestidor. Cuando la use quiero que huela a ti.

Mi corazón se acelera mientras que siento sus ojos sobre mi cuerpo. Sabe que no llevo ropa interior alguna debajo.

Asiento con un gesto de la cabeza, él me dedica una medio sonrisa, digna de un auténtico demonio, y yo desaparezco con mil mariposas en el estómago tras su orden y la mirada a mi cuerpo.

Me tomo mi tiempo en arreglarme y vestirme. No quiero aparecer ante Nerea de cualquier forma. Sé que anoche me la jugó con el vestido que hizo que me pusiese. A Alessandro no le gustó demasiado, sin embargo, ella me obligo a llevarlo.

Escojo unos botines de tacón en negro, un pantalón negro ajustado y un jersey de cuello vuelto ajustado, también en negro. Cuando me miro al espejo me digo que me parezco mucho a mi demonio favorito. Llevo un larga y extensa melena suelta y el color castaño claro de mi pelo es lo único que deslumbra en mí. Intento avivar mi mirada triste con rímel y un toque de color en los pómulos.

Cuando llego al salón Nerea me espera. Al verme se fija en mí y me repasa de arriba abajo. Soy mujer y sé cuándo otra me mira con envidia, y ella lo hace. Es una mujer muy guapa, rubia, alta, de ojos azules y un buen cuerpo, pero estoy segura de que se siente en inferioridad de condiciones con respecto a mí. Por mí parte es todo lo contrario.

—Alessandro me dijo que me esperabas —le indico para romper el silencio entre nosotras.

—Sí —afirma mirándome con desprecio—. Voy a instruirte para ser la mujer de un hombre como Albani y no lo dejes en evidencia ni en ridículo cuando salgas con él y os relacionéis con la gente importante que él suele hacerlo —expone.

—Tú dirás —murmuro cruzada de brazos, sosteniéndole la mirada. Puede que me esté muriendo de miedo por dentro, pero no pienso dejar expuesta mi debilidad ante esta mujer, porque sé que disfrutará de ella.

—Toma asiento. Lo tengo todo aquí. —Alza la Tablet que lleva en sus manos.

Me siento en el sofá y ella se queda frente a mí, paseándose mientras consulta la Tablet.

—La próxima semana se inaugura la discoteca de Albani aquí en Sotogrande. Acudirá mucha gente importante y deberás ir con él. Llegarás de su mano y siempre estarás con él. Solo si Albani te lo pide te quedarás a mi cargo o al de Fábregas. No hablarás con nadie de temas privados, limítate a temas superfluos y a sonreír. Siempre te aconsejaré cómo debes vestirte para cada lugar al que acudas fuera de esta casa. Para que vayas como se espera de ti.

—¿Cómo lo hiciste anoche? —inquiero seria, mirándola con rencor, sin poder evitar el comentario.

—Ese tema ya lo he hablado con Albani. A ti no te debo ningún tipo de explicación. Mi jefe es él —me deja claro—. Por otro lado, mañana mismo comenzarás con clases de defensa personal.

—¿Por qué tengo que saber defenderme? —Me quejo, no lo entiendo.

—Por si caes en manos de alguien como Faheem y Albani no está cerca —me espeta con maldad. Trago con dificultad y un escalofrío recorre mi cuerpo—. Albani es un hombre muy poderoso, pero también tiene enemigos —me advierte—, de ahí que viva rodeado de tanta seguridad.

—¿Tú vives en esta casa? —le pregunto de golpe. Es una duda que tengo desde que llegué.

—Fábregas, Lupo y yo vivimos en la parte del ala izquierda de la casa. Detrás de la cocina. Somos las personas de confianza de Albani. El resto de su gente rota a turnos. Tiene un ejército a su cargo que lo protege y hace todo lo que él pide. Es un hombre muy exigente, en todos los sentidos —añade a conciencia.

—Lo sé —afirmo para molestarla. Sosteniéndole la mirada, y consigo poner nerviosa a Nerea. Se le resbala la Tablet de las manos y casi se le cae al suelo.

—Puede que seas su mujer de cara a los demás, pero Albani no es un hombre de una sola mujer —me advierte.

—¿Lo has experimentado? —le pregunto levantándome y colocándome a su altura. La miro de forma desafiante y recibo una mirada envenenada—. ¿Algo más? —Me intereso mostrándole una sonrisa.

—Tienes libertad para moverte por esta casa a tu antojo y pedirle a Albani lo que quieras.

—Sí, eso no hace falta que me lo digas. Si no lo veo durante el día lo haré por la noche, en la cama —especifico a conciencia.

Nerea me mira seria y se marcha del salón sin despedirse. Creo que se va algo despechada. Sé que no le gusta que Albani me haya metido en su habitación ni que sea su mujer de cara a los demás, tendré en cuenta que me mide como a una rival. Salta a la vista que Albani le interesa más allá de ser su jefe.

Cuando me doy la vuelta para salir del salón me topo con Fábregas.

—¿Todo bien? —pregunta mientras observa cómo Nerea se aleja por el pasillo de la casa.

—Sí. Espero poder asimilar todo lo que se me viene encima ahora en mi nueva situación —bromeo. No sé ni cómo tengo fuerzas para hacerlo.

—Estás en un periodo de adaptación. Eres una mujer inteligente, no dudo que lo hagas de

maravilla. Confía siempre en Albani, te protegerá —me aconseja.

Le muestro una sonrisa y le agradezco sus palabras. Pese haber visto cómo Fábregas mataba a un hombre, lo considero buen tío. Igual lo catalogo así porque es la mano derecha de Alessandro, le es leal y siento que sería capaz de dar su vida por él sin pensarlo.

—¿Dónde está Alessandro? —me atrevo a preguntar.

—En su despacho, liado —responde.

—Voy a tomar un poco el aire por el jardín —le indico, como pidiéndole permiso.

Fábregas asiente, me hace un gesto con la mano y salgo en dirección a la puerta de entrada para salir al exterior de la casa.

Hace un día gris, y feo. En cuanto pongo un pie en la calle siento frío, pero no me vuelvo a por algo de más abrigo. Continúo caminando en dirección a la piscina. Es muy grande. Imagino cuando llegue el verano si podré usarla y el cautiverio en esta casa me parece menos teniendo en cuenta todas las comodidades que tiene. Pienso en Laura y en mi familia. Hace muchos días que no me comunico con ellos. Lo habrá hecho Nerea u otras personas al cargo por orden de Albani, pero quiero saber de ellos. Tomo nota y será mi primera petición esta noche para Alessandro.

Cuando pienso en volver a dormir en su cama siento un nudo en el estómago. Me llevo una mano a los labios y pienso en el beso que nos dimos esta mañana. Cierro los ojos y es cómo si lo volviese a sentir. No puedo negar que lo deseo. Cuando lo veo todo mi cuerpo se revoluciona y pienso cómo será hacer el amor con un hombre como él. ¿En qué momento has dejado de odiarlo? Me pregunto al mismo tiempo que me pregunto: ¿lo has odiado alguna vez?

—No puedo sentir esto —murmuro en voz alta mientras me froto los brazos con mis manos.

—¿Qué es lo que no puedes sentir? —susurra Alessandro en mi oído. Ha llegado por la espalda, se ha acercado a mí y me ha agarrado por la cintura pegando mi espalda a su pecho.

Siento su calor y me reconforta. Sin embargo, no puedo evitar la revolución de sentimientos que ha causado en mi interior su llegada.

—Hace frío aquí fuera. —Suspiro, me doy media vuelta y lo miro a los ojos.

—Puedo darte todo el calor que necesites. —Me agarra de nuevo por la cintura y me acerca más a él.

—Tengo una pregunta —cambio de tema de golpe y me quedo en silencio, a la espera de su aprobación para realizarla.

—Puedes preguntarme siempre todo lo que quieras, otra cosa es que recibas la respuesta que esperas, pero puedes intentarlo —me anima.

—Ayer, cuando me encontré en el pasillo con ese hombre, —no me atrevo ni a decir su nombre—. ¿Qué hacía allí? Y en dirección a tu habitación —le indico.

—Según le dijo a Fábregas se perdió al ir al baño. El de abajo estaba ocupado y decidió buscar otro, pero no me lo creo.

—¿Qué buscaba? —pregunto con miedo.

—Información. La información es poder —recita—. Y yo tengo mucha. Supongo que esperaba encontrarla en mi habitación y de camino a ella te encontró a ti.

—¿Y un hombre como él hace esas cosas? ¿No se supone que debe de tener a un ejército que haga eso?

Alessandro me mira serio por unos segundos, luego lo observo esbozar una medio sonrisa. Siento como si estuviese orgulloso de que haya llegado a esa conclusión.

—Supongo que pensó que si subía él en vez de uno de sus hombres sería menos llamativo.

—¿Amín Faheem es tu enemigo? —pregunto con miedo.

—En mi mundo no existen los amigos. Nos movemos por intereses, pero está lejos de calificarlo de como un enemigo. Los tengo peores —murmura con tranquilidad.

—¿Puedes vivir así? —inquiero con miedo.

—Es lo que he elegido.

De repente, escuchamos el sonido de dos tiros. Me sobresalto y Alessandro se da la vuelta de inmediato para ver qué sucede. Todo viene de la entrada de la casa.

Albani me coloca a su espalda y veo que tiene una pistola en la mano. ¿De dónde la ha sacado?

23

La cruda realidad

—No te despegues de mí pase lo que pase —me ordena Alessandro, alerta, con la pistola en la mano y mirando hacia todos lados.

De repente, varios hombres con pistolas aparecen ante nosotros. No sé si son buenos o malos, yo tiemblo a la espalda de Albani.

—¿Qué ha sucedido? —pregunta Alessandro en tensión. Mi cuerpo se encaja cuando veo aparecer a Fábregas y Nerea y deduzco que estamos a salvo.

—Dos intrusos en una de las furgonetas que han venido a retirar todo lo de ayer —indica Fábregas—. Solo hemos matado a uno. Hay otro en la propiedad y va armado —informa, alerta, sin soltar la pistola.

—¿Sabemos de quiénes se trata? —pregunta Albani. Yo permanezco detrás de él muerta de miedo.

—Tu mayor enemigo —revela Nerea mientras la observo con un arma en la mano—. Son los polacos —le indica.

Yo no entiendo nada, solo sé que de un momento a otro pueden empezar a volar balas y esta gente habla de matar como de comer.

—Nerea, Lupo, llevarse a Melania y ponerla a salvo hasta que encontremos al intruso —ordena Alessandro.

Me coge del brazo y camina protegiéndome hasta llegar a Nerea y Lupo.

—Alessandro… —murmuro mirándolo con miedo. No quiero separarme de él, ni que le pase nada, por extraño que parezca.

—Ellos te pondrán a salvo —me asegura.

—¿Y tú? —susurro con terror.

—Sé cuidarme. —Me acaricia el rostro y le hace una señal a Nerea y Lupo para que me lleven.

Cuando doy varios pasos con ellos y me alejo un poco, Lupo recibe un tiro y cae al suelo. Un hombre aparece frente a mí y me apunta. No me da tiempo a pensar nada más. Como por arte de magia, Alessandro está a la espalda de ese hombre y no duda en pagarle tres tiros y lo mata al instante.

Grito, me llevo las manos a la boca y observo la escena tan dantesca que tengo delante de mí. Fábregas y Nerea se ocupan de Lupo, la bala le ha dado en la pierna, el resto de hombres de Alessandro comprueban que el intruso tirado en el suelo está muerto.

—Lo ha matado, jefe —confirma uno de ellos.

—Averiguad bien sus identidades y deshaceos de todo esto —ordena de forma fría mientras yo tiemblo y siento que no puedo mantenerme en pie.

El estómago se me revuelve y tengo que girarme a vomitar en unos arbustos.

—Vamos dentro. Todo ha pasado. Estamos fuera de peligro —susurra Alessandro en mi oído mientras me mantiene tomada por la cintura.

Me giro, lo miro con terror y tiemblo al recordar su imagen disparando al hombre que yace muerto en el jardín.

Alessandro me obliga a caminar y juntos entramos en la casa. Me lleva a la cocina y una vez ahí empuja la encimera de mármol, esta se desliza y se abre un hueco con acceso a unas escaleras ocultas a pie de suelo. Lo miro con los ojos muy abiertos, pero no puedo articular palabra. Me obliga a bajar y luego pulsa un botón que hace que el techo, que lo forma la base el mueble de la cocina, se cierre.

Cuando enciende las luces descubro que estamos en el búnker al que me trajo la primera vez. Y acabo de descubrir cómo se accede.

Sin decir nada, corro hasta el baño y vuelvo a vomitar. Luego me tumbo en la cama.

Alessandro se centra en encender dos ordenadores y comienza a teclear en ellos. Escucho que un altavoz dice:

—Protocolo de seguridad activado.

Escucho que sigue tecleando y luego habla con alguien por teléfono. Me encuentro tan mal que no puedo ni prestar la atención suficiente.

Al cabo de un rato, lo siento a mi lado. No se atreve a tocarme, lo miro con puro pavor.

—Estás conmocionada por lo que has vivido —murmura.

—Has matado a un hombre —le recuerdo con miedo—. Ni lo pensaste. Apretaste el gatillo como si nada.

—Si lo hubiese pensado estarías muerta. Iba a por ti —revela.

—¿Por mí? —pregunto con sorpresa—. No conozco a esa gente de nada.

Ante mi respuesta Alessandro esboza una medio sonrisa.

—Han sido muy rápidos. Apenas anoche anuncié que eras mi mujer y ya hoy han intentado hacerme daño a través de ti. Esta es mi cruda realidad. Todos los que me rodean están en peligro por mis enemigos. Hasta el momento no tenía mujer ni familia, ahora tengo un punto débil; tú.

—Has matado a un hombre, ¿qué va a pasarte? —pregunto con miedo.

—¿Te refieres a si va a venir la policía por mí? —pregunta sonriente—. No es la primera vez que mato a una persona, Melania —admite sin tapujos—. En mi mundo las cosas van de otra forma. Fábregas y mis hombres se encargarán de todo.

—¿Por qué estamos aquí? —pregunto con interés.

—Es el protocolo de seguridad. Nunca habían intentado matarme en mi propia casa. Hasta que mis hombres rastreen toda la propiedad, los alrededores y sea seguro salir estaremos aquí.

Me acurruco en la cama y me abrazo a un cojín. Alessandro se sienta a mi lado y me observa con atención. Se atreve a apartarme el pelo de la cara.

—No me mires así —me ruega, preocupado—. Te he salvado la vida y la de muchas mujeres —revela y lo miro con un gesto de interrogación—. El hombre que maté y el otro que también resultó muerto trafican con personas. Concretamente con mujeres y niños. Son escoria. Le hice un favor a la sociedad.

—¿Qué tienen que ver contigo? —pregunto con terror.

—No pienses eso de mí —me advierte con una mirada seria. Me avergüenzo de que pueda leerme el pensamiento, mi cara debe de ser un libro abierto en estos momentos—. Tengo mis principios. No te voy a negar que algunos de mis negocios no son legales, pero no trafico con personas —me deja claro y el cuerpo me encaja.

—¿Por qué querían matarte? —me intereso.

—Porque liberé de un club a muchas mujeres cuando no cumplieron con el pago de una buena cantidad de droga —admite—. No soy un hombre normal y corriente, mi vida está llena de peligros debido a mis negocios, pero es lo que soy. Y lo que has vivido hoy es mi cruda realidad —expone con calma.

Me muerdo el labio, lo observo en silencio y finalmente me arrojo a sus brazos y murmuro:

—Gracias por salvarme la vida de nuevo.

Tiemblo al pensar que podían haberlo matado, y ya sin Alessandro Albani en mi vida me sentiría muy perdida.

—Ha sido un placer —comenta, sonriente, aunque no le veo la cara mientras me abraza con fuerza—. Mientras esté con vida te protegeré —susurra, y lo siento como una promesa que me tranquiliza.

24

Sentimientos encontrados

El teléfono de Alessandro suena e interrumpe nuestro abrazo. Se levanta y habla durante unos minutos alejado de mí. No alcanzo a escuchar nada.

—Pasaremos la noche aquí. Fábregas cree que es lo más seguro hasta que todo esté controlado por completo ahí fuera.

Dirijo la mirada hacia la pistola que dejó encima de la mesilla y él sigue mi vista. La tengo a mano, él tendría que dar varios pasos hasta llegar a ella. Creo que me mira sabiendo que ha cometido un descuido y que podría haberlo matado por la espalda mientras hablaba por teléfono.

—Confío en ti —murmura con tranquilidad, sin inmutarse—. Estamos en esto juntos. Y créeme que conmigo a tu lado seguirás con vida. Tengo todos los medios para mantenerte a salvo. Te protegeré —me recuerda de nuevo.

—No sería capaz de matar a nadie —murmuro con miedo, casi temblando.

Alessandro se acerca a mí, se sienta a mi lado, toma mi mentón con su mano y me obliga a que lo mire.

—Si un día tu vida está realmente en peligro y tienes la oportunidad de hacerlo, hazlo. No lo dudes, ni por un solo segundo —me aconseja—. Te enseñaré a disparar.

—A disparar —susurro muy bajito—. Clases de defensa personal… ¿Qué más sigue? ¿Quieres convertirme en una Ninja? —bromeo, incrédula.

—Estar a mi lado, como mi mujer —especifica—, tiene sus riesgos. Por ello, hasta el momento, lo había evitado.

—He llegado a tu vida para causarte muchos problemas —admito mirándolo con atención—. ¿Qué te impidió matarme y acabar de golpe con todos ellos? —inquiero mirándolo a los ojos, tratando de adivinar qué se esconde detrás del brillo intenso de su mirada. No llego a comprender por qué se ha tomado y se toma tantas molestias por mí si mi llegada solo le ha supuesto alteraciones en sus planes.

Se queda en silencio y me mira con atención. Levanta una mano y la lleva hasta mi rostro. Lo acaricia con mimo y yo cierro los ojos ante su contacto.

—No mato por matar, Melania. No soy el monstruo que imaginas. Solo aprieto el gatillo cuando es estrictamente necesario, en tu caso no lo era. Había otras soluciones.

—Pero decidiste dejarme a tu lado. ¿Por qué? —indago.

Alessandro esboza una medio sonrisa, creo que se ha percatado de que no me he dado por vencida.

—¿Hubieses preferido otro destino? —contraataca.

—No —respondo de inmediato. Él hace una mueca, sintiéndose satisfecho con mi respuesta.

Me quedo mirándolo en silencio mientras pienso que es un hombre con una gran coraza, muy

difícil de traspasar. Pero quizás esto lo haya llevado al lugar que ocupa en la vida en estos momentos.

—¿Estás más tranquila? —se interesa de golpe, dejando atrás nuestra conversación.

—Intento no pensar en lo que hemos vivido ahí arriba. —Le indico tratando de mantenerme serena.

—Tengo que echar unas horas en los sistemas de seguridad. —Mira hacia los ordenadores encendidos y siento que se está disculpando por no estar a mi lado—. Puedes descansar un poco, dormir o preparar algo de comer. Creo que estás familiarizada con el lugar —bromea y de inmediato recuerdo los días que pasé en este sitio cuando llegué a las manos de Alessandro Albani.

Cuando se aleja de mi lado me tumbo en la cama e intento dormir un poco. Después de lo vivido solo quiero cerrar los ojos y no pensar en nada. Me cuesta quedarme dormida, doy varias vueltas en la cama, pero finalmente lo consigo.

Me despierto sobresaltada, gritando:

—¡Alessandro! —Abro los ojos y lo tengo a mi lado, abrazándome mientras me susurra:

—Todo está bien, tranquila.

Era una pesadilla donde se juntaba todo lo malo que sucede en mi vida. Me llevaba a la fuerza Amín Faheem junto a él y Alessandro estaba muerto. Le habían disparado.

—Soy consciente de que no llevo una vida normal, pero te acostumbrarás. Hasta el momento solo has presenciado la peor parte, pero tengo toda la intención de que veas lo que también puedo ofrecerte —me brinda con una enorme sonrisa que no entiendo.

Me deshago de su abrazo y lo miro con el corazón en un puño mientras una realidad se muestra ante mis ojos. ¿Es Alessandro Albani mi presente y mi futuro? Después de lo sucedido con Faheem no hemos vuelto a hablar sobre si algún día podré volver a mi vida de antes. Al pensar en ello siento un enorme escalofrío, pero cuando pienso en alejarme para siempre de Alessandro Albani no quiero. ¿En qué momento he comenzado a sentir esto tan profundo por este hombre? Me pregunto con miedo.

—¿Qué me espera a tu lado? —inquiero en forma de ruego.

Se hace un silencio y de golpe, Alessandro me toma en sus brazos y me besa. Le correspondo entregándome por completo y disfrutando del embriagador beso que me deja sin capacidad de pensar, solo de sentir todo lo maravilloso que este hombre es capaz de hacer que surja. He de confesar que doy gracias a que Alessandro Albani haya aparecido en mi vida, he descubierto que a mi edad no sabía lo que era un beso de verdad, como los que él me da. Mi subconsciente me traiciona y me lleva a imaginar cómo será hacer el amor con él y si sería tan maravilloso como esto que experimento en estos momentos.

Nos tumbamos en la cama, sin dejar de besarnos, y comenzamos a arrancarnos la ropa. Es algo que ambos deseamos con urgencia.

Cuando Alessandro se deshace de mi jersey y me quedo en sujetador siento un leve escalofrío, pero es de placer al ver su intensa mirada de deseo sobre mi piel. Lleva sus labios hasta mis pechos y los besa haciéndome gemir de placer. Luego sigue el recorrido por mi abdomen y cuando llega a la cinturilla de mis pantalones lleva sus manos hasta el botón, antes de proceder a

abrirlo me mira y yo asiento. Lo necesito. Deshace el cierre con manos expertas y me saca los pantalones de un tirón. Me quedo ante él expuesta, con tan solo un tanga de encaje mientras lleva sus labios a mi vientre y me besa. Luego sube de nuevo hasta mis labios y se apodera de ellos con firmeza. Paseo mis manos por su amplia espalda desnuda, acariciando todos sus músculos y sintiéndolo enorme en todos los sentidos. Llevo mis manos hasta su pantalón y lo ayudo a deshacerse de él. Fijo la mirada en su abultado miembro y suspiro. Todo en él es tan impresionante como imaginaba. Sus piernas son muy musculosas y tiene un culo duro y maravilloso.

Alessandro lleva las manos hacia mi tanga, pero antes de arrancármelo me pregunta mirándome a los ojos:

—¿Estás segura de esto? —Yo asiento de inmediato—. ¿Quieres quemarte con este demonio en el mismísimo infierno? —pregunta mientras sus palabras consiguen que esboce una sonrisa. Nuestros cuerpos arden de pasión.

—Nada deseo más en estos momentos —lo apremio besándolo, haciéndole sentir mi urgencia mientras me arqueo debajo de su cuerpo, invitándolo a invadir por completo el mío.

—Quiero que seas consciente que después de que suceda esto entre nosotros serás mi mujer en todos los sentidos, mía —murmura con posesión.

—Tuya —susurro sobre sus labios sin importarme nada más. No tengo tiempo de analizar qué significará ser suya en todos los sentidos, pero si me hace sentir como en estos momentos bienvenido sea pertenecer a Alessandro Albani. Puede que se trate de un hombre oscuro y peligroso, pero me atrae como ningún otro y estoy dispuesta a vivir a su lado, por el tiempo que sea, todo lo que provoca en mí.

Alessandro me arranca toda la ropa interior, me quedo expuesta ante él y sonrío cuando admiro el brillo en sus ojos al mirarme completamente desnuda. Se apodera de nuevo de mis labios y gimo sobre ellos de puro placer mientras sus manos acarician mi piel con maestría. Sin duda, sabe dónde tocar y provocar cada reacción en mi cuerpo que hasta el momento yo desconocía.

Me atrevo a llevar mis manos hasta sus nalgas y bajarle el calzoncillo. Cuando lo tengo desnudo por completo ante mis ojos lo admiro como un completo dios. Su miembro es enorme y hasta siento cierto temor de poder acogerlo por completo en mi interior. Percibe mi reacción y me sonríe en silencio, se apodera de mis labios de nuevo mientras me abre más las piernas y se sitúa entre ellas. Lo siento en mi entrada, alzo las caderas para cogerlo, pero él decide jugar y hacerme esperar. Sabe lo que hace mientras que yo estoy descontrolada de placer por completo. Lo necesito en mi interior ya. Siento que estoy tensa como una cuerda, mientras que él me sonríe y sé que sabe por lo que me hace pasar. Lo está disfrutando.

Cuando percibo que se adentra poco a poco en mí es la sensación más placentera, espléndida y maravillosa de mi vida. Me retuerzo de placer bajo su cuerpo mientras que él hace círculos con sus caderas y me vuelve loca por completo.

—Por favor —le ruego desesperada, clavándole las uñas sin control en la espalda.

Comienza a moverse de forma enérgica y siento que el corazón me va a explotar, es lo más intenso y brutal que he sentido nunca. Me dejo ir y luego él se corre con fuerza y lo siento en mi

interior como algo especial y maravilloso. Se derrumba sobre mí, lo acojo en mi pecho, nos besamos y nos quedamos en silencio recuperando el aire y las fuerzas. Siento que no sale de mi interior y es algo que me gusta. No hago por moverme ni deshacerme de él, todo lo contrario, lo animo a permanecer ahí por un rato más.

25

Solo tú

Un fuerte sonido, desde los ordenadores, hace que Alessandro salte de la cama. Nos hemos quedado dormidos después de hacer el amor. Sin importarle ir desnudo por completo se coloca delante de los ordenadores y teclea en ellos mientras que yo, incorporada en la cama sobre ambos codos, me recreo la vista con el maravilloso cuerpo desnudo de Albani dándome la espalda. Me muerdo el labio y mi piel se eriza por completo cuando recuerdo todo lo que hemos vivido hace un rato en la cama.

—Está todo despejado y controlado. Fábregas dice que es seguro que salgamos de aquí —me indica dándose la vuelta sin pudor alguno a su desnudez. Yo asiento mientras que sostengo la sábana hasta el borde de mi barbilla, ocultando mi cuerpo desnudo bajo esta y todas las evidencias de lo que hemos hecho—. Vamos a vestirnos, Fábregas nos sacará de aquí en quince minutos —me ordena—. Si necesitas ir al baño —me ofrece con amabilidad mientras él comienza a colocarse sus calzoncillos.

Salgo de la cama envuelta en la sábana, recojo mi ropa tirada por el suelo y me encierro en el baño mientras que ambos nos dirigimos miradas cómplices en silencio.

Minutos después, cuando salgo, me he tomado mi tiempo para asearme, escucho la voz de Fábregas en el búnker e informa a Albani:

—Todo bajo control, jefe. Ya hablé con la mafia irlandesa y la italiana y en caso de que los polacos quieran represalias por lo sucedido nos apoyaran.

—Bien, no esperaba menos después de todos los favores que me deben —dice Alessandro.

Cuando me ven ambos se quedan en silencio. Fábregas me mira de arriba abajo y siento como si adivinase lo que ha sucedido entre Alessandro y yo en la cama.

—¿Cómo está Lupo? —se interesa Alessandro.

—Fuera de peligro. Estará un par de semanas de baja y en cama, pero volverá a estar bien —informa Fábregas.

—¿Nos vamos? —me pregunta Albani, interesándose si ya estoy lista.

—Sí —le indico de inmediato.

Se acerca a mí y me toma de la mano. Observo cómo Fábregas se fija en el gesto, suspira y nos marchamos.

Cuando llegamos a las escaleras que conducen a la planta superior de la casa Alessandro le ordena a Fábregas:

—Mañana temprano quiero un informe en mi despacho sobre todo lo sucedido.

Fábregas asiente mientras yo miro por la ventana y observo que ya es de noche.

Subimos a la habitación de Alessandro y conforme nos acercamos a ella cierto nerviosismo de

apodera de mi interior. Desde lo sucedido entre nosotros no hemos hablado de ello y tengo cierto temor a quedarme con él a solas. No sé cómo vamos a comportarnos ahora tras el paso que hemos dado.

Cuando Alessandro cierra la puerta a nuestras espaldas y me suelto de su mano lo miro en silencio.

—¿Te apetece si nos relajamos en un baño de espuma? Creo que nos lo merecemos —propone.

Lo miro desconcertada, esperaba de todo menos que me invitase a bañarme con él.

Cuando ve que me quedo callada y dudo, se acerca a mí, me coge de la mano de nuevo y, con una sonrisa que casi hace que me desmaye, murmura:

—No te atrevas a desobedecerme.

Camino a su lado haciendo un gran esfuerzo por no sonreír también, al mismo instante que cierto cosquilleo aparece en mi sexo. ¿Cómo puedo desearlo de nuevo con estas ganas? Me pregunto con culpabilidad.

Entramos en el baño y él se mueve como pez en el agua al llenar la enorme bañera redonda y echarle algún tipo de sales. Sin decir nada, comienza a desnudarse frente a mí sin pudor alguno. Cuando no tiene nada de ropa me mira y murmura:

—¿Tengo que hacerlo yo?

—No —digo de inmediato. Estaba tan absorta viendo cómo se deshacía de la ropa y recreándome en toda su maravillosa anatomía que he olvidado que lo dejaba en desventaja.

Mientras me quito la ropa observo como Alessandro se mete en la bañera y me mira con desmesurado interés. Cuando subo los tres escalones para introducirme en el agua con él se acerca un poco y me ofrece su mano mientras me dirige una intensa mirada en la que puedo apreciar el más puro y salvaje deseo. Acepto su mano y entro en la bañera. Me sitúo frente a él y dejo que todo el agua y la espuma cubra mi cuerpo por completo.

—¿Mejor? —pregunta Alessandro.

No sé concretamente a qué se refiere, pero asiento con un movimiento de cabeza. Observo cómo recuesta la cabeza en la bañera y cierra los ojos. Lo siento agotado. Me dedico a observarlo en silencio por unos minutos hasta que vuelve a abrir sus intensos ojos verdes y los fija en mí. Que me mire así me pone nerviosa. Hay un tema que me preocupa. Lo hicimos sin protección y no hemos hablado de ello. Tomo aire y me armo de valor.

—Alessandro —llamo su atención, como si no la tuviese toda sobre mí en esos momentos—. Antes… en el búnker… tú y yo… —Ni siquiera sé cómo exponérselo.

—Lo sé. No hemos tomado precauciones, pero me dejé llevar por el momento. No llevaba preservativos encima y nunca se me ocurrió como parte de todo lo que hay en el búnker, pero de todo se aprende —me indica con un guiño del ojo—. Volviendo al tema, quiero que te quedes tranquila, estoy sano. Hace años que no me acuesto con nadie sin usar preservativo —me deja claro.

—Yo también estoy sana. —Cuando lo dejé con mi novio hacía meses que no nos acostábamos y siempre usábamos preservativo. Me negaba a tomar pastillas todos los días ya que soy olvidadiza con cualquier medicación y no me fiaba de mí misma. Era algo de lo que David

siempre se quejaba—. Pero… puede haber consecuencias —le indico en un susurro. Quiero dejarle claro que no tomo ningún tipo de anticonceptivo.

—No te preocupes. Cuando el médico venga mañana a ver a Lupo le diré que traiga la pastilla del día después. —Suspiro y asiento, quedándome un poco más tranquila—. Por otro lado —continúa mientras comienza a acercarse a mí de forma peligrosa sin dejar de mirarme—, si pensamos repetir con frecuencia, creo que deberíamos poner en común un método anticonceptivo.

—¿Qué propones? —pregunto mientras me alza por la cintura con sus manos y me sienta a horcajadas sobre él.

—Estar dentro de ti sin barreras es maravilloso —murmura mientras me besa el cuello—, nunca había experimentado algo así. No me gustaría renunciar a correrme en tu interior sin límites. Pero creo que es un tema de dos. —Lo miro asombrada, no me esperaba algo así de él. Más bien contaba con el hecho de que me ordenase qué método utilizar.

—Dadas las circunstancias, para no tener que acudir a un hospital a que me introduzcan otro método anticonceptivo, puedes decirle al médico de Lupo que me traiga pastillas anticonceptivas. Nunca las he tomado, pero me parecen bien.

Alessandro me mira serio mientras acaricia mi espalda.

—Hasta donde he investigado tenías un novio con el que llevabas un tiempo. ¿Qué método usabas con él? —pregunta, serio.

Lo miro y no puedo creer que esté hablando con Alessandro Albani de cosas como estas.

—No vivíamos juntos, vale —digo a la defensiva—. Y hasta hace poco no teníamos piso en común ni nada. Decidimos que el preservativo era lo mejor. Es lo que siempre he usado —le dejo claro, incómoda por hacer que le confiese esto.

—¿No lo hicisteis nunca sin protección? —insiste con una mirada penetrante.

—¡Quieres dejar el tema! —le reprendo.

—¡Contéstame! —me apremia tomándome con más fuerza por la cintura y moviéndose a conciencia debajo de mí.

—No —le indico cabreada.

—¿Y antes de él? —insiste, torturándome con sus movimientos.

—Tampoco —respondo, crispada.

Se acerca a mí y me besa el cuello. Me da un chupetón y luego murmura en mi oído:

—He sido el primer hombre que se ha corrido en tu interior sin protección.

—Sí. Solo tú —le confirmo al instante. No sé cómo lo hace, pero tiene una gran habilidad para que le confiese con facilidad lo que desea saber.

—No sabes cuánto me alegra saberlo. Eres mía —murmura sobre mis labios antes de besarme con pasión.

Le correspondo al beso y terminamos haciendo el amor en la enorme bañera. Una vez más me demuestra que es un auténtico dios y me hace disfrutar como una loca. Nunca lo había hecho en el agua y me resulta de lo más placentero y maravilloso.

A la mañana siguiente, cuando me despierto Alessandro ya no está en la cama. Consulto el

reloj y descubro que son las doce de la mañana. Salgo de la cama de un salto y voy al baño, me visto y bajo a por un café. Cuando entro en la cocina Nerea está allí. Siento su mirada taladrarme con intensidad.

—Al fin se dignó a bajar la reina —me reprocha de golpe—. Tenemos trabajo —anuncia, molesta—. El entrenador personal llega en una hora —me indica consultando su reloj—, tienes que escoger el vestido que llevarás mañana a la fiesta de inauguración de la discoteca del jefe aquí y Albani también me ha pedido que te enseñe a disparar. —Me mira de forma despectiva y añade—: No sé qué le has dado, pero no es el mismo desde que pusiste un pie en esta casa.

Cuando voy a responderle Alessandro aparece en la cocina. Nos mira a ambas y le pregunta a Nerea:

—¿Todo bien? —Ella asiente, seria, mirándome como con miedo a que le diga a Alessandro cómo me ha hablado. Yo me quedo callada, solo le dirijo una mirada amable a Alessandro que él no me corresponde—. Acompáñame —me ordena. Me coge de la mano y hace que lo siga.

Me lleva hasta su despacho, una vez a solas se interesa:

—¿Estás bien?

—Sí. Acabo de despertarme. He dormido mucho —murmuro con culpabilidad.

—Lo necesitabas —manifiesta de forma complaciente mientras abre el cajón de su mesa y saca dos cajas de pastillas—. Esta tómatela ahora —me indica al mismo tiempo que me sirve un vaso de agua—. Esta otra caja debes tomar una al día todos los días, sin olvidarlo —especifica.

—Bien.

Me tomo la pastilla del día después bajo su atenta mirada y luego cojo en mis manos la caja de las otras anticonceptivas.

—Nerea me ha dicho que me va a enseñar a disparar. Alessandro… todo lo de ayer está muy reciente. ¿No podríamos esperar un poco? —le ruego.

Se queda en silencio, lo medita y finalmente asiente, algo que me produce una gran alegría.

—Comenzarás la próxima semana.

—Gracias. Creo que con las clases de defensa personal tendré suficiente.

—Espero que en unos meses estés lista para darme una buena paliza —murmura sonriente.

—Nunca se me han dado bien esos movimientos, era muy patosa cuando iba al gimnasio.

Él mueve la cabeza con un gesto negativo.

—Los movimientos en la cama se te dan de maravilla —revela, y consigue que sienta mucho calor en mis mejillas—. No dudo que destaques en tus movimientos de defensa personal. Te seguiré de cerca. Y espero que algún día me tumbes en el suelo y te sientes a horcajadas sobre mí inmovilizándome. No importa la fuerza, sino la táctica.

26

Celos incontrolados

Me miro frente al espejo con cierta inquietud y nerviosismo mientras pienso en el momento que Alessandro me vea con el vestido negro que he escogido para la inauguración de su discoteca esta noche. Admiro mis piernas, enfundadas en unas medias negras transparentes, que parecen más largas debido a lo corto que es el vestido y lo alto que son los zapatos de tacón que llevo. He dejado mi pelo suelto, peinado con ondas, y me he maquillado con esmero. No quiero defraudarlo. Hoy será la primera aparición pública a la que asista en calidad de su mujer y ello me tiene algo intranquila. Más aún que no haya podido preguntarle a Alessandro las dudas de último momento. Después de nuestra conversación en el despacho surgió un problema, que, por supuesto, no me contó, por el cual tuvo que salir fuera y no le fue posible venir a dormir. Nerea me ha dicho esta mañana que llegará justo a tiempo para cambiarse y marcharnos a la fiesta.

Lo espero arreglada, lista e impaciente. Hace más de dos meses que no hago vida social ni me relaciono con gente. Salir de esta casa me provoca angustia, sobre todo, hacerlo en el mundo de Alessandro Albani y como su mujer. Soy consciente de que todas las miradas irán dirigidas a mí. Por otro lado, me aterra ser un punto débil en la vida de Alessandro, tal y como me dijo, y que sus enemigos me tengan en mira para acercarse a él o hacerle daño.

Nerea me ha dicho que no tengo de qué preocuparme cuando le mostré mi inquietud por la seguridad del lugar esta mañana. Me ha asegurado que todo está controlado y no habrá ningún problema. Todos los invitados son amigos de Albani y deberán de pasar un fuerte cordón de seguridad que incluye un arco con detector de metales para que nadie acuda con armas.

Sumida en mis pensamientos, sin moverme de delante del espejo, doy un respingo cuando alzo la mirada y descubro a Alessandro detrás de mí. Su mirada está fija en la mía a través del espejo. Me pregunto en qué momento ha llegado y cómo no lo he sentido entrar. Se acerca más a mí, me agarra por la cintura con sus manos y me besa el cuello mientras siento que se impregna de mi aroma.

—Estás maravillosa —murmura. Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro tras su aprobación —. Voy a ser un hombre muy envidiado esta noche.

Llevo mis manos hacia las suyas y las acaricio sobre mi vientre, me atrevo a preguntarle:

—¿Todo bien?

—Ahora sí —susurra besándome de nuevo el cuello—. Nunca había sentido esta sensación tan placentera al llegar a mi casa. Tengo un regalo para ti que podrás usar después de esta noche —anuncia cambiando de tema, mientras se mete la mano en el bolsillo del pantalón.

Me vuelvo hacia él y cuando veo mi móvil en sus manos estoy a punto de gritar de alegría. Me lo entrega y lo cojo con cierto miedo. No sé qué puedo o tengo que hacer con él.

—¿Puedo usarlo? —pregunto con un leve hilo de voz.

—Después de la fiesta de esta noche quiero que le digas a toda tu familia y amigos que estamos juntos. Es posible que mañana salgamos en algún que otro medio de comunicación y deben de enterarse por ti. —Lo miro con actitud interrogativa, mientras pienso: ¿los hombres peligrosos como él también son conocidos o famosos?—. No se han borrado las conversaciones que mi equipo ha mantenido con tus amigos y familia haciéndose pasar por ti, puedes leerlas todas —me indica—. A partir de este momento ya serás tú siempre quién hables con ellos. Te entrego una poderosa arma del mundo exterior. No me traiciones, Melania —me advierte en tono seco y severo—, sino…

—No lo haré —le corto de inmediato. No deseo escuchar lo que me hará si lo traiciono. Ni sus amenazas contra las personas que quiero.

—Haz mañana lo que te he dicho, es una orden —añade—. Y luego confío en que cada vez que hables con tu familia solo le digas lo feliz que eres a mi lado y lo enamorada que estás de mí. Puedes inventarte todo lo que quieras en ese aspecto —murmura mientras se aleja y se dirige al vestidor.

Lo espero sentada en la cama mientras miro las fotos de la galería de mi teléfono. Se me saltan las lágrimas al ver lo que han crecido mis sobrinos. También hay vídeos de ellos. Me emociono y decido dejar el móvil en la mesita de noche, lo veré al día siguiente cuando pueda llorar todo lo que quiera sin arruinar el esmerado maquillaje que llevo en estos momentos.

Cuando me doy la vuelta me topo con Alessandro. Va perfectamente vestido con un traje de chaqueta negro, camisa negra y corbata negra. Tiene una pinta de hombre peligroso que me atrae demasiado. Tengo que contenerme para no ir hasta él y besarlo como deseo.

—Nos esperan —anuncia con una sonrisa. Sus ojos tienen un brillo especial y todo en él me atrae como si fuese magia.

Cojo mi bolso de encima de la cama y nos marchamos. Para mi gran sorpresa una enorme limusina negra nos espera en la puerta. Nos montamos en ella y alucino cuando estoy en el interior. Todo es tan lujoso que da miedo hasta de tocarlo. Sin embargo, Alessandro no muestra sorpresa alguna. Debe de estar tan acostumbrado a estos lujos que ni siquiera los aprecia.

—Esto es increíble —no puedo evitar el comentario.

Alessandro pulsa un botón y cuando veo que aparece una botella de champán bien frío con dos copas siento que ha hecho un número de magia.

—Brindemos —anuncia mientras descorcha la botella con suma facilidad.

Llena las dos copas y me entrega una.

—Por mi mujer —dice mientras nuestras copas chocan—. No te separes de mí en toda la noche a menos que yo te lo pida por cualquier cosa. En ese caso, Fábregas estaría a tu lado.

—No te preocupes, sé cuál es mi papel. —Bebo de mi copa, nos miramos en silencio con complicidad y deseo, pero mantenemos las distancias.

Cuando me doy cuenta de que la limusina se para ya hemos llegado. Creo que Alessandro me ha distraído con el champán para que no viese por dónde nos movíamos de camino a la discoteca. Observo los coches aparcados en la majestuosa entrada, ya que no se pude calificar de otra forma, y aprecio que todos son de marcas caras y lujosos. Un hombre nos abre la puerta y

Alessandro es el primero en salir, luego me extiende la mano en un gesto caballeroso.

Hasta la entrada vamos escoltados por más de diez guardaespaldas, todos con pinganillos en sus oídos. Una vez dentro de la discoteca, nosotros no pasamos por el arco de seguridad, a las primeras personas que vemos son a Fábregas y a Nerea.

—Todo bajo control, jefe —informa Fábregas a Alessandro. Este último hace un asentimiento con la cabeza y caminamos para adentrarnos donde se encuentra toda la gente.

Alessandro me agarra de su mano con fuerza. Intento llevar la cabeza alta y sonreír en todo momento, y procuro que en mi rostro no se refleje la sorpresa de todo lo que ven mis ojos. Gente muy elegante, con joyas y disfrutando del ambiente. No me esperaba encontrar algo así, la verdad, cuando observo que la gran mayoría de los invitados tienen la edad de Alessandro, e incluso más, pienso que he sido una completa ingenua al creer que lo que iba a encontrar era una discoteca como a las que yo acudía con mis amigas. El ambiente y la vida de Alessandro no tienen nada que ver con el mío.

Alessandro se para a saludar a la gente, no me suelta de su mano, pero tampoco me presenta. Yo me limito a sonreírles y quedar en un segundo plano. Tras varios saludos más, todos breves, apenas nos paramos más de un minuto, conseguimos llegar a un reservado al cual para acceder hay que pasar la barrera de cinco hombres enormes. Por supuesto, a Alessandro lo conocen de sobra y en cuanto nos acercamos le saludan y nos abren paso. Me llevo una gran sorpresa cuando encuentro a Fábregas y a Nerea ya en el reservado, hablan con más personas que se encuentran ahí. La gran mayoría son hombres de una mediana edad. Me llama mucho la atención que solo las chicas sean jóvenes. Nos sentamos en un sofisticado sofá en color berenjena y Alessandro me presenta a todas las personas que están allí en los demás sillones. Hay como unas veinte personas, pero no consigo quedarme con el nombre de ninguno.

—Enhorabuena Albani, la remodelación de este lugar te ha quedado impresionante —admira un señor mientras se toma una copa y acaricia la pierna de una chica que se encuentra a su lado.

—Gracias. Me esmero porque mis discotecas y bares sean diferentes —murmura Alessandro, orgulloso. Luego se acerca a mi oído y pregunta—: ¿Qué quieres beber?

—No lo sé… —dudo.

—Champán —determina—. Un par de botellas, vamos a brindar —anuncia Alessandro de golpe.

De inmediato unas chicas, camareras, pero muy elegantes, con ropa ajustada y generosos escotes, nos traen dos botellas de champán.

Alessandro es el encargado de abrir las botellas y llenar las copas. Luego todos nos ponemos de pie y brindamos juntos.

—¿Quieres bailar? —me pregunta Alessandro. Lo miro con sorpresa, pensaba que los hombres como él no bailaban.

—Creo que me gustará descubrir tus dotes de bailarín —le indico con una sonrisa mientras dejo mi copa sobre una mesa.

Él hace lo mismo con la suya, me coge de la mano y nos alejamos a la pista de nuestro reservado. Hay más personas que bailan al ritmo de la música en directo. En cuanto llegamos a la pista comienzo a bailar, Alessandro me mira mientras le demuestro que no me he pasado la vida

encerrada. Esboza una sonrisa y baila conmigo. Nos miramos a los ojos en silencio, entre miradas cómplices y cargadas de deseo. Ambos somos conscientes de que media discoteca tiene puesto los ojos en nosotros. En un momento de nuestro baile, cuando todo se vuelve más intenso, Alessandro me arrima a él y se apodera de mis labios. Continuamos besándonos mientras la música suena, disfruto el momento, estar en sus brazos y perderme en su boca. Cuando nos hemos calentado lo suficiente, nuestras respiraciones están alteradas y gemimos sobre nuestras bocas, él interrumpe el beso y propone:

—¿Volvemos al reservado y nos tomamos una copa?

—Sí, por favor. —Siento que necesito algo bien frío.

—Es pronto para retirarnos, pero me has puesto a cien y si no fuese porque esta noche tengo varios negocios importantes que cerrar te llevaba arriba a una de las habitaciones —murmura Alessandro en mi oído mientras volvemos al reservado.

Lo miro sonriente, me gusta que me desee tanto como yo a él en estos momentos. Luego miro hacia la planta superior. Una enorme escalera accede a ella, me pregunté antes qué habría allí, y resulta son habitaciones. ¿A qué clase de discotecas están acostumbrados a ir los ricos? Me pregunto, escandalizada.

Cuando nos sentamos de nuevo en el reservado Alessandro pide dos copas, mientras nos las sirven observo cómo Nerea me mira de una forma que no me gusta mientras centra todo su interés en un hombre que está a su lado.

De repente, el hombre de mediana edad, calvo y con barriga, se levanta del sillón en el que está sentado y se dirige hacia Nerea, tira de su mano y ella lo sigue. Presto atención a ambos y observo que comienzan a subir las escaleras que Alessandro me ha indicado llevan hasta las habitaciones. Me quedo sorprendida porque una mujer como Nerea se vaya a ir a la cama con un hombre como el que la acompaña. Ella es preciosa y él tiene pinta de viejo pervertido.

De repente, veo cierta mirada de agobio en ella, como pidiendo ayuda en silencio. Alessandro está charlando con otras personas, pero Fábregas lo interrumpe, le dice algo al oído y de inmediato fija la mirada en Nerea y ese hombre subiendo las escaleras. Observo que la cara de Alessandro se pone seria de golpe, intercambia una mirada con Fábregas y se dirige hacia las escaleras con prisa. Sube los escalones de dos en dos hasta que llega a la mitad, donde hay un rellano y Nerea y el hombre que la acompaña se han parado y él la acaricia. Cuando Alessandro llega hasta ellos intercambian unas palabras, que desde la lejanía puedo apreciar que no son nada agradables. Finalmente, Alessandro coge a Nerea de la mano y comienza a bajar con ella. Cuando veo esa imagen algo dentro de mí se revuelve. Conforme bajan más escalones juntos, Alessandro la toma por la cintura y la arrima a su cuerpo. ¿Qué coño está pasando? Me pregunto mientras observo esa imagen ante mis ojos. Todo el reservado me mira, y media discoteca. Siento un gran agobio al ver que Nerea le pasa las manos a Alessandro por el pecho, antes de entrar en el reservado, se acerca a su oído y luego le da un breve beso en el que le roza los labios. Él no parece molesto, todo lo contrario. Vuelven juntos, entre miradas cómplices, a mi lado, como si nada, mientras que una furia incontrolada que no pudo dominar se apodera de todo mi interior.

De un impulso me pongo en pie y recibo a Alessandro con una mirada fría, el dolor que siento

en mi interior procuro guárdalo para mí.

—¿Me traes aquí, me presentas como tu mujer y me dejas en ridículo de esta forma? —le espeto de malas formas en cuanto lo tengo enfrente, sin importarme la gente que nos rodea ni que en cada palabra que pronuncio voy alzando más y más la voz.

El rostro de Alessandro de vuelve de granito. Un tic aparece en su mandíbula y cierra los puños con fuerza, pero me da igual. Si él está furioso yo también lo estoy. Ya me he dado cuenta de qué va todo esto. Chicas jóvenes para tíos con dinero, pero me niego a ser una más de ella, y soportar lo que acabo de ver. Soy su mujer delante la gente, ¿pero debo de permitir que se pasee con su amante ante mis ojos y los demás? No, no, y no.

—Estás montando un numerito —murmura con los dientes apretados—. Siéntate y cállate —me ordena, serio.

—Lo siento, pero no —me niego en rotundo—. ¿Qué es lo próximo, que ahora me metas mano aquí delante de todos y me beses? ¿O quizá me vas a proponer un trío con Nerea? —pregunto con asco—. No voy a soportar esto. Me largo de aquí. Todo esto me produce náuseas. Al menos me lo podías haber advertido —le reprocho—, para venir preparada al bochorno al que me acabas de someter —añado enfadada. Le doy un empujón en el pecho y paso por su lado, dispuesta a marcharme de allí.

Aún no he dado ni dos pasos cuando siento que Alessandro me toma del brazo con fuerza, me gira con suma facilidad hacia él y me planta un beso delante de todos. Me resisto, pero él es más fuerte. Cuando termina de darme un beso brusco y obligado, ya que no se lo he devuelto en ningún momento, en contra de mi voluntad, no sé qué se apodera de mí, que, de forma involuntaria, le cruzo la cara delante de todos. Y en esos momentos siento que, si antes, con lo sucedido con Nerea media discoteca estaba pendiente de mí, ahora lo hacen hasta los aparcacoches.

Tras tomar conciencia de lo que acabo de hacer me quiero morir. Nunca en mi vida he sentido un ataque de celos incontrolados como el que acabo de sufrir. Miro el rostro de Alessandro y sé que mis acciones tendrán consecuencias, y muy graves. Me doy media vuelta y echo a correr. En esos momentos solo quiero escapar de él, pero no voy muy lejos. Me para, me mira y me carga en su hombro como si fuese un saco de patatas. Y así salimos de la discoteca, mientras todos nos miran en silencio y yo rezo por mi vida.

27

Por sorpresa

Alessandro se encamina hacia la salida con paso firme y seguro, sin soltarme mientras me quejo. Alzo la mirada y veo que Fábregas y Nerea nos siguen de lejos. En cuanto llegamos a la calle Alessandro le indica al portero de malas formas:

—Nos vamos, el coche. Ya —ladra de tal forma que asusta a todos los que están allí.

—Sí, señor. Vamos a buscarlo de inmediato. Nadie nos avisó que ya lo necesitaba.

—Ha sido un imprevisto —ladra de nuevo mientras me coloca en el suelo frente a él y me taladra con sus ojos, pero no dice nada.

De repente, dos hombres se abalanzan sobre Alessandro por la espalda y tratan de reducirlo. De inmediato, otros dos me agarran a mí. Grito, intento soltarme de ellos mientras pataleo, pero lo único que recibo es un fuerte golpe en las costillas que me deja casi sin respiración. Entreabro un poco los ojos y veo que los dos hombres que atacaron a Alessandro están en el suelo, retorciéndose ambos de dolor.

—Soltadla —les indica a los dos hombres que me mantienen en sus garras.

Estos sacan una pistola cada uno y me apuntan a la cabeza. Yo miro a Alessandro sin poder respirar y siento que es mi fin. Sin embargo, Fábregas y Nerea aparecen en acción y se forma una gran pelea, la cual solo puedo ver a medias, recibo un golpe en el estómago y es tan grande el dolor que cierro los ojos.

De repente, unos brazos me rescatan. Abro los ojos y descubro que son los de Alessandro. Me introduce en la limusina de golpe y salimos de allí a toda velocidad.

—No puedo respirar —me quejo. Tengo mucho dolor en el costado.

—Ya falta poco, vas a estar bien —me indica Alessandro mientras me aparta el pelo de la cara y se centra en mí.

Para mi gran sorpresa llegamos a un hospital. Me diagnostican que tengo dos costillas rotas. Escucho que los médicos aconsejan que pase la noche en el hospital y Alessandro accede sin poner objeción alguna. Nos instalan en una habitación y antes de marcharse la enfermera le pregunta a Alessandro:

—¿Pasará la noche aquí con ella?

—Por supuesto, es mi mujer —le indica en tono serio, casi molesto por la pregunta.

La enfermera se marcha y Alessandro cierra la puerta. Se deshace de la chaqueta, la corbata y se abre un poco el cuello de la camisa mientras se acerca a mí. Estoy en la cama y siento que me duele todo. Respiro con dificultad y me cuesta abrir los ojos. Me han dado unas pastillas e igual eran unos calmantes y me tienen un poco atontada.

—¿Cómo te sientes? —se interesa. Denoto en su voz un tono de preocupación.

—Como si un camión hubiese pasado por encima de mí, sin embargo, mejor de lo que

esperaba. En vez de matarme por el numerito que te he montado en la discoteca y ponerle fin a todos los problemas que te ocasiono me traes a un hospital. Nunca dejarás de sorprenderme, Alessandro Albani —comento con cierto deje de broma.

—Ya hablaremos de lo sucedido esta noche. Ahora solo me interesa que te pongas bien.

Lo miro en silencio y aprecio que tiene un golpe en la cara. Luego cierro los ojos y recuerdo con la destreza y rapidez con la que se deshizo de sus dos atacantes.

—¿Tú estás bien? —le pregunto, angustiada—. ¿Te ha visto un médico ese golpe?

—No es nada —le resta importancia mientras se lleva la mano al rostro.

—¿Qué querían esos hombres que nos atacaron? —pregunto con miedo—. ¿Me iban a llevar con ellos?

—No. Eran la gente del enemigo que me gané esta noche por rescatar a Nerea de que terminase en la cama con Escalona. No iba con ese tío por voluntad propia, solo la rescaté. No tuve otra forma de hacerlo —explica y siento que con ello me pide disculpas.

—Lo siento, Alessandro —me disculpo de inmediato, cierro los ojos y suspiro mientras lamento mi actitud. Me reprocho una vez más que su mundo me queda muy grande y jamás llegaré a entenderlo—. Me dejé llevar por unos celos tremendos que se apoderaron de mí por sorpresa —justifico apenada, con los ojos cerrados.

De repente, siento la respiración y el aliento de Alessandro muy cerca de mí. Abro los ojos y me llevo una gran sorpresa cuando lo veo a escasos milímetros de mi boca, mostrándome una sonrisa y con un brillo especial en sus ojos.

—Celos —murmura pensativo, sin perder la sonrisa en sus labios—. Puede que por ello te libres de la que te tenía preparada —anuncia mientras lo miro con los ojos muy abiertos. Se inclina un poco más y me da un breve beso en los labios—. Me gusta que hayas experimentado ese sentimiento hacia mí.

Lo miro de forma interrogativa mientras me pregunto: ¿no está enfadado, no me va a encerrar de por vida ni va a matarme por desobedecerlo y ponerlo en ridículo delante de toda su discoteca?

Quiero preguntarle tantas cosas, sobre todo, qué relación tiene con Nerea, que es lo que más me atormenta, sin embargo, no me atrevo a hacerlo en este momento.

—Nunca dejarás de sorprenderme, Alessandro Albani.

—De eso se trata, que nunca te aburras de mí —me indica con una sonrisa seductora—. Ahora intenta descansar un poco —me ordena de forma amable.

Lo observo que arrastra el sillón de la habitación, lo sitúa a mi lado y se sienta en él.

—¿Vas a cuidar de mí? —le pregunto con los ojos entrecerrados y tono burlón. El sillón le queda pequeño y jamás me hubiese imaginado a Alessandro pasando una noche incómodo y desvelado por nadie.

—Ya los sabes, mientras estés a mi lado, te protegeré.

—Gracias por traerme a un hospital y cuidarme.

Él asiente con una medio sonrisa y añade:

—Piensa en todos los méritos que tendrás que hacer para compensarme toda esta noche.

—Creo que no me daría la vida entera —murmuro con pesar. No solo le debo esto, también

que no me entregase a Faheem y decidiese protegerme ante todos dándome el estatus de su mujer.

—Una vida entera a mi lado no estaría nada mal para demostrármelo —lanza de golpe mientras yo lo miro tratando de adivinar qué ha querido decir realmente.

Cierro los ojos y trato de dormirme. Ha sido un día intenso, en el que una vez más pensé que iba a morir, sin embargo, Alessandro aparece y me rescata, llevándome a un lugar mejor y haciéndome soñar como una tonta cada vez que me dice: Te protegeré. Y yo lo creo porque lo siento como mi héroe, alguien que ha entrado en mi corazón y he tirado la llave al mar. ¿En qué momento me he enamorado hasta los huesos de Alessandro Albani?

28

Madrid

Una enfermera irrumpe en la habitación muy temprano y me despierta para sacarme sangre. Me indica que si todo va bien hoy mismo me darán el alta.

Alessandro permanece en el sillón, al lado de mi cama, dormido. Lo miro así, tranquilo, relajado, apacible y me dan ganas de besarlo. Es un hombre que siempre está en tensión. Creo que hasta cuando duerme su mente traza planes, pero en este momento pienso que está agotado.

—Tiene usted mucha suerte de tener un marido como él —me indica la enfermera antes de marcharse. No comprendo muy bien el elogio, pero me limito a asentir.

En cuanto se cierra la puerta Alessandro abre los ojos y se pone en pie. Lo miro y sé que no estaba dormido, sino que solo lo simulaba.

—Ya la has oído, si todo está bien nos iremos a casa.

—A casa —murmuro, pensativa en cuál es mi casa realmente.

—Concretamente nos iremos a mi casa en Madrid —añade.

—¿Qué? ¿Madrid, por qué? —pregunto extrañada.

—Quiero alejarme un tiempo de aquí. Después de lo de Faheem, los polacos y el incidente de anoche en la inauguración de la discoteca creo que es lo más conveniente. No te preocupes, mi casa en Madrid es tan grande como la de aquí en Sotogrande.

—¿Lo de hablar con mi familia sigue en pie? —pregunto con miedo. No sé qué habrá cambiado entre él y yo después de lo de anoche. Igual tiene pensado mantenerme encerrada de nuevo en su casa de Madrid.

—Si les vas a hablar de mí, presentarme como tu novio y decirles que te has enamorado, sí.

—¡¿Cómo?! —pregunto con desconcierto.

De repente, llaman a la puerta y Alessandro abre. Entra un señor con un gran ramo de rosas rojas, y otro con una suculenta bandeja de desayuno que nada tiene que ver con el que se sirve en un hospital.

Nos quedamos a solas en la habitación y de inmediato pregunto:

—¿Y todo esto? —Miro el gran ramo, es enorme, debe de haber como cien rosas rojas, y el desayuno con el que se me hace la boca agua tiene de todo lo apetecible recién levantada.

—Mis disculpas por lo sucedido ayer —murmura Alessandro.

—¿Tus disculpas? —pregunto con sorpresa. No tiene pinta de ser un hombre que se arrepienta de sus acciones.

—Sí. Te di mi palabra de que te protegería mientras estuvieses a mi lado y mírate, estás en un hospital con dos costillas rotas porque no pude protegerte como es debido.

—Es un ramo precioso, gracias —murmuro por educación. En mi interior batalla una gran decepción ya que imaginé que sus disculpas serían por lo sucedido con Nerea y cómo me dejó

delante de todos pese a ser un acto de rescate.

—¿Te apetece comer algo? —me anima, mirando la bandeja, donde todo viene servido para dos.

—Sí, claro —murmuro recordando las palabras de la enfermera al decirme que era una mujer afortunada por tener un marido como él. Seguro que había visto el ramo y el desayuno antes.

Tras el desayuno que comparto con Alessandro en silencio entre miradas cómplices, siento que necesito ir al baño. Llevo acostada en esta cama desde anoche.

—Voy a levantarme. Tengo que hacer pis —le indico un poco avergonzada.

—Yo te llevo. No hagas esfuerzos —se ofrece de inmediato para cogerme en brazos.

—No es necesario, puedes llamar a un celador.

—¿No confías en mí? Creo que ya te he cargado en varias ocasiones —me recuerda.

—Vale, pero me dejas en el baño y te vas —le indico, no estoy para hacer esperas. Me hago mucho pis.

—Te aseguro que no voy a ver más de lo que ya he visto —murmura mientras me carga.

—Es demasiado íntimo que estés ahí conmigo mientras… Vete, Alessandro —le indico de forma enérgica cuando me ha dejado con sumo cuidado en el suelo, delante del váter.

—Estaré detrás de la puerta por si me necesitas.

Accedo y finalmente se marcha. Con dolor en el costado me siento en el váter y vacío mi vejiga. Me miro delante del espejo mientras me lavo las manos y tengo un aspecto desastroso. Me sobresalto de golpe cuando veo el reflejo de Alessandro en el espejo. Está situado detrás de mí. ¿Cómo puede ser tan silencioso, o tan absorta estaba en mí misma que no lo oí entrar?

—¿Estás bien? —se interesa.

—Sí, dentro de lo que cabe. —Miro mi reflejo en el espejo y me doy media vuelta sintiendo un pinchazo en el costado.

Alessandro me toma del brazo con suavidad y me agarra con la otra mano por la cintura mientras me lleva hasta la cama de nuevo. Cuando me tumbo en ella recuerdo que antes de llegar las flores y el desayuno estábamos inmersos en una conversación que me interesa demasiado.

—Antes de todo esto… —Miro hacia las flores y los restos del desayuno—, dejamos un tema pendiente. —Me quedo en silencio, pero Alessandro no habla, como espero—. Me inquieta mi futuro y mi familia —suelto de golpe.

—Tu futuro está a mi lado, ya lo sabes. Y con respecto a tu familia, ahora que vamos a estar en Madrid, más cerca de ellos, si quieres podemos invitarlos un día a casa y me presentas.

Lo miro con los ojos muy abiertos, descolocada. No esperaba nada como lo que me acaba de decir.

—¿Sabes qué? Tengo que digerir todo esto. Déjame asimilarlo y vamos viendo —murmuro con sorpresa. Mirándolo como si se hubiese vuelto loco.

—Tengo que irme. Voy a ducharme y a preparar todo para marcharnos a Madrid hoy mismo si puede ser. Nerea vendrá en diez minutos —indica mirando su reloj—. Y Fábregas está fuera en el pasillo.

—No hace falta que Nerea venga a cuidarme, estoy bien.

—No ha sido una pregunta. Y no es negociable —dice de golpe cuando aprecia que voy a

protestar.

Se marcha y yo me quedo mirándolo al mismo tiempo que siento todo mi ser en completa revolución por culpa de ese hombre tan autoritario.

Cierro los ojos y trato de descansar un poco, siempre que Alessandro está cerca estoy en tensión.

De repente se abre la puerta y entra Nerea. Me mira en silencio y murmura con deje despectivo:

—¿Ya estás mejor, reina?

—Le dije a Alessandro que no hacía falta que estuvieses aquí. Creo que te hace tanta gracia como a mí. —Por primera vez la miro como a una rival.

—Las órdenes del jefe no se cuestionan, se cumplen sin más.

—¿También las cumples cuando estás en su cama? —le espeto de golpe.

—Estar en la cama con el jefe es todo un placer. —Me dedica una sonrisa malvada.

—¿Sois amantes? —pregunto con interés.

—Somos mucho más que eso, no lo entenderías. ¿Viste cómo se despertaron sus celos cuando vio que me iba a las habitaciones de la discoteca con ese hombre? No le importó que estuvieses presente y dejarte en completo ridículo.

—Lo hizo para salvarte —replico de forma enérgica, tanto que siento un pinchazo fuerte en mis costillas.

—¿Eso te ha dicho? — pregunta en forma de burla. Me mira sonriente, disfrutando del momento—. Eres una pobre ingenua que nunca entenderás el mundo que rodea a Alessandro Albani. Es un hombre intachable que nunca comete errores, el único error que le he visto eres tú —me reprocha de malas formas.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con miedo.

—Que en estos momentos te está usando porque le convienes en sus planes, cuando dejes de serle útil se deshará de ti. Para Alessandro todo forma parte de un negocio, una estrategia, tú solo eres una mera piedra en el camino. Cuando logre su objetivo no volverás a saber nada de él, ni de mí —añade de forma intencionada.

—¡Déjame sola! —grito de golpe y comienzo a toser.

Fábregas entra en la habitación sin llamar, mira a Nerea y esta sale en silencio. Una enfermera se encarga de ponerme una medicación que logra quitarme el dolor que he comenzado a sentir tras la tos.

Fábregas se queda en la habitación, pero no le digo nada. Cierro los ojos y pienso con angustia: ¿Qué espera Alessandro de mí? Me pregunto indignada. ¿Que sea su mujer de cara a los demás y a mi familia, no lo traicione, haga todo lo que me diga solo porque me protege y él tenga amantes como Nerea, las cuales no dudará en restregarme en mis narices como el otro día en la discoteca, y además me tenga dispuesta en su cama? No podré soportarlo. Me he enamorado, y duele porque no será fácil. Tengo muy claro que los hombres como Alessandro no se enamoran de mujeres como yo. Para él soy un entretenimiento, alguien a quién sacará de su vida en el momento que menos me lo espere porque ya no le sirva o se canse de mí, como me ha hecho ver Nerea. ¿Podré soportarlo? ¿Qué opciones tengo?

Cuando despierto descubro a Alessandro de nuevo a mi lado. Lleva unos vaqueros oscuros y una chaqueta negra. Me mira con expresión amable y me dice:

—Te han dado el alta. Todo está bien. Solo deberás tener cuidados y reposo, y de eso me encargaré yo. Para que no hagas tantas horas de coche hasta Madrid iremos en avión privado desde el aeropuerto de Jerez.

—¿Y mis cosas? —pregunto.

—Ya se están encargando de que estén en un par de días contigo. Te he traído ropa —me indica mirando una bolsa que hay sobre el sillón.

—¿Puedes llamar a una enfermera para que me ayude a ponérmela?

—Yo mismo lo haré. —No es un gesto amable. Es una orden. Lo percibo con claridad.

Dejo que me ayude a ponerme un chándal mientras que pasea las manos por mi cuerpo a su antojo con la excusa de ayudarme, pero sé lo que está haciendo e intento hacer como la que no se da cuenta. La proximidad con Alessandro me aturde, pero quiero mantenerme firme y no dejarme llevar por su embriagador olor.

Un avión privado nos espera y cuando subo a él siento que me muevo en un mundo que no existe, uno del que no tenía ni idea en el que se podía vivir. Alessandro me ayuda a sentarme y se interesa en todo momento porque esté cómoda. Decido cerrar los ojos, ignorar a Alessandro y pensar muy bien en todo lo que Nerea me ha dicho.

—Vamos a aterrizar —me indica Alessandro.

Se me ha pasado el viaje muy rápido.

Un coche nos recoge a pie de pista y nos lleva a su casa, está oscureciendo y no puedo ver mucho del lugar hacia el que nos dirigimos, pero cuando entramos en una propiedad con una verja de seguridad como la de una cárcel, deduzco que he llegado a la casa de Alessandro en Madrid.

—Aquí viviremos por un tiempo. Es una propiedad muy segura.

Miro la impresionante mansión y en mi mente la catalogo como una fortaleza. La construcción tiene dos plantas y su forma en U es majestuosa. Aprecio un gran jardín con setos muy altos. Es una casa nada visible desde el exterior. Me pregunto con miedo mientras miro a Alessandro a mi lado, ¿qué me espera aquí junto a él? ¿Tengo escapatoria?

29

¿Puedo ser su mujer?

Nos bajamos del coche y Alessandro intenta cargarme en sus brazos, pero no lo permito.

—Puedo caminar por mí misma, por favor —añado cuando advierto en su mirada que no va a hacerme caso.

Parece que mi petición surte efecto y asiente. Me ayuda a caminar mientras me coge por la cintura y del brazo. En cuanto entramos en la casa admiro el lugar, todo es puro lujo, decorado con gran exquisitez.

—Ya haremos un tour por la casa cuando estés más recuperada. Ahora debes descansar. La habitación principal está arriba, pero he ordenado que mientras estés convaleciente usemos una aquí abajo, para que evites el esfuerzo de subir y bajar las escaleras y puedas moverte por el resto de la casa cuando desees.

—Yo puedo quedarme aquí. No tienes porqué renunciar a tu habitación. Además, al estar así, creo que dormiré mejor sola. —Lo miro contrariada, por un lado, mis costillas rotas serán una excusa perfecta para no volver a tener relaciones con él, sin embargo, por otro, su sola presencia me altera y me hace desearlo hasta límites insospechados.

—Ni lo imagines por un solo segundo, Melania. No voy a separarme de tu lado —murmura sin lugar a réplica, pero no me quedo callada.

—No lo entiendo —suelto en tono molesto y lo miro con expresión interrogativa.

—Ni me voy a esforzar en explicártelo. Es una orden. Punto. Mientras estés a mi lado como mi mujer dormirás conmigo. Sea aquí o en cualquier otro lugar.

—Una mujer a la que no dudas humillar en público porque te pusiste celoso cuando viste que tu amante se iba a la cama con otro —lo encaro con valentía.

—Creo que ya te expliqué la situación. No me gusta repetir las cosas —dice serio y distante.

—Permíteme que lo ponga en duda. ¿Tengo que creer ciegamente en todo lo que me dices?

—Si quieres seguir con vida, sí. —Me dirige una mirada que me hace temblar, luego posa una mano en el bajo de mi espalda y me anima a caminar, dando por terminada la conversación.

En silencio, llegamos hasta la habitación que compartiremos por un tiempo. El médico me ha dicho que en un plazo de cuatro a seis semanas mis costillas sanaran por sí solas, siempre que lleve el reposo adecuado.

Mientras Alessandro me ayuda a recostarme en la cama lo miro con atención mientras pienso que enojado, serio y ofuscado es muchísimo más sexi y atractivo, pero eso es algo que jamás le confesaré. Siento ganas de besarlo, pero me contengo. Si descubre que lo que siento por él es algo más que deseo estaré perdida.

—Voy a ordenar que tengan lista la cena pronto —me indica antes de marcharse y dejarme sola.

Comí algo antes de salir del hospital, pero apenas era la una de mediodía y no he vuelto a probar bocado. Me quedo en silencio ya que me parece bien cenar pronto, sin embargo, eso lleva como consecuencia que la noche sea más larga con Alessandro a mi lado. Me quedo pensativa y sonrío al imaginar el provecho que le voy a sacar a mi situación. En un mes no pienso acompañar a Alessandro a ningún lado fuera de esta casa, y si vienen invitados y me obliga a estar presente me quejaré de dolor. Tras la vergüenza que pasé en la inauguración de la discoteca necesito un tiempo para volver a enfrentarme a su círculo.

Al cabo de veinte minutos Alessandro vuelve a la habitación, desde que se fue me quedé mirándola y es preciosa, muy grande, decorada en tonos verde agua y blanco, todo muy elegante. Desde la cama veo dos puertas, deduzco que una tiene que ser el baño y otra dará acceso a un vestidor.

—¿Estás cómoda? ¿Te parece todo bien? —pregunta mientras pasea la mirada por la habitación.

—Sí.

—Bien, si hay algo que necesites solo tienes que pedírmelo, lo que sea para que te recuperes lo mejor y antes posible. —Se acerca a mí y me extiende mi móvil—. Toma, lo que te prometí.

Cuando lo cojo en mis manos siento una gran emoción. Es mi conexión con el mundo más allá de Alessandro Albani y todo lo que él controla.

—¿Puedo ponerme en contacto con mi familia? —pregunto algo cohibida. Con Alessandro nunca sé cómo va a reaccionar.

—Ya lo hablamos, puedes hacerlo. En las condiciones que te indiqué —añade.

—Le hablaré a mi familia de ti, pero creo que lo mejor será no decirles nada de lo que me ha pasado y verlos cuando me recupere. Mientras hablaré con ellos y les daré largas para quedar de forma inmediata.

—Me parece bien. En las dos próximas semanas voy a estar muy ocupado, apenas te veré —me indica y sus palabras me producen cierto alivio—. También quiero dejarte claro, que, aunque te he entregado tu móvil y tienes mi permiso para pasearte por esta casa a tu antojo, tienes prohibido salir de ella sin mí.

—Entendido —murmuro mirándolo a los ojos.

—Voy a darme una ducha antes de cenar. ¿Te apetece un baño? —pregunta con interés.

—No. Estoy bien.

Me dirige una mirada seria, pero me mira con un brillo especial en sus ojos verdes que hace que el corazón me dé un vuelco, aparezcan cientos de mariposas en mi estómago y sienta un leve tirón en mi vientre. ¿Cómo puede conseguir todo eso con solo una mirada? Es un hombre muy seguro de sí mismo. Es guapo a rabiar, atractivo a más no poder y tiene un cuerpo de escándalo, sabe el efecto que causa en las mujeres, y esto es algo que me pone aún más nerviosa cuando me dirige miradas tan intensas como esta. Suspiro cuando me quedo sola y me llevo una mano a los labios, recordando sus besos y cómo me hace sentir cada vez que lo siento cerca. Al mismo tiempo, me pregunto: ¿podré ser su mujer de cara a los demás? ¿podré soportar en otra ocasión algo como lo que sucedió con Nerea en la discoteca? Y lo que más me inquieta: ¿hasta cuándo pretende Alessandro que siga siendo su mujer? Estoy enamorada de él como una loca, lo quiero

cerca, pero no lo deseo compartir con otras mujeres, ni estoy dispuesta a sufrir por amor. Sueño con el hecho de que Alessandro Albani se enamore de mí, pero ¿no es un imposible? Estoy tan lejos de su mundo, de ser como las mujeres que lo rodean… En estos momentos mi vida y mis sentimientos son un caos muy grande.

Alessandro sale del baño liado en una toalla de cintura para abajo, descalzo y con gotas de agua que aún resbalan por su pecho, mi corazón se acelera de nuevo y estoy a punto del infarto. Siempre he pensado que los hombres así no existían fuera de la televisión, en la vida real, y voy yo y me topo con el rey de todos ellos.

Pasa por delante de mí, en silencio, mientras me mira de una forma demasiado intensa. Desaparece por la puerta que debe ser el vestidor y aparece al rato completamente vestido, con unas botas negra, un pantalón vaquero oscuro y un jersey negro de pico que se ajusta a su cuerpo y le queda increíblemente bien.

—Tengo que hacer un par de llamadas en el despacho, ¿nos vemos en media hora en el salón? —me pregunta consultando el reloj. Se remanga ambas mangas del jersey y aprecio los tatuajes de sus brazos. ¿Es posible que me guste todo de él?

—Sí —contesto de inmediato. Necesito que desaparezca de mi vista para que mi corazón vuelva a una frecuencia cardiaca normal.

Cuando me quedo sola me sobresalta un pitido de mi móvil, llevo tanto tiempo sin él que me siento una novata. Consulto el teléfono y es un mensaje de Alessandro, su nombre aparece en la pantalla y sonrío al pensar que ha grabado su número. En el mensaje dice:

A partir de ahora también te daré ordenes por aquí. No borres mi número, y memorízalo.

Le respondo con un simple: ok. No quiero perder el tiempo. He visto mensajes de Laura y de mi familia y quiero saber de ellos. Primero voy al grupo de mi familia y leo cómo están todos, hay fotos de mis sobrinos y las chorradas que solemos poner y decir. Cómo las echaba de menos. Compruebo que están todos bien y que se acuerdan de mí casi a diario. Abro los mensajes personales de mis hermanos y leo las breves conversaciones y las escuetas respuestas que les han dado el equipo de Alessandro. Finalmente, cuando voy a abrir el chat con Laura me suena el teléfono. Veo en la pantalla que es ella. Emocionada, pulso el botón y descuelgo la llamada. Hacía más de dos meses que no hacía algo así.

—Hola —contesto.

—Por fin me coges el teléfono. ¿Albani está cagando o lo hacéis juntos? Desde que estuve en su casa no me has respondido ni a una sola llamada y en los mensajes me dabas largas —se queja.

—Eh… sí, lo cierto es que me mantiene muy ocupada.

—¿Y no trabaja? —pregunta con curiosidad.

—Lo hace desde casa y ha coincidido que se tomó unos días libres para cuidarme —le miento —. ¿Tú qué tal? —le pregunto para desviar el tema sobre Alessandro.

—Genial. He estado cuatro días en Paris. Ya tengo piso en Madrid y mañana mismo me mudo.

—Vaya, que bien. Alessandro y yo vamos a pasar un tiempo en Madrid —le revelo con cierto temor.

—Oh, tenemos que vernos a solas y me cuentes todo bien. La vez pasada no tuvimos tiempo, demás me pasó algo muy raro en el móvil. Todas las fotos que nos hicimos se perdieron, no sé qué le pasó.

Suspiro mientras pienso que el equipo de Alessandro manipuló el teléfono de mi amiga, pero ¿hasta dónde llega el poder de este hombre?

—Bueno… lo cierto es que vuelvo a estar indispuesta. Tengo dos costillas rotas. —A ella le cuento la verdad.

—¿Estás bien? Ese tío… —dice seria, en tono amenazante.

—No. No. Alguien me atacó en la salida de la discoteca de Alessandro, él me defendió, pero terminé con dos costillas rotas. Tengo que tener unas semanas de reposo, nada más.

—Vaya, ¿dónde estás? Quiero verte.

—Vamos a casa de Alessandro en Madrid en estos días, te aviso cuando llegue —le miento, quiero un margen de tiempo para pensar todo bien—. Laura, no le digas nada de esto a mi familia. Cuando me recupere les presentaré a Alessandro. No quiero que se preocupen.

—Si algo no fuese bien con ese tío me lo dirías, ¿verdad? —pregunta con desconfianza.

—No seas tonta, Alessandro es lo mejor que me ha pasado en la vida. Es caballeroso, atento y maravilloso en todos los sentidos.

—Estás colada por él.

—Me he enamorado —le confieso a la misma ve que lo pronuncio en voz alta—. Y he de decirte que es lo más maravilloso que me ha pasado, con Alessandro he descubierto lo que es el amor de verdad.

—Oh, Mel. ¡Qué bonito! —grita mi amiga.

Miro el reloj y veo que ya ha pasado la media hora que me dio Alessandro.

—Tengo que dejarte, me espera para cenar. Vamos hablando —me despido.

—Avísame cuando estés en Madrid. En estos días redecoro el piso a mi gusto y ya vienes a hacerme una visita cuando te recuperes.

—Vale, ya me cuentas dónde lo has alquilado y me enseñas fotos. Un beso, amiga. Me ha encantado escucharte.

—Lo mismo digo.

30

Sin elección

Salgo de mi habitación y, algo desorientada, busco la cocina o el salón de esta casa. Al pasar por una puerta doble, muy grande, veo una gran mesa de muchos comensales donde ya está sentado Alessandro a la cabecera. No ha percibido mi presencia, lo observo centrado en su móvil y me permito mirarlo desde una cierta distancia. Tiene un porte y una arrogancia que no puede ocultar pese a que no se esmere en ello. Me pregunto cómo he terminado enamorada de alguien como él, pero a estas alturas ya no tengo elección. No puedo cambiar lo que siento por este demonio que ha conseguido entrar en mi corazón de una forma que no lo había hecho nadie hasta el momento, y me duele quererlo porque sé que nunca seré correspondida. Puede que le atraiga, que nos compenetremos muy bien en la cama, pero de ahí a que un día me ame… No creo que los hombres como Alessandro Albani se enamoren. Además, me da miedo amar a un hombre tan peligroso, he intentado deshacerme de estos sentimientos, pero no he podido, todo lo contrario, cada día se convierten en algo más profundo que me asusta.

—Pasa y siéntate, por favor —me indica Alessandro sin levantar la cabeza.

Me sobresalto porque pensaba que no había apreciado mi presencia, pero tiene un sexto sentido. Me dirijo a la silla que está a su lado y tomo asiento. No hay nada de comer en la mesa, solo los utensilios y vajilla. Sin embargo, como por arte de magia aparece una señora de mediana edad, con un uniforme azul y nos sirve la comida mientras permanecemos en silencio.

—Espero que te guste el pescado al horno.

—Sí, la verdad es que me gusta casi todo, y ahora tendré que centrarme en comidas más sanas y que no engorden ya que no podré hacer ejercicio. Me queda más de un mes sin hacer esfuerzos —le recuerdo con toda la intención.

—No te preocupes, lo bueno de los parones es que luego se recupera el tiempo perdido, todo sabe mejor y se aprecia más —me indica con una mirada ardiente y una medio sonrisa mientras intento que mis mejillas no suban de color. Puedo apreciar la intención con la que me ha respondido.

—No lo sé, nunca me ha pasado —murmuro mientras corto el pescado, sin mirarlo.

—Te doy mi palabra —afirma con arrogancia mientras lo miro de reojo y lo veo centrado en mí con demasiado interés.

—Tendré que felicitar a la cocinera, este pescado está exquisito —intento cambiar de tema.

—Podrás realizar con ella el menú de todos los días, que cocine lo que te apetezca. Dejo el tema de las comidas en tus manos. Yo ya le di las indicaciones de qué me gusta y qué no.

—Perfecto. ¿Hay algo más de lo que me pueda ocupar en esta casa para no sentirme una

inútil?

—Sí. En la planta de arriba hay dos habitaciones que están vacías. Una de ellas me gustaría que fuese una sala de estar, acogedora. El salón es demasiado grande. Y la otra habitación puedes usarla para ti. Un despacho, tu espacio personal… Compra todo lo necesario por internet o por teléfono y entretente en todo. Muebles, cortinas, aparatos electrónicos, alfombras… Mañana mismo te daré una tarjeta bancaria para que hagas todas las compras. No tendrá límites, así que no escatimes.

—Vale. Acepto. Me parece una buena idea —le indico con entusiasmo.

—También quiero que te compres ropa a tu gusto. He mandado a traer la tuya y la que te compré cuando estábamos en Sotogrande, pero deseo que vistas como tú eres y con lo que te sientas cómoda. Compra vestidos elegantes y ropa cara, de marca —especifica—. No te fijes en los precios, solo en que sea de tu agrado. Date todos los caprichos que alguna vez deseaste. Es una orden —añade finalmente cuando repara en mi cara de asombro.

—Eres asquerosamente rico, ¿verdad? Seguramente no sabes ni el dinero que tienes —le indico con asombro.

—No siempre ha sido así, pero ahora que me encuentro en esta posición lo disfruto. Tengo muchísimo dinero, no te lo voy a negar, pero me gusta llevar mis finanzas y supervisar todo lo que gasto e ingreso.

—¿Has estudiado alguna carrera? —me intereso. Quiero saber tanto de él…

—La carrera de la vida. Es la mejor y la que más te enseña. —Me dedica una sonrisa y alza la copa antes de beber un poco de vino de ella.

—¿Quién te enseñó todo lo que sabes? ¿Cómo llegaste a ser quién eres? —pregunto con valentía.

—Mi tío, el hermano mayor de mi padre, era alguien importante en la mafia italiana. Cuando falleció me dejo mucho dinero, y contactos. Mis padres intentaron alejarme de todo ello, pero cuando ambos murieron en un accidente me vi tan perdido y solo con veinte años que decidí seguir los pasos de mi tío en algunos aspectos. Hoy día tengo negocios legales —especifica, creo que para que me quede un poco más tranquila.

—¿No tienes hermanos?

—Ni hermanos ni familia.

Lo miro con cierta pena. Está solo en la vida y debe ser tan vacío no tener a nadie que se preocupe por ti que ahora comprendo el hombre tan duro en el que se convirtió. Puede que Alessandro Albani tenga a un ejército que lo obedezca, pero todos están junto a él por dinero, ninguno por afecto. Pienso en mi maravillosa familia y luego miro el lujo que me rodea al lado de Alessandro, desde luego el dinero no compensa todo lo que el amor y el cariño de padres, hermanos y sobrinos te dan. Siento pena porque Alessandro nunca haya vivido eso.

—Yo solía quejarme de todo lo que me molestaba no tener paz en casa de mis padres debido a la gran familia que éramos, y que la casa estuviese llena de gente a todas horas, pero te aseguro que hoy en día lo aprecio más que nada en esta vida. Creo que todo lo que me ha sucedido ha sido parte de una lección que jamás olvidaré.

—A mí me gusta mi vida tal y como es —me indica, serio.

—¿No cambiarías nada? —pregunto con sumo interés.

—¿No consideras que ya ha cambiado suficiente desde que llegaste a mi vida? Nunca he querido una relación seria con nadie y en estos momentos, para todos, eres mi mujer.

—Si con ello te sientes un poco mejor… puede que tu vida haya dado un pequeño giro, la mía se ha vuelto del revés.

—Tendremos que adaptarnos. No te esperaba, pero llegaste por casualidad en el momento más complicado de mi vida.

—¿Por qué el más complicado? —me intereso.

—Tengo entre manos unos negocios muy importantes.

—Entiendo —murmuro sin atreverme a indagar más.

—No podrías entenderlo jamás —comenta mientras me dedica una sonrisa forzada—, sin embargo, espero que pongas todo de tu parte y estés a mi lado como te he pedido.

—¿Hasta cuándo? —pregunto con ansiedad.

—Ya veremos.

—¿Algún día seré libre? —pregunto con un hilo de voz, temiendo a su reacción.

—Si todo sale como he planeado, sí. Pero, a veces, en la vida y en el amor no todo sale como se planea. Por el momento, ya te lo he dicho, te protegeré.

—Vale —acepto sin hacer más preguntas, por extraño que parezca, existe algo dentro de mí que me hace confiar en él ciegamente. Sé que es alguien oscuro y peligroso, pero también creo que puede ser una persona maravillosa si deja al demonio a un lado y permite salir su parte más humana.

Terminamos de cenar y Alessandro me dice:

—Es temprano, ¿quieres pasar un rato al salón o prefieres ir ya a la cama?

El corazón me da un vuelco cuando nombra la cama. Imaginarnos juntos en esta me altera.

—Prefiero ir a descansar ya. Tú puedes quedarte en el salón si te apetece —le ofrezco con amabilidad.

Se acerca hasta mí, apoya una mano en el bajo de mi espalda y me susurra en el oído:

—¿Por qué siento que siempre tratas de deshacerte de mi cercanía?

Me alejo un poco de él y lo miro a los ojos.

—Eres un hombre solitario, solo trato de no ser un mayor estorbo.

—No lo eres. Te aseguro que tengo una gran habilidad para deshacerme de las personas a las que no quiero a mi lado —susurra.

Un escalofrío recorre mi cuerpo mientras que me dedica una sonrisa y comenzamos a caminar en dirección a la habitación.

—He hablado con Laura —le revelo—. No le he dicho que aún estamos en Madrid para que no insista en venir a verme.

—Lo sé —murmura.

—¿Ella te lo ha dicho? —pregunto con sorpresa.

—No. —Me quedo mirándolo sin entender nada—. Tienes tu móvil y puedes comunicarte con tus amigos y familia, y yo el poder de saber todo lo que les dices —anuncia como si nada.

—¡¿Qué?! —pregunto con sorpresa, me separo de él y lo miro cabreada—. ¿Espías mis

conversaciones? —le reprocho.

—Yo lo llamaría un método de seguridad. Melania, soy un hombre acostumbrado a proteger su espalda.

—Cuando comienzo a pensar que puedes dejar de ser un poquito, solo un poquito —alzo la voz, indignada. Y le hago un gesto con los dedos—, el demonio que eres, compruebo que no. ¿No puedes confiar en mí? —le grito indignada.

—No confío en nadie. Eso me ha llevado hasta donde estoy.

—Muy bien. —Me doy media vuelta y me marcho, ofuscada y cabreada con él como nunca.

Entro en la habitación y voy directa al baño, dando un sonoro portazo. No quiero verlo. Espero que cuando salga se haya aburrido y marchado. Sin embargo, esto no sucede. Hago tiempo en el baño, me coloco el pijama y cuando abro la puerta lo encuentro metido en la cama, con un libro en la mano y unas gafas de lectura. Lo miro con sorpresa y trato de ver si es él, no me lo imagino en plan intelectual con un libro en la mano.

Con paso lento me acerco a la cama, él no aparta la vista del libro. Aprecio que lee algo sobre finanzas y los mercados financieros del mundo. Me meto en la cama y lanzo un suspiro entrecortado cuando mis costillas me duelen.

—¿Te has tomado la medicación? —pregunta sin mirarme, centrado en la lectura.

—Ahora —le indico molesta. Saco la pastilla del dolor de la mesita de noche y me la tomo con agua. Me arropo y me meto en la cama del todo.

—¿Te molesta la luz? —me pregunta con tono indiferente, mientras sigue leyendo.

—No —contesto de forma seca, molesta. ¿Si quería leer por qué no se ha quedado en el salón o en su despacho? Pienso exasperada.

Me tapo hasta la cabeza e intento dormirme para dejar de pensar en él, pero no lo consigo. Me remuevo en la cama, incómoda. No encuentro una postura en la que no me pinchen las costillas.

—Deberías dormir del lado de las costillas rotas, es lo que dijo el médico —me recuerda. No lo he olvidado, solo que si lo hago lo estaré mirando y no quiero.

Me doy la vuelta, lo encuentro inmerso en su lectura, al parecer lo absorbe por completo, y suspiro, exasperada, cuando se me pasa por la cabeza que ha escogido ese lugar en la cama aposta. Es tan arrogante que quiere que lo mire y no me olvide que comparto cama con él.

Cierro los ojos y lo maldigo en silencio.

Cuando creo que ha trascurrido más de una hora y solo lo he escuchado pasar páginas del libro siento que mi paciencia va a explotar.

—¿Te queda mucho? —le pregunto en tono molesto, con los ojos cerrados para no verlo.

—Me dijiste que no te molestaba.

—Pues sí me molesta. Vete a otro lado —me atrevo a echarlo.

—Vale, vale, ya apago la luz. Quién te entiende —se queja. Deja el libro sobre la mesita de noche y se acuesta.

Cuando lo siento mirando hacia mí abro los ojos y lo observo enfadada.

—Es mi lado preferido para dormir —me indica con media sonrisa.

—Te odio, Alessandro Albani —susurro, muy enojada.

—Pues mal vamos, yo te recomendaría que me ames. —Abro los ojos y lo miro—. De cara a

los demás —especifica—. Puedes ensayar tu papel cuando desees —me anima con una sonrisa burlona.

—¿Qué quieres decir? —le espeto de malas formas.

—Puedes besarme y esas cosas para cuando lo hagamos en público nos salga de diez —siento que se burla.

—Pues ni se te ocurra ensayar tu papel conmigo. Eres un hombre muy experimentado para ensayos a estas alturas de tu vida —le espeto, alterada.

—Creo que ya hemos ensayado en la intimidad y fue muy bien. ¿No lo crees?

—Eres un demonio.

—Y te arrastraría conmigo al mismísimo infierno para arder juntos, no lo dudes.

—Déjame dormir.

31

Un mes después

Desde que llegamos a Madrid apenas veo a Alessandro. Hace un mes que solo coincidimos en la cama, y, a veces, cuando llega ya estoy dormida y se marcha muy temprano. Por un lado, agradezco esta lejanía, sin embargo, por otro, no puedo evitar torturarme pensando que cada vez que se acuesta a mi lado puede que venga de estar con otra mujer. Mis dos costillas rotas ya están casi curadas, el médico acude a verme cada semana y ayer me dijo que en la próxima visita me dará el alta y podré hacer vida normal sin problema.

Durante este mes Alessandro no me ha pedido que lo acompañe a ningún lado fuera de esta casa, tampoco hemos tenido invitados y, por supuesto, ni siquiera ha intentado acercarse a mí en la cama. Ha respetado mi lesión y es algo que le agradezco pese a que lo deseo de una forma incontrolada. Me pregunto si volverá a ocurrir otro acercamiento íntimo entre nosotros. Por un lado, lo deseo, por otro, creo que terminaré herida. Él nunca se va a enamorar de mí y jamás aceptaré no ser la única mujer en su vida. Por ello, me he repetido hasta la saciedad no volver a caer en sus encantos, solo ser su mujer de cara a los demás.

En este tiempo me he dedicado a decorar las dos habitaciones que me indicó Alessandro, a pasear por la propiedad, a pintar un cuadro completo que deseo poner en la sala de estar tan acogedora que he amueblado y a comprar la ropa que me indicó. Hace tres días recibí un paquete y resultaron ser joyas. Pulseras, collares, pendientes y anillos. Seguidamente recibí un mensaje en el teléfono de Alessandro en el que me indicaba que era lo que debía llevar alguien que fuese su mujer de cara a los demás. Lo acepté solo porque lo consideré un préstamo y asumí que formaría parte de mi disfraz cuando saliese con él.

Pese a no mantener conversaciones en persona con él en estas semanas, todos los días se ha interesado por mí y me ha dado órdenes por mensajes al teléfono. Le respondía a todo con un simple: ok, sin embargo, me daba la sensación que esperaba más de mí, pero tengo asumido que de nada sirve batallar con él, es un hombre que siempre gana, de una forma u otra.

Por el momento, siento que me he convertido en alguien conformista. Puedo comunicarme con mi familia, saber de ellos, y con mi gran amiga Laura, pese a ser consciente de que todo lo que digo o hago lo sabe el demonio que siempre me vigila. Tengo libertad de movimiento en esta casa y pese a lo que no esperaba, los días pasan muy rápido. He estado metida de lleno comprando muebles, cortinas, alfombras, aparatos electrónicos y ropa por internet, he pintado, leído y también me ha quedado tiempo para relajarme en la bañera de hidromasaje de la habitación tras las sesiones teóricas de defensa personal y saber usar un arma. Es algo que me agobia, pero Nerea dice que cumple órdenes de Albani. En cuanto esté dada de alta pasaremos a la práctica y me da miedo, no tengo interés en ninguna de ambas cosas, pero he de hacerlo

porque Alessandro me obliga.

Hoy es sábado y paseo por el jardín de la casa. Hace una mañana estupenda. El mes de mayo se ha presentado con un tiempo increíble. Si seguimos así pronto podré usar la maravillosa piscina exterior. Creo que es más grande que la de algunos hoteles.

De repente, escucho el grito:

—¡Amiga! —Vuelvo la cabeza y veo a Laura. Echa a correr hacia mí y yo voy a su encuentro mientras observo que Fábregas está detrás de ella.

Nos abrazamos emocionadas, llorando.

—¿Cómo estás? —me pregunta Laura mientras me toma de ambas manos, las levanta y me observa de arriba abajo.

—Ya estoy casi bien. Yo diría que perfecta, pero el médico me dijo ya que la próxima semana podré hacer vida normal. ¿Qué haces aquí? —pregunto con entusiasmo.

—Fábregas me trajo. —Levanto la vista y, para mi gran sorpresa, me encuentro con Alessandro. Muestro una sonrisa forzada mientras pienso que aquí no se hace nada sin la autorización del jefe.

—Lo cierto es que me puse en contacto con Laura para que viniese a visitarte, pero ha estado fuera y en cuanto ha puesto un pie en España Fábregas ha ido a recogerla y aquí la tienes. Quería darte una sorpresa. Sé que ha sido un mes duro para ti, cariño —añade mientras me mira, se acerca, pasa una mano por mi cintura, me arrima a su cuerpo y me da un prolongado beso en la mejilla que consigue alterarme.

—He venido a pasar todo el sábado con vosotros —anuncia Laura—. Hace tanto que no nos vemos que tenemos un montón de cosas de las que ponernos al día.

—Podemos salir a comer a uno de mis restaurantes en Madrid —propone Alessandro.

De inmediato, giro la cabeza y lo miro con atención. Desde la noche en la discoteca, un mes atrás, no he salido de esta casa. Solo tengo relación con la cocinera, Fábregas, Nerea y Alessandro.

—Me parece una idea estupenda. Seguro que mi amiga se merece salir un poco de aquí.

—Este último mes he tenido mucho trabajo y entre su malestar y todo lo que tenía pendiente no hemos salido de casa, pero te compensaré, cariño —murmura Alessandro, a mi lado, sin soltarme—. Fábregas, ¿vienes con nosotros? —le propone.

—Por supuesto —dice Laura. Da unos pasos hacia él lo toma del brazo y lo mira—. Cómo me dejes con la parejita a solas no te lo perdonaré —le indica, mostrándole una gran sonrisa.

—Está bien —accede.

—Vamos dentro —propone Alessandro.

Me coge de la mano y caminamos juntos hasta entrar en el salón. Laura y Fábregas van delante. Yo me centro en mirarlo a ellos y procuro no pensar en la mano del demonio agarrando la mía y todo lo que me hace sentir. Lo miro de reojo y siento que me la ha jugado, no me ha avisado de la llegada de Laura, lo ha solapado con una sorpresa y no me ha dado tiempo para hacerme a la idea de estar de nuevo tan cerca de él, volviendo a ser su mujer delante de los demás.

Nos tomamos un café en el salón mientras que Laura nos cuenta su último viaje por Malta, lo

contenta que está con su nuevo piso en Madrid y lo cerca que vamos a estar para vernos más a menudo. Aunque me comunica que en una semana se marcha a Londres donde deberá pasar tres semanas reunida con sus jefes para un nuevo proyecto. Algo que me relaja un poco. Solo puedo salir de esta casa con Albani y si ella me propone que lo hagamos solas las excusas se me acabarían.

—La reserva está hecha para las dos de la tarde —confirma Fábregas.

Alessandro mira el reloj y me indica:

—¿Vamos a cambiarnos y nos marchamos?

Son las doce y media, voy vestida de una forma muy informal para ir a comer a uno de sus restaurantes, no tengo más remedio que acceder a su propuesta e ir con él a cambiarnos de ropa.

—Nos os preocupéis, me quedo aquí con Fábregas —dice Laura. La miro y parece que sabía dónde íbamos a ir, lleva un vestido corto con falda de vuelo y unas botas altas. Su pelo está perfecto, siempre me encantaron sus mechas rubias, y sus ojos verdes oscuro son preciosos. Siempre he pensado que es más guapa que yo, aunque ella insiste en lo contrario, dice que mi rostro es muy fino y elegante, que ni el mejor cirujano plástico del país podría hacer uno igual.

Alessandro se levanta del sillón que ocupa y antes de que llegue hasta mí y me toque salgo del salón unos pasos delante de él.

Cuando nos hemos alejado lo suficiente me pregunta enfilando el pasillo que llega a nuestra habitación:

—¿No te ha gustado la sorpresa? ¿No estás contenta? —inquiere algo preocupado.

—No. Es solo que no lo esperaba. Me hubiese gustado saber que Laura venía a verme y estar preparada para recibirla.

—Consideré que te haría ilusión verla. Habías pasado unas semanas aislada y convaleciente.

—No te preocupes, voy aceptando que es mi destino más cercano —le indico algo molesta.

—Intentaré que no sea así. He tenido que revolver algunos asuntos importantes que me han mantenido muy ocupado y alejado de ti, pero, ahora que ya estás recuperada, te prometo que tu vida no será una cárcel aquí encerrada.

—Ah, ¿no? —inquiero con sorpresa. Mientras lo miro con atención una vez dentro de la habitación—. ¿Qué tienes pensado? —pregunto con cierto tono irónico.

—Déjate sorprender. En los próximos meses de verano voy a tenerme que dejar ver por muchos lugares con mi mujer. Me encargaré de que disfrutes cada viaje que hagamos.

—¿Viajes? —pregunto con los ojos muy abiertos.

—Sí, pero no te preocupes por eso ahora. Te prometo que te iré avisando con tiempo para que puedas hacer las maletas y organizarlo todo.

—¿Qué soy para ti, Alessandro Albani? —pregunto en un susurro, casi con miedo.

—La mujer a la que tengo que proteger. Mi mujer —contesta, serio, seguro de sí mismo.

Se acerca, me da un beso en la mejilla y se marcha al baño, dejándome temblado de arriba abajo, sin saber qué me espera.

32

Acostumbrarme a él

Cuando Alessandro y yo bajamos de nuevo al salón, antes de entrar en este ya me ha cogido de la mano, nos encontramos con Laura y Fábregas charlando de una forma muy cómplice.

—Amiga, estás espectacular —murmura Laura en cuanto me ve—. Y más delgada —aprecia de inmediato—. Ese vestido te hace un tipazo —me halaga mientras me mira de arriba abajo con atención.

He escogido un vestido de punto fino, en corte midi, ajustado, en color beige combinado con unos botines marrones y una chaqueta de cuero marrón que llevo en la mano. Ni me he esforzado en coger un bolso. No tengo llaves, documentación y no creo necesario llevar el móvil yendo con Alessandro, ya que dudo que me permita usarlo.

—Este último mes se ha empeñado en hacer dieta ya que no podía realizar ejercicio —dice Alessandro y lo siento algo contrariado—. No le hace falta estar más delgada. Yo me enamoré de sus ojos, todo lo que me transmitía esa maravillosa y expresiva mirada color canela —murmura mirándome a los ojos mientras me muestra una sonrisa.

—¿Qué te enamoró a ti de Alessandro, amiga? —pregunta de golpe Laura y estoy a punto de matarla con la mirada que le dirijo por su imprudente pregunta.

Suspiro, lo miro, veo que me observa con expectación, y comento:

—Creo que es obvio. Es guapísimo, tiene un cuerpo impresionante y sus ojos te atrapan con un magnetismo que es muy difícil de romper. Es el hombre con el que toda mujer sueña —resumo algo nerviosa.

—Y es todo tuyo —confirma Laura con alegría—. Hacéis una pareja maravillosa. —Nos observa con atención mientras que yo siento que estamos en una situación muy incómoda.

—Creo que podemos irnos —anuncia Fábregas.

Los cuatro salimos al exterior y encontramos un enorme todoterreno negro listo. Alessandro lo conduce, Fábregas va a su lado y nosotras detrás. Observo que dos coches iguales nos siguen. Me pongo nerviosa con tanta seguridad. No le digo nada a Laura e intento aparentar normalidad. Ella está tan alucinada con lo rico que es mi novio y mi nueva vida que solo se fija en los lujos que me rodean, y en Fábregas.

Mientras Alessandro conduce yo voy pendiente a todos los lugares por los que pasamos. Primero la zona residencial y alejada del centro de la ciudad donde está su casa y luego cuando nos adentramos en el centro de Madrid. Me siento como que he vuelto a la vida, ver a la gente caminar por la calle y la vida en esta llega a emocionarme. Mi amiga Laura no para de hablar sobre sus proyectos y algo de que tenemos que quedar un día para ir de compras juntas, yo asiento a todo mientras que fijo la mirada en el exterior y lo observo todo. No es la primera vez que estoy en Madrid, lo conozco bien, he venido mucho ya que vivía muy cerca, pero hoy lo veo

todo diferente.

Entramos en un parking y desde este accedemos de forma directa al restaurante de Alessandro. Tenemos una mesa alejada de todos, en un lugar íntimo y estratégico. Él me lleva de la mano en todo momento y antes de sentarnos me pregunta:

—¿Estás bien? —lo siento algo preocupado.

—Algo mareada —le confieso—, hacía mucho que no salía.

—Siéntate —me indica de inmediato—. Traigan una botella de agua fría —le ordena de inmediato al camarero.

Alessandro se sienta a mi lado y me toma de la mano mientras que miro algo incómoda a Laura y Fábregas, frente a mí.

Con suma rapidez traen el agua, Alessandro me la sirve en una copa y me la da. Tras beberla y estar sentada comienzo a sentirme mejor.

—Si quieres nos marchamos —me propone Alessandro, lo siento preocupado por mí—. Quizá no fue buena idea venir —murmura algo contrariado.

—Ya me siento mejor —le aseguro mientras llevo mi mano hacia la suya y se lo transmito de una forma más segura—. Quiero quedarme —le ruego en un susurro.

—Bien, pero si en cualquier momento cambias de opinión o te sientes peor solo tienes que decírmelo —me indica mientras le sonrío al mismo tiempo que pienso que hasta en estos momentos me habla dándome ordenes, pero ya he asumido que así es, solo me queda acostumbrarme a él.

—Yo creo que si mi amiga se toma una copa de vino se viene arriba —propone Laura mientras Fábregas llena las copas de ellos tres.

—No puede. Aún toma la medicación —dice de golpe Alessandro.

Yo lo miro en silencio. Hace un mes que no hablo con él de la evolución de mis costillas rotas ni de la medicación que tomo, sin embargo, ahora sé que ha estado muy pendiente de mí a través del médico, ya que continúo tomando una pastilla por la noche.

Finalmente, pido un refresco con cafeína y me reanimo por completo. Nos tomamos unos aperitivos que Alessandro insiste en que son una exquisitez y luego cada uno elegimos en la carta lo que nos apetece comer.

Laura no deja de elogiar todo lo que nos rodea y coquetea constantemente con Fábregas, algo que no me gusta. Él es la mano derecha de Albani y tiene pinta de ser tan peligroso y oscuro como Alessandro. No quiero que mi amiga corra con la misma mala suerte que yo, enamorarse de alguien poco conveniente.

Alessandro pasa todo el almuerzo pendiente de mí, realmente lo siento preocupado. No es una actuación delante de mi amiga y es algo que me halaga por algún extraño motivo.

Cuando saboreo un maravilloso brownie de chocolate como postre siento los ojos de Alessandro fijos en mí. Se acerca a mi oído, puedo sentir su aliento, y me pregunta:

—Cuando termines de saborearlo, ¿quieres que nos marchemos a casa o vamos a tomar unas copas a un lugar con unas vistas espectaculares de Madrid? —Me mira con atención mientras sonríe.

Me relamo los labios, para que no quede ningún resto de chocolate, y le indico apurada:

—Vamos a quedarnos, quiero estar más tiempo con Laura. —Marcharnos significa estar con él en casa a solas, al parecer hoy tiene el día libre, y si lo tengo que tener cerca prefiero estar en compañía.

—¿Estás bien de verdad? —pregunta con interés.

—¿No me has visto comer? Estoy estupenda —le indico animada, mientras sigo con mi delicioso postre.

—Sí. Estás estupenda —musita, mirándome de arriba abajo, sentado a mi lado.

Su comentario me altera, pero no lo miro. Me centro en mi amiga Laura y Fábregas. Ella le está contando que dentro de unos días se marcha a Londres.

Tras la comida nos dirigimos a otro lugar. Es una terraza en el último piso de un edificio en el centro de Madrid, con unas vistas maravillosas. Cuando llegamos son casi las seis de la tarde. De inmediato nos dirigen a un reservado con dos sofás y nos sentamos allí. El lugar está lleno de gente. Se aprecia que todos son personas con dinero. Visten con ropa de marca, joyas y la apariencia de todos es muy elegante.

Alessandro se sienta a mi lado y pide una botella de champán. Lo miro preguntándole en silencio qué vamos a celebrar y él parece entender mi mirada, pero Laura se adelanta y pregunta:

—¿Qué vamos a celebrar?

—Este momento —dice de inmediato Alessandro—. La vida se compone de momentos y hay que disfrutarlos como si fuesen los últimos que vamos a vivir.

Fábregas es el encargado de descorchar la botella de champán y llenar las copas.

—Por la vida —dice Alessandro.

—Por el amor —brinda mi amiga—. Hacéis una pareja maravillosa —nos indica mientras nos mira a ambos.

Los cuatro bebemos de nuestras copas, pero Alessandro me impide que tome todo el champán, me lo quita de las manos. Cuando voy a protestarle, está buenísimo, se nota que es uno muy caro, sella mis labios con los suyos. Me da un beso que me veo obligada a responder delante de mi amiga.

Laura se disculpa para ir al baño, me mira, pero no la acompaño. Alessandro me tiene tomada la mano con fuerza y me indica con un gesto que no lo haga. Fábregas se excusa en ir al baño también y ambos desaparecen. Cuando nos quedamos solos le reprendo a Alessandro:

—¿Era necesario que me besaras así?

—Tu amiga brindó por el amor, nuestro amor —recalca con ímpetu—. Me pareció justo sellar con un beso el brindis —comenta con cierto deje mandón y seguro de sí mismo que me saca de quicio.

—¿No te estarás aprovechando de la situación para besarme cuando te da la gana, cierto? —pregunto envalentonada.

—¿Tengo pintas de ser un hombre que aproveche este tipo de situaciones para besar a una mujer? —me pregunta, serio. Creo que está un poco enfadado—. Las mujeres se tiran a mis brazos, se mueren por mis besos. No te confundas —me deja claro con aire prepotente.

—Me complace saber que soy la única que no me tiro a tus brazos y que cuando estoy en ellos deseo de librarme de estos. Y no me muero por tus besos —le recalco a conciencia, alterada,

tratando de bajarle su gran ego.

—Tengo que admitir que eres diferente a las mujeres con las que suelo relacionarme. Eso te hace especial y hay algo en ti que me atrae, no te voy a engañar —revela con naturalidad.

Le sonrío, sin creerlo, y le indico:

—A ti te atrae lo que no puedes tener, lo prohibido.

—Algún día te contaré qué es lo que me atrae de verdad —susurra en mi oído y consigue que todo mi ser se altere.

—Albani, qué sorpresa verte por aquí —nos interrumpen dos hombres.

Alessandro se levanta y los saluda, luego me presenta como su mujer y los hombres se quedan mirándome de arriba abajo.

—Sigues siendo un tío afortunado en todos los sentidos en esta vida —le indica uno de ellos mientras me mira con descaro.

—Me he enterado que vas a estar por la capital unos meses —comenta el otro.

—Sí, pero pasado mañana me voy unos días de viaje. Lo necesito después de este último mes en el que no he parado —le indica y yo lo miro con sorpresa. No sé si iré con él o me dejará en casa. Sentimientos contrariados aparecen en mi interior cuando imagino que se marcha con otra mujer.

—¿Estarás aquí para la boda de Sotelo? —se interesa el hombre.

—Por supuesto que sí —contesta de inmediato.

—Nos vemos entonces.

Ambos hombres se marchan y me quedo en silencio, meditando toda la información que he obtenido. Se marcha de viaje en breve, no sé por cuanto tiempo, y hay una boda cerca a la que piensa asistir y seguramente me pida que lo acompañe.

—Pasado mañana nos vamos de viaje, y cuando regresemos tenemos que asistir a una boda que no puedo faltar —me ordena mientras que yo lo miro con los ojos muy abiertos y la mandíbula desencajada.

33

El peligro que le rodea

—¡¿Qué?! —suelto con un grito ahogado—. ¿Dónde vamos? —pregunto con miedo. ¿Y si se ha cansado de mí y ha decidido entregarme a Faheem o este lo ha chantajeado de tal forma que no ha tenido otro remedio? Lo miro con pavor mientras observo todo a mi alrededor y, por primera vez, pienso en escapar de él o gritar ahí en medio que me tiene secuestrada desde hace meses.

—Vamos a viajar a Dubrovnik —anuncia agarrándome por ambas manos con fuerza y obligándome a mirarlo.

—¿Y qué pinto yo allí? ¿No puedes ir tú solo? —le indico algo nerviosa y descolocada.

—Necesito ir con mi mujer —dice serio, no intenta convencerme. Es una orden.

—¿Y si no quiero ir? —lo reto.

—Tienes dos opciones, ir por las buenas o por las malas —comenta con pasividad, sin alterarse.

—¿Y si grito aquí mismo que me tienes secuestrada? —Mis ojos arden cuando lo reto.

—Nadie te creería, pero, en el caso de hacerlo, tu amiga pagaría las consecuencias. Fábregas recibiría una llamada mía y…

—Lo he entendido —musito con rabia, bajo la mirada y suspiro—. Soy una marioneta en tus manos. O me matas o arremetes contra los que quiero. Siempre será así —murmuro hundida y cabizbaja.

—No es tan malo. Disfrutarás del viaje, te doy mi palabra. Dispuse que vinieses conmigo para sacarte un poco de casa después de este tiempo. Considero que te lo debía, para recompensarte —añade.

Suspiro, levanto la mirada y, lejos de ver al demonio que espero, observo a un hombre preocupado por mí. ¿Por qué lo siento más humano y cercano que nunca?

Laura y Fábregas vuelven a sentarse con nosotros mientras que yo me quedo pensando qué clase de hombre es Alessandro Albani, ¿por qué en estos momentos lo siento más como un ángel que un demonio? No lo entiendo.

Pasados unos minutos, un hombre de mediana edad se acerca a nosotros. Lleva un puro en la boca y varios anillos de oro en sus dedos. Pese a vestir con un traje de chaqueta que salta a la vista es hecho a medida, me resulta alguien peligroso y cierto escalofrío recorre mi cuerpo cuando le estrecha la mano a Alessandro y a Fábregas con confianza. Luego nos dirige una mirada a Laura y a mí que me inquieta aún más. Sin cortarse ni un pelo comenta:

—¿Son solo para vosotros? Podemos compartirlas —propone mirándonos a Laura y a mí con descaro—, he venido con unos amigos.

Miro a Alessandro y observo cómo su mirada verde se enciende.

—No comparto a mi mujer —ladra, haciendo grandes esfuerzos por contenerse. Aprecio que

cierra los puños y un leve tic en su mandíbula aparece. Fábregas lo toma del brazo con disimulo.

Laura me mira mientras es consciente de la tensión.

—Vaya, ¿quién es la afortunada? —comenta en tono jocoso mientras nos mira a ambas.

—Mel es solo mía —murmura acercándose a mí y besándome la mano.

—¿Y ella? —pregunta con descaro refiriéndose a Laura. Mi corazón se acelera y le ruego con la mirada a Alessandro.

—Es mía, tampoco la comparto —dice de golpe Fábregas, abrazando a Laura.

—Vaya, vaya, os habéis vuelvo muy exclusivos. Cuando os canséis de ellas avisadme, son dos auténticos bombones que me encantaría saborear.

De repente, Alessandro le da un puñetazo en la boca al hombre. Este cae al suelo de espaldas y aprecio que tiene la cara llena de sangre. Fábregas para a Alessandro para que no continúe ya que todo el lugar nos mira.

Alessandro me coge de la mano y dice:

—Vámonos —le obedezco sin rechistar y salimos de allí sin mirar atrás y ese hombre permanece en el suelo gritando de dolor. Creo que Alessandro le ha roto la nariz.

Fábregas se ocupa de Laura y los cuatro nos marchamos. Antes de salir escuchamos un grito del hombre en el suelo:

—Me las pagarás, Albani. Nunca una puta te ha salido tan cara, te lo aseguro.

—Puedes añadir al libanés a tu lista de peores enemigos —murmura Fábregas a Alessandro mientras bajamos los cuatro en el ascensor.

Alessandro no dice nada, solo le dirige una mirada seria y dura por el comentario.

Cuando llegamos al parking Alessandro nos indica:

—Laura, será mejor que Fábregas te lleve a tu casa. Tú y yo nos vamos en otro coche —me ordena.

Ninguna de las dos nos atrevemos a contradecirlo. Laura y yo nos damos un beso de despedida y cada pareja entramos en un coche.

En esta ocasión Alessandro no conduce. Ambos ocupamos el asiento trasero del mismo todoterreno que él llevaba antes. Cuando advierto que el chófer es Lupo lo saludo:

—Me alegro de que ya estés recuperado —le indico. Desde que recibió el tiro no lo he vuelto a ver.

—Gracias —murmura centrado en el tráfico.

Alessandro permanece en silencio, lo siento pensativo y algo preocupado.

Cuando llegamos a casa y estamos solos en el recibidor le indico con culpabilidad:

—Te vas a ganar muchos enemigos por mi culpa. Faheem, el hombre de hoy… —enumero—. Creo que sería más fácil que no saliese contigo —resuelvo con angustia.

—Tienes algo especial, Mel —murmura llevando su mano hasta mi pelo y lo coloca detrás de la oreja con cuidado. Cuando escucho que me llama Mel en la intimidad, solo estamos los dos, mi corazón da un vuelco. Solo me había llamado así en presencia de más gente, como algo más cariñoso, más íntimo entre nosotros—. Y seguirás acompañándome como mi mujer siempre que sea necesario. Ya te lo he dicho, te protegeré. Confía en mí —me pide y lo siento como una súplica.

Lo miro en silencio mientras me pregunto si podré vivir en medio del peligro que le rodea. Yo no estoy acostumbrada a su mundo. Todo lo que hay en él me asusta. Hasta el lujo en el que vivo en su casa.

—Lo intentaré, pero no es fácil —revelo con angustia.

—Lo sé —murmura mientras se acerca a mí y me da un abrazo.

Me refugio en su duro pecho y la sensación de completa seguridad invade todo mi cuerpo.

—Tengo que hacer unas llamadas en el despacho —se disculpa, se aleja de mí y lo miro anhelando volver a sentir sus fuertes brazos a mi alrededor.

Me encamino en silencio hasta la habitación. Mientras voy por el pasillo me froto los brazos, tengo frío y cierta sensación en el cuerpo que no sé explicar. En cuanto entro en el cuarto me encamino al baño y lleno la bañera de hidromasaje de agua bien caliente con espuma y me meto dentro. Necesito relajarme y que desaparezca toda esta tensión y escalofrío que envuelve mi cuerpo.

Sumida en la bañera, miro al exterior por la gran ventana que está justo al lado. Aprecio que es de noche cerrado. Cuando hemos llegado a casa eran las ocho de la tarde, llevo un buen rato metida en el agua, pero no me apetece salir.

Siento unos suaves toques en la puerta del baño y la voz de Alessandro me pregunta:

—¿Estás ahí?

—Sí —respondo de inmediato.

—¿Te encuentras bien? —se interesa.

—Estoy metida en la bañera, ahora salgo —le indico apurada por si quiere usar el baño.

De golpe, sin pedir permiso, se abre la puerta y me sobresalto. Nos miramos en silencio al mismo tiempo que él se encamina hacia mí. Se sienta en el borde de la bañera y me sonríe como solo él sabe hacerlo. Lo siento más relajado, sin embargo, su pinta de hombre peligroso no ha desaparecido, pero esto es algo que me atrae demasiado de él y me asusta. Siempre me han gustado los chicos buenos, ¿en qué momento este demonio se metió en mi corazón?

34

Dubrovnik

—He arreglado todo para marcharnos mañana mismo de viaje —anuncia Alessandro.

—¿Dubrovnik? —pregunto de golpe, incorporándome un poco en la bañera.

—Sí —responde de forma escueta.

—¿Cuánto tiempo vamos a pasar allí? —me atrevo a preguntar.

—Una semana.

—¿Tienes… trabajo o negocios allí? —me intereso. No sé por qué lo tengo que acompañar.

—Por el momento solo voy de visita, pero puede que surja la oportunidad de trabajo. Nunca se sabe.

—¿Y si te causo problemas? —pregunto con miedo—. Quizá lo más acertado sea que me quede y viajes solo —le propongo de nuevo, con angustia.

—No te preocupes. Está todo controlado. Te gustará Dubrovnik. Tengo un par de reuniones rápidas a las que asistiré solo, el resto será un viaje de placer. —Cuando pronuncia la palabra placer todo mi cuerpo se tensa. Lo miro en silencio y siento que nota mi preocupación—. Creo que ya sabes que no haremos nada que no desees —añade a conciencia y esto me tranquiliza un poco, sin embargo, pese a que él ignora que lo deseo en todo momento, de todas las formas posibles, intento que no lo descubra.

—Vale —acepto finalmente—. ¿Puedo decirle a mi familia que estaremos fuera? —le pregunto. Sé que controla todas mis conversaciones y llamadas con ellos, pero quiero estar segura de darles ese dato sin problema.

—Sí. Y cuando regresemos podemos reunirnos con ellos para que me conozcan —propone mientras yo pienso: ¿es necesario? A mi familia solo le he contado que estoy saliendo con alguien que tiene cierto nivel económico y vivo con él. No saben que me encuentro en Madrid, ni nada más sobre Alessandro. Doy gracias a que todos siempre están muy ocupados con sus vidas y trabajos, y mis padres viajando y disfrutando su prejubilación como para reparar en mí a conciencia.

Alessandro se atreve a introducir la mano en el agua de la bañera y aprecia:

—Se ha enfriado, será mejor que salgas. —Se dirige por un albornoz y lo extiende en sus manos a modo de espera para que salga del agua. Cuando ve que me lo pienso, murmura—: ¿Tengo que recordarte que ya te he visto desnuda?

—Eso fue hace tiempo —respondo a la defensiva.

—Si te sirve de algo, he de decirte que no te he olvidado. Tu imagen desnuda está en mi cabeza, recuerdo a la perfección cada curva de tu cuerpo —comenta con tranquilidad mientras que mi interior se revoluciona con su confesión.

—Puede que las confundas con las de otras mujeres con las que te acuestas. —Le lanzo una

mirada cargada de reproche mientras siento unos celos horribles al imaginarlo con otras.

—Imposible —carcajea mientras me sonríe con actitud chulesca, algo que me enerva—, tengo una memoria excelente. Es una de mis grandes virtudes —se atreve a alardear.

De un impulso, sin importarme nada, me coloco de golpe en pie en la bañera y salgo de ella, muy enfadada mientras siento la mirada de Alessandro recorrer todo mi cuerpo.

—¿Cuántos kilos has perdido en este mes? —me pregunta, serio, y lo siento como un reproche.

—Puede que algunos —murmuro cuando ya mi cuerpo está cubierto por el albornoz. Sin embargo, sus manos se detienen haciéndome una lazada al cinturón.

—Me encargaré de que los recuperes —me susurra cerca del oído, su voz y su aliento hacen que me recorra un escalofrío por todo el cuerpo—. Voy a darme una ducha —anuncia de golpe.

Se separa de mi lado y comienza a deshacerse de la camisa mientras se dirige a la ducha. No puedo apartar la mirada de su cuerpo mientras observo con detenimiento cómo se queda desnudo de cintura para arriba y clavo mis ojos en su espalda tatuada.

De repente, tomo conciencia de que se va a desnudar por completo y salgo del baño casi corriendo. Le cierro la puerta y me dirijo al vestidor para colocarme el pijama más soso que tenga y este no incite a Alessandro a fijarse en mí. He podido leer en su mirada el deseo y si intenta algo sé que no podré resistirme. Llevo un largo mes anhelándolo.

Me coloco un pijama en azul oscuro de raso, de pantalón y manga larga y me seco mi larga melena en el vestidor. Cuando me miro al espejo veo a Alessandro detrás de mí con una toalla liada a su cintura.

—Ya he terminado —le indico y salgo del vestidor mientras él se limita a sonreírme.

Me siento en la cama y consulto mi teléfono. Tengo un montón de mensajes de mi familia que no me apetece contestar.

De repente, siento a Alessandro en la habitación, me giro y cuando lo veo con un batín en raso negro, lo lleva abierto al pecho, sin nada debajo, y unos pantalones de pijama a juego, se me corta la respiración. ¿Cómo puede estar tan sexi con algo tan simple?

—Me he vestido acorde a ti para bajar a cenar —me indica mientras yo pienso en la cena. Lo había olvidado.

Consulto el reloj del móvil y aprecio que son más de las diez de la noche. Alessandro se dirige a la puerta de la habitación y yo lo sigo. No tengo hambre, pero tampoco tengo ganas de discutir con él.

Para mi sorpresa, nos dirigimos a la cocina. Él abre el frigorífico y me pregunta:

—¿Qué te apetece? Esta noche se la di libre a la cocinera, no era mi intención llegar a casa tan temprano.

—Una ensalada está bien. No tengo mucha hambre.

—¿Tú haces la ensalada y yo unos huevos revueltos con jamón y queso? —propone.

—Vale.

Cada cual nos dedicamos a lo nuestro entre miradas cómplices y roces fortuitos en la cocina al mismo tiempo que nos cruzamos para lavar la verdura o coger algo. Lo cierto es que parecemos una pareja de verdad, en ocasiones me tengo que recordar que Alessandro Albani me tiene

secuestrada a su lado y solo me permite cierto margen de libertad.

Cuando nos sentamos en la mesa de la cocina, con todo preparado y listo para comer, Alessandro me indica:

—Tendremos que hacer unas maletas con lo básico, el resto podemos comprarlo allí ya que no tendremos mucho tiempo de organizar todo.

—Me pondré a hacerla cuando termine de cenar. Me dará tiempo.

—Después vas a descansar. Tus costillas aún no han sanado por completo y el día de hoy ha sido algo movido —ordena de forma tajante.

Yo lo miro seria y me limito a comer con los ojos puestos en el plato. Lo escucho suspirar, se reclina en la silla y se cruza de brazos, lo observo por el rabillo del ojo sin dejar de remover la lechuga en mi plato.

—Lo siento, puede que haya sido muy brusco. Solo quiero que estés bien —se disculpa, levanto la mirada y trago con dificultad cuando aprecio casi todo su pecho desnudo porque se le ha abierto la bata y sus tatuajes me tienen distraída.

—No te preocupes, estaré bien. Dubrovnik se encontraba entre uno de mis lugares favoritos para viajar en algún momento de mi vida.

—Me alegra saberlo. Haré todo lo posible porque disfrutes del viaje. Es una ventaja que te guste el destino, irás más contenta.

—Sí —admito. Lo cierto es que me encanta el destino y estoy muy ilusionada por ir con él, pero no se lo pienso decir.

—No quiero que nos pasemos todo el viaje enfadados. Te propongo una tregua. Disfrutar juntos del maravilloso Dubrovnik y no pensar en nuestra situación.

—Vale —acepto porque no me queda otro remedio.

—Es tarde, ¿nos vamos a dormir? El avión sale a las tres de la tarde, tenemos tiempo de hacer las maletas por la mañana.

Nos levantamos de la mesa y volvemos a la habitación. Nos metemos en la cama y me acurruco en el filo para estar lo más lejos de él posible. Lo deseo, pero es mejor tenerlo a cierta distancia. De este modo no me enamoraré más de lo que ya estoy.

Antes de que amanezca el teléfono de Alessandro suena, lo atiende y salta de la cama. Se viste con prisa y cuando veo que se va a marchar le pregunto:

—¿Pasa algo?

—Le han prendido fuego a mi restaurante de aquí de Madrid y a la discoteca recién inaugurada en Sotogrande.

Sale de la habitación y se marcha sin darme más explicaciones.

Por mucho que lo intento no puedo volver a dormirme, cuando son las nueve me levanto y no encuentro a nadie por la casa. Me hago un café y me voy al salón. Enciendo la televisión y siento ganas de dormir de nuevo. Hace un día de perros, fuera llueve y es un día gris.

En la televisión hablan de los locales que han salido ardiendo del empresario Alessandro Albani, en los que hay cinco personas fallecidas. Lamento el suceso al mismo tiempo que pienso en lo famoso y conocido que debe de ser Alessandro para salir en la televisión.

Cojo el teléfono y lo llamo, pero no recibo respuesta. Me tumbo en el sofá, me arropo con una

manta y me quedo dormida hasta que la voz de Nerea me despierta.

—Reina, ¿puedes despertarte? —me habla. Entreabro los ojos y la veo parada frente a mí, de pie y con ambas manos colocadas en la cintura—. De parte del jefe, comunicarte que el viaje queda cancelado. Necesita quedarse en la ciudad tras lo sucedido. Adiós a las vacaciones —murmura con una sonrisa alegre.

Nerea se da media vuelta y se marcha, cualquiera diría que se alegra de lo sucedido y que no me haya ido con Alessandro a Dubrovnik.

Cuando vuelvo a quedarme a solas voy a la cocina, me preparo un desayuno en condiciones y regreso al salón. Tengo la televisión de fondo ya que quiero enterarme de todo lo sucedido con los dos locales de Alessandro. Me estremezco cuando las primeras opiniones apuntan a que ha sido un ajuste de cuentas, algo provocado.

Paso el día delante de la televisión, sin moverme del salón, a la espera de la llegada de Alessandro. Cuando lo hace es casi media noche. Entra en el salón y aprecio a un hombre con ojeras y cansado.

Lo miro mientras que se sienta a mi lado, sin saber qué decirle. Es él quién habla primero:

—Lo siento. Te debo un viaje a Dubrovnik. En estos momentos y en las próximas semanas debo de estar aquí resolviendo todo este caos.

—Lo entiendo —murmuro sin atreverme a acercarme.

—Voy darme una ducha y a dormir. Necesito una cama tras este duro día.

Asiento en silencio, son tantas las preguntas que me gustaría hacerle… pero está tan derrotado que siento pena por él y no le pregunto por la veracidad de todo lo que dicen en la televisión.

—¿Has comido algo? —me intereso. Alessandro niega con un gesto—. Bien, ve a darte una ducha y te metes en la cama, te llevaré algo de comer y así descansarás mejor —le propongo.

—Gracias —murmura al mismo tiempo que se levanta, me dirige una mirada cálida, me dan ganas de abrazarlo, pero no lo hago, y se marcha.

Voy hasta la cocina y le hago una sopa caliente y un sándwich. Lo coloco todo en una bandeja y lo llevo a la habitación.

Cuando entro encuentro a Alessandro metido en la cama, sentado, con la cabeza posada sobre el cabecero con los ojos cerrados. Al sentir mi presencia abre los ojos y me mira. Le coloco la bandeja sobre las piernas y me siento a su lado en la cama.

—Gracias —murmura cuando toma la primera cucharada de sopa. Se la come entera y luego el sándwich.

Yo me limito a mirarlo en silencio, cuando termina pone la bandeja en el suelo y murmuro:

—No te veo muy bien.

—Han atentado contra los míos. Han muerto cinco personas inocentes, han destruido por completo dos de mis negocios y no lo voy a permitir.

En su mirada puedo leer la sed de venganza y siento miedo, miedo de que le pueda pasar algo. En un impulso me acerco a él y lo abrazo. Alessandro se aferra a mí de una forma desesperada mientras murmura:

—Hoy ha sido uno de los días más difíciles de mi vida. He tenido que tomar decisiones que jamás hubiese querido llevar a cabo.

Me limito a seguir abrazándolo, no quiero que me cuente nada, prefiero ignorar esas difíciles decisiones.

Alessandro me arrastra con él y ambos nos tumbamos en la cama sin romper el abrazo. Siento que me necesita cerca y no me alejo. Si de alguna forma soy su consuelo al día de hoy se lo brindo.

—Me quedan unos días duros en los que apenas te veré —anuncia con pesar, abatido.

—Puedo ser tu refugio cuando vuelvas a casa —le propongo acariciándole el pelo.

—Nada me gustaría más —murmura. Me mira a los ojos, se acerca y me da un suave beso en los labios, luego se aleja y cierra los ojos. En dos segundos está dormido mientras que yo aún estoy en sus brazos y lo observo al detalle. Dejo caer la cabeza en su pecho y me quedo así, rogando que no le pase nada. Sé que lo que ha sucedido es grave y más aún lo serán las represalias que tome Alessandro. No ha hecho falta que me confirmase que lo sucedido ha sido intencionado, es un hombre con muchos enemigos y en su mirada he podido leer que se avecina una guerra cargada de venganza por este hecho.

35

No te abandonaré

Las dos semanas siguientes apenas veo a Alessandro, solo llega a dormir, y a altas horas de la noche. Fábregas y Nerea también están desaparecidos, no los he visto por la casa en todos estos días. En la televisión ya no dicen nada sobre los sucesos en el restaurante y la discoteca de Alessandro, pero estoy segura que lo ocurrido es lo que lo mantiene tan ocupado estos días. Cuando llega a dormir lo hace muy cansado, solo le pregunto qué tal se encuentra y suele responderme abrazándome. Así es cómo me he acostumbrado a dormir últimamente. Y siento que él descansa más si me mantiene pegada a su pecho.

Estoy en el jardín tomando el sol, tumbada en un sofá mientras leo cuando aparece Nerea y se sienta frente a mí.

—¡Qué bien vives, reina! Ya me gustaría estar en tu lugar y no comiéndome el marrón en el que llevamos metidos todo este tiempo —se queja mientras me mira seria, de malas formas.

—¿Qué quieres? —pregunto a la defensiva.

—Alessandro me ha pedido que te ayude a escoger un modelito para una boda a la que asistiréis pasado mañana. —Nerea saca su Tablet y me muestra varios diseños—. Entre estos, escoge el que más te guste. Así es cómo debes de ir vestida —me indica, miro los modelos que me enseña. Lo primero que aprecio es lo que cuestan, es una barbaridad, ninguno baja de los tres mil euros.

Finalmente escojo un diseño de falda recto y chaqueta corta en color verde, me recuerda a los ojos de Alessandro y me decido por ese color. Los complementos, como vestido, zapatos, cartera y tocado los escojo en negros.

—Bien, mañana mismo lo tendrás en casa. Te lo pruebas cuando lo recibas por si hay algún problema con la talla —me indica Nerea.

Seguidamente se levanta y se marcha. Yo me quedo contenta porque pasado mañana estaré con Alessandro cerca y lo tendré despierto. Ignoro de quién es la boda y dónde se celebrará, pero lo único que me interesa es que tendré más tiempo a Alessandro a mi lado.

La única información que sé antes de la boda es que la ceremonia es a las doce de la mañana en la Catedral de la Almudena y luego la celebración se llevará a cabo en un lujoso hotel de Madrid. Alessandro me envió un escueto mensaje anoche con estos escasos datos donde también me decía que no vendría a dormir. Cuando no llega a la cama que compartimos no puedo evitar pensarlo en los brazos de otra mujer, la primera que se me viene a la cabeza siempre es Nerea, pero sé que existen más mujeres a su alrededor.

Estoy en el vestidor, ya peinada y maquillada, en ropa interior, mientras me coloco las

medias, cuando Alessandro irrumpe en este. Se queda mirándome mientras que mi cuerpo reacciona a él. Una poderosa corriente eléctrica se apodera de mí y mi corazón da un vuelco cuando mis ojos se cruzan con los suyos. Me dirige una mirada intensa en la que puedo leer el deseo.

—Voy a ducharme y a vestirme, en quince minutos estaré listo —me indica consultando el reloj.

—Vale —murmuro a la misma vez que termino de subirme las medias bajo su atenta mirada.

Me pongo la falda, la chaqueta y me subo a unos zapatos de tacón de marca espectaculares. Sé que cuestan más de lo que gana una persona normal al mes. Yo solo escogí el color, sin embargo, Nerea trajo estos. Debo de admitir que son maravillosos y comodísimos.

Mientras me coloco el tocado en el pelo, algo simple y poco llamativo en el lado derecho de mi cabeza y que destaque poco en mi pelo, Alessandro se viste detrás de mí. A través del espejo lo puedo ver desnudo, fijo la mirada en su culo mientras se coloca unos calzoncillos negros y no puedo evitar un suspiro. Salgo del vestidor y dejo que se termine de arreglar. Lo espero en la habitación y a los poco minutos sale impecable. El traje de chaqueta que lleva en color negro le queda como un guante. Me fijo en la corbata, es del mismo color que sus ojos y mi traje, y sonrío. Sé que no es casualidad ni un detalle de Nerea, algo me dice que ha estado más pendiente de mí en todo este tiempo de lo que yo creía.

—Estás impresionante —murmura mirándome de arriba abajo.

—Tú también —le indico sin pensar y esto hace que esboce una amplia sonrisa. Es la primera vez que lo halago de forma abierta y de frente.

—Gracias. ¿Nos vamos? —propone extendiéndome su mano. Uno mi mano a la de él, me mira, comenzamos a caminar y murmura—: Quiero presumir de mujer en la boda de mi amigo. Creo que hoy todos me envidiarán contigo a mi lado, hasta el novio.

—¿Quiénes se casan? ¿Qué relación te une a ellos? —pregunto con interés mientras nos encaminamos a la salida.

—Flavio es un buen amigo. Puede decirse que tengo la posición que tengo en estos momentos porque él me ayudó mucho en mis comienzos. Hoy se casa con Rebeca después de cinco años juntos y dos hijos en común.

Me quedo en silencio tras escucharlo, no estoy acostumbrada a que me cuente tantas cosas relacionadas con él. Al mismo tiempo, calculo que el tal Flavio debe de ser un hombre tan peligroso y rico como Alessandro, sin embargo, pensando en ello me permito soñar al creer que los hombres como ellos sí se enamoran, se casan y tienen hijos.

Es Lupo el encargado de llevarnos a la puerta de la catedral donde se celebrará el enlace, según me ha contado Alessandro por el camino, a la novia le hacía especial interés casarse por la iglesia en la Almudena.

Cuando nos bajamos del coche y entramos en la catedral, encuentro a Fábregas y a Nerea. Van vestidos muy arreglados, como invitados. Miro a Alessandro y mientras que ocupamos el banco justo delante de ellos me explica:

—Le pedí a Flavio que estuviesen en su boda en calidad de invitados, pero de incógnito. En realidad, están aquí para protegernos. Ellos no vienen para disfrutar del enlace ni de la

celebración, están trabajando —especifica.

Miro a Alessandro algo asustada, ¿qué ocurre que yo desconozco? ¿Está en peligro? Me pregunto asustada. En realidad, lo desconozco casi todo de él. Siento que desde el incendio de sus locales está más en tensión que nunca, puede que algo grave suceda.

Conforme va llenándose la catedral Alessandro no para de saludar a casi todos los invitados, yo me limito a asentir y sonreír, sentada a su lado.

Cuando llega el novio aprecio que es un hombre un poco mayor que Alessandro, tendrá unos diez años más que él o así, pero es atractivo y guapo. Saluda a Alessandro desde la lejanía y entre ambos se cruzan varios gestos de complicidad en un día como el de hoy. Se nota que el novio está feliz.

Cuando la música nupcial comienza a sonar un niño y una niña, de unos cuatro y dos años llevan los anillos delante de la novia. Fijo la mirada en ellos y me enternecen. Son lindísimos. Luego miro a la novia, con un vestido espectacular, y descubro que es guapísima. Morena, de intensos ojos negros y con una sonrisa radiante. Observo cómo mira a su futuro marido y puedo leer en sus ojos que lo ama de verdad. Me emociono un poco al respirar ese ambiente tan bonito, tomo una bocanada de aire e intento hacer un esfuerzo por no llorar. Estoy demasiado sensible, me reprocho. Esto de no codearme a menudo con más gente me está afectando.

Presenciamos una ceremonia preciosa y muy emotiva, no me ha pasado desapercibido que también tiene mucha seguridad. Hay muchos hombres vestidos de negro con pinganillos en sus oídos que no dejan de moverse por la catedral. Tanta seguridad me pone nerviosa. Hay muchísimos invitados, Flavio y Rebeca deben de tener muchos amigos y conocidos porque calculo que seremos cerca de quinientos.

Tras la ceremonia nos dirigimos al salón de un hotel en el centro de Madrid.

—Aquí será la celebración —me indica Alessandro.

—Es un hotel impresionante —murmuro.

—Los novios nos han obsequiado a todos los invitados con una habitación aquí, para que subamos a descansar, retocarnos, cambiarnos o lo que sea cuando lo deseemos —me informa—. Nuestra suite está en la última planta. Es la novecientos noventa.

—Vaya, no quiero imaginar lo que les habrá costado esta boda —aventuro mientras tomo una copa de vino en mi mano cuando entramos en la recepción.

—Un par de millones de euros —me indica Alessandro como si nada.

Lo miro asombrada y me atrevo a preguntar:

—¿Y qué se regala en una boda así? Dinero les sobra. —La curiosidad me mata. El mundo de Alessandro nunca dejará de sorprenderme.

—Yo les he regalado un helicóptero. Hace unos meses que Flavio se sacó el carnet de piloto.

—Un helicóptero —murmuro lentamente. Lo miro con asombro y bebo un poco de mi copa —. ¿Te puedo preguntar cuando cuesta un helicóptero? —pregunto sumida por la curiosidad.

—Como en los coches, los hay de varios precios. Yo le he regalado uno de quinientos mil euros.

Lo miro bien por si se trata de una broma, pero su cara me dice que no. Me bebo el resto de mi copa y Alessandro me sonríe. Lo siento tan cómodo en su mundo que soy yo la que parece

una marciana, todo lo que me rodea es tan extraño… tanto lujo y personas ricas a mi alrededor me abruman.

Durante la escasa hora que permanecemos de pie tomando algo Alessandro saluda nuevamente a un montón de gente. Luego pasamos a un maravilloso salón lleno de mesas en forma de T. Nos sentamos y presenciamos la entrada de los novios. Todo es maravilloso y me hace soñar. Miro a Alessandro, sentado a mi lado, sonriente y feliz, aplaudiendo a los recién casados y el corazón me da un vuelco. Hoy está guapísimo, impresionante. Tiene un brillo especial en sus ojos verdes que me atraen como un imán. Nuestras miradas están cargadas de complicidad y tensión sexual. No soy tonta y aventuro lo que pasará esta noche con él en la habitación de este hotel.

Degustamos una comida exquisita. Todo es tan sofisticado que ni sé qué es lo que me ponen por delante, mi cara debe de ser un poema ya que Alessandro se acerca a mi oído y me susurra:

—Pruébalo, te gustará. —Lo hago y tiene razón. En algunos platos evito preguntar qué es, pero lo cierto es que todo está buenísimo.

Cuando llegan los postres y me colocan una tarta de chocolate delante y la pruebo estoy a punto de gemir en voz alta. Es lo más rico que he probado en mi vida. Miro a Alessandro de reojo y veo cómo me observa, sonriente. Creo que ya sabe que me muero por un postre de chocolate siempre, por muy llena que esté, como me ocurre hoy. Siento que voy a explotar la ajustada falda que llevo.

Mientras degusto, con pena, la última cucharada de mi exquisito postre me sobresalto de la silla al escuchar un tremendo estruendo que me hace pitar los oídos. Cuando levanto la mirada me encuentro con varios hombres encapuchados y metralletas en sus manos. Nada de pistolas, por lo visto aquí todo a lo grande.

Han disparado a las personas de seguridad. La gente chilla, otras salen corriendo. Alessandro me obliga a meterme debajo de la mesa mientras busca a Fábregas y Nerea, pero, al igual que yo, no los ve por ningún lado.

De repente, Alessandro tira de mí para salir de allí, sin embargo, escucho que descargan un montón de balas, me asusto y llevo las manos a mis oídos mientras no dejo de llorar. Nunca he tenido tanto miedo, y es en esos momentos cuando comprendo que es ahora cuando estoy realmente en peligro de morir. Esto no es nada comparado con lo que he pasado estos meses en manos de Alessandro.

Miro a mi alrededor y veo, además de a las personas de seguridad, a invitados heridos. Hay sangre por todos lados. De repente, Fábregas aparece con una pistola en la mano, se la entrega a Alessandro y él saca otra de su espalda. Ambos miran hacia los atacantes, intentan que salgamos de allí con vida mientras que yo siento que voy a morir de un momento a otro, pero de un infarto. Fábregas y Alessandro parecen que se mueven como pez en el agua, sin embargo, yo soy incapaz de moverme. El miedo me tiene paralizada.

—Ahora —dice Fábregas.

Dispara contra los atacantes y Alessandro y yo intentamos salir de allí, pero veo cómo Fábregas recibe un disparo en el brazo y cae al suelo. Grito y justo en ese momento Alessandro mira hacia su mano derecha, abatido en el suelo, y, al distraerse, recibe otro disparo. Cuando lo

veo caer a mi lado, con la pistola en la mano y toda la sangre que sale de su pecho me arrodillo ante él. Creo que ya estamos muertos. No tardaran en venir a por mí.

—Vete —murmura Alessandro entregándome su pistola e instándome a que me largue de allí.

—No te abandonaré —le dejo claro mientras lo tomo de la mano e intento que no cierre los ojos.

36

Entre la vida y la muerte

—Esto no es un juego —me advierte entre dientes. Sé que hace un esfuerzo al hablar, debe de sentir un gran dolor—. Sal de aquí —me ordena dirigiéndome una mirada de súplica.

—No te voy a dejar solo —murmuro con pavor mientras miro a mi alrededor.

—Me las arreglaré —insiste.

De repente, detrás de nosotros, no muy lejos, veo una puerta. No sé a dónde va, pero es una vía de escapatoria. Al menos, no estaremos en primera fila entre balas.

—¿Dónde tienes el tiro? —pregunto con miedo. Todo su pecho está lleno de sangre.

—En el hombro —murmura con una mueca de dolor.

—¿Puedes hacer el esfuerzo de llegar hasta allí? —le pregunto indicando la puerta.

Se queda serio y pensativo, pero asiente. En cuclillas, lo ayudo a incorporarse un poco. Alessandro me quita la pistola de la mano y nos movemos juntos. Con esfuerzos, llegamos hasta la puerta. Ya no escuchamos tiros, pero tampoco hay tiempo de ver qué está sucediendo, solo de escapar.

Accedemos por la puerta y descubrimos que tiene acceso a la cocina, por suerte está desierta. Ayudo a Alessandro a incorporarse. Lo miro y no lo veo muy bien. Él se palpa el hombro, se abre la camisa y veo la bala incrustada en la parte delantera del hombro derecho.

—Coge cuchillos, tendrás que sacarme esta bala —me indica Alessandro mientras yo lo observo con pánico. ¿Cómo voy a sacarle la bala con un cuchillo? Hay que ir a un hospital, pero parece que me lee la mente y dice—: Tenemos que llegar hasta la suite. Nada de hospitales —me advierte con determinación.

—Puedes morir —le recuerdo con ímpetu.

—Vamos —me anima tras ser él mismo quién coge varios cuchillos en su mano, en la otra lleva la pistola.

Salimos de la cocina por un pasillo, Alessandro me indica que subamos unas escaleras de emergencias y luego cogemos un ascensor que nos lleva hasta la suite. Con esfuerzos lo logramos. Cuando estamos delante de la puerta él la abre. Se dirige hacia la cama, pero lejos de tumbarse en ella como espero, deja la pistola y los cuchillos allí, se quita la chaqueta y la camisa y, con esfuerzos, se dirige al baño para verse mejor la herida frente al espejo.

Yo lo observo todo recostada sobre la puerta, estoy como en shock. En mi cabeza aún retumban los tiros y ver el pecho de Alessandro lleno de sangre, junto con el suelo… No dejo de pensar que deberíamos ir a un hospital.

Alessandro vuelve a la cama y se sienta en ella, consulta el móvil mientras hace presión con una toalla en el lugar que le han dado el tiro. No entiendo cómo puede estar tan entero con una bala dentro de su cuerpo y sangrando, me pregunto si es un superhéroe con poderes, porque no lo

comprendo.

—Tenemos que marcharnos de aquí —dice de golpe. Se pone de pie con dificultad, se tambalea un poco, me acerco a él corriendo y se sostiene sobre mí mientras lo miro como si estuviese loco, en su mirada puedo leer que no quiere ir a un hospital—. Fábregas, Nerea y el resto de los míos han causado baja y tienen que vigilar todo. —No sé a qué se refiere por todo, pero no me da tiempo a preguntarlo—. Vienen a por mí. Soy el objetivo —anuncia—. Tengo que esconderme antes de que me maten. Darle tiempo a mi equipo para que los maten ellos.

Lo miro con el corazón en la boca. Alessandro habla de matar como de comer y yo estoy muerta de miedo.

—Vete, Mel. Me las arreglaré solo. No es la primera vez que me veo en una así. Me quieren a mí —me indica con los ojos entrecerrados.

—¿Y qué vas a hacer tú solo así? —le pregunto asustada—. Te ayudaré —le indico de forma enérgica, ayudándolo a salir de allí si hay que hacerlo.

—Puedes morir —me advierte mientras camina a mi lado más despacio que yo. Sus energías van apagándose.

—¿Y qué me garantiza que no lo haga en cuanto me marche de aquí sola? —inquiero mientras salimos de la suite y llamo al ascensor.

—La policía está abajo. En cuanto salgas de este hotel estarás a salvo y podrás ir con tu familia y seguir con tu vida. Hazlo —me anima de nuevo. Decidida, muevo la cabeza y pulso el botón del ascensor para que las puertas se cierren—. Eres una cabezota —me reprende agarrado a mi cintura para poder sostenerse—. Vamos al parking, saldremos por allí —me indica.

—No —niego de golpe—. Antes vamos a pasar por la lavandería. Si sales así te reconocerán o te montarán en una ambulancia camino de un hospital, algo que no quieres —añado cuando me mira serio—. Tengo un plan y esta vez vas a ser tú quién tendrás que confiar en mí —le indico decidida, de forma enérgica, ni yo misma sé de dónde he sacado todas las fuerzas que ahora mismo tengo para salvar a Alessandro Albani en vez de irme a mi casa y volver a ser libre. Sin embargo, me pregunto: ¿después de haberme enamorado del mismísimo demonio, podré ser libre alguna vez?

37

Confesión de amor

Alessandro abre los ojos y, tras tres días con fiebre y delirando, por fin siento que lo he recuperado.

Se incorpora un poco en la cama, estoy sentada a su lado en un sillón, allí he pasado las últimas setenta y dos horas, y me mira con atención mientras recorre con los ojos muy abiertos el lugar en el que estamos. Después se lleva una mano al apósito que tiene más arriba del pecho, en el hombro, y pregunta:

—¿Dónde estamos y qué ha pasado? —Se encuentra algo desorientado. Los últimos tres días no ha sido muy consciente de lo que sucedía a su alrededor mientras que yo he pasado más miedo que cuando estaba retenida a su lado—. ¿Me sacaste la bala? —Comienza a quitarse el apósito de la herida para verla.

—No lo hagas. —Lo freno. Me pongo en pie y le sostengo la mano—. La bala ya no está. Te vas a recuperar. Estamos en el piso de mi amiga Laura. Ella se encuentra fuera de España por un tiempo. Es un lugar seguro. —De forma abrupta le doy toda la información que necesita.

—No recuerdo nada. ¿Me sacaste la bala? —insiste incorporándose en la cama. Se marea un poco y le coloco un cojín detrás de la cabeza para que la recueste y esté más cómodo—. ¿Cómo hemos llegado aquí? ¿Alguien más sabe dónde estamos? ¿Te has puesto en contacto con alguna persona? Mi teléfono…

—¿Puedes dejar que te lo explique todo? —inquiero de forma paciente, sentada a su lado, mirándolo a los ojos. Le toco la frente y compruebo que ya no tiene fiebre. A su rostro hace algunas horas que volvió el color y desapareció esa tez moribunda que me tenía tan preocupada.

—Hazlo, rápido —me increpa. Lo miro y sonrío al mismo tiempo que compruebo que ya no está en peligro. Ya me mira y me da órdenes como el Alessandro que yo conocí, no como el hombre moribundo que he tenido en cama varios días.

—Voy a comenzar por el principio, ya que creo que lo último que debes de recordar es cuando llegamos a la lavandería del hotel. Allí te desmayaste. No sabía qué hacer. Te puse otra camisa y te cargué como pude en un carro de lavandería lleno de toallas. Así salí a la calle contigo. Yo me coloqué ropa del personal del hotel y salimos desapercibidos en todo lo que había montado allí fuera. Cuando alcé la mirada y vi que nos encontrábamos cerca de dónde Laura me dijo que vivía sentí que era una señal. No sé si lo recuerdas, pero te pedí que salieses del carro en el que ibas y, con grandes esfuerzos entre ambos, lo logramos. Caminamos despacio y de forma desapercibida hasta el portal, por suerte, con todo el jaleo en el hotel, el portero no estaba. Subimos y como Laura nunca tiene la costumbre de echar las llaves a la cerradura, solo encaja la puerta cuando se va, con la tarjeta del hotel que tenías en el bolsillo abrí la puerta con facilidad, como una ladrona —especifico—. Y entramos. Intenté sacarte la bala como me dijiste.

Calenté un cuchillo y te pusiste un paño de cocina en la boca para acallar tus gritos cuando intenté sacarte la bala, pero no lo conseguí. Perdiste el conocimiento de nuevo, te entró fiebre y no supe qué hacer. Te veía muy mal.

—¿Qué hiciste, Mel? —pregunta con miedo.

—Salvarte la vida. Llamé a mi cuñada. Es médico.

—¡¿Qué?! —pregunta abriendo mucho los ojos, espantado.

—No te preocupes. Es de confianza. Le especifiqué que era un asunto delicado.

—¡Joder! —maldice.

—Te hemos salvado la vida, ¿vale? Te hice una carnicería con el cuchillo y la herida estaba infectada. Habrías muerto de no ser por ella y los antibióticos que trajo. Pero bueno, dada tu poca gratitud, quizá debí dejarte a tu suerte —le reprocho dolida. He sufrido muchísimo en estos días pensando que podría morir y me lo agradece así.

—Lo siento —murmura con los ojos entrecerrados, abatido.

—Solo mi cuñada sabe que estamos aquí. Apagué tu teléfono antes de venir a este lugar. Y el mío solo lo encendí para llamar a mi cuñada. Estaba esperando a que despertases para que me dijeses qué hacer. No he tenido que salir para nada. Mi cuñada me dejó los medicamentos y Laura tenía comida en casa.

—¿Cuánto tiempo llevamos aquí? —pregunta, pensativo.

—Tres días. Has tenido mucha fiebre, incluso has delirado. Te di las medicinas y te obligué a comer.

—Gracias —murmura, al fin—. Te debo la vida —reconoce, yo asiento y trato de reprimir las lágrimas que pugnan por salir. No lo puedo evitar y termino rompiendo a llorar como una niña.

Supongo que todo el miedo y la tensión acumulada de estos días han terminado por salir al exterior al ver que Alessandro está bien y todo mi esfuerzo ha valido la pena.

Mis ojos se anegan y no puedo parar de llorar. Trato de apartar todas las lágrimas y no mirar a Alessandro cuando siento su mano en mi rostro, lo acaricia con suavidad, me dedica una sonrisa, me atrae hasta él y me besa. Me fundo en sus labios y celebro tenerlo tan cerca y tan vivo de nuevo. Ambos gemimos de placer mientras nos besamos hasta que Alessandro se queja porque le incomodan los puntos debido a la posición en la que estamos.

—Creo que deberías tumbarte —le indico con una sonrisa. Él lo hace y cierra los ojos—. ¿Te duelen los puntos? —me preocupo.

Permanece unos segundos con los ojos cerrados hasta que murmura:

—Tengo que saber cómo se encuentra todo. Cómo está mi gente y quién murió en la celebración de la boda, cuando pienso en Flavio y Rebeca… ¿Sus hijos? —inquiere y abre los ojos, con miedo.

—Ellos están bien. Según las noticias solo murieron cinco personas de seguridad, otros cuantos se encuentran en el hospital. La policía llegó más rápido de lo que esperaban y lograron parar aquella masacre. No saben los motivos. Tu nombre no ha salido en la televisión ni han dicho nada sobre ti —lo informo—. Ignoro cómo estén Lupo, Nerea y Fábregas —le resumo.

—Lo has hecho todo muy bien —me indica. Lo miro y me emociono al ver orgullo en su mirada.

Suspiro y trato de calmar el nerviosismo que se ha apoderado de mí debido a verlo recuperado y al beso que nos hemos dado.

—Dame tu teléfono —me exige mientras que yo lo miro con desconfianza mientras pienso que pese a todo lo que ha sucedido aún no se fía de mí.

—No te he delatado. Es más, si hubiese querido escapar y dejarte morir tuve la oportunidad de hacerlo —le recuerdo con garra, herida, mientras me levanto y le tiro mi teléfono de malas formas encima de la cama, cerca de él para que lo revise.

—Lo sé —murmura con el móvil en sus manos—. Recuerdo que te pedí que te fueses para ponerte a salvo y no me obedeciste —comenta mientras teclea en mi teléfono.

Suspiro, lo miro en silencio, y me doy media vuelta. Lo dejo solo y me marcho al salón. Me tumbo en el sofá y pongo la televisión solo de fondo, porque mi mente está en Alessandro Albani y lo decepcionada que me siento, ¿qué esperabas, Melania? Me pregunto, que después de salvarle la vida te dijese que te quiere, sigue soñando, me recrimino y no puedo evitar que dos lágrimas caigan por mis mejillas.

Escucho que Alessandro habla por mi teléfono, solo alcanzo a oír:

—Está bien, en cuarenta y ocho horas.

Luego siento que se levanta y entra en el baño de la habitación, pero mi orgullo me impide ir a ofrecerle ayuda. Le he salvado la vida y esperaba algo más que un gracias y lo has hecho muy bien. En realidad, no sé qué esperaba, pero desde luego no lo sucedido.

Sumida en mis pensamientos y mi decepción, no me doy cuenta de que Alessandro llega al salón y se para delante de mí. Solo lleva puesto unos pantalones de chándal. Le pedí a mi cuñada que trajese algo de ropa de mi hermano, yo estoy usando la de Laura, pero para él no había nada en su casa.

—No quería tú teléfono para ver si me habías delatado o no —revela—. Mi teléfono no es seguro, al tuyo sé que mi equipo tiene acceso. Ellos han estado ahí fuera vigilando en todo momento, pero no han considerado seguro sacarme todavía de aquí.

—Lo… siento —murmuro un poco avergonzada.

Alessandro se sienta a mi lado y me mira.

—En estos momentos, eres la persona sobre la tierra en la que más confío —revela mirándome a los ojos. Me emociono al ver sinceridad en ellos—. Te pedí que te marchases y no lo hiciste. Llevabas secuestrada unos meses —me recuerda—, te encontrabas en medio de un campo de batalla y cuando te pedí que te salvases y te marchases, te brindé la oportunidad de escapar, ser libre y poner tu vida a salvo, decidiste quedarte a mi lado —enumera—. ¿Por qué? —pregunta, serio, mirándome de frente.

—Estabas herido —le indico.

—Te dije que me las arreglaría. No era la primera vez que me veía en algo así —me recuerda.

—Pero yo sí. No podía dejarte herido. Fábregas, Nerea y Lupo no estaban para ayudarte.

—¿Tengo que recordarte que estabas a mi lado a la fuerza? —De inmediato niego con un gesto de la cabeza—. ¿Qué te hizo no escapar y ayudarme pese al riesgo de salir herida como yo, o muerta? —pregunta de forma insistente haciéndome sentir como si estuviese en un interrogatorio con la obligación de responder.

—No lo sé —respondo frotándome las manos con fuerza, tratando de aplacar mi nerviosismo.

—No me mientas —suelta de golpe, serio, con una mirada escrutadora. Logra sobresaltarme y que mi nerviosismo aumente.

Lo miro a los ojos y trago con dificultad. Cierro los ojos por unos segundos y le revelo:

—No actué con la razón, sino con el corazón —justifico—. No podía dejarte en esas condiciones. No pude separarme de ti porque me importas demasiado. No sé cómo, ni en qué momento, pero me he enamorado de ti como una estúpida —le suelto con rabia por ponerme entre la espada y la pared y obligarme, de alguna forma, a confesar. No quiero que rebusque otras razones por la que le pude salvar la vida y termine hiriéndome más de lo que ya estoy. No sé qué será de él ni de mí después de esto y que vengan a buscarlo, pero siento que no tengo nada que perder. Mi vida ya no volverá a ser la misma después de haber conocido a Alessandro Albani y este adueñarse de mi corazón por completo.

Alessandro se acerca de golpe, lleva sus manos hacia mi rostro y me besa. Le correspondo al beso y siento que es algo mágico, diferente. Es como si tras mi confesión me hubiese quitado un gran peso de encima. No sé a dónde me llevará esto, pero ha sido una completa liberación revelarle el verdadero motivo por el que no pude dejarlo herido por más que me lo pidió. No me importaba mi vida, solo salvarlo.

38

¿Y ahora qué?

Tras un intenso beso, nos miramos a los ojos y Alessandro murmura:

—¿Qué voy a hacer contigo, Mel? —Cierra los ojos, con pesar, debatiéndose en mi destino, algo que me pone la piel de gallina.

—¿Matarme? —susurro con miedo a la misma vez que espero su respuesta de siempre: hoy no. Pero supongo que todos los días de mi vida viviré con cierta incertidumbre con respecto a mi futuro. Puede que yo me haya enamorado de él, sin embargo, esto no lo convierte en un santo. Alessandro Albani es quién es, un hombre duro y peligroso.

—¿Cómo podría matar a la mujer a la que le debo mi vida? —murmura con agradecimiento mientras que me muestra una sonrisa maravillosa que hace que mil mariposas revoloteen en mi estómago—. Pídeme lo que quieras, es tuyo —me ofrece con sinceridad.

Lo miro y me quedo pensativa, lo único que deseo de él sé que jamás lo tendría, su amor. Por el resto, nada más me interesa.

—No quiero nada. Cada cual tiene que vivir con su conciencia y la mía está tranquila por haberte salvado y hecho todo lo que estuvo en mi mano. Estás bien y es lo importante.

—Eres increíble, Mel —murmura mirándome con un brillo especial en sus ojos.

Mi corazón se acelera cada vez que pronuncia Mel. Ese tono especial en su voz cuando me llama así consigue que mi cuerpo reaccione a él y lo desee.

De repente, mi teléfono suena. Alessandro lo tiene en el bolsillo del pantalón. Lo saca y descuelga. No dice nada, solo escucha a quién sea al otro lado.

—Perfecto —concluye la conversación tras permanecer todo el rato en silencio. Luego cuelga y me indica:

—Fábregas lo tiene todo listo para sacarnos de aquí en cuarenta y ocho horas.

Lo miro con cierta decepción, no sé qué será de mí después de esto. Me ofreció mi libertad y la rechacé, me quedé a su lado, sin embargo, me ha dicho que confía en mí. Me estremezco cuando pienso en una despedida, en no verlo más y volver a mi vida, junto a mi familia. Los quiero, pero, por increíble que parezca, a Alessandro lo quiero más.

—¿Cómo están Fábregas, Nerea y Lupo? —me intereso por sus personas de confianza.

—Recuperados, y asombrados contigo —añade—. Me sacaste de aquel lugar antes que ellos y lo hiciste como una profesional. Me has mantenido a salvo y has cuidado de mí.

—Supongo que todos esperabais que aprovechase el momento y huyese. Si te habían dado un tiro y morías yo quedaba liberada de ti para siempre en todos los sentidos —resumo lo que deben de pensar ellos.

—Es lo más lógico en nuestro mundo. No nos topamos con personas como tú a menudo —los defiende.

Ambos nos miramos unos segundos en silencio, siento algo especial en los ojos de Alessandro, pero no sé descifrar qué es exactamente.

—¿Sabes quién quería matarte? —pregunto de golpe.

—Sí. El libanés que nos encontramos los otros días y te trató como a una puta.

—¿Fue por eso? —pregunto con los ojos muy abierto.

—No. Se acercó a mí cuando me vio porque ya le había cerrado algunas puertas del mercado que él dominaba. Ante mi actitud, como reacción, me quemó dos locales y yo le hundí toda su flota. —No sé qué quiere decir de esto realmente, pero creo que es mejor no saberlo—. Flavio y yo somos socios en el negocio que afecta al libanés —revela, pero no me dice en cuál— y vino a por nosotros directamente.

—¿Y ahora? —pregunto con miedo—. ¿Tú y Flavio…?

—El libanés está muerto —revela sin reparo—. Fábregas está detrás de su mano derecha aquí en España. Solo es cuestión de horas hacerlo desaparecer y todo quedará en calma —resume como si nada mientras yo tiemblo.

—Tu vida es como una película de acción. Tiros, enemigos, muertos, dinero, poder… —enumero casi con espanto.

—Jamás imaginaste conocer a un hombre como yo —murmura—. Mucho menos enamorarte de él —comenta con una sonrisa en sus labios, como si estuviese orgulloso de ello, mientras que yo me siento como una imbécil. Expuesta ante él y vulnerable.

—¿Quieres comer algo? —pregunto de golpe. Necesito romper con el contacto visual que tenemos y me altera. Considero necesario alejarme de él para serenarme un poco.

—Sí —afirma con una sonrisa—. ¿Qué hay? —pregunta.

—Nada del otro mundo. Sobres de sopa, arroz y pasta.

—Pasta —elige.

—Bien —le indico camino de la cocina.

Se queda sentado en el sofá mientras que yo saco la pasta y la pongo a cocer.

Cuando estoy mezclando la pasta con el tomate y unas latas de atún Alessandro aparece en la cocina. Ahora su pecho está cubierto por una camiseta de manga corta negra.

—Yo mismo me he curado la herida y colocado un nuevo apósito —comenta cuando aprecia que lo miro con los ojos clavado en su herida—. Está bien. Tu cuñada hizo un buen trabajo, incluso creo que no me quedará una fea cicatriz.

—Hablas como si fueses experto en el tema.

—No es el primer tiro que recibo. —Me quedo pensativa y él, como si me leyese la mente, añade—: Las cicatrices de otras balas las he ocultado con mis tatuajes.

Suspiro y estoy tentada de preguntarle dónde las tiene, pero no lo hago. Solo imaginarlo herido de nuevo me hace sufrir.

—La comida está lista —anuncio—. Siéntate en la mesa. Yo lo llevo todo —le indico.

Alessandro se da media vuelta y se marcha en silencio. Lo siento muy pensativo, como si debatiese en su interior algo sumamente importante y vital que me afecta, algo que me inquieta mucho porque puede que haya llegado la hora de separarme de su lado.

Llevo todo a la mesa y nos disponemos a comer. Yo apenas tengo hambre, y eso que no he

comido en estos días, la angustia me tenía el estómago cerrado, pero en cuanto pruebo los macarrones con tomate y atún mi apetito se despierta. Observo a Alessandro que también come con ganas. Cuando termina me comenta:

—Estaban buenísimos. Los mejores de mi vida.

—Me alegra que te hayan gustado y las ganas de comer te hayan vuelto. No sabes los esfuerzos que tuve que hacer para darte la sopa y las medicinas.

—Gracias nuevamente —me indica mostrándome una maravillosa sonrisa que me acelera el corazón. Me dan ganas de besarlo y sentarme en su regazo, pero descarto la idea de inmediato.

—Alessandro, tengo una pregunta —anuncio mientras suspiro y me armo de valor, no puedo más con esta incertidumbre—. ¿Y ahora qué? —No me atrevo ni a preguntar, tan siquiera, qué va a pasar cuando nos vayamos de aquí porque no sé si voy incluida en el plan o en cuarenta y ocho horas se irá solo él y no lo volveré a ver más. Necesito saber qué va a pasar, la angustia me está matando.

Me presta atención, me mira en silencio, serio, se reclina sobre la silla y se cruza de brazos a la altura del pecho, pensativo, mientras que mi corazón late muy deprisa y las ansias me comen por dentro.

—Me he enamorado de ti, Mel —confiesa mirándome fijamente, pronunciando cada palabra con determinación. Se queda en silencio y observa mi reacción.

Yo estoy a punto de caerme de la silla. No esperaba una revelación como esa. Lo miro con los ojos muy abiertos, el corazón desbocado y temblando. No me salen las palabras, mi respiración está alterada y siento que dos lágrimas caen por mis mejillas sin control alguno.

—¿Qué? —balbuceo, mientras pienso que no he escuchado bien sus palabras.

—No quiero que te separes de mí nunca más porque te amo —revela de golpe, con la valentía que lo caracteriza—, pero comprendo que esa es una decisión que solo te corresponde a ti. Estos meses a mi lado has podido vivir una pequeña parte de lo que es mi vida. La gran pregunta es: ¿puedes amar al hombre que soy y estar a su lado sin cuestionar mis acciones?

Rompo a llorar, me levanto y Alessandro me recibe en su regazo. Me siento en sus piernas y le indico mientras le acaricio el rostro:

—Solo sé que te amo más que a mi vida.

—Eso ya me lo has demostrado —murmura con orgullo en sus ojos y una sonrisa en su boca —. Lo que necesito saber es si soportarás compartir junto a mí lo que es mi vida.

Se queda en silencio y espera mi respuesta.

—Estoy segura de que tú me ayudarás en ello y cuidarás de mí como hiciste desde el momento en el que llegué a tu vida. Te amo, Alessandro Albani, y eso no lo puedo cambiar. Deseo una vida a tu lado, sin separarme de ti. Deseo ser tu mujer —confieso con el corazón en la mano, mientras varias lágrimas caen por mis mejillas.

—Vas a quemarte con este demonio en el infierno, ¿lo sabes? —pregunta con una sonrisa. Yo suelto una carcajada al llamarse a sí mismo demonio y recordar que lo catalogué así.

—Cuando hay pasión, deseo y amor todo vale la pena —manifiesto, decidida.

Alessandro se apodera de mis labios y nos besamos como locos, sellando el gran amor que nos tenemos y por fin nos hemos atrevido a confesarlo en voz alta.

39

AMOR

Tras un apasionado e intenso beso, ambos nos miramos, sonrientes. Me siento en una nube. No puedo creer que Alessandro Albani se haya enamorado de mí. Observo sus maravillosos ojos verdes y los veo más vivos que nunca. En ellos puedo leer que me ama y siento una sensación tan especial en mi pecho que creo que es lo más bonito que he vivido jamás. Sentirte amada por la persona que amas es el mayor regalo del mundo.

—Eres lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo, ¿sabes? —murmura Alessandro mirándome, sonriente.

Le acaricio el rostro con mis manos, sintiéndome plenamente feliz y le doy un beso. Necesito creerme por completo que es mío, me ama y me corresponde.

—Lo mismo digo, señor Albani —susurro sobre sus labios.

—No te esperaba, Mel. Has puesto todos mis planes del revés —confiesa mientras me mira con una sonrisa—, pero no puedo dejarte marchar. Te protegeré —jura mientras se acerca y me besa.

Me enredo en sus labios mientras lo abrazo, sintiéndolo mío.

Se remueve bajo mis piernas y puedo sentir su evidente erección, nos miramos y sonreímos con complicidad.

—Te necesito —susurra en mi oído mientras me da un lametón en el lóbulo de la oreja.

—Estás convaleciente —le recuerdo.

—¿Esto? —pregunta mientras señala su herida—. No es nada. Si supieras lo que he hecho con heridas de balas sin curar… peores que esta.

—No quiero saberlo —replico sintiendo celos.

—No me refería al plano sexual —me aclara mientras introduce la mano bajo mi camiseta y de apodera de mis pechos.

—Eres un hombre muy activo —murmuro.

—Me gusta el sexo, y contigo en especial me vuelve loco. Eres muy diferente —confiesa mientras me atrapa un pezón con sus dedos y me hace gemir de placer.

—Quiero ser la única mujer en tu vida —le indico como una orden, algo que lo hace sonreír mientras acaricia con mimo mi pecho.

—Lo serás —asegura—. No te quepa la menor duda. Solo te deseo a ti, Mel. No he sentido la necesidad de acostarme con otra mujer desde la última vez que estuvimos juntos. Me han sobrado oportunidades de hacerlo, pero en mi mente solo estabas tú —confiesa—. Es algo muy desconcertante para mí porque nunca me había pasado —reconoce y mi pecho se hincha de amor.

Me levanto de sus rodillas, le extiendo mi mano y le propongo:

—¿Nos vamos a la cama, señor Albani? Creo que estará más cómodo.

—¿Se trata de una proposición indecente? —pregunta sonriente, adivinando mis intenciones. A ambos nos consume el mismo fuego por dentro.

—Totalmente —contesto con descaro.

De la mano, entre miradas y gestos cómplices llegamos a la habitación. Alessandro se sienta en la cama y me coloca entre sus piernas, me atrapa mientras nos miramos con intensidad y le saco la camiseta por la cabeza. Luego él me quita mi camiseta y me quedo solo en sujetador. De inmediato, lo desabrocha con habilidad y mis pechos quedan desnudos delante de sus ojos. Lleva su boca hacia ellos y los besa con mimo mientras que yo lo agarro del pelo y me entrego a todo lo que provoca en mí. Recorre mi cuello con besos húmedos hasta llegar a mi boca, se apodera de ella e introduce su lengua y me hacer gemir de placer. Me siento sobre él a horcajadas mientras ambos sabemos que estamos a punto de explotar. Han sido varias semanas deseándonos en silencio y por fin podemos dar rienda suelta a toda esta pasión que nos consume.

Nos deshacemos de todo el resto de nuestras ropas hasta quedarnos desnudos por completo, piel con piel. Alessandro se tumba sobre el colchón y yo me quedo encima de él, sintiéndome más mujer que nunca, totalmente poderosa por tenerlo completamente rendido ante mí. Nos besamos mientras siento las caricas de sus manos por todo mi cuerpo.

—Te necesito ya, Mel —susurra sobre mis labios. Sonrío sobre ellos, me aparto de él, llevo mi mano hacia su miembro, duro como el acero y caliente como una hoguera, y lo guio hacia mi entrada. Escucho a Alessandro suspirar y gemir al mismo tiempo que entra en mí de forma lenta. Luego me contoneo a su alrededor haciendo círculos con mis caderas—. Eres pura maravilla —murmura antes de atrapar mis labios de nuevo.

Me fundo con él, siento que ambos somos uno cuando encajamos a la perfección y estoy completamente segura de que Alessandro Albani es mi destino, mi felicidad. Nos movemos sin control, en busca de un orgasmo que nos haga liberarnos de toda esta tensión y deseo que nos consume. Explotamos a la vez y siento que ha sido el mejor orgasmo de mi vida.

Alessandro me abraza, puedo sentir el ritmo acelerado de su corazón mientras mi cabeza descansa en su pecho, y, cuando consigo recuperar el aliento, llevo mi mano cerca del lugar de su herida, alzo la mirada hacia él y le pregunto:

—¿Todo bien?

—De maravilla —responde con un brillo especial en sus ojos y una sonrisa en la boca. El corazón me da un vuelco al reparar que esto lo provoco yo.

—Te amo —le confieso con el corazón en la mano, sintiendo que es lo más sincero y verdadero que he dicho jamás.

—Yo más, Mel. Algún día descubrirás hasta qué punto —murmura sobre mis labios antes de besarme.

—Lo estoy deseando. Quiero saberlo todo de ti —le indico mientras le acaricio el abdomen y siento todos sus músculos. Es maravillosa esta sensación de paz, plenitud y saberlo mío para poder acariciarlo, mirarlo y besarlo a mi antojo.

—Algunas cosas serán mejor que las ignores —musita y yo lo miro con atención—, por tu seguridad —me advierte de inmediato—. Tendrás que confiar en mí ciegamente, Mel —me

suplica—. Y habrá cosas por las que me preguntes y no pueda darte la respuesta que esperas —me advierte de nuevo—. ¿Podrás soportarlo? —pregunta un poco serio.

Me revuelto en sus brazos y lo miro, pensativa. Creo que estamos poniendo los cimientos de esta relación. Cuento con el hecho de que no es un hombre normal, con una vida normal. Sé que tendré que aceptarlo y acostumbrarme a ello.

—Me conformo con descubrir al hombre, no la vida que rodea a este hombre —especifico mientras le acaricio el pecho—. Confío plenamente en ti, solo quiero estar a tu lado, amarte y que seamos muy felices, ¿podrás soportarlo? —concluyo imitando su pregunta y él esboza una amplia sonrisa.

—Podré con ello —responde, me besa y luego me indica—: Yo también estoy deseando descubrir a esta mujer por completo.

—Creo que soy un poco más simple que tú —murmuro, y ambos estallamos en carcajadas.

—Nos queda un largo camino por recorrer, pero juntos —afirma Alessandro abrazándome más fuerte—. Quiero que disfrutemos de muchas cosas —aventura y yo le sonrío, encantada y feliz de hablar sobre un futuro en común—. Por lo pronto, te debo un viaje a Dubrovnik. Es maravilloso. Tengo una casa en propiedad con unas vistas espectaculares allí.

—Me encantará ir —revelo con emoción.

—Me quedan unos meses de intenso trabajo en los que no me voy a poder permitir unas vacaciones tan lejos ni de tantos días como sería ir a Dubrovnik, pero te prometo que no te aburrirás a mi lado.

—Eso lo tengo muy claro, señor Albani —le indico mientras lo beso y me abrazo a él. Me encanta sentirlo tan cerca, esta complicidad que hemos creado como de la nada y este amor que ambos teníamos tan oculto y que al fin ha salido a la luz y nos hace tan felices.

Lo miro, desnudo a mi lado, al igual que yo, mientras que el pecho se me hincha de emoción. Nunca he sido tan feliz. Lo miro a los ojos, le acaricio el rostro con mimo y lo beso. No quiero que esto se acabe nunca. Me ha prometido en numerosas ocasiones que me protegerá, pero, lo que él ignora, es que yo también lo protegeré hasta el fin de mis días, con mi vida si es necesario.

Lo beso mientras una sensación maravillosa de vértigo, felicidad y expectación se apodera de mí al pensar que estamos iniciando algo muy bonito. No sé a dónde nos llevará, pero voy a poner todo de mi parte para que esto sea mágico. No necesito nada más que su amor y tener la absoluta certeza, como la tengo, de que siempre me protegerá de todo y de todos.

Alessandro me besa mientras murmura en mi oído:

—Te necesito.

Hacemos el amor de nuevo y me quedo dormida en los brazos del hombre que amo, y descubro que es la mejor sensación del mundo.

40

El corazón del demonio

Me despierto en los brazos del hombre que amo, al ritmo de los latidos de su corazón. Cuando alzo la cabeza me encuentro con su intensa mirada verde sobre mí. Me dedica una sonrisa mientras pregunta:

—¿Has dormido bien?

—Como nunca —susurro sintiéndome la mujer más feliz del mundo.

Miro por la ventana y descubro que ha amanecido, el día anterior fue tan intenso que he perdido por completo la noción del tiempo.

—¿Qué hay para desayunar? —pregunta Alessandro.

—No gran cosa. Café, cereales y huevos revueltos —le enumero.

—Me vale —murmura—. Pero antes quiero darme una ducha y creo que necesitaré ayuda —manifiesta con una sonrisa. Me besa y salimos de la cama mientras admiro que casi vuelve a ser el hombre enérgico de antes del tiro. Atrás ha quedado la personal débil y moribunda que yacía en esta cama días antes. Me alegra muchísimo verlo así.

El baño de Laura es muy pequeño y la ducha diminuta. Tenemos que ducharnos por separado mientras que Alessandro se queja y yo sonrío. Creo que no contaba con ese pequeño detalle cuando me propuso un baño juntos.

Luego, liados en unas toallas diminutas, le curo la herida y le coloco un apósito limpio y seco.

—Pasé muchísimo miedo mientras mi cuñada te sacaba la bala —recuerdo mientras tapo su herida—. Estabas muy mal. —Me estremezco.

Alessandro me abraza, me refugia en su pecho y me da un beso en la frente. Yo se lo devuelvo en su pecho, al lado del corazón, al mismo tiempo que paso mis manos por su cintura y lo abrazo. Es una sensación tan maravillosa sentirlo mío que me emociono cada vez que lo tengo así. Debo de acostumbrarme a que el corazón del demonio me pertenezca, nunca me había sentido tan orgullosa de poseer algo como en estos momentos, cuando sé que es todo para mí.

—Te prometo que te compensaré por cada momento de angustia que te he causado —me indica mientras me acaricia el pelo y me mantiene pegada a él.

—Te aseguro que tu confesión de amor los curó todos. Nunca imaginé que te enamorases de mí —le confieso rompiendo nuestro abrazo y mirándolo a los ojos.

—¿Por qué? Eres una mujer guapísima, atractiva y sexi. Tienes unos ojos color miel que me atraparon desde el primer instante en el que me crucé con ellos. Algo en ti me atraía como un imán. Nunca había sentido esto que siento por ti, Mel. Siempre evité enamorarme, implicarme emocionalmente de esta forma. No sé cómo lo hiciste, pero te colaste en mi corazón sin permiso y te adueñaste de él.

—Creo que no soy como las mujeres que te rodean —murmuro sintiéndome inferior.

—Eso es lo que te hace de verdad. La mayoría de lo que me rodea es una gran mentira. A veces siento que tú eres lo único real en mi vida. Te amo, Mel. No tienes ni idea de todo lo que haría por ti —confiesa con el corazón en la mano. Ver a un hombre tan duro como él revelarme estos sentimientos me emociona.

—Y yo te amo a ti —le confieso perdida en sus ojos, acunándole el rostro con mis manos.

—Este amor me hace débil y vulnerable. Nunca había tenido a quién amar ni proteger con mi propia vida, pero no puedo renunciar a ti —admite—. Eres lo más importante que me ha pasado.

—Me alegra saber que soy única y especial —murmuro sobre sus labios mientras lo beso.

—No te imaginas cuanto —susurra en mi oído mientras salimos del baño abrazados en dirección a la habitación para vestirnos y desayunar.

Alessandro me ayuda a hacer el desayuno y disfruto con él en la cocina, teniéndolo pegado a mí. Sus sonrisas cómplices, sus caricias y sus besos robados. Una emoción muy grande me embarga en el momento en que ambos estamos sentados juntos mientras nos tomamos el café. Sonrío al imaginarme una vida a su lado.

—¿En qué piensas? —pregunta con interés, centrado en mí.

—En ti y en mí, juntos, como una pareja de verdad.

—Yo creo que nos compenetramos muy bien en todos los aspectos, pero si te quedan dudas te lo puedo demostrar —comenta con una sonrisa traviesa.

—Nunca he convivido en pareja —confieso.

—Nunca he tenido una pareja estable —me rebate, sonriente.

Me acerco a él, me siento en su regazo, lo abrazo y lo beso. Luego le susurro en el oído:

—Te quiero solo para mí —le indico con algo de miedo. Sé en el mundo en el que se mueve. No podría soportar que estuviese con otras mujeres.

—Tienes mi palabra —confiesa mirándome a los ojos—. Soy tuyo y tú eres mía. Mataré a quién te ponga una mano encima.

Se apodera de mis labios y nos besamos con pasión y deseo hasta que mi teléfono suena encima de la mesa y Alessandro lo coge.

Se aleja un poco de mí y yo comienzo a recoger el desayuno. De repente, cuando entro en la cocina y suelto las tazas en el fregadero, me sorprende un hombre vestido de negro con pasamontañas que oculta su rostro. Me coge con sus manos del cuello y me lo aprieta con fuerza dejándome sin respiración. Quiere matarme. Intento defenderme, pero es muy fuerte, intento alertar a Alessandro, pero me tiene inmovilizada mientras escucho la voz del hombre que amo alejada en la habitación, inmerso en una conversación.

Como puedo, me defiendo, pataleo y le doy un codazo al hombre que me quiere matar mientras aprieta más fuerte mi garganta. Consigo darle una patada en sus partes y quita las manos de mi cuello, instante en el que aprovecho para gritar lo poco que puedo, apenas tengo aliento ni voz. El hombre me da una bofetada con fuerza que casi me hace perder el sentido y vuelve a apretar sus manos en mi cuello con más fuerza que antes. Asustada, pienso que puede ser mi final y quizás Alessandro esté muerto. Desconozco cuántas personas han entrado en el piso de mi amiga. Pero, de repente, las manos de Alessandro lo apartan de mí, lo empuja hacia el salón y lo reduce con extremada habilidad, a patadas y puñetazos, quitándole la pistola con

silenciador que lleva mi agresor. Yo me encuentro doblada por la mitad recuperando la respiración y con un gran dolor en la mandíbula por la bofetada que me ha dado.

—¿Estás bien? —me pregunta Alessandro dándole la espalda al hombre tirado en el suelo, inconsciente.

—Sí —le indico sin aliento.

De repente, observo que el intruso saca otra una pistola y apunta a Alessandro por detrás, pero no me da tiempo de avisarlo. El hombre que amo es más rápido, se vuelve, como si tuviese ojos en la espalda y hubiese visto todo, y no duda en descargar la pistola que lleva en la mano en el pecho del hombre, que cae muerto al suelo. Pese a la pistola de Alessandro llevar un silenciador me estremezco con cada tiro que ese hombre recibe.

Luego Alessandro viene hacia mí y me abraza. Estoy temblando. Podíamos estar muertos, ambos. ¿Cómo han sabido que estábamos aquí?

Sin soltarme va en busca de mi teléfono y hace una llamada.

—Código rojo, sacadnos de aquí ya —ordena de forma tajante.

De inmediato Fábregas y Lupo se presentan en casa de Laura. Cuando los veo siento cierto alivio pese a continuar protegida por los brazos de Alessandro.

—Me alegra verte, jefe —le indica Fábregas. Lo miro con atención recordando que recibió un tiro en el brazo. ¿Estos hombres se recuperan de las balas como si nada?

—Todo despejado, nos vamos, jefe —dice Lupo.

—No podemos dejarle un muerto a Laura en su casa —le ruego a Alessandro con pavor.

—Fábregas se encargará de todo. Aquí no habrá pasado nada. Te doy mi palabra —me indica seguro de sí mismo.

Salimos del piso de mi amiga custodiados por Fábregas y Lupo. Un coche nos espera en la puerta. Al volante se encuentra Nerea. Nos montamos en el vehículo y antes de arrancar Alessandro le indica a Fábregas y Lupo, que no nos acompañan:

—Cuando limpiéis todo nos vemos en mi casa.

—Su casa es una fortaleza, jefe —le asegura Lupo.

—Vámonos, Nerea —le ordena.

Sigo temblando y en trance por lo sucedido. Alessandro me acoge en sus brazos y me da un beso. De repente, descubro que tiene la camiseta manchada de sangre, le aparto esta con miedo por si está herido.

—La herida te está sangrando —le indico, aún me cuesta hablar con claridad. Ese hombre me ha dejado la garganta cerrada.

Alessandro ni se inmuta, se centra en el golpe que tengo en mi mejilla y luego lleva sus dedos a mi cuello.

—Llama al médico, que esté en casa para que nos vea a los dos —le ordena a Nerea de forma tajante.

Luego me besa de nuevo y permanezco abrazada a su pecho mientras siento los ojos de Nerea posados en mí a través del espejo retrovisor.

Su mirada me inquieta, no me gusta, pero cierro los ojos y me centro en el calor del hombre que me abraza y doy gracias porque ambos estamos vivos.

Para mi sorpresa, llegamos antes de lo que espero a casa de Alessandro. Me ayuda a bajar del coche y me abraza, así caminamos juntos hasta la entrada de la casa, cuando creo que va a dejarme sola para marcharse con Nerea al despacho a hablar de lo sucedido, le indica:

—Cuando llegue el médico me avisas. Estaremos en nuestra habitación.

En cuanto escucho el término nuestra habitación el corazón me da un vuelco. Miro a Alessandro con orgullo a la misma vez que siento una terrible mirada de Nerea sobre mi persona.

Alessandro tira de mi mano y juntos subimos la escalera. Percibo que ya no vamos a usar la habitación que teníamos antes de suceder todo esto, conforme subimos en silencio sé que ahora vamos a ocupar la principal. Un cuarto que no he visto hasta el momento. Cuando tuve curiosidad de entrar en este mientras decoraba en la planta de arriba las dos habitaciones que me indicó Alessandro la encontré cerrada con llave.

Él abre la puerta y accedemos a la habitación, me encuentro tan mal que no reparo mucho en esta, solo advierto que es enorme, mucho más que la usamos abajo. Alessandro me indica que me siente en la cama y él lo hace a mi lado. Me inspecciona el cuello y maldice entre dientes, yo no he tenido tiempo de vérmelo en un espejo.

—Lo siento —se disculpa, apenado—. No sabemos cómo accedió a la casa de Laura ni cómo supo que estábamos ahí.

—¿Quién era? —pregunto con miedo.

—El hombre que estábamos detrás de él. La mano derecha del libanés.

—Tengo miedo por ti. Has matado a ese hombre —murmuro.

—Se trataba de un asesino. Era él o yo.

—No me refiero a eso —rectifico, creo que no me ha entendido bien—. Tengo miedo de que te pueda pasar algo si la justicia descubre esto —le indico preocupada.

—No pasará nada. Confía en mí —me indica seguro de ello. Luego me mira en silencio y murmura—: Sigo queriéndote, Mel. Puede que me hayas visto matar a un hombre, pero ya te dije que te protegería. Sabes quién soy, o lo intuyes —rectifica de inmediato—. Esta es mi vida. Tienes mi palabra de que no le quito la vida a inocentes, a las personas que he matado era porque se trataba de su vida o la mía. ¿Puedes vivir con ello? —pregunta, preocupado.

—Puedo, porque te amo —murmuro mirándolo al mismo tiempo que siento que pese a ser un demonio en algunos aspectos, es un demonio con corazón. Y ese corazón es lo que me mantiene atada a él.

Me dedica una sonrisa, me atrae hacia él y me besa con pasión.

—Todo el que atente contra tu vida morirá. Eres mi mujer y mi mayor tesoro. Te protegeré.

Me abrazo a él a sabiendas de que es un hombre peligroso, no solo él, sino todo su entorno, sin embargo, hay algo que me hace sentir segura a su lado y no sé explicar. Puede que sea el amor ciego que le profeso, pero lo cierto es que no quiero estar en otro lugar que no sea a su lado. Estoy dispuesta a arder en el infierno con el demonio y compartir sus pecados porque sé que su corazón me pertenece y haría lo que fuese por mí.

41

Su cumpleaños

El nuevo teléfono de Alessandro suena y lo atiende, pero cuelga de inmediato.

—Ya ha llegado el médico —anuncia.

Me hubiese gustado darme una ducha antes, pero ni siquiera me da tiempo de decir nada cuando ya tocan a la puerta de la habitación. Alessandro abre, el médico viene acompañado por Nerea, este pasa y clava la mirada en el pecho de Alessandro. La sangre es visible en la parte superior de su hombro.

—Señor Albani, hay que ver esa herida —le indica el doctor de mediana edad. Es el mismo que me atendió cuando me rompí las costillas y me visitaba con frecuencia en casa.

—Primero ella —le indica tajante y seguro.

El médico lo mira y asiente ante su orden, sin atreverse a cuestionarla.

—Yo estoy bien. Tú estás sangrando —le hago ver.

—Quiero quedarme tranquilo de que no necesitas ir a un hospital ni que te hagan pruebas. Ese cabrón casi la ahorca con sus manos —le indica al médico.

—Empecemos con ella —comenta el médico y se dirige hacia mí.

Continúo sentada en la cama. Me palpa el cuello, me mira la garganta y me ausculta el pecho bajo la atenta mirada de Alessandro, que permanece unos pasos más alejados, pendiente de todo con los brazos cruzados bajo el pecho como si nada, parece que su herida ni le molesta ni le preocupa.

—Está todo bien, señor —le indica el médico, como si yo no existiese—. Solo tiene la garganta un poco inflamada. Le recetaré algo por si le duele, en unos días estará recuperada por completo. El golpe no es grave, le dolerá en unos días.

—Bien —murmura más tranquilo al tener la certeza de que no tengo nada de urgencia—. Y ahora míreme la herida para que mi mujer se quede tranquila —le ordena al médico dirigiéndome una sonrisa cálida que hace que el corazón me dé un vuelco cuando escucho que me llama: *mi mujer* con ese tono tan especial.

Alessandro se deshace de la camiseta, se sienta en un sillón y el médico se acerca a él. Comienza a quitarle el apósito manchado de sangre y se centra en la herida. Yo permanezco en la habitación, pero no me atrevo a acercarme, dejo que haga su trabajo. Alessandro no se queja y el doctor no dice nada, como está de espalda a mí no veo lo que hace.

Cuando el médico termina de curarlo recoge todo y nos mira a ambos.

—Para cuando usted me necesite de nuevo, señor Albani —se despide.

—Gracias, Losada —le dice Alessandro.

Yo me limito a mostrarle una medio sonrisa de despedida.

Cuando nos quedamos a solas, fijo la mirada en el pecho desnudo de Alessandro, el apósito

limpio, sus tatuajes y su impresionante torso moldeado que hace que me derrita.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Perfectamente —confirma dirigiéndose a mí. Me da un beso y me indica—: Deberías descansar un poco. Yo tengo que reunirme con Nerea en mi despacho y luego llegarán Fábregas y Lupo. Siento dejarte sola, pero hay asuntos muy importantes que debo atender sin demoras —se disculpa.

—No te preocupes. Lo entiendo —murmuro, aunque me pese no tenerlo cerca.

Me da otro beso en los labios y luego se dirige a ponerse una camiseta limpia bajo mi atenta mirada. Verlo cómo se coloca una simple prenda por la cabeza hace que todo mi cuerpo se altere.

—Puedes relajarte en la enorme bañera que hay en el baño —me propone.

—Me parece buena idea —le comento mientras lo miro parado delante de mí.

—No te prometo llegar antes de que te quedes dormida. No me voy a mover de mi despacho, pero son demasiadas las cosas que tengo pendientes.

—Puedes despertarme cuando llegues a la cama. —Me mira y me dedica una sonrisa, luego me da un último beso y se marcha.

Me quedo a solas en la gran habitación y una sensación de frío me invade. Me froto los brazos con fuerza y me dirijo al baño. Por supuesto, es mucho más de lo que esperaba. Consigue dejarme sin palabras. Lleno la inmensa bañera y me sumerjo en ella. Una vez dentro, relajada y tranquila, sintiéndome segura por la protección de Alessandro, me permito recordar todo lo que hemos vivido en las últimas horas. Cierro los ojos y tomo una bocanada de aire cuando pienso en su declaración de amor. Doy por sentado que no es un hombre romántico, pero tampoco lo necesito. Me ama y es suficiente.

Paso más de una hora en la bañera, luego me pongo un camisón y una bata de seda en color morado con encajes, precioso el conjunto, y me seco el pelo con esmero delante del espejo. Me meto en la cama y enciendo la televisión. Me quedo dormida y cuando me despierto son más de la una de la madrugada, y Alessandro aún no ha venido.

La garganta me duele horrores, por lo que decido bajar a la cocina por un vaso de leche caliente con una pastilla que me ayude a relajar el dolor que tengo. Cuando me estoy calentando la leche en el microondas veo salir a Fábregas y a Lupo. Ambos se marchan en un coche. Esperanzada, me acerco al despacho de Alessandro para comprobar si ya ha terminado con todos los asuntos pendientes, lleva más de cuatro horas allí. Descubro que la puerta está entreabierta, hay luz y escucho la voz de él. Cuando me acerco más, oigo la voz de Nerea. Me quedo parada al saber que ella está aún ahí. Le escucho decir:

—Me retiro a mi habitación, jefe. —No puedo verla, pero pronuncia la palabra jefe con demasiada sensualidad en su voz, algo que me alerta—. Me alegro de tenerte de nuevo a los mandos. ¿Puedo felicitarte?

—Ya sabes que no me gusta recordar esta fecha —le riñe Alessandro.

—Lo sé, pero en esta ocasión es especial. Has estado a punto de morir dos veces en este último mes, creo que hoy sí merece la pena que recibas una felicitación por tu cumpleaños.

—Gracias —murmura Alessandro, en tono seco y distante.

Sin poder evitarlo, me acerco para ver qué ocurre entre ellos. Observo cómo Nerea le da un

beso y un abrazo demasiado efusivo para mi gusto, al que Alessandro le corresponde sin entusiasmo.

—Si quieres celebrarlo, hoy o mañana, sabes dónde encontrarme —tiene el descaro de proponerle.

—Nerea, te dejé claro que lo nuestro fue un error. No debimos mezclar el trabajo con el placer —le recuerda Alessandro de forma seria y dura—. Y ahora tengo a una mujer —le deja claro, algo que hace que sonría y me enorgullezca de él.

—Ella lo va a echar todo a perder —le recrimina de golpe—. Desde que llegó te has cegado —lo encara.

—No entraba en los planes, pero sucedió. Y voy a ir para delante con ella —le indica Alessandro, seguro de ello.

—¿Y luego qué? —le reprocha Nerea algo alterada.

—Eso es cosa mía.

—Somos un equipo —lo increpa ella alzando la voz.

—Pero resulta que yo soy el jefe. Fin del asunto —zanja Alessandro, también alzando la voz y dando por concluida la conversación.

De repente, repara en la puerta abierta y en mí. Tanto él como Nerea se quedan mirándome.

—Perdón, bajé por un vaso de leche —me disculpo avergonzada por haber escuchado su conversación.

—No te preocupes, hemos terminado —me indica Alessandro mostrándome una sonrisa al mismo tiempo que se acerca a mí y me coge de la mano—. Descansa Nerea, mañana nos queda un día duro —se despide de ella y tira de mi mano.

Subimos las escaleras en silencio y cuando caminamos por el pasillo en dirección a nuestra habitación Alessandro se interesa:

—¿Estás bien?

—Sí. Me dolía mucho la garganta y bajé a tomarme una pastilla con leche caliente.

—¿Mejor? —pregunta antes de abrir la puerta de nuestra habitación, mirándome a los ojos, preocupado.

—Sí.

Cuando entramos a la habitación Alessandro murmura cansado:

—Necesito un baño.

—Vamos, te lo preparo. —Tiro de su mano y entramos juntos.

Comienzo a llenarle la bañera mientras él se desnuda. Parado frente a mí, en todo su esplendor, me pregunta:

—¿Qué has hecho en todo este tiempo? Pensé que dormirías.

—Me di un baño, vi un poco la televisión y me quedé dormida. Me despertó el fuerte dolor de garganta. Era como si me clavasen cuchillos. Y decidí bajar a la cocina —especifico mientras él se mete en el agua. Yo me siento en uno de los tres escalones que dan acceso a la bañera y lo miro.

—Te veo agotado —aprecio en voz alta.

—Lo estoy —reconoce con los ojos cerrados—. En estos momentos tengo muchos frentes

abiertos y mil problemas que solucionar —murmura con pesar.

Me acerco un poco a él, cojo la esponja que está metida en la bañera y le echo gel. Me inclino y le enjabono los hombros y el pecho con cuidado de no mojarle la herida.

—Espero no ser un problema más entre todos los que tienes —comento recordando las palabras de Nerea.

Alessandro abre los ojos de golpe y me mira.

—Eres mi única luz en todo el caos que en estos momentos me rodea. Lo mejor que me ha pasado en los últimos años. Lo más verdadero —confiesa. Me atrae hacia sus labios y me besa.

Me quedo unos segundos en silencio, debatiendo si decir lo que estoy pensando o no, pero finalmente me decido.

—No pude evitar escuchar cuando Nerea te felicitaba por tu cumpleaños —murmuro. Él alza la mirada y la clava en mí, serio—. ¿Por qué no te gusta recordar la fecha? —me atrevo a preguntar.

Alessandro suspira y cierra los ojos bajo mi atenta mirada. Puedo apreciar que es un tema delicado.

—No me gustan las celebraciones, a las que acudo son para hacer negocios. Tampoco me gustan las felicitaciones personales ni recibir regalos.

—¿No celebras tu cumpleaños? —pregunto con sorpresa.

—Solo cuando me conviene —revela. Levanto una ceja, sin entenderlo, y me aclara—: He hecho alguna que otra fiesta con motivo de mi cumpleaños, pero han sido con fines de hacer negocios en ella e invitar a gente a la que necesitaba cerca.

Una vez más, el mundo de Alessandro me sorprende.

—¿No te gustaría celebrar tu cumpleaños conmigo? —le propongo. Él me mira sin entenderme bien—. Nosotros solos. Tú y yo. Sé que mañana estarás muy ocupado todo el día, pero igual puedes robarle unas horas a todo ese trabajo y pasarlo con tu mujer —susurro cerca de su oído.

—Me gusta que te consideres mi mujer —comenta con una amplia sonrisa mientras me mira con un brillo especial en su mirada verde. Puedo leer el orgullo en esta. Se queda un poco pensativo y añade—: Veré qué podemos hacer mañana. Pero tendrá que ser en esta casa. Por el momento no es aconsejable que salgamos por unos días.

—Sin problema. No importa donde sea, solo me importa que estés a mi lado.

Alessandro sale de la bañera, le doy una toalla, se la anuda a la cintura y luego le seco el pecho y los hombros con otra.

—¿Puedo felicitarte? —pregunto con una sonrisa, mientras lo miro. Él asiente—. Felicidades, mi amor.

Le coloco la toalla detrás de la nuca, la dejo ahí, y le doy un beso demoledor en el que ambos terminamos gimiendo en nuestras bocas.

—Ahora tendrás que darme el regalo completo —me ordena Alessandro.

Sonrío sobre sus labios y lo arrastro hacia la cama.

42

Tormentas en tus brazos

Estamos dormidos en la cama, después de hacer el amor, cuando nos sobresalta a ambos un gran estruendo. Alessandro se incorpora de la cama y saca una pistola de la mesita de noche con una rapidez que me deja alucinada.

—Es una tormenta —me indica con rapidez. Yo lo miro con el corazón desbocado, asustada.

Cuando Alessandro repara en que tengo los ojos clavados en la pistola que sostiene la deja de inmediato en la mesita de noche, se acerca y me abraza mientras no dejo de temblar.

—Este es mi mundo, Mel. ¿Podrás acostumbrarte? —pregunta mientras me abraza con fuerza y me mesa el cabello. Sé que se refiere al hecho de tener una pistola al lado del lugar donde dormimos.

—Lo intentaré —susurro, aferrada a él.

—Esta tormenta nos ha cogido por sorpresa. No son comunes en el mes de mayo —comenta, y sé que intenta relajarme al cambiar de tema.

Nos acomodamos mejor en la cama sin romper el abrazo y permanecemos un rato escuchando la fuerte lluvia contra los cristales, viendo los rayos iluminar la habitación y, pese a estar abrazada a él, me estremezco con cada estruendo.

—¿Te dan miedo? —pregunta.

—Un poco. De pequeña cuando había tormentas por la noche siempre me iba a la cama de mi hermana y me abrazaba a ella. No me gustaba estar sola.

—Desde ahora podrás abrazarte siempre a mí. —Me mira y puedo ver el verde de sus ojos cuando toda la habitación se ilumina.

—Me gustan las tormentas en tus brazos —murmuro mirándolo a los ojos y besándolo.

—De pequeño me encantaba escuchar llover desde la cama, podía pasar horas despierto cuando había una gran tormenta, no me daban miedo, todo lo contrario, las disfrutaba —revela Alessandro.

En ese momento me doy cuenta de que sé muy poco de él. Es un hombre hermético, frío y duro, pero estoy dispuesta a hurgar en su corazón y sacar lo mejor de él.

—¿Existe algo a lo que le tengas miedo? —le pregunto con interés. En mi mente lo tengo como a un hombre valiente, casi un super héroe, lo he visto pelear y matar sin temor.

Me mira y acaricia mi rostro en silencio.

—Ahora que tú estás en mi vida sí —revela en un susurro—. Temo porque te pase algo por mi culpa, Mel, y no pueda perdonármelo. Ya sabes que estar a mi lado es como esta tormenta que nos azota, en cualquier momento se puede desatar una. Vivo preparado para librar la que se presente en el momento que sea.

—Sé que me protegerás —le indico con un amor infinito. Lo beso y trato de tranquilizarlo.

Pensar en mi seguridad creo que lo ha alterado un poco.

—Quiero que pongas en práctica de una vez las clases de defensa personal y las de tiro. Me consta que tienes la teoría muy asimilada —revela con una sonrisa.

—¿Cómo lo sabes? ¿Me veías estudiar por un agujerito? —le indico sonriente.

Alessandro chasquea la lengua y se remueve un poco.

—Bueno, ahora que estamos así de bien, enamorados, creo que podrás perdonarme que te tuviese puesta cámaras en tu habitación —revela.

—¿Cómo? —pregunto, escandalizada—. ¿Veías todo lo que hacía?

—Sí.

—¡No puedo creerlo!

—Recuerda que te tenía secuestrada —alega en su defensa con una amplia sonrisa, trata de ablandarme.

—¿En el baño también? —pregunto de golpe.

—No.

Suspiro y me relajo un poco.

—¿Quién más me veía en esas imágenes? —pregunto con miedo.

—Nadie. Solo yo —contesta, rotundo—. ¿Crees que iba a permitir que algún hombre de mi equipo viese a mi mujer en rompa interior o desnuda? Hubiese tenido que matarlo. —Lo miro y compruebo que lo de matar a un miembro de su equipo no era una broma. Se hace un silencio entre nosotros hasta que pregunta—: ¿Me perdonas?

Me hago rogar un poco más, mirándolo y haciéndome la pensativa, al fin y al cabo, creo que soy la única persona que puede jugar así con él.

—Vale, te perdono, pero solo porque quizás esas imágenes y verme de forma constante ayudaron a enamorarte de mí —le indico sonriente. Lo amo y que me ame es lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Me tienes loco desde hace tiempo, Mel —susurra en mi oído de una forma tan sensual que consigue erizarme la piel y que sienta un tirón en mi vientre.

—Tú a mí también, nuestra locura es mutua —musito mientras lo beso.

Otro estruendo consigue sobresaltarme sobre sus labios, ambos rompemos en carcajadas por mi grito.

—Creo que estás demasiado tensa y te vendría bien relajarte —propone de forma sensual mientras besa con mimo el cuello, donde comienzan a aparecer moretones.

—¿Tienes alguna idea? —pregunto perdida en sus brazos.

—Tengo una fantasía desde pequeño —revela con misterio—, hacer el amor con la mujer que amo mientras una gran tormenta se desata fuera.

—Señor Albani, pídame lo que quiera, se lo daré. ¿Sabe por qué? Porque le amo de una forma sobrehumana.

—Sabes, Melania del Castillo, debo de haber hecho algo realmente bueno en esta vida para merecerte —murmura con una amplia sonrisa antes de besarme y hacerme el amor con auténtica devoción. Me ha dicho que me ama con palabras, pero, en esta ocasión, me lo demuestra de una forma fehaciente en la que no me quedan dudas.

Cuando me despierto, Alessandro ya no está en la cama ni en la habitación. Ha dejado de llover y yo me sumerjo en los recuerdos de la pasada noche mientras me muevo por la amplia cama a mi antojo, aspirando el olor del hombre que amo.

Descubro una nota en la mesilla en la que Alessandro me dice:

Sin planearlo me has dado la mejor noche de cumpleaños.
Gracias por estar a mi lado y amarme como nunca nadie lo ha hecho.
Nos vemos esta noche sobre las diez para seguir celebrando mi cumpleaños.
Alessandro.

Miro el reloj y veo que son las once de la mañana. Me levanto de la cama de un salto, voy a la cocina, desayuno, y rápidamente vuelvo al cuarto en el que tengo todas mis pinturas y mis cuadros. He tenido una idea y ya sé qué regalarle a un hombre que tiene todo lo que se puede comprar con dinero.

Paso el resto del día encerrada, pintando. Cuando miro el reloj son las ocho de la tarde. Envuelvo mi regalo y me voy corriendo a la habitación para ducharme, vestirme y arreglarme como la ocasión lo merece. No quiero que Alessandro olvide esta noche.

Cuando estoy terminando de arreglarme, me pinto los labios mirándome en el espejo del baño, estoy lista, Alessandro aparece. Me encuentro con su mira en el espejo, está recostado sobre el marco de la puerta con los brazos cruzados a la altura del pecho, admirándome con una sonrisa en sus labios. El corazón me da un vuelco en cuanto lo veo.

—Estás impresionante —murmura repasándome de arriba abajo con la mirada.

Llevo un vestido corto en negro con trasparencias en el escote y la espalda. Lo he escogido porque quiero que me desee esta noche en cuanto me vea, y eso ya ha ocurrido.

Me acerco a él y me paro justo delante. Lleva sus manos hacia mi cintura, me atrae hacia su cuerpo y me besa.

—He deseado esto durante todo el día —revela con pasión.

—¿Un día duro? —pregunto.

—Mucho.

—¿Podrás olvidarte del trabajo hasta mañana y centrarte en mí? —le propongo con cariño.

—Lo estoy deseando —susurra sobre mis labios mientras me planta otro beso—. Voy a ducharme —me indica alejándome un poco de él.

—Te espero en el salón. Tenemos una cena de enamorados —anuncio mostrándole una sonrisa.

—Pensé que sería una cena de cumpleaños —murmura, sonriente.

—Una cena de cumpleaños con el amor de mi vida —rectifico mientras le guiño el ojo, me doy media vuelta y me marcho con actitud coqueta.

Llego al salón y compruebo que todo esté como le indiqué al mediodía a la señora que se encarga de hacer la comida. Enciendo unas velas y admiro los globos de corazones que he comprado. Me siento a esperar a que aparezca Alessandro. Estoy nerviosa e impaciente por cómo

reaccione a la cena íntima que le tengo preparada con motivo de su cumpleaños. Es todo un enigma para mí al que espero ir descubriendo poco a poco. Sé muy poco de él, sin embargo, sé lo más importante; me ama.

Cuando Alessandro entra en el salón murmura:

—¿Flores, velas y corazones? —Hice un pedido por internet que me llegó en el día y me esforcé en adornar el comedor para la ocasión.

—¿Sorprendido? —pregunto con interés.

—Sí —murmura admirando todo.

—Alguien tiene que ser la parte romántica en esta relación —le indico sonriente.

—¿Me estas acusando de que no soy romántico? —pregunta con sorna mientras se sienta a mi lado.

—No te preocupes, te quiero como eres.

—Algún día conocerás mi parte romántica —revela con cierto misterio.

—¿No me digas que la tienes? —bromeo.

—Puede que con el tiempo consigas descubrirla.

—Lo estoy deseando —murmuro con interés mientras Alessandro llena nuestras copas de vino.

—Ten paciencia, por favor —me suplica con los ojos entornados.

—Tenemos toda una vida por delante. —Alzo mi copa de vino y brindamos.

Cenamos a la luz de las velas, entre miradas cómplices y la guinda de la cena la pone Alessandro cuando me propone:

—¿Te gustaría viajar a Viena? Tengo que hacer unos negocios allí y he pensado que podrías acompañarme. Apenas serán dos días, pero podemos ir al teatro de la ópera de Viena y pasear por sus calles.

—Me encantaría —digo de golpe. Me levanto y me siento en su regazo. Lo beso y lo abrazo —. ¿No se supone que el regalo te lo tengo que dar yo esta noche? —inquiero, sonriente.

—No es un regalo. Es trabajo y no quiero separarme de ti.

—Para mí siempre es un regalo estar contigo y disfrutar de nuevas cosas juntos —lo beso y Alessandro sonríe sobre mis labios.

—Ha sido una cena maravillosa. Nunca me habían preparado algo así. Es el mejor regalo que podría recibir —me indica.

—Me alegro. Y ahora, el postre —anuncio—. Espera, voy a traerlo. —Me escapo de sus brazos y me encamino a la cocina para coger del frigorífico una tarta de chocolate.

Entro en el comedor con la tarta en mis manos y las velas encendidas mientras le canto cumpleaños feliz. Cuando me ve aparecer a su espalda se gira y me mira con sorpresa. Vuelvo a sentarme en su regazo y le indico antes de que apague la vela:

—Pide un deseo, algo que realmente quieras con toda tu alma. —Me sonríe y apaga las velas.

—No has tenido que pensarlo mucho —le indico.

—Soy un hombre con las cosas muy claras en su vida —replica con una enorme sonrisa, centrado en mí.

—Pedí una tarta de chocolate. El chocolate le gusta a todo el mundo, espero haber acertado —

le indico apurada. Lo cierto es que nos conocemos muy poco pese a estar enamorados.

—Me encanta el chocolate.

—Bien. Creo que me tengo que dedicar a conocerlo un poco mejor, señor Albani —bromeo.

—Conoces lo verdaderamente importante, mi corazón te pertenece —murmura y me roba un beso—, el resto carece de interés. Puede cambiar con el tiempo, como todo.

Partimos la tarta y compartimos el mismo trozo y la misma cuchara. Disfruto de una nueva experiencia al degustar la tarta sentada en su regazo entre miradas cómplices y cargadas de deseo.

—Tengo algo para ti —anuncio con ilusión—. ¿Vamos al salón, brindamos y te doy mi regalo? —sugiero.

—¿Tienes un regalo para mí? —pregunta con el ceño fruncido.

—Sí.

—¿Y se puede saber cómo has conseguido ese regalo? Te enteraste anoche que era mi cumpleaños —comenta y denoto cierto tono regañón.

—Vamos al salón. Te voy a demostrar que existen regalos que todo tu dinero no puede comprar. —Tiro de su mano y lo llevo conmigo mientras me mira sonriente. Me gusta verlo intrigado, es una nueva faceta de la que disfruto, por lo general siempre parece un dios que lo sabe todo.

Cuando llegamos descubre sobre el sofá mi regalo. Está envuelto y con un gran lazo azul.

—¿Qué es? —pregunta mirándolo. Es grande.

—Puedes descubrirlo —lo animo.

Lo abre rasgando el papel con fuerza y se queda en silencio cuando ve el cuadro que le he pintado.

Somo él y yo, abrazados, desnudos de cintura para arriba y de fondo una ventana con una gran tormenta detrás. Abajo lo firmo solo como Mel, y he añadido: Todas las tormentas en tus brazos.

Alessandro me mira emocionado después de recrearse en el cuadro.

—¿Te gusta? —pregunto con un hilo de voz.

—Es el mejor regalo que he recibo en mi vida —murmura mientras me abraza, me alza en sus brazos y mi corazón estalla de alegría—. ¿Cómo has podido hacerlo solo hoy? —se interesa, emocionado.

—Me he llevado todo el día pintándolo. Quería regalarte algo especial y no sabía qué. Mientras desayunaba surgió la idea y me puse en marcha.

—Es maravilloso, como tú —murmura acercándose a mí. Me toma por la cintura y me besa.

—Quiero ponerlo en mi despacho, para tenerte cerca y saber que sea cual sea la tormenta siempre estarás ahí, prométemelo —me anima.

—Estaré. —Me besa y luego brindamos con champán. Me encargué de tenerlo allí bien frío.

Luego acciono el mando a distancia y suena la música que he escogido, la canción *crazy in love*. Ambos sonreímos al escucharla. La tenía preparada adrede, somos dos locos enamorados.

—¿Bailamos? —le propongo.

Él accede con una maravillosa sonrisa. Paso mis manos por su cuello y bailamos muy juntos, mirándonos a los ojos en silencio, cómplices, enamorados, mientras avivamos un fuego que

terminaremos apagando esta noche. Nos acariciamos de forma atrevida, nos susurramos promesas de amor al oído y nos volvemos locos de deseo y pasión.

Tengo puesta la canción en bucle, terminamos en el sofá del salón haciendo el amor de forma desenfrenada, como locos, mientras que solo somos nosotros dos sin importarnos nada más.

Pasamos la noche ahí, en el cómodo sofá del salón donde volvemos a hacer el amor.

Antes de quedarnos dormidos, Alessandro me confiesa:

—Ha sido el mejor cumpleaños de mi vida, con diferencia. Jamás lo olvidaré. Eres única, Mel.

Me refugio en sus brazos y me quedo dormida con una sonrisa. No puedo ser más feliz.

43

Llámalo negocios cuando es amor

Amanecemos en el sofá del salón, desnudos y liados en una manta. Admiro al hombre que tengo a mi lado y lo observo dormir, embobada en él y todo lo que me hace sentir.

De repente, siento que la puerta de entrada se abre. Me sobresalto.

—Alessandro —le llamo. Entreabre los ojos y me mira con una sonrisa—. Ha entrado alguien —le indico apurada, sin miedo. Sé toda la seguridad que rodea la casa y no puede ser nadie ajeno a la gente de confianza de Alessandro.

Repara que estamos en el salón, desnudos, y nuestra ropa esparcida por el suelo. Se incorpora un poco en el sofá, manteniéndome a su lado y escucho:

—Perdón, jefe. —Es la voz de Fábregas. Él y Nerea nos miran con atención.

—Esperadme en el despacho —les ordena Alessandro asegurándose que estamos tapados.

Cuando ambos desaparecen me besa, sonríe y comienza a vestirse. Yo me envuelvo en la manta, recojo mi ropa y nos dirigimos a nuestra habitación en silencio.

En la intimidad de nuestro cuarto, Alessandro dice:

—Voy a darme una ducha rápida. No es la que me gustaría —me indica acariciando mi rostro —, pero se me ha hecho tarde y me esperan abajo. —Me coloco de puntillas y le doy un beso—. Haz la maleta, esta tarde nos vamos a Viena.

—¿Hoy? —pregunto sorprendida.

—Sí. Regresaremos mañana. Es un viaje exprés. Esta noche iremos al teatro de la ópera de Viena, mañana temprano cerraré un negocio y nos volvemos —relata.

—Vale —le indico ilusionada mientras le doy otro beso en los labios.

Cuando Alessandro desaparece en el baño yo me acurruco en la cama y me dejo llevar por la maravillosa noche que hemos pasado y pienso en nuestro viaje.

Sale del baño, se viste con rapidez y se marcha. Mi teléfono suena y es Laura. El corazón me da un vuelco cuando leo su nombre en la pantalla de mi móvil. Confío tanto en Alessandro que ni siquiera he vuelto a pensar en ella y todo lo que dejamos en su apartamento. Descuelgo con miedo la llamada.

—Amiga, ¿qué tal? —le pregunto con temor.

—De maravilla. En dos días vuelvo a Madrid. Ya he terminado mi trabajo en Londres. ¿Qué tal estás? Llevas unos días desaparecida, no he sabido nada de ti.

—Alessandro me ha mantenido muy ocupada —revelo con cierto énfasis y tono pícaro, en realidad no le estoy mintiendo.

—Estás loca por ese tío.

—No te lo voy a negar —le indico sintiéndome en una nube—. Nunca había sentido algo así —le revelo con alegría y una sonrisa de oreja a oreja.

—Tenemos que vernos a mi vuelta, y organiza algo para que esté Fábregas. No he dejado de pensar en él desde que estuvimos juntos y el muy cabrón no me ha respondido a mis mensajes desde que llegué a Londres.

Sonrío al pensar en ella y Fábregas. Por un lado, no me gustaría que mi mejor amiga terminase enamorada de un hombre como él, pero, por otro, si se siente como yo y es correspondida, me alegraría por ella. Pese a que Fábregas es la mano derecha de Alessandro y un hombre tan peligroso como él, me cae bien. Siento que es muy parecido al hombre que amo.

—Intentaré organizar una comida o algo. Tengo que hablarlo con Alessandro. Sé que ahora tienen mucho trabajo.

—Sino yo iré a verte y ocasionaré un encuentro fortuito con Fábregas —lanza y ambas terminamos riendo a carcajadas.

—Nos vemos pronto. Te tengo que dejar que Alessandro me lleva a Viena esta noche, es un viaje exprés, regresamos mañana, pero es nuestra primera escapada como pareja —le revelo, ilusionada.

—Joder, ya se podría haber estirado y estar más días, con todo el dinero que tiene —se queja.

—Es un viaje de trabajo, pero yo lo acompaño y aprovechamos.

—Sé feliz, amiga. Ya me cuentas todo cuando regreses y nos veamos.

Tras despedirnos, me meto en la ducha, me visto y comienzo a hacer la maleta. Cojo una grande y meto mis cosas y la de Alessandro. Hecho un poco de todo, ropa formal y no tan formal.

Cuando cierro la maleta recibo una llamada de mi cuñada. Se interesa por mi novio y le indico que está bien. Siento a Carmen preocupada, pero trato de tranquilizarla y le prometo que en unos días iré a casa con Alessandro y se lo presentaré a mi familia.

Cuando bajo a comer algo, no he desayunado, me encuentro con Fábregas y Nerea por el pasillo, camino del despacho de Alessandro. Ambos llevan unas cajas en sus manos y escucho que Nerea se queja diciendo:

—El viaje a Viena en estos momentos es una imprudencia. No sé por qué se esfuerza en llamarlo negocios cuando en realidad es amor. Ha perdido la puta cabeza por esa mujer y lo va a poner todo en peligro. Estamos muy cerca —murmura, cabreada.

—Es el jefe, no cuestiones sus decisiones —le advierte Fábregas.

—Pero en esto nos jugamos la vida todos.

Entro en la cocina pensativa, Nerea me odia, y no solo porque Alessandro le haya hecho a un lado como mujer por mí, sino porque según ella por mi culpa no está actuando como esperan de él.

Cojo algo de comer y me lo como en la cocina, para mi gran sorpresa, Nerea aparece, se sienta a mi lado y me indica:

—Comencemos con las clases de tiro y de autodefensa como quiere el jefe.

—¿Ahora? —pregunto.

—Tengo toda la tarde libre. El jefe me dijo que disponías de tiempo hasta las seis de la tarde y apenas son las doce de la mañana.

—Vale, ¿por dónde empezamos? —me intereso.

—Por las clases de tiro, dejemos las de autodefensa para otro día o en el primer golpe haré que se te salga por la boca el bocadillo que te estás comiendo —murmura con la amabilidad que la caracteriza.

—¿Por qué te caigo tan mal? —le pregunto con interés.

—Porque no deberías haber aparecido en nuestras vidas —suelta de golpe, mirándome a los ojos mientras se levanta para que la acompañe.

La sigo en silencio y bajamos al sótano de la casa, el cual desconozco. Entramos en una sala insonorizada y descubro un lugar para practicar tiros, con dianas, cabinas insonorizadas y siluetas de personas en cartón a tamaño real. Desde luego, la vida y todo lo que rodea a Alessandro nunca dejará de sorprenderme.

Paso con ella más de tres horas en ese lugar. Mi puntería comienza siento pésima, pero Nerea me indica cómo debo disparar y mejorar mis tiros. De repente, siento que alguien me toma por la cintura con demasiada familiaridad y me atrae hacia su cuerpo, estoy en posición de tiro, con la pistola apuntando al centro de una gran diana. Vuelvo mi mirada un poco y descubro que tengo a Alessandro detrás de mí y Nerea ha desaparecido de allí. Lleva su mano hacia la mía y me ayuda a apuntar con más firmeza, su dedo se dirige hacia el gatillo y aprieta junto con el mío. La bala impacta en el centro de la diana. Me vuelvo hacia él y lo abrazo.

—Si supieras lo sexi que estás con una pistola en la mano… —susurra en mi oído—. Llevo un rato observándote desde lejos.

—Soy pésima.

—Mejorarás. Dispongo de una hora, ahora seré tu maestro.

Lo miro y asiento, me gusta que me enseñe él. Me corrige la posición, me levanta el brazo y me indica dónde tengo que mirar. Con sus indicaciones me siento menos torpe que en presencia de Nerea. Consigo acertar más cerca del centro de la diana.

Alessandro consulta su reloj y anuncia:

—Hora de irnos. Viena nos espera.

Nos encaminamos hacia el coche y observo que Fábregas ya tiene nuestra maleta y la mete en el maletero. Nos lleva al aeropuerto y compruebo que viajaremos en un avión privado. Alucino con todo el mundo de Alessandro, creo que nunca me terminaré de acostumbrar.

Cuando despegamos le pregunto con curiosidad:

—¿Fábregas no nos acompaña?

—No.

—¿No necesitamos seguridad? —pregunto algo confusa.

—Vas conmigo, te protegeré.

—¿Qué clase de negocio vas a hacer en Viena? —me intereso.

—Más que un negocio es un contacto para un futuro negocio —especifica.

—Escuché a Nerea quejarse sobre que el viaje a Viena lo llamabas negocio cuando en realidad era amor —le revelo con una sonrisa.

—He de confesar que contigo de mi brazo todo será más fácil.

—¿Por qué?

—Porque quiero mostrar que soy un hombre enamorado.

—¿En qué te beneficia eso? No lo entiendo. Me dijiste que era una debilidad.

—Exacto. Necesito que piensen que he bajado la guardia por estar enamorado y estoy más pendiente de ti que de mis negocios. Alguien de mi equipo me ha traicionado y necesito saber quién es. Muy poca gente sabía que estábamos en casa de tu amiga Laura y apareció la mano derecha del libanés para matarnos —revela con preocupación.

—¿Este viaje improvisado es una trampa para tu equipo? —pregunto juntando todas las piezas del puzle.

—Sí.

—¿Tienes sospechas de alguien? —pregunto con miedo.

—Lupo —revela, contrariado.

—¿A qué te dedicas exactamente? —me atrevo a preguntarle.

—Tengo negocios legales y otros no tanto. Los legales me sirven para lavar el dinero de los que no lo son.

—¿Y los que no lo son?

—Tráfico de drogas a gran escala y de armas. Tengo relación con la mafia rusa, irlandesa y la italiana que operan en España.

Tras escuchar lo que sospechaba, un gran miedo recorre todo mi cuerpo. Alessandro Albani es mucho más poderoso y peligroso de lo que pensaba.

Percibe mi miedo y me atrae para que me siente en su regazo.

—A mi lado siempre estarás segura —susurra en mi oído—. Y todos te respetarán porque eres mi mujer.

—¿Alguna vez has pensado en llevar una vida normal, lejos de todo el peligro que te rodea? —pregunto, esperanzada.

—Algún día —anuncia y lo miro con una sonrisa.

Me besa y me pierdo en el sabor de sus labios mientras lo imagino como un hombre normal y corriente, sin que su vida corra peligro por sus turbios negocios y sin enemigos.

Llegamos a un lujoso hotel en Viena donde tenemos el tiempo justo para cambiarnos y que un coche que nos espera en la puerta nos lleve a la ópera en el teatro. Alessandro se ha vestido con un esmoquin negro y yo llevo un vestido en color rojo, largo, y palabra de honor con un chal a juego sobre mis hombros. Nos miramos en silencio y sonreímos a la vez. Lo encuentro impresionante, más guapo que nunca. Sus ojos tienen un verde especial y puedo leer en ellos que le encanta mi vestido. Me toma de la mano y murmura:

—Estás impresionante.

Cuando llegamos al teatro está lleno. Toda la gente va muy arreglada. Me impresiono con lo maravilloso que es, me fijo en todos los detalles, mientras voy del brazo de Alessandro, pero él solo está pendiente de la gente. Nos paramos a saludar a unas cuantas parejas antes de llegar a nuestro palco. Desde allí observamos la ópera y me encanta. Termino emocionada y agradeciéndole a Alessandro que hayamos venido. Luego vamos a cenar a un restaurante maravilloso con música clásica, muy romántica, en directo, bajo la luz de las velas.

—Una noche para el recuerdo. Gracias, jamás la olvidaré —le indico a Alessandro mientras

esperamos la cena.

—He descubierto que se puede disfrutar de algo viendo cómo lo aprecia y lo admira la persona que amas.

—¿Nunca habías estado en el teatro? —pregunto, he sentido que se movía como pez en el agua.

—No, y de hecho hemos asistido para establecer ciertos contactos —revela.

—No has hablado con nadie. Solo hemos saludado a varias parejas —le recuerdo.

—Suficiente. Me he mostrado en público con la mujer que amo y todos han visto lo enamorado que estoy.

—¿Y me puedes decir de qué sirve eso en tus negocios? —pregunto con curiosidad.

—En este en concreto para que mañana me revelen quién de mi equipo filtró la información de dónde nos encontrábamos para atacarnos. El objetivo no era yo, sino tú —revela y siento que me quedo helada.

—¡¿Cómo?! —pregunto con terror.

—Si algo respeta el hombre que me va a dar la información que necesito son a las mujeres que escogemos para que estén a nuestro lado. Una vez que una mujer se une a alguien como nosotros y conoce todos nuestros secretos está condenada a permanecer a nuestro lado para siempre o morir si decide abandonarnos.

—¿Por qué me querían matar? —pregunto con un hilo de voz.

—No lo sé. Hubiese tenido más sentido raptarte para obtener información sobre mí o someterme a un chantaje, pero ese hombre iba decidido a matarte y no me cuadra.

—¿Cómo has sabido buscar esa información y por qué te la van a dar?

—El por qué ya te lo he explicado, con respecto a cómo he sabido buscar la información es algo que no te puedo revelar, espero que lo entiendas y confíes en mí.

—Confío en ti ciegamente, Alessandro —manifiesto con el corazón en la mano.

—Bien. Mañana temprano me reuniré con ese hombre. Será breve, solo me dará un nombre. Tú me esperarás en el hotel y luego volveremos a Madrid. Siento que no nos podamos quedar más tiempo.

—¿Qué vas a hacer cuando te confirmen quién es el traidor en tu equipo? —pregunto con temor.

—Cerciorarme de esa información por mis propios medios y luego eliminarlo de mi camino.

Suspiro y tomo una gran bocanada de aire. Me centro en el hombre tan guapo que tengo enfrente y decido olvidarme de todo lo que nos rodea.

—¿Nos podemos ir al hotel? —le propongo.

—¿Te encuentras bien? —pregunta, preocupado.

—Creo que me encontraría mejor en la cama, desnuda y tú haciéndome el amor —murmuro con picardía mientras me muerdo el labio inferior a conciencia.

—Creo que ha llegado la hora de pedir la cuenta —anuncia Alessandro con una amplia sonrisa y un brillo especial en su mirada, que me hace presagiar todo lo que vamos a hacer en cuanto lleguemos al hotel.

44

Una traición

El sonido de la puerta me sobresalta y me incorporo en la cama. Miro a Alessandro y lo encuentro parado frente a mí, con una mirada tenebrosa y siento que tiene ganas de matar a alguien. Deduzco, por su actitud, que ya deben de haberle dicho el nombre de la persona que quería matarme y lo ha traicionado. Me da miedo preguntarle qué ha sucedido en su breve reunión. Miro el reloj y compruebo que son las diez de la mañana.

Él camina como sonámbulo y se sienta en un sillón cercano, se lleva las manos a la cabeza y se la masajea con fuerza. Salgo de la cama, me coloco una bata con prisa sobre mi cuerpo desnudo y me agacho delante de él. Coloco mis manos sobre sus rodillas y le pregunto con preocupación mirándolo a los ojos:

—¿Qué ha pasado?

—No sé qué pensar. Creo que están jugando conmigo —murmura, descolocado. Nunca lo había visto así. El hombre duro y seguro de sí mismo ha desaparecido y tengo frente a mí a alguien asustado que desconozco por completo.

—¿Te han dicho de quién se trata? —indago.

—Sí, pero no puede ser —revela mientras se frota la cabeza con ímpetu.

—¿Quién es? —me intereso.

—No es posible —murmura, pensativo, pero no me dice un nombre.

—¿Puedo hacer algo por ti? —le ofrezco preocupada.

—Vístete, nos vamos —me ordena sumido en sus pensamientos.

Me alejo de él y entro en el baño. Me visto y recojo todas nuestras cosas con rapidez mientras lo veo pasearse intranquilo por la habitación mientras escribe en su móvil.

Cuando alza la mirada y me ve lista con la maleta en la mano se dirige a la puerta y nos marchamos. Entramos en el coche que nos espera en la puerta del hotel y, durante todo el trayecto hasta el aeropuerto va sumergido en el teléfono. Teclea en este sin parar mientras yo le doy su espacio y me limito a observarlo.

Cuando el avión despega, deja el móvil y se centra en mí. Voy sentada frente a él y lo miro con preocupación.

—Tengo que pedirte algo —anuncia, y solo el tono de su voz me hace presagiar que no será nada bueno—. Esta noche deberás de acompañarme a una fiesta, pero tienes que ir vestida con algo atrevido, ajustado a tu cuerpo y llamativo. No podemos llamar la atención —especifica—. No es una fiesta elegante ni sofisticada. Habrá prostitución, alcohol y drogas a la vista de todos —revela y me quedo de una pieza.

—¿Por qué acudimos? —pregunto con temor. Si lo tengo a mi lado, nada me asusta porque sé

que me protegerá, pero necesito conocer el fin de asistir a ese lugar. Hasta lo que conozco de Alessandro las fiestas a las que acude son elegantes y sofisticadas. Su mundo se mueve en torno al glamour y no me pega su presencia en una fiesta como la descrita.

—Porque me han asegurado que en ese lugar podré corroborar que la persona que me traicionó es realmente quién me han dicho. Está haciendo nuevos contactos en mi contra y presentándome allí me darán más información. Tengo que llevarte conmigo porque no quiero que cuelguen de mi brazo a una chica de compañía y esta sea testigo de nada. Tú eres mi mujer y esta noche vas a ejercer por primera vez de ello compartiendo mis peligrosos secretos. —No es una petición, es una orden en toda regla, pero no pienso negarme. Haría cualquier cosa por él. Y más sí sé de ante mano que puede haber más mujeres a su alrededor. Chicas de compañía.

—Estaré a tú lado. Haré lo que me pidas y guardaré todos tus secretos. Tienes mi palabra —le prometo de corazón.

Alessandro me muestra una sonrisa, me toma de la mano y me insta a que me siente sobre sus piernas. Luego se apodera de mis labios mientras siento que necesita olvidarse de todo lo que lo atormenta y que yo soy su única vía de escape en estos momentos.

El resto del viaje lo paso en sus brazos, ambos permanecemos en silencio, pensativos, entre caricias y besos.

En cuanto llegamos a casa Alessandro se marcha a su despacho y yo subo a la habitación. Me doy una ducha, deshago la maleta y busco un modelito putón en mi vestidor.

No bajo a la cocina a almorzar. Tengo el estómago cerrado pensando a la fiesta que asistiré esta noche con Alessandro. Es peligrosa y aunque sé que a su lado estaré segura estoy alterada e inquieta.

No lo veo hasta que aparece en la habitación unos minutos antes de marcharnos. Me mira y no sé si aprueba mi atuendo o está a punto de decirme que me quite el vestido color dorado que llevo. Parezco una bola de navidad, pero es lo que me ha pedido. Es corto, con un gran escote y muy ceñido a mi cuerpo. Doy gracias por estar más delgada y que me quede tan bien. Me he maquillado más de lo normal y he ondeado mi pelo, me ha quedado con mucho volumen y me da otro aire al que no estoy acostumbra, y, para rematar, me he subido a los tacones más altos que había en mi vestidor.

—Joder, Melania —maldice mientras se acerca a mí—. Me acabas de poner duro como una roca y no tengo tiempo de follarte —murmura en mi oído. Me da un beso en la boca y se marcha al vestidor mientras que me quedo con ganas de más.

Cuando aparece de nuevo lleva un traje de chaqueta negro, con una camisa negra, sin corbata. Está arrebatador. Vestido así parece más peligroso, pero sé que es mío y soy suya. No le temo.

Nos montamos en el coche y aprecio que no nos lleva nadie. Alessandro conduce, miro hacia atrás y no nos sigue ninguno de sus hombres.

—¿Vamos solos? —pregunto con miedo.

—Mi gente ya está allí, no te preocupes, además, también voy armado —anuncia con tranquilidad mientras que en mi interior se desata una completa revolución—. No te separes de mí en toda la noche, pase lo que pase, y no cuestiones nada de lo que haga —me advierte y lo miro alerta, pero no me dice nada más.

Para mi gran sorpresa llegamos a una finca alejada de la ciudad. Observo una casa enorme, sin otras alrededor, y hay muchos coches en la entrada.

—Aquí es —anuncia Alessandro.

—No esperaba un lugar así —murmuro.

—Ni nada de lo que vas a encontrar ni ver ahí dentro —me advierte. Sale del coche y me coge de la mano con fuerza y tira de mí con decisión.

Entra con su porte de siempre, decidido, fuerte, proyectando que es un hombre peligroso y arrebatador. Lo miro mientras caminamos juntos, lleva la vista al frente y lo admiro.

Desde que nos bajamos del coche todo el mundo parece conocerlo. La seguridad del lugar lo saluda y el resto de personas que están llegando o por los alrededores nos miran con atención.

Cuando entramos en la casa por poco me mareo. La música está alta, hay una gran barra con todo tipo de bebidas de alcohol y otro lugar en el que todo el que quiere dispone de drogas a su antojo. Por otro lado, aprecio a chicas de compañía por el lugar y otras que bailan en varias barras al son de la música en ropa interior mientras hombres sentados en sofás frente a ellas las miran mientras beben y se meten rayas.

Miro a Alessandro preguntándome dónde nos hemos metido, pero él tiene un claro objetivo, y, pese a llevarme de su mano esta noche, sé que no pinto mucho más. Está centrado en otros asuntos. Nos dirigimos a un reservado y nos sentamos con otras personas. Cuatro hombres y dos mujeres que parecen compartir mientras beben. En cuanto nos sentamos y Alessandro saluda a los hombres le ofrecen algo de beber. Aprecio que no me presenta, pero tampoco me suelta de la mano. Traen dos copas y me ofrece una. Se sienta y me indica que lo haga a su lado. Yo observo todo mientras que las otras dos mujeres del reservado me miran con atención esperando algo de mí. Me limito a coger la copa y simular que bebo de ella. No quiero que nada me afecte en esta noche.

Alessandro charla con los hombres, pero no llego a escuchar nada. De repente, llega una bandeja y uno de los hombres se la ofrece a Alessandro. Cuando me doy cuenta de que son varias rayas de cocaína preparadas casi me da algo. Alessandro se lo piensa y finalmente accede, se mete una raya por la nariz. Lo miro con los ojos muy abiertos, no esperaba esto de él, puede que fuese un hombre peligroso, pero desconocía esta faceta.

De inmediato, él me coge por la cintura y me sienta en su regazo. Me besa y siente que estoy temblando. El mismo hombre que le ha ofrecido la bandeja con droga le indica que yo pruebe una, a lo que Alessandro le responde:

—Me gusta estar puesto yo, no ella.

Vuelve a apoderarse de mis labios, me besa de una forma intensa e íntima mientras que me mete mano con descaro delante de esos hombres. Introduce su mano bajo mi vestido, palpa mis bragas y luego me acaricia los pechos a través de la tela del vestido mientras que yo le sigo el juego y rezo porque todo sea un teatro y sepa lo que está haciendo.

Mientras coge un cigarrillo y lo enciende, esto es nuevo también en él, yo busco con la mirada a Fábregas, Nerea o Lupo, me sentiría más tranquila si los viese cerca, pero no es así.

Siento a Alessandro relajado, o eso aparenta. Expulsa el aire del cigarrillo y me mira.

—Bésame —me ordena.

Me lo pienso por unos segundos y luego lo hago. Me dijo que no cuestionase nada de lo que sucediese esta noche y yo confío en él. Solo necesito saber que me ama. Sé que luego me explicará todo lo que está sucediendo, o, al menos, eso espero.

—Levántate y ve al baño —me ordena tras un intenso beso—. Vuelve en diez minutos —me indica al mismo tiempo que me da una palmada en el culo antes de que me marche.

El baño está justo detrás de nosotros. Sé que si me ha pedido que vaya sola no supondrá ningún riesgo para mí o habrá alguien de su gente que esté pendiente de nosotros y yo no los conozca.

Entro en el baño, no tengo ganas de hacer pis, pero lo intento y luego hago tiempo mirándome al espejo, retocándome el pintalabios rojo tan escandaloso que llevo y atusándome el pelo. De repente, escucho fuera un gran estruendo y gritos. Salgo de inmediato del baño, asustada por Alessandro que se encuentra allí y con lo primero que me encuentro es con Lupo. Me coge el brazo, me lleva detrás de una columna y me protege. Me doy cuenta de que lleva una pistola en la mano. La música se ha parado y hay un gran revuelo alrededor del lugar en el que estaba con Alessandro. Intento escaparme de Lupo e ir a ver qué sucede, no me importa nada, solo necesito saber que él está bien.

—Tengo que sacarte de aquí —me indica Lupo cuando intento escaparme de sus brazos. Me agarra con fuerza.

—No —grito—. Alessandro —señalo con la mano en la dirección en la que se encuentra, fuera de sí.

—El jefe me dijo que si las cosas se ponían feas la sacase la primera de este lugar. Vamos —me ordena tratando de arrastrarme, pero me resisto. Logro darle una acertada patada y salir de su agarre. Echo a correr y cuando llego al lugar en el que dejé a Alessandro lo encuentro arrodillado en el suelo, tiene el cuerpo de Nerea sobre sus piernas y la sostiene con las manos. Ella tiene un tiro en el pecho. Está muerta. Me llevo una mano a la boca, impresionada, y me quedo paralizada ante la dantesca imagen.

De inmediato Fábregas viene hacia mí, me coge por la cintura con fuerza y me saca de escena pese a que me resisto. Lupo aparece y Fábregas le ordena:

—Sácala de aquí ya.

—¿Qué ha pasado? —grito mientras Lupo me lleva en volandas al coche.

—Una traición, y en nuestro mundo las traiciones se pagan con la vida —responde de forma seca, metiéndome en el coche de golpe, poniéndose al volante y saliendo de allí a toda leche.

45

El dolor de la traición

Durante todo el trayecto en coche le hago mil preguntas a Lupo, pero no me responde ninguna. Una vez en casa él desaparece y yo me quedo sin saber qué ha pasado hecha un manojo de nervios. Nerea está muerta y no sé cómo ha sucedido. Voy hasta la habitación, llamo a Alessandro y no obtengo respuesta, llamo a Fábregas y más de lo mismo. Me deshago de toda mi ropa, el maquillaje y me meto en la cama, tengo mucho frío, el cuerpo cortado. La imagen de Nerea en los brazos de Alessandro con un tiro en el pecho y la sangre por todos lados no abandona mi cabeza. Necesito saber que él está bien.

Le envío varios mensajes a Alessandro, pero no me responde a ninguno. Lo intento también con Fábregas, pero tampoco. Han pasado más de cuatro horas desde que llegué a casa con Lupo y no sé nada. Estoy de los nervios. Necesito saber que Alessandro está sano y salvo.

Debo de quedarme dormida en toda la angustia y miedo que siento. Cuando abro los ojos es de día y Alessandro no está en la habitación. Cojo el móvil y tampoco me ha devuelto las llamadas ni me ha contestado a los mensajes. No sé qué hacer. Me visto y decido bajar y contactar con alguien de las personas de seguridad de la casa que me diga algo sobre Alessandro.

Me coloco unos vaqueros, una sudadera y unos deportes y bajo a la cocina. No hay nadie. Decido ir al despacho de Alessandro, pero lo encuentro vacío. Sé que Fábregas y Nerea viven en una parte de esta casa, pero desconozco cuál. Decido recorrerla a mi antojo hasta dar con alguien que me diga dónde y cómo está Alessandro.

Cuando salgo al exterior de la casa me topo de frente con Fábregas. Llega solo en un coche. Corro hasta él y le pregunto desesperada:

—¿Y Alessandro?

—Melania, en estos momentos es mejor que permanezcas a un lado —me indica, serio.

—¡¿Cómo?! —le grito—. Necesito saber qué ha pasado. Nerea está muerta. La vi en los brazos de Alessandro. ¿Dónde está él? ¿Le ha pasado algo? —le exijo saber.

—El jefe está bien. No te preocupes por él —intenta tranquilizarme cuando se da cuenta de mi ataque de nervios.

—No es suficiente, Fábregas. Necesito verlo y comprobarlo por mí misma.

—No quiere ver a nadie —me indica apurado.

—¿Sabes dónde está? —le pregunto y él asiente de inmediato—. Dime dónde —le imploro—. Si quiere estar solo que me eche de su lado, pero quiero oírlo de él.

Fábregas se queda pensativo, suspira y finalmente asiente.

—Está bien —murmura no muy convencido.

—Llévame con él —le indico de inmediato.

—Está en la casa del jardín que compartíamos Nerea y yo —revela mientras me indica el lugar con la mano.

Miro hacia la izquierda y fijo la mirada en una zona que siempre pensé que era un enorme garaje.

—Gracias —le indico a Fábregas.

No pierdo ni un solo segundo y me encamino hacia el lugar donde está Alessandro.

Abro la primera puerta que encuentro y entro en un enorme salón, este divide a la casa en dos, al fondo se encuentra una cocina de espacio abierto. Decido tomar el pasillo de la derecha. Conforme voy dando pasos veo tres puertas, una de ellas está abierta. Me acerco con miedo y me encuentro con Alessandro sentado en un sillón, al lado de una ventana. Aprecio que es la habitación de Nerea. Está todo revuelto. No me atrevo a dar un paso más. Me quedo en el marco de la puerta observándolo todo, en especial al hombre que amo. Lleva la misma ropa de ayer, se ha quitado la chaqueta y, pese a su ropa ser negra, aprecio la sangre de Nerea en ella. La mirada de Alessandro está perdida en algún lugar, lo siento más frío y distante que nunca. Estoy a punto de darme media vuelta y marcharme, pero necesito saber cómo está, que ha pasado y porqué está muerta Nerea.

Con sigilo, despacio, me adentro en la habitación. Alessandro no se da cuenta de mi presencia hasta que me sitúo delante de él. Sin mirarme a los ojos murmura:

—¿Qué haces aquí, Mel? Di órdenes de que quiero estar solo y que nadie me moleste.

Ignoro sus palabras y me arrodillo ante él. Coloco mis manos en sus piernas y lo miro con atención.

—¿Cómo estás? —pregunto con dolor al verlo en ese estado. Se queda callado, ni siquiera me mira. Me duele su silencio y que no confíe en mí. Si yo estuviese en su lugar querría tenerlo a mi lado—. No sabes por todo lo que he pasado hasta que hace unos minutos Fábregas me confirmó que estabas bien.

—Te aseguro que yo he pasado por mucho más —murmura mientras gira la cabeza de forma muy lenta y me mira.

—¿Qué pasó mientras fui al baño? —pregunto con miedo, pero necesito respuestas—. ¿Por qué Nerea está muerta? Lupo dijo algo de que la traición en vuestro mundo se paga con la vida.

—Nerea resultó ser la persona de mi equipo que me traicionó.

—¿Tú la mataste? —pregunto de golpe.

—No —contesta de inmediato mientras me dirige una mirada que me hace sentir culpable por haberlo pensado y preguntado.

—Ella no tendría que haber estado en esa fiesta, pero apareció y se acercó a mí como si nada. Yo ya tenía las pruebas de su traición y su destino en mis manos, pero Robledo le pegó un tiro en cuando se acercó como muestra de lealtad hacia mí. Él me pasó toda la información y es mi nuevo socio. No me suelo mezclar con gente tan baja como él, pero en este caso fue necesario —lamenta.

Lo miro con el corazón encogido. En estos momentos mi cabeza procesa demasiada información y estoy bloqueada.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con dolor. Si Nerea lo traicionó no entiendo qué motivo tiene

para estar refugiado en su habitación.

—No puedo entender que ella me haya traicionado —murmura, y lo siento herido.

—¿Sabes el motivo? —me atrevo a preguntar.

Se queda callado unos minutos, cuando creo que no me va a responder dice:

—Celos.

—¿Celos? —pregunto con sorpresa—. ¿Celos de qué?

—De ti —revela dirigiéndome una mirada cargada de resentimiento.

—No lo entiendo.

—Nerea se enamoró de mí. Me conocía muy bien, sabía que tú eras y serías para siempre la mujer más importante de mi vida. Quiso apartarte de mi camino y escogió el más vil de todos, eliminarte —revela escupiendo las palabras, sintiendo asco.

Suspiro al mismo tiempo que mi corazón se acelera.

—¿Por qué estás tan afectado por su muerte? —me atrevo a preguntar—. Te traicionó —le recuerdo.

Chasquea la lengua, me aparta de su lado y se pone en pie.

—No lo entenderías —murmura y se queda en silencio.

Siento sus palabras como un azote. Nunca lo he sentido tan frío y distante.

—Una vez Nerea me dijo que entre tú y ella había una relación especial que nunca llegaría a comprender.

Se da la vuelta y susurra:

—Tenía razón —admite y siento cómo mi corazón se rompe.

Me quedo en silencio mientras observo cómo Alessandro coge entre sus manos cosas de Nerea esparcidas por la habitación.

—Alessandro… —murmuro dando varios pasos hacia él.

—Melania —pronuncia mi nombre completo, algo que crea una alerta en mí, y me corta en seco—. Necesito tiempo, y estar solo —añade claramente abatido y destruido. Puedo sentir el dolor de la traición de Nerea en su mirada.

Siento sus palabras como un gran golpe, tomo una bocanada de aire, intento tranquilizarme, aplacar mis enormes ganas de llorar y decido retirarme.

Le echo una última mirada en silencio y le indico antes de marcharme:

—Deberías darte un baño, comer algo y descansar.

Alessandro no me responde, abandono la habitación sin mirar atrás ya que voy llorando.

Cuando salgo de la casa del jardín me topo con Fábregas. Me mira con atención y murmura:

—Te lo advertí.

No me molesto en responderle. Camino en silencio dándole la espalda, me voy hacia la casa, una vez dentro corro hasta mi habitación y una vez ahí me tiro en la cama y rompo a llorar. Entiendo el dolor de Alessandro por la traición de Nerea, alguien de los suyos que ha intentado matarme y traicionarlo contactando con gente a espaldas de su jefe, sin embargo, mis lágrimas y mi dolor se deben a lo que los ojos del hombre que amo me han mostrado. He podido leer en ellos que sentía algo por Nerea, era alguien importante para él. Me duele que me aparte de su lado, que no me deje consolarlo y que no me haya dirigido una sola mirada de afecto ni se haya

interesado por cómo estoy después de todo lo que viví en la fiesta a la que me llevó ayer. Puede que él haya presenciado el tiro que le dieron a Nerea, pero yo aún estoy conmocionada por todo lo que me encontré allí.

46

Diez días después

Termino mi sesión de entrenamiento personal con Fábregas y este me felicita:

—Enhorabuena, aprendes muy rápido.

—Será el aburrimiento que siento en esta casa todo el día —me quejo.

Ambos intercambiamos una mirada en silencio, pero no nombramos a Alessandro. Hace diez días que no sé nada de él, no lo he vuelto a ver desde nuestra conversación en la habitación de Nerea. Fábregas dice que necesita tiempo, pero yo comienzo a cansarme de este distanciamiento. Me duele que no me deje estar a su lado en estos momentos en los que lo está pasando tan mal.

—¿Te apetece dar unos tiros? Igual así se te pasa el mal humor. Creo que has peleado tan bien y con tanta energía porque estás muy cabreada —aprecia mientras me dedica una medio sonrisa.

Desde que Nerea murió ha sido Fábregas el encargado de instruirme en mis clases de tiro y defensa personal. En estos días he llegado a conocerlo un poco mejor y lo he llegado a apreciar y valorar, es un tío que, pese a ser peligroso como Alessandro, me gusta para mi amiga Laura.

—Acepto si me llevas a casa de Laura a visitarla y comemos con ella —le propongo—. Hace días que no salgo de esta casa, necesito abandonar estas cuatro paredes y salir de aquí, por favor —le ruego.

Se tomas unos segundos, se lo piensa y finalmente asiente.

—Está bien. Dejemos la clase de tiro para otro día. Avisa a Laura —me indica.

Me marcho a mi habitación para cambiarme y llamo a mi amiga. Se pone super contenta cuando le digo que en una hora estaré en su casa con Fábregas para comer juntos.

Sé que desde que Laura ha vuelto ha intentado quedar con él, pero no lo ha conseguido porque siempre le ponía excusas que estaba muy ocupado. Que yo sepa no se ha movido de esta casa, en estos diez días ha sido mi perro guardián. Alessandro debe de haberle indicado que no se despegase de mí, sé que se ha ocupado de mi seguridad confiándome a su mano derecha, pero me ha faltado el amor de mi vida a mi lado, dejándome cuidarlo y curarlo en estos duros momentos.

Comemos con mi amiga Laura en su casa y siento que he vuelto al mundo real, una comida con mi amiga, con tema de conversación normal y en una casa normal, alejada de todos los lujos que me ofrece Alessandro Albani.

Hacía diez días que no me sentía tan bien, reía y dejaba de pensar en Alessandro. Laura baja un momento a una buena pastelería que tiene cerca para tomar café después de comer, me quedo en su casa con Fábregas y le indico:

—Quiero ir a casa de mis padres.

—¿Ahora? ¿Hoy? —inquiere, pensativo.

—No necesito la aprobación de Alessandro para moverme. Ya no estoy cautiva. Llevo tiempo

queriendo visitar a mi familia. En la vida de Alessandro siempre hay algo que me lo impide. Hace días que intento comunicarle que quiero ir a ver a mi familia, pero no tengo forma de hablar con él. No sé dónde está, ni qué hace —le indico dolida.

—No se ha movido de la casa, aunque no lo hayas visto, por si te sirve de algo —revela.

—Peor me lo pones —murmuro con rabia—. ¿No ha sentido la necesidad de verme? —le indico con rabia como si él tuviese la culpa. Fábregas se encoge de hombros y se queda callado —. Llévame a casa de mis padres —le ordeno—, que nos acompañe Laura y mientras yo ceno con ellos tú hazlo con mi amiga por ahí. Algo me dice que necesitáis poneros al día.

Fábregas se queda pensativo, pero finalmente asiente.

Cuando regresa mi amiga y le contamos el plan le encanta. Se abraza a mí y me da las gracias con un susurro en mi oído.

Envío un mensaje a mi familia y los convoco a todos para merendar y cenar juntos. No se lo pueden creer. Ellos no saben que estoy viviendo en Madrid, solo mi cuñada y le pedí que me guardase el secreto. Esta noche voy a contarles que me he enamorado de Alessandro y estoy viviendo con él en Madrid. Tendré que prometerles volver con mi novio otro día, pero, al menos ya sabrán más sobre mí y no tendré la sensación de mentirles cada vez que hablo con ellos.

Cuando Fábregas y Laura me dejan en la puerta de la casa de mis padres son las siete y media de la tarde. Antes de bajarme del coche les recomiendo:

—Podéis hacer un poco de turismo antes de ir a cenar. —Le guiño el ojo a mi amiga y me bajo del coche.

Me resulta raro llamar al porterillo de mi casa, siempre he tenido las llaves, pero no tengo ni idea de dónde deben de estar, supongo que en las cajas con todas mis cosas del piso que alquilé.

Entro en mi casa y mis padres son los primeros que están ahí para recibirme. Me abrazo a ellos muy emocionada y me harto de llorar. Hace meses que nos lo veía y ahora que los tengo junto a mí me he dado cuenta de lo importantes que son y todo lo que los he necesitado. Luego corren hacia mí mis tres sobrinos. Están en casa, me abrazan y me besan con locura. Los más pequeños me piden regalos y me siento la peor tía del mundo por haber olvidado traerles algo, pero, de inmediato, me pongo a jugar con ellos al escondite y me lo perdonan.

Una hora después llegan mis hermanos y sus parejas. Mis padres han montado una cena que parece la de Navidad. Observo a toda mi familia alrededor de la mesa y me siento orgullosa de todos ellos y muy feliz de poderlos volver a ver. En todos estos meses han sido en numerosas ocasiones en las que pensé que lo que vivo en estos instantes no se volvería a repetir más.

Les explico a mi familia que en estos meses he encontrado a un hombre que me hace muy feliz, me acribillan a preguntas sobre él y las voy contestando maquillando todo lo que rodea a Alessandro Albani. Mi cuñada Carmen es la única que me mira en silencio. Finalmente les anuncio que me he venido a vivir a Madrid con mi novio y todos se ponen locos de contentos porque estaremos más cerca.

Tienen muchas ganas de conocer a Alessandro, me preguntan por qué no ha venido y tengo que mentirles y decir que es un hombre muy ocupado que tiene muchas reuniones, como en la que se encontraba hoy y no ha podido acompañarme.

Mi padre me propone:

—¿Por qué no te quedas a dormir, hija? Los niños se van a quedar hoy aquí y seguro que les hace ilusión pasar la noche con su tía después de tanto tiempo. Además, así no te tienes que volver a Madrid ahora y lo haces mañana por la mañana.

Cuando llegué no les dije que me trajo alguien de confianza de mi novio. Dejo que piensen que he venido en mi coche y me quedo pensativa ante la propuesta de mi padre.

—Sí. Me voy a quedar. Me apetece —comento con una sonrisa al mismo tiempo que pienso en que esta noche me sentiré menos sola en la cama al estar acompañada con mis sobrinos y que así también les brindaré a Laura y Fábregas una noche para ellos.

Envío un mensaje a Alessandro comunicándole mi decisión. En estos días le envié muchos, pero, al no obtener respuestas desistí, sin embargo, como sé que me tiene controlada siempre, no quiero que piense que me he marchado. Solo será una noche.

Le escribo:

He venido a ver a mi familia y estoy tan bien aquí con ellos que he decido quedarme a dormir. Han insistido en que no vuelva sola a Madrid tan tarde, y no voy a darles más explicaciones. Volveré a tu casa mañana.

Luego le escribo otro mensaje a Fábregas:

Voy a quedarme a dormir en casa de mis padres. Pásalo bien esta noche con mi amiga y cuida de ella. Venid a recogerme por la mañana. Tienes mi palabra de que no me voy a mover de aquí.

Acto seguido, sin esperar respuesta de ninguno de los dos, apago el teléfono y le sonrío a toda mi familia centrándome en ellos y dejando a Alessandro Albani y todo lo que lo rodea a un lado.

Una hora después, cuando mi madre está a punto de servir un rico flan de vainilla casero, llaman a la puerta y va a abrir.

Me quedo de piedra cuando escucho:

—Buenas noches, siento llegar tan tarde. Soy Alessandro Albani, el novio de su hija.

47

Tú y mi familia

No puedo creer que Alessandro haya sido capaz de presentarse en mi casa.

Cuando lo veo entrar en el salón, del brazo de mi madre como si conociesen desde siempre, siento que me falta el aire. Me dirige una mirada que me hace estremecer. Hace diez días que no lo veo y el corazón me da un vuelco. Está guapísimo, impresionante. Lleva un pantalón oscuro y una camisa blanca. En su boca luce una maravillosa sonrisa, pero solo yo, de entre todos los presentes, sé que es forzada, y sus ojos no dejan de mirarme con demasiada atención. Quiero echar a correr y escapar de allí. No estoy preparada para compartir el mismo espacio con Alessandro y toda mi familia, y menos después de estos días separados donde lo siento más lejano de mí que nunca y no sé en qué punto está nuestra relación.

—Hija, ha llegado tu novio —anuncia mi madre.

Soy incapaz de levantarme de la silla, estoy tan impresionada que me he quedado sin capacidad de reacción. Es Alessandro, con sus grandes dotes para relacionarse, quién se presenta primero a mi padre, luego son mis hermanos y mis sobrinos quienes van hacia él.

Yo sigo sentada, incapaz de hacer o decir nada. Es Alessandro quién se acerca a mí, me da un casto beso en los labios y comenta, a modo de que todos lo escuchen:

—Al final pude venir. He llegado a los postres, pero he llegado. Tenía muchas ganas de conocer a la familia de Mel. —Lo miro cuando oigo que vuelve a llamarme así—. Me ha hablado mucho de vosotros —les comenta con una sonrisa impresionante, con la que seguro se gana a todos, al mismo tiempo que se sienta a mi lado y toma una de mis manos entre la suya.

—¿Quieres cenar algo? Lo preparo en un momento —le ofrece mi madre con gentileza.

—No se preocupe, he picado algo antes. Este flan tiene una pinta increíble —le indica Alessandro.

Mi padre le corta un gran trozo y Alessandro se lo come a la misma vez que todos los demás, menos yo que tengo el estómago cerrado, mientras elogia lo bueno que está de sabor.

—Hija, ¿no estás contenta porque Alessandro esté aquí? —me pregunta mi madre.

—Eh… sí, sí. Es solo que me he quedado pensativa en el gran esfuerzo que ha hecho para venir. Me consta que estaba muy ocupado en Madrid y no me esperaba su aparición.

—Ha sido una sorpresa, mi amor —murmura con los ojos clavados en mí.

—¿A qué te dedicas Alessandro? —le pregunta mi hermano de forma amena, a modo de crear conversación.

Yo le dirijo una mirada cómplice a mi cuñada y le agradezco en silencio que me haya guardado el secreto con respecto a Alessandro y la bala que le sacó.

—Tengo varios negocios. Restaurantes y discotecas.

—¡Vaya! —murmura mi hermana, sorprendida. Me mira sonriente transmitiéndome que es

muy buen partido.

—¿Dónde vais a vivir en Madrid? —pregunta mi madre.

—Tengo una casa en una zona residencial privada, en las afueras —dice Alessandro de inmediato.

—¿Vivís ya ahí? —pregunta mi cuñada Carmen.

—Sí —contesto.

Se hace un breve silencio mientras observo cómo toda mi familia mira a Alessandro con admiración. Creo que se los ha ganado a todos, incluso a Carmen que era la que tenía más dudas con respecto a él.

—Bienvenido a la familia —le indica mi cuñado.

—¿Podemos llamarlo tío? —pregunta mi sobrino mayor.

—Por supuesto —dice Alessandro, mostrándole una maravillosa sonrisa.

Luego mis hermanos y sus parejas se marchan. Los niños se quedan a dormir para pasar el resto del fin de semana con los abuelos.

Cuando me levanto, decidida a marcharme con Alessandro, mi padre propone:

—¿Por qué no os quedáis y os vais por la mañana? Es tarde y tu novio hace nada que ha llegado y venía cansado para que conduzca de nuevo hasta Madrid.

—No, no. Si Alessandro está cansado llevaré el coche yo —justifico de inmediato.

—Lo siento, mi amor, pero he traído el coche automático y tú ese no sabes manejarlo —comenta mientras me muestra una sonrisa. ¿Qué pretende? ¿Se ha vuelto loco? Lo miro sin entenderlo—. Creo que será mejor que nos quedemos aquí. Gracias —le indica a mi padre, como si yo no estuviese presente y mi opinión no contase para nada.

—Oh, qué bien, hija —comenta mi madre con alegría—. Niños, a la cama —anuncia mi madre levantándose de la mesa.

—Yo te ayudo con ellos —le indico.

Me levanto de la mesa y dejo a Alessandro en compañía de mi padre sin tan siquiera mirarlo. Mi madre y yo cogemos a los niños y los llevamos a su habitación. Les ponemos los pijamas, los metemos en la cama y al más pequeño lo duermo en mis brazos en el cuarto de mi madre y luego lo dejo en su cuna.

Cuando aparezco en el salón mi padre se toma una copa con Alessandro. Están sentados en el sofá y charlan animadamente. Los observo a los tres y me quedo en silencio unos segundos, cuando me miran les indico:

—Ya se han quedado dormidos los niños.

—Estaban deseando ver a su tía —comenta mi padre—. La adoran. Lo cierto es que Mel tiene un don especial con sus sobrinos. ¿Tenéis pensado tener hijos? —pregunta de golpe.

—¡Papá! —lo reprendo de inmediato por la pregunta tan indiscreta.

—Hija, me hago mayor, quisiera conocer a tus hijos y jugar con ellos.

—Por ahora no nos lo hemos planteado, es pronto, pero me encantaría tener hijos con Mel —revela Alessandro y yo me quedo de una pieza al escucharlo.

Lo miro mientras me dedica una amplia sonrisa. En estos días separados me he planteado que tras la repentina muerte de Nerea lo de Alessandro y yo hubiese llegado a su fin dada su actitud,

y ahora me encuentro con esta confesión. Es un hombre tan complejo que nunca sé cómo va a reaccionar ni qué va a ser. Me desconcierta por completo.

—Ramón, vámonos a la cama que es muy tarde —le dice mi madre a mi padre tras terminarse su copa.

—Hija, tu habitación está como siempre —me indica mi padre.

Alessandro se levanta del sillón y junto con mis padres caminamos a la vez enfilando el pasillo que da acceso a las habitaciones. Mis padres se quedan en la primera, que es la suya, y Alessandro y no nos encaminamos al fondo del pasillo en silencio.

Una vez abro la puerta, lo hago pasar y cierro de nuevo, lo miro recriminándole su presencia, pero descubro que repasa toda la habitación con ávidos ojos.

—¿Aquí dormías? —murmura clavando la vista en una cama de matrimonio normal.

—Sí, compartía la habitación con mi hermana mayor, pero cuando se casó la remodelé y me compré una cama grande.

—¿Has compartido esta cama alguna vez? —pregunta con la mirada fija en ella.

—Solo con mis sobrinos —revelo.

Cuando escucha mis palabras en su boca se dibuja una sonrisa. Se mete ambas manos en los bolsillos del pantalón y se pasea por la habitación observándolo todo al detalle.

—¿Por qué has venido? —le reprocho en un tono de voz bajo, desde cierta distancia, mirándolo, seria—. Te dije que volvería mañana —le recuerdo.

—No quería tenerte tan lejos —murmura centrado en los libros de mi estantería.

—Hace diez días que no me ves —le recuerdo, enfadada.

—Pero estabas en mi casa, bajo mi protección, y sabía que estabas segura —argumenta.

—¡Vaya, creo que he aprendido la estrategia, cuando quiera verte y no contestes a mis mensajes ni llamadas vendré a casa de mis padres, así aparecerás como por arte de magia! —le recrimino intentando controlar el tono de voz.

—No juegues conmigo, Mel —me advierte mirándome, serio.

—Ni tú conmigo —contraataco—. ¿Qué es esto de quedarnos aquí juntos esta noche? —le reprocho.

—No lo tenía planeado, pero cuando tu padre lo propuso sentí cierta curiosidad por conocer tu habitación, era una forma de conocerte un poco más. No pude resistirme —argumenta con el aire de poder que lo envuelve en todo momento.

—No voy a discutir esto aquí contigo, ni mil cosas que tenemos pendientes —le recuerdo con ahínco mientras comienzo a desnudarme frente a él para ponerme un pijama.

Bajo su atenta mirada, en ropa interior, me paseo delante de él hasta el armario y cojo un pijama. Destapo la cama y me meto dentro.

Alessandro comienza a desnudarse, yo lo miro si poder apartar la vista de su espectacular cuerpo al mismo tiempo que intento controlar mi respiración y mis impulsos de acércame, besarlo y tocarlo como deseo.

Se queda en calzoncillos, unos negros de marca, ajustado a su anatomía, y se mete en la cama. De inmediato apago la luz, no quiero sentir más sus ojos sobre los míos y que esto me altere.

Alessandro es tan grande que lo siento muy pegado a mí, pero no hay más espacio. Mi cama

no es como las que tiene en su casa que entre ambos cabe otra persona. Sin embargo, parece que esto a él no le molesta, se coloca de lado y me mira en silencio mientras que yo permanezco boca arriba con la vista clavada en el techo. No estoy preparada para que Alessandro duerma a mi lado bajo el mismo techo que mi familia.

De repente, se cierne sobre mí, me echa una pierna por encima, me toma por la cintura con una mano y me atrae hacia él. Intento protestar y deshacerme de él, pero no tengo margen.

—¿Tuviste muchas fantasías sexuales en esta cama? —susurra en mi oído.

Lo aparto un poco de mí, lo miro a los ojos y observo un brillo perverso en ellos.

—Ni lo sueñes —respondo crispada y alterada a la misma vez, adivinando sus intenciones.

Alessandro me atrae hacia él y siento cómo esboza una sonrisa en mi cuello a la misma vez que lo besa.

—Puedo cumplir tus sueños —replica introduciendo una mano en mi sexo.

Intento apartarlo de ahí, pero no lo permite. Me acaricia con extremada habilidad, es un hombre muy experimentado que sabe dónde tocar y caigo rendida a él en contra de mi voluntad. En menos de dos minutos hace que me corra y acalla mis gemidos con un beso demoledor.

Tras recuperarme de todo lo que me ha hecho sentir lo siento duro como una roca a mi lado. Lo deseo de nuevo, pero estamos en casa de mis padres, maldigo en silencio, sin embargo, la pasión y la atracción que siento por Alessandro es más fuerte y dejo que me quite toda la ropa y nos fundamos en un abrazo, ambos desnudos. Nos miramos en silencio, tenemos mucho que hablar, pero ambos sabemos que no es el momento. Me coloca debajo de él, se cierne sobre mí, me abro a él y lo acojo en mi interior. Intento controlarme, no gritar. Alessandro se apodera de mi boca y nos fundimos en un maravilloso orgasmo que vivimos en silencio.

Cuando recuperamos el aliento nos besamos de nuevo, siento al Alessandro de hace unos días de nuevo junto a mí, me abraza y me quedo dormida en su pecho.

48

Las bases de una relación

Me sobresalto cuando mis sobrinos asaltan mi cama y nos despiertan a Alessandro y a mí. Doy gracias de estar tapados con la sábana cuando irrumpen en mi habitación.

Alessandro se sobresalta de tal forma que tengo que abalanzarme sobre él para que no se levante y coja la pistola que seguramente tiene en algún lado.

—¡Joder! —murmura bajito mientras toma conciencia de la realidad.

—¡A desayunar! —gritan mis sobrinos.

—Ahora vamos —les indico sin salir de la cama.

Menos mal que mi madre aparece y se los lleva mientras quiero que la tierra me trague.

Una vez a solas miro a Alessandro y lo siento un poco descolocado. Creo que tiene que ser la primera vez en su vida que lo despiertan así. Mi mente me traiciona y vaga hacia un futuro en común y que sean nuestros hijos quienes nos despierten de esta forma, sin embargo, descarto la idea de inmediato. No me imagino a un hombre como Alessandro en la faceta de padre.

—Están acostumbrados a entrar en mi habitación sin llamar. Nunca habían encontrado a un hombre aquí ni nada que le impidiese venir cuando les da la gana —justifico la actitud de mis sobrinos.

Alessandro me mira serio y pensativo, finalmente esboza una sonrisa y murmura cerca de mis labios:

—Me gusta ser el primer hombre que ha estado contigo en esta cama, y el único —me indica antes de apoderarse de mis labios y besarme

—Nos esperan para desayunar. —Lo aparto un poco de mí y comienzo a vestirme bajo su atenta mirada.

Luego sale de la cama y se viste también. Nos miramos, nos repasamos de arriba abajo y abro la puerta cuando estamos listos.

Desayunamos en familia y mis sobrinos tienen todo el protagonismo. Alessandro está muy integrado con ellos, los hace reír y siento que les gusta su nuevo tío.

Mi padre nos anima para que nos quedemos a comer, sin embargo, en esta ocasión, soy yo la que toma la palabra:

—No va a poder ser, ya tenemos planes en Madrid.

—Volveremos otro día —dice Alessandro de inmediato para contentar a mis padres.

Cuando terminamos de desayunar y ayudo a mi madre a recogerlo todo, Alessandro y yo nos despedimos de mis padres y de mis sobrinos. Nos montamos en su coche y ponemos rumbo a Madrid. En cuanto estamos solos, le advierto:

—No pienses que lo que pasó anoche cambia lo enfadada que estoy contigo por este tiempo que me has mantenido alejada de ti.

Alessandro me mira por unos segundos, alza una ceja y murmura:

—Hablaremos cuando lleguemos a casa.

—Bien, porque tengo muchas cosas que decirte, Alessandro Albani —le indico con garra, enfurecida. Sus besos y sus caricias de anoche no han borrado todo lo que he sentido estos días cuando me ha apartado de él sin explicaciones.

Alessandro me dirige una mirada y puedo ver un atisbo de sonrisa en ella que me desconcierta por completo. Por primera vez en su presencia me siento una mujer valiente y decidida a dejar muy clara las bases de esta relación. Bajo ningún concepto voy a permitir que juegue conmigo a su antojo con sus aires de hombre poderoso y peligroso, ya no, ahora quiero más. Necesito aplacar todas las dudas que me han surgido a raíz de que me confesase que Nerea era alguien especial para él y le haya guardado un duelo de tantos días alejados de mí.

En menos de cincuenta minutos estamos en casa. Tengo la sensación de que Alessandro ha sobrepasado, con creces, los límites de velocidad. Pero no me paro a pensar en ello. Me incomoda estar en un mismo espacio con él sin cruzar una sola palabra. Se ha llevado todo el camino centrado en la carretera, tan solo se ha dignado a poner música. La cuál he disfrutado, me encanta India Martínez. No sé si lo sabe o es que coincidimos en gustos.

En cuanto estamos en la puerta de casa me bajo del coche y me encamino hacia el salón sin cruzar una sola palabra con él. Siento que me sigue. Una vez en el salón me giro y lo enfrento, seria, mientras coloco ambas manos sobre mi cintura y lo miro de forma desafiante sintiéndome valiente y poderosa, una actitud que he aprendido de él.

—Dispara —me anima Alessandro de golpe, se sienta en el sillón que tiene más cercano y me mira con atención.

—Eso lo dejo para ti que eres un poco más experto —le replico.

—Eso ha sido un golpe bajo —murmura con media sonrisa en sus labios.

—¿Qué soy para ti, Alessandro Albani? ¿Qué pinto en tu vida? —le exijo saber—. Porque déjame decirte que después de estos diez días en los que hemos estado separados no me ha quedado muy claro.

—Creo que anoche te lo demostré —comenta de forma pausada. Cuando advierte que levanto una ceja, aclara—: Y no me refiero a cuando te hice el amor como nunca se lo he hecho a otra mujer en mi vida —confiesa, mi piel se eriza y mi corazón da un vuelco—, me refiero a cuando llegué a casa de tus padres y me presenté como tu novio formalizando nuestra relación con tu familia.

—Algo que hiciste sin preguntarme —le reprocho—, como todo —me quejo.

—Te quiero, Mel. Sabes que te considero mi mujer, mía —confiesa perdido en mis ojos, pero sus palabras no consiguen aplacarme—. Puede que no sepa hacer las cosas de otra manera y tengas que indicarme en un futuro cómo actuar. He de confesar que con respecto a ti pierdo los papeles —termina admitiendo.

Le dirijo una mirada cálida, más calmada, pero no me acerco a él. Necesito distancia entre nosotros para tratar el tema que quiero que quede bien claro; las bases de esta relación.

—Antes que nada, necesito comprenderte, conocerte —exijo—. Estoy locamente enamorada de un hombre al que desconozco —manifiesto con pesar—. No me dejas pasar esa línea que me

permite saber más de ti, sobre tus actitudes. Ya te dije que no me interesa la vida del hombre sino el hombre en sí, tú —le dejo claro—. No tienes ni idea de cómo me he sentido después de la muerte de Nerea. Te juro que lo siento por ella, nadie se merece morir así, y por ti que lo presenciaste todo, pero no entiendo que no me hayas permitido estar a tu lado si tan difíciles momentos has pasado a causa de su muerte.

Alessandro se levanta y camina hacia mí con suaves pasos, pensativo, mientras que lo miro en silencio.

—Discúlpame —murmura al fin. Me tiene tomada por la cintura con sus manos y estamos muy cerca. Supongo que para un hombre como él pedir disculpas es algo difícil. No tiene pinta de haberlo hecho mucho—. Jamás pensé en una traición por parte de Nerea. En Viena estuve a punto de matar al hombre que la señaló. Cuando descubrí que era ella quién quiso matarte sentí la mayor traición de mi vida junto con un dolor muy grande —confiesa—. Verla morir ante mis ojos es una imagen que no puedo borrar de mi mente. En todos estos días he estado muy alterado, desconfiando de todo y de todos, revisando muy bien que no hubiese a mi alrededor ningún topo más. —Tras su revelación, se hace un silencio prolongado entre nosotros en el que solo nos miramos a los ojos—. Te he echado de menos, pero me alejé de ti porque no me consideraba una buena compañía. Te quiero tanto que necesito darte lo mejor de mí, y estos días pasados fueron todo lo contrario —justifica.

Suspiro y termino abrazándolo, sé que me está hablando con el corazón en la mano y esto lo hace pocas veces. Me abraza con fuerza y me quedo refugiada en su pecho unos minutos. Luego lo animo para que nos sentemos en el sofá.

—Necesito pasar página, pero no podré hacerlo hasta que me expliques algunas cosas de la noche en la que murió Nerea —le indico a Alessandro.

Él asiente, algo que me sorprende.

—Supongo que esa noche viste a un Alessandro que no conocías y te asusté. No era yo —justifica de inmediato—. Tuve que actuar como se hace en ese círculo. Iba en busca de conocer a la persona que me había traicionado y de cerrar un negocio con mi nuevo socio.

—Me dio la impresión que no era la primera vez que te metías una raya —replico.

—No te voy a mentir, no lo era. Pero quiero que sepas que no consumo de forma habitual. Tampoco bebo ni fumo. Si he llegado a ser el hombre que soy ha sido por tener los pies en la tierra y planes bien trazados, no por dejarme guiar por adicciones.

Suspiro y me quedo un poco más tranquila. Le creo.

—Si vamos a tener una relación de pareja quiero sentar las bases de esta. No voy a ser una marioneta en tus manos —le dejo muy claro—. Puedo aceptar quién eres, que haya cosas que no me cuentes por mi seguridad o porque solo tengan que ver con tus negocios, pero no voy a aceptar que me alejes nunca más de ti, tú lo sepas todo de mí y yo me esté muriendo por saber cómo estás y no te dignes a contestarme ni a aparecer. Mucho menos, voy a permitir que me eches de tu lado cuando te sientas mal o te ocurra algo grave.

—¿Eso es todo? —murmura mirándome con atención con un atisbo de sonrisa en sus labios y un brillo especial en sus ojos. Percibo que se siente orgulloso de que le haya hablado así de claro.

—No. Puesta a pedir… quiero algo más. Conocerte mejor, y no me refiero al plano sexual —

le indico de inmediato tras apreciar una sonrisa traviesa.

—No me conoces del todo en el plano sexual, pero tenemos tiempo —me corta y murmura con arrogancia.

—Quiero saber más de ti y que pasemos más tiempo como pareja, fuera de la cama —especifico.

Se queda pensativo, chasquea la lengua y murmura:

—Bien. Me parecen aceptables tus bases para esta relación. ¿Puedo besarte ya y llevarte a la cama? Aunque también me vale que lo hagamos aquí mismo. —Me sonríe cuando mira hacia el sofá.

—Con una condición —me atrevo a exigir.

—Dime —me alienta—. Son muy pocas las personas a las que les permito ponerme condiciones. —Me mira con una sonrisa. Sé que yo no soy cualquier persona, soy su mujer y en estos momentos me lo está demostrando.

—Quiero que me recompenses por este tiempo que no te he tenido cerca. Te quiero, mínimo, veinticuatro horas para mí sola.

—Concedido —acepta de inmediato.

—Bueno, pues ya puedes besarme —le indico, y antes de hacerlo ambos estallamos en carcajadas.

—Te amo, Mel. Nunca pongas en duda eso, pase lo que pase. —Se apodera de mis labios y nos besamos con pasión y deseo. Nuestros cuerpos arden.

Alessandro y yo caminamos juntos, sin dejar de besarnos, en dirección a nuestra habitación, sin embargo, en cuanto salimos del salón me empotra contra la pared de al lado de las escaleras y me alza en sus brazos. Le rodeo la cintura con mis piernas y continuamos besándonos como si no hubiese un mañana.

Cuando sé que no vamos a llegar a la habitación, Alessandro y yo estamos desnudos de cintura para arriba, le indico perdida entre caricias y besos:

—Alguien puede venir —le hago tomar conciencia que estamos en la entrada de la casa.

—No te preocupes, di órdenes de que nadie entrase, ni me molestase, en cuarenta y ocho horas a menos que nuestras vidas corran peligro —murmura mientras me besa el cuello centrado por completo en su tarea.

Sonrío mientras llego a la conclusión de que dio esa orden antes de yo pedirle pasar tiempo con él a solas, y es más de lo que propuse.

Llevo sus manos hacia su pelo, lo enredo en él y tiro un poco para que me mire.

—Te amo, Alessandro. —Se apodera de mis labios y en menos de un minuto nos deshacemos de la ropa que nos sobra y se introduce en mí de golpe. Lo recibo con un grito mientras que se mueve con fuerza arrancándome gemidos y más gritos. Nunca lo habíamos hecho de una forma tan salvaje. Mi espalda contra la pared, mis piernas alrededor de la cintura de Alessandro, aprisionándolo contra mí con fuerza y él de pie mientras me aferro con fuerza a su cuello.

Tras un orgasmo demoledor y maravilloso, me derrumbo sobre sus brazos mientras que él me sostiene en ellos como si fuese una pluma. Me encanta la posición de estar unida así con él, sintiéndolo muy dentro de mí.

—No pongo objeción alguna a que probemos cada rincón de esta casa follando de esta forma —le hago saber mostrándole una sonrisa, satisfecha y feliz.

—Van a ser dos días en los que probaremos muchas cosas juntos —augura con una enorme sonrisa en la que vuelve a aparecer el demonio, pero en esta ocasión es un demonio que anuncia mucho placer y estoy deseando descubrirlo a su lado.

49

El placer del demonio

Alessandro y yo estamos en un enorme jacuzzi que desconocía en esta casa. Se encuentra en el gimnasio. Desnudos, sin importarnos nada, me dejé guiar por el hombre que amo hasta aquí. Donde volvimos a hacer el amor mientras el jacuzzi funcionaba y fue maravilloso. Ahora estoy relajada, en los brazos de Alessandro, disfrutando de él, de su cercanía y de los latidos de su corazón. Le paso la mano por la pequeña cicatriz donde recibió la bala y le pregunto alzando la mirada hasta sus ojos:

—Me dijiste que no era el primer tiro que recibías, ¿cuántos más fueron? —espero su respuesta con miedo.

—Tres —contesta de inmediato.

—¿Te han disparado cuatro veces en total? —pregunto con los ojos muy abiertos. Él asiente como si nada—. ¿Dónde fueron los otros? —inquiero con el corazón acelerado.

—Uno aquí en el brazo —me indica el bíceps, apenas se aprecia porque lleva un tatuaje encima—, en el muslo izquierdo —me lo muestra y es una cicatriz apenas perceptible— y en la espalda. —Se da la vuelta y en sus tatuajes que casi la cubren por completo miro el lugar cerca del omoplato que me señala.

—¿Con ninguna herida fuiste a un hospital? —me intereso.

—Con la del omoplato sí.

—¿Se puede decir que tuviste suerte? —pregunto con miedo al imaginarlo herido de bala en cuatro ocasiones.

—Sí, pude haber terminado muerto como las personas que me dieron estos tiros.

—¿Los mataste a todos?

—Sí —responde sin remordimiento.

De repente, me abrazo con fuerza a él y lo beso en el cuello.

—Por favor, no te expongas. Si algo te pasa me muero —murmuro aterrada.

—No queda mucho —Me aparto de él y lo miro con el ceño fruncido, sin llegar a entenderlo, pero esperanzada—. Si todo lo que tengo planeado sale bien, puede que en unos meses sea como el hombre que te gustaría que fuese —revela con una sonrisa mientras en mi boca se dibuja otra.

—Me gustaría que tu vida no corriese peligro y que las pistolas y los tiros no formen parte de tu día a día —aventuro.

—Intento ser alguien mejor por ti, para ofrecerte todo lo que te mereces —me indica.

Lo miro emocionada y lo beso con pasión.

—Gracias por decirme todo esto. Me ayuda a conocerte mejor, y a amarte más.

Me muestra una amplia sonrisa y murmura:

—Me gusta eso de que me ames más.

—Todo esto que siento y me haces sentir… jamás lo había experimentado por nadie. Quiero que lo sepas. Eres único, Alessandro Albani.

—Lo mismo digo, Melania del Castillo. Algún día te contaré tantas cosas… —susurra.

Lo siento muy hablador y receptivo, aprovecho el momento y le propongo:

—Puedes empezar ya.

—No es el momento, pero llegará —me indica y luego me distrae con besos y caricias que me hacen dejar de pensar en nuestro tema de conversación y centrarme exclusivamente en él.

Tras ducharnos y vestirnos, nos dirigimos a la cocina en busca de algo de comida, estamos hambrientos.

—¿Qué quieres? —le indico a Alessandro mientras ambos miramos el frigorífico, pero rectifico y, como hoy está muy hablador, le pregunto—: ¿Cuáles son tus comidas favoritas? —Me parece increíble estar enamorada de un hombre del que apenas sepa nada de sus gustos.

—Tú eres mi comida favorita —susurra en mi oído abrazándome por detrás y besándome el cuello mientras continuamos delante del frigorífico lleno de comida, viendo qué escogemos—. Me encanta el arroz, de cualquier forma —especifica—. El marisco y el pescado. El jamón y, por supuesto, unas buenas carnes ibéricas. También me gusta la verdura, se puede decir que como de todo —anuncia con una amplia sonrisa mientras lo miro con atención.

—¿Cuál era tu comida favorita de pequeño? —pregunto con interés.

—La paella de mi abuela —dice de inmediato y lo siento perdido en esos recuerdos.

De repente, pienso en que solo sé que su padre era italiano y su madre española, pero nada más sobre su familia. Como está hablador, decido preguntarle:

—¿Tienes hermanos, primos, más familia?

Alessandro se queda callado unos segundos, lo siento algo serio. Suspira, me dedica una sonrisa y dice:

—Hablábamos de comida —me recuerda—. No puedo darte pie a nada porque te embalas. Vamos poco a poco. Hoy toca revelarte mis gustos, dejemos el tema familiar para otro día.

—Vale —le concedo abrazada a él. Sé que le cuesta abrirse y mostrarse como es, lejos del hombre duro y peligroso que suele ser—. Si tienes los ingredientes, ¿qué te parece si hacemos una paella? —le propongo. No solía hacer mucho de comer en casa, pero en la casa de campo de mis padres solíamos hacer muchas paellas para todos los domingos que pasábamos allí.

—En mi cocina siempre hay de todo, aunque yo no suela hacer nada. —Se dirige al congelador y saca todos los ingredientes—: Manos a la obra —me anima, sonriente.

Hacer de comer con él, entre sonrisas, gestos y caricias cómplices resulta una experiencia maravillosa donde descubro que mi demonio no solo es capaz de darme placer en la cama y cuando estamos desnudos. Es todo un placer disfrutar así de él, conocerlo más, sentirlo relajado, como un hombre normal y corriente, en la cocina de su casa, haciendo de comer con su pareja. Cada vez que pienso en que somos una pareja, que nos amamos, el corazón me da un vuelco de alegría, es como una gran emoción y un sueño cumplido, el cual estoy viviendo y me siento inmensamente feliz en estos momentos.

—Buenísimo —comenta Alessandro mientras saborea el arroz que nos comemos ya sentados

en la mesa de la cocina, acompañado de un vino blanco que él se ha encargado de escoger—. Eres una excelente cocinera.

—Lo hemos hecho entre los dos —le recuerdo sonriente, al mismo tiempo que me llevo el tenedor a la boca y comparto la opinión de Alessandro, está riquísimo.

—Me gusta las cosas que hacemos juntos, resultan muy placenteras —me indica Alessandro mientras remueve la comida en su plato.

—A mí me gusta conocerte más, descubrirte relajado, sonriente y sin estar en tensión. Te amo, Alessandro —murmuro mientras me acerco a él y le planto un beso. Se encarga de profundizarlo y me pierdo en él.

Tras comernos todo el planto que tenemos delante, le pregunto:

—¿Qué quieres de postre?

—A ti —indica sin pensarlo—. Tengo la fantasía de hacerte el amor en esta cocina. A plena luz del día, sobre la encimera.

—Soy toda suya, señor Albani —murmuro con una enorme sonrisa de felicidad que no puedo reprimir. Me siento en sus piernas y le susurro al oído—: Me he enamorado como una loca de alguien que en un principio catalogué como un demonio, pero he descubierto que el placer que obtengo con él es único.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida, Mel. A la misma vez que lo más complicado, pero no pude dejarte marchar. No va a ser fácil lo que viene, pero valdrá la pena.

Me pierdo en sus intensos ojos verdes y no me paro a preguntarle qué es lo que viene. Creo que prefiero no saberlo. Confío en Alessandro, es alguien poderoso, pero lo que me hace confiar en él ciegamente es que es sumamente inteligente. Es un hombre que no da pasos en falso, lo tiene todo muy bien medido.

Lo beso y comenzamos a desnudarnos. Él me lleva hasta la isla de la cocina y me sienta allí, sobre la encimera de mármol. Nos besamos y nos acariciamos hasta llegar al límite. Me vuelve loca, pero lo más gratificante es que siento que es mutuo y eso me hace sentir más mujer que nunca, más segura de mí misma que nunca y más feliz que en toda mi vida.

Lo hacemos sobre la encimera y es explosivo a la vez que maravilloso. Cuando alzo la mirada, abrazada al cuerpo de Alessandro tras un brutal orgasmo, observo en el reloj de la cocina que son las tres de la tarde. Miro hacia el jardín y resplandece un intenso sol, sonrío mientras aún lo siento en mi interior, está de pie entre mis piernas, y le propongo:

—Desde que llegué a esta casa me encantó la piscina del jardín. ¿Te apetece un baño?

Alessandro se lo piensa por unos segundos y termina diciendo:

—Puede que el agua esté un poco fría, pero nos sentará bien. Tienes el don de ponerme caliente siempre que te miro.

—Vamos —lo apremio. Es principios de junio y el sol pega con ganas fuera. Alessandro, yo y su enorme piscina me resultan un plan inmejorable.

Llegamos hasta la piscina por la puerta de la cocina que tiene acceso al jardín. Nos paseamos desnudos por la casa, Alessandro me asegura que estamos solos y la gente de seguridad está fuera de la propiedad.

El agua está fría, pero Alessandro me coge en brazos y se tira al agua de golpe conmigo. Grito

de la impresión, pero río al verme en sus brazos, en la enorme piscina y estando los dos solos.

Nadamos, nos besamos y pasamos un buen rato en el agua, parecemos dos niños. Lo miro y trato de imaginarlo de pequeño, sin esa aura de hombre peligroso y seguro de sí mismo que siempre lo envuelve, pero no consigo pensar en él como un niño frágil e indefenso.

Luego nos metemos en la cama y dormimos como dos bebés. Hacía mucho tiempo que no sentía la respiración de Alessandro en mi oído y su piel con la mía, calmados y en paz mientras soñamos abrazados.

Nos despertamos, nos damos una ducha juntos y le propongo a Alessandro ver una película mientras cenamos algo ligero en el sofá.

Estamos abrazados, comienzo patatas fritas, sándwiches y refrescos con una película de fondo cuando Alessandro confiesa:

—No hacía algo así desde que era adolescente.

Lo miro por si se está burlando de mí, pero compruebo en su cara que me dice la verdad. Sé y suelo tener presente que no es un hombre normal y corriente, pero siempre consigue sorprenderme.

—Supongo que para conquistar a las chicas —le indico, sonriente.

—No, lo hacía con mi hermana pequeña —revela.

—¿Tienes una hermana? —pregunto con ilusión.

—Murió —dice de golpe. Cuando abro la boca para preguntar cómo, me corta de inmediato —: No quiero hablar de eso ahora.

—Vale —susurro. Lo respeto. Me acerco a él, le doy un beso y lo abrazo. Nos quedamos en silencio mientras ambos simulamos estar centrados en la película, sin embargo, la mente de cada uno vaga por sitios diferentes.

Me pregunto cómo murió su hermana, no sé si era mayor que él o más pequeña, no cómo se llamaba, pero no me doy por vencida, lo averiguaré.

De repente, rompo nuestro abrazo y miro a Alessandro, tiene la mirada perdida.

—Estás muy lejos de mí —murmuro dándole un beso en la mejilla.

—Siempre estás en todos mis pensamientos, Mel. Desde que apareciste mi vida gira en torno a ti.

—Me da miedo que no me dejes entrar por completo en tu vida —manifiesto con temor.

—No falta mucho para que lo sepas todo de mí —murmura, me besa y, con extremada habilidad, hace que olvide todo y me centre solo en sus besos y maravillosas caricias.

Nos quedamos en el sofá, frente a la televisión, casi hasta la madrugada, como dos adolescentes, besándonos y metiéndonos mano.

Luego no marchamos a nuestra habitación, me hace el amor de una forma maravillosa mientras me debato en cómo me gusta más con él, si así o salvaje, lo cierto es que no puedo decidirme. Con Alessandro siempre es espectacular.

50

Confío en ti

Despertarme junto al amor de mi vida, observarlo dormido tan calmado, recrearme con creces en cada facción de su rostro y pasear la mirada por su torso me hace la mujer más feliz sobre la tierra. Me inclino hacia él y le doy un beso en los labios a modo de buenos días. Alessandro gime sobre mi boca y profundiza el beso, él siempre necesita más.

—Quiero esto el resto de mi vida —murmura atrapándome entre sus brazos y llevando sus labios a mi cuello.

—Yo también —le susurro en el oído—. ¿Qué tienes pensado para hoy?

—Muchas cosas —anuncia con una enorme sonrisa—. Hoy quiero enseñarte a que confíes en mí ciegamente —manifiesta con cierto misterio que hacen despertar todas mis alertas.

—¿En qué consiste esa lección? —Le sigo el juego mientras me muestro sugerente.

—Es una clase práctica —revela con voz ronca en mi oído—. Pero primero vamos a desayunar, quiero que cojas fuerzas.

Desayunamos, Alessandro insiste en que coma más de lo que suelo hacer y luego me indica que me ponga algo cómodo. Escojo unas mallas, sudadera y deportes. Él se coloca un pantalón de chándal negro, una camiseta negra y deportes negros. Me lleva al gimnasio de la casa. Cuando veo que estamos allí le pregunto:

—¿Este es tú plan para hoy? ¿Hacer ejercicio? —Le muestro mi desilusión.

—No del todo. —Aprecio que tiene una cinta negra en sus manos—. Voy a taparte los ojos y tendrás que defenderte. Vamos a comprobar si realmente has aprendido tanto en defensa personal como Fábregas me dijo.

—¿Y esto qué tiene de divertido? —pregunto con sorpresa.

—La diversión vendrá un poco más tarde —augura y puedo leer en sus ojos que no me arrepentiré—. Confía en mí.

Acepto y dejo que me tape los ojos. No veo nada. Me deja sola en un lugar del gimnasio donde no tenemos nada alrededor, solo unas colchonetas debajo de nuestros pies.

—Te atacaré cuando menos lo esperes —anuncia. Siento su voz alejada.

Paso unos segundos esperando sentirlo cerca, pero no aparece. Agudizo mi oído para sentir sus pasos, pero no escucho nada. De repente, siento que me coge por detrás, me inmoviliza y me pega a su pecho con fuerza. Me quedo quieta y su voz susurra de forma dura en mi oído:

—Defiéndete —es una orden.

Recuerdo todos los movimientos que me enseñaron Nerea y Fábregas e intento deshacerme de su fuerte agarre. Lucho, Alessandro se resiste, me cuesta, pero finalmente consigo que afloje su fuerza y me revuelvo contra él. No veo nada y es mucho más complicado que mis entrenamientos con Fábregas.

—Lo has hecho muy bien. No soy cualquier atacante. Estoy entrenado y cualquiera no puede conmigo —siento que me felicita—. Vamos otra vez —me anima dándome un breve beso en los labios.

Siento cómo se aleja de mí. Espero su ataque y en esta ocasión lo hace de frente y me tumba en el suelo. Menos mal que es una colchoneta, blandito, sino… Ambos rodamos por el suelo, atrapados mientras trato de defenderme. Doy una patada con fuerza, escucho a Alessandro quejarse y me suelta. De inmediato, me quito la venda de los ojos y lo veo de rodillas, doblado por la mitad.

—¿Te he hecho daño? —pregunto asustada, acercándome a él—. ¿Dónde te he dado? —Le palpo el costado.

Lejos de lo que espero, él me mira sonriente.

—Estoy orgulloso de ti —murmura apoderándose de mis labios. Gime sobre ellos y me abraza sin dejar de besarme—. A partir de ahora añadiremos estos entrenamientos personales entre los dos, mínimo un día a la semana.

—Me gusta que tú seas mi atacante y mi maestro. ¿Has tenido alumnas alguna vez? —inquiero con interés.

Se queda pensativo y responde:

—Ninguna como tú. Que te resistieses a mí me ha puesto mucho —confiesa sonriente mientras me besa. Me sienta a horcajadas sobre él y puedo comprobar que es cierto. Está duro como una roca pese al dolor que debe de haber sentido en el costado por la patada que le he dado.

—¿Necesitas un descanso? —murmuro mientras me contoneo a conciencia sobre él.

—Necesito que vuelvas a confiar en mí —susurra en mi oído con tono sugerente.

—Vale —le indico algo desilusionada, pensaba en una buena sesión de sexo, pero, al parecer, Alessandro no lo tiene en mente. Se coloca en pie de un salto, tira de mí, coge la cita negra que está en el suelo y, para mi gran sorpresa, salimos del gimnasio—. ¿Dónde vamos? —le pregunto de inmediato.

Me mira con una sonrisa de demonio y no dice nada. Me agarra con más fuerza de la mano y continuamos caminando. Llegamos a una habitación de la casa en la que nunca había entrado. Me sorprende que tiene una cama con dosel y la decoración es oscura, en color wengué.

Alessandro me abraza por detrás, me pasa las manos por la cintura y me besa el cuello.

—Quiero hacerte el amor mientras tienes los ojos vendados y te mantengo atada de pies y manos. ¿Confías en mí? —pregunta girándome para que estemos frente a frente.

Lo miro sorprendida, no esperaba algo así, pero su sola proposición ya ha provocado un fuerte tirón en mi vientre. Lo miro con atención, llevo mis manos hacia su rostro, tomándome mi tiempo mientras él me mira expectante.

—Confío en ti plenamente —murmuro con el corazón en la mano. Me acerco a sus labios y lo beso.

—Nunca dejas de sorprenderme, Mel —me indica con orgullo sobre mis labios.

Me coge en peso en sus brazos y me lleva hasta la cama. Me desnuda entre besos y caricias, y luego me indica:

—Voy a vendarte los ojos. —Asiento y me dejo hacer.

Me da un ligero beso en los labios y me tapa los ojos. Sentirme completamente desnuda, sin ver nada, delante de él, es una sensación diferente. Me siento expuesta y observada, pero no me incomoda porque confío en él. Lo amo.

Me coloca en el centro de la cama y luego escucho que se aleja un poco, cuando vuelve se acerca de nuevo y susurra en mi oído:

—Ahora voy a atarte.

Me coge las manos, las lleva a la altura de mi cabeza y las ata allí con una cuerda sedosa, luego me da un beso en el cuello, desciende hasta mis pechos, los besa con mimo, hace que me retuerza de placer y continúa hasta atarme las piernas, separadas, cada una a un poste de la cama. Suspiro al imaginarme cómo me puede ver Alessandro, lo cierto es que nunca había hecho algo así, pero con él lo quiero todo. Me siento segura en sus manos. Escucho que se mueve a mi alrededor, pero no sé qué hace y es algo que me desconcierta. Me remuevo en la cama y siento la presión en mis extremidades, no tengo margen de movimiento. De repente, siento que Alessandro me besa el vientre y me estremezco de placer. Luego su boca va bajando hacia mi sexo y doy un grito cuando lo tengo ahí. Es implacable, hace que me retuerza y le suplique, pero no me da lo que necesito. Se retira cuando estoy a punto de estallar.

Cuando siento que se aleja de mí me quedo fría, lo busco de forma inconsciente, pero no sé dónde está.

—Por favor —lo apremio, desesperada, pero no se apiada de mí.

De repente, noto la sensación de una pluma en mi pecho, que me hace cosquillas y va bajando hasta llegar a mi sexo, luego siento el peso de Alessandro en el colchón, se coloca sobre mí y puedo apreciar que está completamente desnudo, algo que me vuelve loca. Lo noto muy vivo. Estoy completamente abierta para él, muy mojada, pero no entra en mí, se toma su tiempo, besándome y acariciándome. Coloca su miembro en mi entrada, yo alzo las caderas, con urgencia, pero lo siento sonreír sobre mis labios.

—Me vas a matar —me quejo mientras me retuerzo debajo de su gran cuerpo.

—Confía en mí —me suplica en el oído.

Siento que se separa de nuevo de mí, intento protestar, pero, de inmediato, siento su miembro cerca de mis labios.

—Pruébame —me anima. No me lo pienso. Abro mi boca y lamo su glande con ganas.

Escucho cómo Alessandro gime, sin embargo, no me deja hacerlo mucho más, se retira y vuelvo a protestar. Se coloca de nuevo sobre mí y, en esta ocasión, me penetra de una solo embestida que me hace gritar y gemir a la misma vez. Se mueve de una forma frenética mientras no deja de acariciarme y besarme al mismo tiempo, siento que es lo máximo, nunca había sentido algo así. Tener los ojos tapados, las manos y los pies atados… es increíble el orgasmo que me provoca. Se derrama dentro de mí y lo siento con más fuerza que nunca. Se derrumba sobre mi pecho, ambos estamos chorreando en sudor, ha sido fantástico, nunca había experimentado algo igual. Alessandro me desata y me abraza. Me quita la venda de los ojos y nos miramos en silencio.

—Ahora sé que confías en mí ciegamente, Mel —murmura con la voz ronca mientras puedo

leer el orgullo y la admiración en sus ojos.

—¿Y si invertimos los papeles, señor Albani? —me atrevo a proponerle—. ¿Confiarías en mí si te ato, te vendo los ojos y me doy un festín?

Suelta una sonora carcajada, no se esperaba mi propuesta.

—¿Te quedan fuerzas? —pregunta con un brillo especial en los ojos.

—¿Quieres comprobarlo? ¿Confías en mí? —lo reto con descaro.

—Nunca dejarás de sorprenderme, Mel. Te amo.

Me aparta a un lado, quita la ropa de la cama, mojada y sudorosa, extiende una manta limpia en ella y se tumba boca arriba con los brazos y piernas abiertas, en toda su plenitud.

—Soy todo tuyo. Solo espero que sepas lo que haces, confío en ti —murmura mientras me mira con atención.

Me siento a horcajadas sobre él y le ato las manos, luego le vendo los ojos y procedo a atarle los pies. No he sido tan hábil como él en atarme, pero creo que resistirán.

Me tomo mi tiempo mientras lo admiro así en la cama y pienso, mientras me muerdo el labio, que es todo mío. Me siento muy afortunada. Cuando observo que se retuerce un poco en la cama sonrío y procedo como él. Ha sido un gran maestro y voy a seguir sus mismos pasos. Le beso el cuello, sigo hasta su pecho, continúo hacia su mientre y llevo mis labios hacia su miembro, erguido y erecto, tan enorme como siempre, lo acaricio y lo siento como la seda, muy caliente. No puedo resistirme a llevar mi boca hasta él. Alessandro gruñe, gime y suspira mientras que yo sonrío mientras lo tengo en mi boca. Lo llevo al límite y hago que se corra. Luego me relamo los labios, me cierno sobre él y lo beso.

—¿Y el demonio era yo? —pregunta, abatido.

Estallo en carcajadas y él me sigue, recuperándose un poco.

—No he terminado contigo —le advierto sintiéndome poderosa.

—Ni yo contigo —me indica, hace un movimiento rápido con sus pies y sus manos y rasga sus ataduras dejándome completamente atónita. Luego se arranca la venda de los ojos y se sienta sobre la cama. Yo quedo a horcajadas sobre él, mirándolo con sorpresa.

—Confío en ti —murmuro sobre sus labios, y él se apodera de mi boca.

51

Asegurar el futuro

Son las diez de la noche y espero al hombre que amo vestida para ir a cenar. Me indicó que saldríamos fuera y que era una sorpresa.

Hace doce días que volvió a su trabajo, sin embargo, me prometió que reservaría horas de sus días para pasarlo conmigo en pareja, fuera de la cama. Por ahora lo está cumpliendo y me siento una mujer muy feliz.

Hemos hablado sobre mi futuro, no quiero ser una mujer florero, todo el día en casa, haciendo ejercicio y pintando cuadros, necesito realizarme como persona. He estudiado una carrera y quiero valerme de mis conocimientos y trabajar, ganarme un sueldo y no vivir de todo el dinero que tiene Alessandro. Tras varias conversaciones, hemos llegado al acuerdo de que me voy a tomar unas vacaciones y que en septiembre me pondré a trabajar. Aún no sé en qué, pero tengo un par de meses para pensarlo todo bien. Laura me anima a que me haga autónoma como ella y lleve varias empresas desde casa, no me desagrada la idea, pero tengo que pensarlo mejor.

Recibo un mensaje en mi móvil que me sobresalta y es del hombre que amo. Me indica que me espera en su despacho. Voy hasta allí y cuando abro la puerta puedo ver sus ojos recorriendo todo mi cuerpo. Llevo un vestido corto en color blanco, hace una noche de mucho calor y me apetecía ponerme algo ligero.

Cuando entro en su despacho miro el cuadro que le regalé por su cumpleaños y ha colocado frente a su mesa, me halaga que me haya dado un lugar tan importante y prioritario.

—Estás increíble, como siempre —murmura mientras se levanta y viene hacia mí. Me coge por la cintura y me da un beso. Me toma de la mano, consulta su reloj y murmura—: Vamos un poco tarde.

Salimos de la casa y nos montamos en su coche. Él conduce, pero dos coches de seguridad nos siguen. Ya no existe peligro sobre él, pero Alessandro no quiere levantar la guardia.

—¿Dónde vamos? —pregunto mientras nos incorporamos a la carretera, intentando sonsacarle.

—Es una sorpresa. Te gustará —presagia dedicándome una sonrisa.

Lo cierto es que agradezco la salida, hace doce días que no salgo de la casa. Alessandro ha insistido en que permaneciese ahí por mi seguridad mientras él arreglaba unos asuntos, me prometió que luego haríamos un viaje y podríamos ser una pareja normal.

Llegamos a un lujoso restaurante. Un chico se hace cargo del coche de Alessandro y nosotros entramos. Es evidente que tenemos una reserva y nos esperan. En cuanto lo ven nos saludan y nos acompañan hasta nuestra mesa. Salimos a un lugar con césped, al aire libre, con una luz tenue y velas. Hay más gente. Nos dirigen a una mesa un poco alejada del resto y, para mi gran sorpresa, Laura y Fábregas nos esperan en ella.

En cuanto me ve, mi amiga se levanta y sale a mi encuentro. Nos abrazamos de forma efusiva. No nos vemos desde que me dejó en casa de mis padres con Fábregas y no hemos hablado demasiado. Por su reacción al verme deduzco que para ella también ha sido una sorpresa.

—Mel, estás maravillosa. Pero qué bien te sienta estar enamorada de este hombre —me indica sonriente mientras me abraza.

Luego saluda a Alessandro mientras yo lo hago con Fábregas, últimamente solo lo he visto de lejos. Alessandro ha sido el encargado de seguir con mis clases de defensa personal y de tiro. No sé por qué se empeña en que esté tan bien entrenada, como siga así estaré lista para presentarme a cualquier oposición del cuerpo de seguridad del estado.

—¡Qué sorpresa, mi amor! —le indico a Alessandro una vez sentados, mientras le doy un beso de agradecimiento en los labios.

De repente, aprecio que mi amiga y Fábregas están cogidos de la mano. Los miro con atención y suelto:

—Pero, ¡¿qué es esto?! —pregunto con la mirada clavada en ellos. Observo a Alessandro y lo encuentro muy relajado, con la espalda reposada sobre la silla y los brazos cruzados.

—Bueno… Fábregas y yo… —comienza a decir mi amiga mientras la miro expectante. No soy ajena a que se hayan acostado un par de veces, pero Laura no es de relaciones serias, a ella le gusta vivir la vida, viajar y odia las ataduras, y Fábregas no me parece un hombre con el que se pueda jugar con él.

—Estamos juntos —anuncia él—. No ha sido una decisión fácil, pero…

—¡Oh, me alegro muchísimo! Por los dos —grito de alegría. Me levanto y los abrazo.

—Hemos quedado para celebrarlo —dice Alessandro.

—¡Tú lo sabías! —le reprocho, sonriente.

—Entre mi hombre de confianza y yo no hay secretos —murmura Alessandro.

—¿Tú sabías que Alessandro estaba enamorado de mí antes de que él me lo confesase? —le pregunto a Fábregas con interés.

—No hizo falta que me lo dijese. Lo conozco bastante. Sus acciones lo delataron.

Cuando me responde me quedo pensativa. No sé qué sabe mi amiga de la parte oscura de la vida de Alessandro y Fábregas. Decido sonreír y preguntarle a Alessandro cuando estemos a solas.

Cenamos a luz de las velas en un ambiente íntimo mientras que hablamos de lo que hemos hecho estos días. Alessandro y Fábregas se mantienen en silencio mientras que somos Laura y yo quienes hablamos.

Tras finalizar la cena, con los postres y una copa de licor cada uno en nuestras manos, con una buena música en directo de fondo, Alessandro toma la palabra:

—Hay algo que quiero que hagáis —anuncia el hombre que amo observándonos a Laura y a mí. Su mirada intensa y seria hace que el corazón se me acelere.

—¡¿Qué pasa?! —inquiero, preocupada.

—Lo he hablado con Fábregas, y como bien sabéis las dos somos dos hombres con unas vidas complicadas —comenta con naturalidad—. Si algo nos sucede, queremos que tengáis algo que os solucione la vida y no os relacionen con nosotros.

—Me estás asustando —le indico, seria. Miro a mi amiga y aprecio que sabe que los hombres que nos acompañan no son unos cualquiera con mucho dinero.

—Solo se trata de dinero —interviene Fábregas para tranquilizarnos.

Laura y yo los miramos sin entender nada.

—Los negocios un día van bien y al otro mal, si algo pasa queremos que vosotras contéis con un patrimonio importante que nos ayude a todos —se incluyen mientras yo sigo sin entender nada—. He comprado un boleto premiado de lotería de Euromillones —revela Alessandro con tranquilidad—. Ciento treinta millones de euros.

—¡¿Qué lo has comprado?! ¿Eso se puede hacer? —pregunta Laura, alucinando.

—En esta vida todo se puede hacer si tienes dinero y los contactos suficientes —revela Alessandro con tranquilidad—. Yo le daré al dueño de ese boleto cuarenta millones más a cambio de que vosotras lo cobréis.

—¡¿Cómo?! —pregunto con los ojos muy abiertos sin apenas entender nada.

—Mañana ambas iréis al banco a cobrarlo, diréis que lo jugabais juntas y será la mitad para cada una. Dinero legal, de un premio, nada que ver con Fábregas ni conmigo —deja claro Alessandro mientras mi amiga y yo lo miramos con la boca abierta.

—¡¿Quieres decir que desde mañana vamos a ser millonarias?! —pregunta Laura, sorprendida.

—Sí, pero millonarias en silencio. Esto no puede salir de aquí —nos advierte—. Invertiremos ese dinero y en poco tiempo seréis mucho más millonarias —dice Alessandro, muy seguro de sí mismo—. Y ahí tienes un trabajo, mi amor —me indica, sonriente—. Trabajaremos junto en la inversión de esos millones.

—¿Y yo qué pinto en todo esto? —pregunta Laura.

—Serás una mujer muy millonaria antes de que acabe el año. Lo disfrutarás todo con Fábregas mientras que yo lo haré con Mel —dice Alessandro.

—Pero tú tienes mucho dinero —le indico algo confusa.

—Ya te he dicho que quiero cambiar —me recuerda de forma paciente—. Este es el primer paso —susurra en mi oído—. Confía en mí, por favor —me pide con amabilidad.

—Siempre —le indico, le acaricio el rostro y lo beso.

—No nos queda de otra que confiar en estos dos hombres de los que nos hemos enamorado —anuncia Laura mientras le toma la mano a Fábregas.

—Mañana Fábregas y yo os acompañaremos a la puerta del banco, entrareis solas con el boleto y lo cobraréis. Saldréis del banco siendo unas mujeres millonarias, eso sí, no podréis decir nada a nadie por el momento —nos ordena Alessandro.

—Vale —asentimos Laura y yo.

—Tenéis que prometernos que solo tocaréis ese dinero si nos pasa algo —nos indica Fábregas.

—No digáis eso —murmuro con el corazón en vilo.

—El dinero es de los cuatro —zanja el asunto Alessandro. Luego alza su copa y brindamos.

—Por un futuro de millonarios —dice Laura.

El resto de la noche lo pasamos tomado un par de copas más, incluso salimos al césped a

bailar con más gente allí.

Cuando llego a casa siento que me lo he pasado muy bien. Disfrutar con Alessandro en una cena de amigos y terminar la noche bailando con él ha sido maravilloso. Me he tomado tres copas y estoy algo achispada, el hombre que amo me guía tomada por la cintura hasta el interior de la casa. Una vez dentro, lo beso y comenzamos a desnudarnos con prisa mientras caminamos en dirección a nuestra habitación, dejando la ropa tirada por el suelo.

Una vez en la habitación vamos directos a la cama, ambos hemos bebido lo mismo, pero yo estoy más afectada que Alessandro. Él me guía en todo momento y me hace el amor con exquisita dulzura y paciencia.

52

Por amor

Cuando abro los ojos descubro a Alessandro mirándome con atención. Estamos en la cama, es lunes y lo siento relajado. Por lo general se levanta muy temprano y cuando me despierto ya no está a mi lado.

—¿Hoy no trabajas? —pregunto entreabriendo bien los ojos y mirándolo con atención.

—Me he tomado el día libre —anuncia con una maravillosa sonrisa—. Vamos a ir a cobrar el boleto de Euromillones y luego iremos a celebrarlo los cuatro.

—¿Está todo bien? —inquiero, preocupada mientras le acaricio el torso desnudo. Algo me dice que no está todo bien y Alessandro me lo oculta.

—Confía en mí. Nunca haría nada que te perjudicase, todo lo contrario —trata de tranquilizarme.

—No me dijiste nada de lo de Laura y Fábregas —le comento.

—Era una sorpresa —murmura mientras me acaricia la espalda.

—¿Qué sabe Laura sobre ti y Fábregas? Yo nunca le dije nada —especifico.

—Lo sé —dice de inmediato—. Laura sabe que Fábregas es alguien que está al lado de un hombre como yo, con negocios legales y otros no tanto. Pero también es consciente de que Fábregas la protegerá tanto como yo a ti.

—Me alegra que esté con Fábregas, es un buen tío pese a que lo conocí matando a un hombre y me trajo secuestrada.

—Ese hombre era un traidor. Pensaba terminar con él y con Lupo, por eso terminó muerto —revela—. La gente que me rodea no mata por matar, solo cuando su vida está en peligro real aprietan el gatillo. Al igual que yo. Solo nos protegemos.

Lo abrazo y le doy un beso en el pecho, quiero olvidar esos temas que me ponen la piel de gallina y me inquietan.

—¿Cuándo nos vamos de vacaciones? —pregunto para cambiar de tema.

—No podremos marcharnos un par de semanas a Dubrovnik como te prometí —revela y lo miro desilusionada. Habíamos hablado mucho de hacer ese viaje este verano.

—¿Cuándo iremos entonces? —pregunto con ansiedad.

—Un año —estipula.

—¿Un año? ¿Por qué tanto tiempo? —pregunto mirándolo con atención, sé que algo pasa y no me lo quiere decir. Hemos retrasado este viaje dos veces.

—Confía en mí. En un año en mi casa de Dubrovnik —murmura—. Un mes entero, solos tú y yo —propone y lo miro sonriente pese a tener que esperar un año para eso—. Solo tú sabes dónde está ese lugar, será nuestro secreto y nuestro refugio. Prométeme que pase lo que pase, en un año estaremos ahí juntos.

—Te lo prometo —acepto de inmediato—. Sabes que te amo y haría todo lo que me pidas por amor. —Lo beso a modo de sellar el trato—. Lo has prometido, señor Albani. Un año, y no acepto más excusas para ir a tu casa en Dubrovnik o me iré sola.

—Si algo me llegase a pasar… Esa casa es tuya —murmura.

—No digas eso. Pensar en que te suceda algo y no estés conmigo me vuelve loca. Prométeme que nunca me dejarás —le suplico, con miedo.

—Nunca te dejaré, eres mi vida entera. Por extraño que parezca, todo lo que hago es por ti, porque tengamos un futuro mejor, más limpio.

—¿Te vas a volver un hombre honesto por amor? —pregunto sonriente, a modo de broma.

—No tienes ni idea de las cosas que haría por amor, pero tranquila, que algún día te las contaré, cuando seamos viejitos y estemos delante de una chimenea con una manta por delante —bromea. Lo beso y rodamos por la cama juntos.

Desayunamos con prisa ya que nos hemos entretenido en una ducha juntos. Vamos con el tiempo justo. Hemos quedado en recoger a Laura, Fábregas viene con nosotros en el coche y luego ambas iremos al banco a cobrar nuestro boleto en común.

Cuando nos montamos en el coche veo que Alessandro va armado, miro a Fábregas, que conduce, no le veo ninguna pistola, pero deduzco que él también lleva otra pistola. Miro a Alessandro y él me susurra en el oído:

—Llevamos encima un premio de ciento treinta millones de euros, es por seguridad hasta que lo ingresemos en el banco.

—¿Cómo has conseguido ese boleto? —susurro.

—Es mejor que no lo sepas, pero quédate tranquila ya que su dueño va a disfrutar de cuarenta millones más por habérmelo entregado.

—¿Tienes tanto dinero en efectivo? —pregunto, sorprendida. Él solo asiente mientras que yo pienso cuánto tendrá en realidad si va a dar ciento setenta millones de euros a la persona dueña del boleto, mientras me pregunto qué hará esa persona con tanto dinero en efectivo sin poder guardarlo en un banco ni legalizarlo.

Llegamos a casa de Laura y la recogemos. Se sienta delante, Alessandro y yo vamos en el asiento trasero del coche y Fábregas nos lleva hasta la puerta del banco.

—Estaremos aquí esperando —nos indica Alessandro, refiriéndose a él y Fábregas. Me entrega el boleto, lo guardo bien en mi bolso y me bajo del coche con Laura.

Mi amiga se agarra a mi brazo, ambas protegemos el boleto de ciento treinta millones de euros que llevamos para ingresar en el banco y juntas entramos en la entidad bancaria.

Nos dirigimos a la oficina del director, le indico que venimos a hacer un importante ingreso. Nos hace pasar de inmediato a su oficina y le explico que tenemos un boleto de Euromillones premiado con ciento treinta millones de euros. La cara del hombre es de completa sorpresa, le entrego el boleto y comprueba el premio.

—¡Enhorabuena, chicas! —nos indica cuando el escáner le indica que está premiado.

—Lo jugamos a medias —le hago saber al hombre.

—¿Abrimos dos cuentas a nombre de cada una y con el importe del cincuenta por ciento del premio? —pregunta. Laura y yo nos miramos y asentimos—. ¿Qué pensáis hacer con tanto

dinero? —se interesa el hombre, sonriente—. Os podemos ofrecer seguros, propiedades en las que invertir…

—Lo tenemos que pensar bien, por ahora nos conformamos con tenerlo ya en el banco —dice Laura de golpe.

El director del banco comienza a hacer las gestiones y nos llevamos en su oficina casi una hora y media. Cuando salimos por la puerta de la entidad bancaria Laura, que va agarrada a mi brazo, me dice:

—¿Esto que nos acaba de pasar es real, amiga? ¿Esos dos hombres son reales o Reyes Magos? Porque nos acaban de hacer millonarias. —Miramos a Alessandro y a Fábregas, ambos sentados en la parte delantera del coche y sonreímos.

Echamos una pequeña carrera hasta ellos y nos montamos en el vehículo.

—Todo hecho, somos millonarios —anuncia Laura.

—Bien —dice Alessandro, mira a Fábregas y ambos intercambian una mirada cómplice que no pasa desapercibida ante mis ojos. Sé que hay algo que no nos dicen.

—Vamos a celebrarlo —propone Fábregas.

Miro el reloj y son casi la una del mediodía.

Los cuatro llegamos a un lujoso restaurante donde nos tomamos un vino y brindamos. En la cara de Alessandro y Fábregas puedo leer que están muy contentos y esa felicidad se refleja en su actitud, siento que sea lo que sea que tienen en mente o planeado les ha salido bien.

—Viva el amor —susurra mi amiga en mi oído. La miro sonriente y veo en su rostro la imagen de una mujer feliz y enamorada que nunca había visto antes.

Alessandro encarga una impresionante mariscada para comer. Cuando nos la ponen por delante Laura y yo no podemos evitar mirarnos y tratar de controlar nuestras caras de sorpresas.

—Esto sí que es una celebración por todo lo alto —murmura mi amiga.

Alessandro me besa y Fábregas imita a su amigo besando a Laura.

***

Los siguientes días Alessandro los pasa metido de lleno en el trabajo, sin embargo, yo me encargo de hacer las maletas. Me ha prometido que nos vamos juntos el fin de semana. No he ha dicho dónde, es una sorpresa, pero no me importa el lugar, solo la compañía. Él y yo, solos. Estos momentos juntos los recibo como el mejor de los regalos, ya que disfrutar por completo de él durante cuarenta y ocho horas es todo un lujo. Es un hombre que trabaja mucho. Se levanta muy temprano, sé que usa el gimnasio a diario, pero, por muy enamorada que esté de él no puedo acompañarlo a las seis de la mañana a hacer ejercicio. Luego pasa la mayoría de la mañana en el despacho de casa, desde donde trabaja y nunca lo interrumpo, comemos juntos si no tiene algún compromiso de trabajo y suele estar libre sobre las siete de la tarde si no tiene que acudir a alguna cena. En resumidas cuentas, lo veo menos de lo que me gustaría, pero no me quejo, cuando estamos juntos me recompensa con creces. Sabe muy bien cómo hacer sentir a una mujer

única y especial. Sus brazos son mi mayor refugio, del que nunca quiero salir. Estoy impaciente por saber dónde vamos a pasar el fin de semana, sé que no me lo va a decir hasta que lleguemos, pero intento descubrirlo, aunque con Alessandro he aprendido que de nada sirve imaginar lo que le rodea o lo que va a hacer, es tan impredecible que nunca sé sus intenciones.

53

Te protegeré

Para mi gran sorpresa, Alessandro me lleva a una lujosa casa rural en Asturias, en Ribadesella. Durante todo el trayecto en coche no he podido sonsacarle el destino. Una vez ahí, en una casa en medio del campo, admirando un gran prado verde, con maravillosas vistas, antes de entrar a la casa, murmura en mi oído abrazándome por detrás:

—¿Sorprendida de nuestro destino?

Lo cierto es que lo estoy, jamás pensé que me llevase a una casa rural perdida en medio de la naturaleza. A mí me encanta, pero como que no me pega mucho con el gran Alessandro Albani y todo su dinero.

—Mucho, pero creo que has acertado. Nada me alegra más que tenerte solo para mí en un lugar como este. Alejado de la ciudad, de más personas y respirar aire puro.

—No vamos a estar aquí todo el tiempo, te tengo preparada varias excursiones —anuncia mientras me besa el cuello.

Me revuelvo en sus brazos, y coloco mis manos entrelazadas detrás de su cuello, mientras le pregunto:

—¿Dónde vamos a ir?

—Hoy realizaremos un descenso por el río Sella en canoa.

—Oh, es genial. —Lo abrazo y lo beso eufórica.

Pasamos a ver la casa en la que nos vamos a alojar, nos cambiamos y nos dirigimos al lugar para hacer el descenso por el Sella.

La experiencia nos resulta maravillosa, Alessandro es un hombre que se mueve muy bien en cualquier ambiente, parece experto en todo. Reímos y nos mojamos en un descenso que jamás olvidaré, una experiencia junto al hombre que amo que me hace conocerlo un poco más, y eso me encanta.

Volvemos a la casa rural y salimos a cenar a un lugar maravilloso con unas vistas espectaculares al Mar Cantábrico.

—¿Cómo se te ocurrió esta escapada maravillosa? —le pregunto a Alessandro mientras cenamos a la luz de las velas.

—No quiero deslumbrarte con dinero ni lujos extremos para que me conozcas mejor, deseo que me vayas descubriendo en un ambiente más normal del que me suele rodear a menudo.

—Me gusta disfrutar contigo de cosas normales. Ver que eres un hombre normal y corriente, sentirte cercano y verte admirar la naturaleza mientras que paseamos por ella.

—¿Te habrías enamorado de mí si no fuese quién soy? —pregunta de golpe. Lo siento preocupado.

Me quedo en silencio mientras pienso en cómo decirle que lo que más ansío es que no fuese

quien es, un hombre tan peligroso, con tanto poder y dinero, pero intento suavizarlo un poco.

—Probablemente no, porque no me hubieses secuestrado y no te hubiese conocido.

—Las mujeres dicen de mí que les atrae el hombre duro y peligroso que soy, mi dinero y mi poder. ¿Qué te atrae a ti de mí, Mel? —pregunta con interés.

Lo miro con atención ya que esta noche lo encuentro especialmente extraño, Alessandro no es de hablar sobre estos temas ni de exponer sentimientos.

—Me atrae todo de ti, te amo como eres y nunca dejaré de hacerlo —le dejo claro. No quiero que ninguna duda lo asalte ni se llegue a plantear que pueda dejarlo porque no es un hombre como la mayoría de los que me podía haber enamorado de no caer en sus garras.

—Daría mi vida por ti, sin dudarlo, ¿lo sabes? —murmura perdido en mis ojos.

—Lo sé. Te amo —murmuro sobre sus labios mientras lo beso con pasión.

Volvemos a la casa rural, hacemos el amor y cuando nos despertamos tenemos delante un paisaje maravilloso. Nuestra habitación está en la planta superior de la casa, es entera de paredes de cristales al exterior y la noche anterior olvidamos echar las cortinas. Creo que es el amanecer más maravilloso de mi vida, hasta me emociono al disfrutar de estas vistas abrazada al hombre que amo.

Tras desayunar nos encaminamos a los Picos de Europa, donde pasamos un día maravilloso. Me encanta ver a Alessandro así, sin lujos que lo rodeen, sin problemas y disfrutando de un viaje en pareja. Lo siento diferente, pero no sé en qué. Supongo que al salir de su área de confort se ha relajado y me muestra al hombre real, no al que se obliga a ser delante de la gente que trabaja para él, sus socios o enemigos.

De regreso a Madrid, la última parada la hacemos en los lagos de Covadonga. Una maravilla que disfrutamos como dos enamorados.

De vuelta a casa, mientras conduce, Alessandro comenta:

—Hacía más de cinco años que no disfrutaba de la naturaleza como este fin de semana.

—Ha sido una escapada increíble, gracias. La recordaré siempre. Y he de confesarte, que me encantan estos regalos y sorpresas donde puedo conocerte más —murmuro sonriente, sintiéndome una mujer muy feliz.

Alessandro me toma de la mano y la lleva a sus labios. La mantiene ahí unos segundos mientras continúa centrado en la carretera.

—La próxima semana inauguro de nuevo la discoteca en Sotogrande, quiero que vengas conmigo y pasemos allí unos días. Podemos dar un paseo en mi yate —me propone sin demasiada ilusión.

—¿También tienes un yate? —pregunto con sorpresa. Alessandro solo asiente a mi pregunta, como si fuese lo más normal del mundo.

***

Los días siguientes siento a Alessandro un poco raro, cuando le pregunto si le sucede algo se excusa con el trabajo, pero yo sé que hay algo más. Puede que sea la vuelta a Sotogrande, la

inauguración de la discoteca que le quemaron en venganza, no lo sé.

Para mi gran sorpresa, Alessandro me anuncia que Laura también vendrá junto con Fábregas los días que estemos en el sur, algo que me hace muy feliz.

Llegamos a la casa de Alessandro en Sotogrande el día antes de la inauguración. Esa noche cenamos los cuatro juntos en casa. Laura recuerda la primera vez que estuvo ahí y yo miro a Alessandro con complicidad rememorando los días en los que mi amiga me visitó y me enamoré del hombre que me tenía cautiva.

Laura se marcha con Fábregas a la casa de invitados, enfrente de la piscina, y Alessandro y yo volvemos a su habitación. Cuando entro en esta, muchos recuerdos me asaltan. Él me lleva tomada de la mano y siento que me la aprieta con más fuerza.

—Tenía ganas de volver aquí contigo —murmura con cierto tono placentero que me hace mirarlo y centrarme en sus ojos verdes.

—¿Quién nos lo iba a decir? La cautiva enamorada de su captor y viceversa —bromeo mientras lo abrazo, sin dejar de mirarlo.

—Te desee desde el mismo momento en el que te vi —revela.

—Me impresionaste muchísimo cuando te conocí. Era una sensación rara entre miedo y atracción.

—Pero no pudimos frenar esto —resume tomándome con fuerza por la cintura y besándome. Camina conmigo y terminamos en la cama.

Me hace el amor de una forma tan especial que llego a sentir miedo, como si fuese una despedida, pero me deshago de esos pensamientos y me duermo abrazada a él.

Una hora antes de la inauguración estoy en el vestidor de la habitación en ropa interior cuando aparece Alessandro. Me mira, él ya va completamente vestido, y murmura:

—No sabes lo que daría porque no te pusieses ese vestido y acudamos a la inauguración de hoy, pero es necesario. —Viene hasta mí, me besa y lo miro con atención—. Nunca olvides que te amo. —Saca un colgante en forma de corazón y me lo coloca en el cuello. Le da la vuelta y leo la inscripción: Te protegeré. —No olvides que siempre te protegeré, aunque no esté cerca —me recuerda. Lleva una mano hasta la joya y luego lo beso.

—Es un regalo precioso. —En realidad es el primer obsequio personal que me hace Alessandro desde que estamos juntos y me hace una gran ilusión llevarlo junto a mí—. Nunca me lo quitaré, así siempre te sentiré cerca —le prometo.

Me da un último beso y se marcha para que pueda terminar de vestirme. He escogido un vestido en color magenta, en tiratas, largo. En palabra de honor y la falda con volumen. Alessandro lleva un traje de chaqueta azul marino y va espectacular.

Nos encontramos con Laura y Fábregas en la entrada de la casa, mi amiga también va espectacular con un vestido color verde flúor. Nos montamos en el mismo coche y nos vamos.

Cuando nos bajamos del coche observo que la entrada al local es espectacular. Muchísimos globos, alfombra roja y ambiente de festejo. En cuanto Alessandro pone un pie en el lugar, ya hay mucha gente cuando llegamos, todos se vuelven para mirarnos. Me lleva tomada de la mano y me siento más suya que nunca tras haberme regalado el colgante que luzco en el cuello.

Me llevo una grata sorpresa cuando Flavio y su mujer, Rebeca, nos saludan. Tras su fatal celebración de bodas no los habíamos visto más. Para mi gran sorpresa, nos reunimos en el mismo reservado.

En mitad de la exquisita comida que están sirviendo muchos camareros, se trata de pequeñas degustaciones, Laura y yo nos ausentamos para ir al baño.

—¿Nunca le has preguntado a Alessandro cuánto dinero tiene? —me pregunta mi amiga paseando la mirada por todo el lujo que nos rodea. La miro con una ceja levantada por hacerme esa pregunta tan privada.

—No —le indico de inmediato.

—Joder, te acuestas con él. Te trata como a su mujer desde que lo conocí, siempre he sabido que no era un rollo. Alessandro nunca te va a dejar ir —dice convencida.

—Ni quiero que lo haga —le replico, sonriente—. ¿Qué tal tú con Fábregas? —me intereso.

—Muy bien —comenta con ojos de enamorada hasta la médula mientras me sonríe—. Es un hombre… guau —dice emocionada. Y me imagino lo que engloba todo ese guau. Laura siempre ha sido muy exigente con sus relaciones, por ello con ninguna terminaba de cuajar—. Fábregas es alguien especial. Estoy tan enamorada de él como tú de Alessandro —admite y me alegra escucharlo.

Nos retocamos los labios frente al espejo, mientras sonreímos como dos adolescentes enamoradas y, en cuanto salimos del baño y enfilamos el pasillo hasta el reservado dos hombres armados se acercan a nosotras y nos atrapan. Trato de defenderme, pero siento una pistola pegada en mis costillas. Miro a mi amiga y ambas vamos igual. Dos desconocidos nos tienen la boca tapada con sus manos y nos agarran con fuerza mientras nos amenazan en silencio con pistolas.

Nos arrastran hasta un cuarto de limpieza y nos atan las manos y los pies.

—¡¿Qué está pasando?! —grita mi amiga aterrorizada.

Luego nos colocan una cinta adhesiva en la boca y se marchan, dejándonos ahí, solas y a oscuras. Cierran una puerta de seguridad contra incendios, dudo que por mucho que gritásemos nos escuchase alguien.

Me remuevo con fuerza en intento deshacerme de las ataduras, pero no lo consigo, me tumbo detrás de Laura y la animo para que me quite el adhesivo de la boca, lo hace y luego yo hago lo mismo con ella.

—¡No grites! —advierto a mi amiga—. Los alertaremos y vendrán por nosotras. Vamos a tratar de quitarnos esto —propongo.

—¿Y luego qué? —pregunta con miedo—. ¿Qué está pasando? —inquiere.

—No lo sé —susurro.

—¿Que no lo sabes? Te acuestas desde hace meses con el jefe máximo —me reprocha, perdiendo los papeles.

—Entonces sabrás que ni Alessandro ni Fábregas son dos blancas palomas —contraataco. No es el momento para hablar sobre los negocios de los hombres que amamos, ni en qué andan metidos.

—Lo intuía, aunque Fábregas nunca me da muchas explicaciones —susurra.

—Pues no creas que Alessandro me las ha dado a mí. Siempre dice que cuanto menos sepa mejor y más segura estaré.

—Si, ya lo veo —carcajea soltando una amarga risotada.

—No te preocupes, Alessandro y Fábregas nos echarán de menos y no dejarán que nos pase nada —trato de tranquilizarla.

—¿Tú has visto que esos dos hombres tenían pistolas? —pregunta con miedo.

—Alessandro siempre va armado, debe de tener a gente de seguridad y de confianza por aquí, y cámaras —añado.

—No vamos a salir vivas, Mel —lloriquea, asustada.

—Confío en Alessandro, pronto nos rescatará. Siempre me ha dicho que me protegerá.

—Pues espero que cumpla su palabra y Fábregas me demuestre su amor de igual forma —murmura, nerviosa.

—Vendrán por nosotras —aseguro mientras trato de deshacerme las ataduras, pero es imposible.

—¿Y si gritamos? —propone Laura.

De repente, la puerta del cuarto en el que estamos se abre con brusquedad, las sombras que vemos son de dos hombres, estamos un poco cegadas con la luz que entra del pasillo, pero de inmediato reconocemos las voces de Alessandro y Fábregas.

—¿Estáis bien?

Suspiro, aliviada, mientras que Alessandro se acerca a nosotras y nos desata con suma facilidad. Veo que lleva una pistola en la mano, al igual que Fábregas que nos espera en la puerta mirado por si viene alguien.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras Alessandro me refugia en sus brazos.

—Todo se ha complicado —murmura, pero no dice nada más.

Salimos del cuarto en el que nos encerraron mientras veo a Laura abrazada a Fábregas.

Recorremos el largo pasillo del baño para ir hacia la salida, luego nos encaminamos hacia los coches. Supongo que hay que marcharse de allí cuando antes, sin embargo, cuando casi me siento feliz porque creo que estamos fuera de peligro, a punto de marcharnos, una voz nos alerta:

—¡Albani! —grita un hombre. Nos damos la vuelta instintivamente y vemos que está armado —. Eres un puto traidor —lo acusa.

Cuando Alessandro y Fábregas nos protegen aparecen más hombres armados detrás del que acaba de llamarlo traidor, llego a pensar por un microsegundo que sean personas de confianza de Alessandro, pero el hombre anuncia:

—Todos los tuyos están muertos, llegó tu turno y el de tu perro fiel.

Alessandro y Fábregas disparan, sin embargo, sus enemigos son más. A Laura y a mí nos refugian detrás del coche, es blindado y no atraviesan las balas. No vemos nada, solo tengo el corazón a mil porque creo que vamos a morir todos.

De repente, Laura abre la puerta del coche y me indica que nos metamos dentro. Grito, llamando a Alessandro, para que se refugie con nosotras. Él me mira, pero justo en ese instante veo como le pegan varios tiros, todos en su pecho, cae al suelo y comienza a sangrar.

Cuando escucho gritar a mi amiga, me doy cuenta de que Fábregas también ha sido alcanzado

y ha caído con varios tiros en el pecho, como Alessandro, estoy segura de que hoy vamos a morir.

Laura y yo nos miramos aterradas, de inmediato ella bloquea el coche. Los hombres se dirigen a nosotras y vacían sus pistolas sobre la carrocería, pero ninguna la atraviesa. Estamos tendidas en el asiento trasero, abrazadas, llorando y temblando de miedo. Cuando dejamos de oír tiros levantamos la cabeza con sumo cuidado y no vemos a nadie. Intento salir, tengo que ir junto a Alessandro, sin embargo, Laura me lo impide y grita fuera de sí:

—Puede ser una trampa. Si salimos igual nos matan.

—Tengo que ayudar a Alessandro, está herido. Y Fábregas también —le indico con énfasis.

—Están muertos, Mel —murmura mi amiga llorando mientras que yo me niego a creerlo pese a tenerlos a la vista a ambos, tumbados en el suelo y con el pecho lleno de sangre.

Sin importarme mi vida ni nada más, salgo del coche, corro hasta Alessandro y me arrodillo a su lado. Tiene todo el pecho lleno de sangre, no sé qué hacer, cómo ayudarlo ni dónde lo han herido.

—Aless, mi amor —le suplico, llorando—. No puedes hacerme esto. Abre los ojos —le imploro, le levanto la cabeza, se la coloco sobre mis piernas e intento que me mire—. Te lo suplico, haz un esfuerzo, no te mueras. —Le toco la cara con mis manos llenas de su sangre e intento hacerlo reaccionar mientras lo zarandeo resistiéndome a perderlo.

Cuando entreabre los ojos y compruebo que no está muerto siento la mayor alegría de mi vida. Me mira y susurra:

—Te protegeré. Recuerda que una verdadera historia de amor nunca se termina —dice con grandes esfuerzos, luego sus ojos se cierran y su cabeza cae a un lado al mismo tiempo que siento una enorme agonía y grito:

—¡No!

Levanto la cabeza en señal de pedir ayuda y veo a Laura abrazada a Fábregas.

—Está muerto —me indica mi amiga muerta de pena.

Yo me resisto a que Alessandro también lo esté. Intento que vuelva a mí, grito su nombre con desesperación, pero es imposible. Tiene varios tiros en el pecho y mucha sangre. Mi parte racional me dice que nadie puede sobrevivir a algo así.

De repente, llega Lupo y nos ordena que nos tenemos que ir de allí.

—Llama a una ambulancia, alguien que los ayude —grito, desesperada.

Me niego a dejar a Alessandro, pero nos coge a Laura y a mí a la fuerza y nos obliga a marcharnos mientras murmura:

—Son órdenes del jefe. Pase lo que pase, antes que nada, vosotras a salvo.

54

Ausencias

Tras varias horas de coche hasta Madrid, Lupo nos deja en casa de Laura, pero antes de marcharse nos advierte:

—No salgáis de aquí en tres días. Volveré una vez que resuelva todo.

Cuando se marcha siento la impotencia más grande de mi vida, es la única conexión que tengo con Alessandro. ¿Qué va a ser de él, de su cuerpo? Pero Lupo se va sin dar más explicaciones.

Laura y yo nos abrazamos en cuanto nos quedamos a solas.

—¡¿Qué ha pasado?! —lamento con lágrimas, sin ser capaz de digerir la imagen de Alessandro y Fábregas en el suelo con un montón de balas en sus pechos y sangre por todos lados.

Miro a mi amiga y luego a mí misma. Ambas vamos llenas de sangre, nuestros elegantes vestidos, los brazos, la cara…

—Vamos a poner la televisión a ver si nos enteramos de algo más —propone Laura, desesperada y nerviosa.

De repente, me quedo paralizada cuando pienso que nosotras podemos correr peligro, por ello Lupo nos ha dicho que permanezcamos sin salir de casa durante tres días. Instintivamente, llevo mi mano hacia el colgante que Alessandro me regaló y pienso, con miedo, si él ya no está quién nos va a proteger.

Laura y yo nos sentamos en su sofá y ponemos todos los canales de la televisión. Está amaneciendo y esperamos a las primeras noticias del día. Ambas estamos abrazadas, con el corazón en vilo.

En el primer informativo matinal anuncian que el gran empresario, dueño de restaurantes y discotecas por algunas cuidades de España, Alessandro Albani, ha muerto debido a varios tiros, junto con su mano derecha y hombre de confianza. No dan el nombre de Fábregas, pero Laura y yo sabemos que es él. Posteriormente, dicen que el altercado se debe a unos socios del empresario, el cual se relacionaba con gente no muy recomendable en ciertos negocios.

Laura y yo nos abrazamos llorando. Era lo que más temíamos, la confirmación de la muerte de Alessandro y Fábregas.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto fuera de sí, nerviosa. Quiero verlo por última vez, estar con él. Darle el adiós definitivo.

—Lupo dijo que no saliésemos de aquí. Además, sus cuerpos deben de estar en Cádiz y nosotras estamos en Madrid —me hace ver mi amiga.

—No pueden estar muertos, esto tiene que ser una pesadilla —lamento revolviéndome el pelo.

—Viste lo mismo que yo —me recuerda Laura.

Cierro los ojos y lloro sin parar. Ambas lo hacemos. No sé el tiempo que pasamos así, en el

sofá, hasta que Laura se levanta y me obliga a meterme en la ducha con ella para limpiarnos toda la sangre que llevamos encima.

Cuando entro en el baño y observo mis brazos y mi vestido, manchados de la sangre de Alessandro, siento que me quiero morir con él. ¿Qué va a ser de mí y de mi vida sin él? Me pregunto perdida en el terrible dolor de cabeza que tengo.

Laura y yo nos colocamos unas mallas y unas camisetas y nos metemos en la cama. Ambas abrazadas, con el mismo dolor y comprendiéndonos mejor que nunca. Hemos pasado por lo mismo, ver a los hombres que amamos muertos en el suelo con tiros en sus pechos. Nos cuesta asimilar que ya no estarán nunca más con nosotras.

Nos quedamos dormidas, de tanto llorar y cuando el cansancio se apodera de nosotras. Creo que pasamos los siguientes días así, en la cama, ambas con nuestro dolor, tratando de superar este duelo, preguntándome dónde estará el cuerpo de Alessandro y dónde lo enterrarán.

Cuando suena el timbre de la casa Laura y yo nos miramos con miedo. En silencio, con sigilo, vamos hasta la puerta y miramos por la mirilla, cuando vemos que se trata de Lupo le abrimos de inmediato.

—¿Estáis bien? —se interesa el hombre.

—¿Cómo se puede estar bien cuándo hemos perdido lo que más amábamos? —le reprocha Laura a Lupo.

—Lo siento mucho —se disculpa el hombre, se aprecia que está apenado y cansado—. Al menos os saqué con vida de allí como el jefe hubiese querido. Estáis a salvo —murmura mientras nos adentramos en el salón de mi amiga.

—¿Dónde están los cuerpos de Alessandro y Fábregas? —pregunto con miedo.

—Tras examinarlos, los incineraron. No hubo velatorio ni nada. El jefe solo la tenía a usted y no era recomendable exponerla para que recibiese el pésame de personas que ni siquiera conocía. —Laura y yo nos abrazamos, consolándonos mutuamente en nuestro dolor.

—¿Y sus cenizas? —me atrevo a preguntar.

—Las tengo en el coche, por si queríais darles el último adiós y esparcirlas vosotras —nos ofrece con amabilidad.

De inmediato, Laura y yo asentimos.

—¿Qué nos espera ahora, Lupo? —pregunto con temor.

—Todos los bienes del jefe han sido incautados por algunos negocios no muy legales que llevaba a cabo —murmura.

—No me importa su dinero, sino nuestra seguridad.

—Estáis limpias. A partir de ahora podréis seguir con vuestras vidas, se os ha visto con el jefe y su mano derecha, pero como otras tantas mujeres. Los querían a ellos y lo consiguieron —lanza con rabia.

—¿Y tú? —me intereso.

—Sabré arreglármelas. Si algún día necesitan algo, solo tienen que contactarme. —Nos apunta su teléfono en un trozo de papel—. El jefe y Fábregas tendrán siempre todos mis respetos, fueron dos grandes hombres.

—Gracias, Lupo —murmuro.

Laura y yo lo acompañamos al coche y nos entrega las cenizas de Alessandro y Fábregas. Cuando la tomo en mis manos suspiro y no puedo evitar llorar. Siento a Alessandro más cerca, pero verlo reducido a cenizas me parte en dos. Miro a mi amiga y también llora con la caja de las cenizas de Fábregas en sus manos. Lupo se monta en su coche y se marcha. Laura y yo subimos a su casa, sin saber qué hacer, nos sentamos en el sofá y ambas lloramos.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunto completamente perdida.

—Tenemos dos cuentas millonarias en el banco —me recuerda mi amiga—. Puede que Alessandro y Fábregas presagiasen que alguna vez podían terminar así y por eso hicieron todo eso para que tú y yo estuviésemos bien cubiertas —murmura.

Me quedo pensativa por unos segundos, Alessandro era un hombre muy listo y calculador, la teoría de Laura tiene sentido pese a que me cueste creerla.

—¿Qué hacemos con las cenizas? —pregunta Laura tras permanecer ambas en un prolongado silencio.

—No lo sé. Me gustaría esparcirlas por algún lugar donde fui feliz con Alessandro, pero ya escuchaste a Lupo, sus propiedades están embargadas.

—¿Y algún otro sitio? —propone.

—¿Tú qué piensas hacer con ellas? —le pregunto.

—Hablamos de hacer un crucero juntos, me gustaría tirarlas en el mar como si hubiésemos disfrutado de ese viaje que nunca llegamos a hacer.

Suspiro y me quedo pensativa. Esbozo una medio sonrisa y miro a mi amiga. Ya sé dónde voy a llevar las cenizas.

—Alessandro y yo hablamos de hacer un viaje el próximo año a Dubrovnik, haré como tú, viajaré con sus cenizas y las esparciré allí en su propiedad. Me dijo que solo yo sabía dónde estaba, y que era mía si le pasaba algo, así que dudo que haya desaparecido como el resto de sus bienes.

—Me parece buena idea —murmura Laura.

Nos abrazamos y suspiramos al mismo tiempo. Pasamos por algo muy duro, pero, al menos, cada una comprende el dolor de la otra.

55

Tres meses después

—No puedes seguir llorándole, Mel —me riñe Laura cuando entra en mi habitación.

No consigo olvidar la imagen de Alessandro muerto, con las balas en el pecho y sangre por todo su cuerpo. Llevo tres meses metida en cama, sin dejar llorarle. Mi familia vino a verme cuando se enteraron por los medios de la muerte de mi novio. Intentaron que me fuese con ellos a casa, pero preferí quedarme con Laura, sentía que ella me comprendería mejor que nadie al haber pasado por lo mismo, sin embargo, mi amiga se ha refugiado en el trabajo mientras que yo lo hice en la cama y en el dolor más profundo que jamás he sentido. Apenas hemos salido de casa en este tiempo, lo sucedido tres meses atrás donde Alessandro y Fábregas perdieron sus vidas nos parece algo imposible, sin embargo, ellos ya no están. Mi vida se ha vuelto vacía, no sé qué hacer sin él a mi lado. No tengo una casa, no tengo trabajo y no sé por dónde comenzar a reconstruir mi alma y mi corazón. Los recuerdos de todos los momentos de felicidad junto a Alessandro se vuelven dolorosos porque sé que no volverán a repetirse nunca.

—No sé qué hacer con mi vida. Duele demasiado —me compadezco con mi amiga.

—Te entiendo, pero hay que seguir adelante. Piensa en qué le hubiese gustado a Alessandro que hicieses. Seguro que te realizases en algo que realmente te guste y desees.

—¿Cómo qué? —pregunto con desánimo.

—Somos muy jóvenes, hay que seguir adelante. Mírame a mí, no he dejado mi trabajo. Te aseguro que la muerte de Fábregas me duele tanto como a ti la de Alessandro, pero hay que superar el dolor.

—¿Qué hago si no puedo? —le ruego.

—Haz como yo, refúgiate en algo que realmente te apasione. A mí me encanta mi trabajo. No me importa pasar más de ocho horas al día frente al ordenador diseñando y haciendo mil cosas, procura hacer lo mismo. Te distraerás y el dolor será menos al no estar todo el día pensando en lo mismo—asegura.

—Intentaré ver qué hago, pero no estoy para buscar un trabajo en estos momentos —me quejo, sintiéndome peor que nunca. Hace tres meses que solo uso pijamas, no me arreglo ni me maquillo.

—No hace falta que lo busques. ¿Tengo que recordarte que somos millonarias? Ese dinero está en nuestras cuentas, es legal y te aseguro que Alessandro y Fábregas hicieron todo eso para dejarnos bien cubiertas en caso de que algo les pasara.

Miro a mi amiga y es como si una luz se hubiese encendido al final del túnel. No me acordaba de todos esos millones, en este tiempo he estado viviendo de la prestación por desempleo y unos ahorros que tenía de la liquidación cuando me fui de mi trabajo.

—Somos millonarias —repito lentamente.

—Sí, pero no te acomodes y quieras pasar la vida entera en la cama. Has estudiado economía, deberías de saber qué hacen las personas con tanto dinero y cómo le vamos a dar uso a tanto dinero —me plantea Laura.

—Podemos crear nuestra propia empresa, o comprar una, invertir… —murmuro con ilusión.

—Bien, pues haremos algo de eso, pero, ahora tenemos que hacer la compra. Vístete y acompáñame al supermercado, la despensa está vacía —me ordena—. Hay que salir de aquí y pensar qué hacemos con nuestras vidas.

Laura abre el armario y saca algo de su ropa. Desde que estoy en su casa todo lo que uso es de ella. Mi ropa se quedó en casa de Alessandro.

Mi amiga me obliga a que me dé una ducha y me meta en unos vaqueros que me quedan algo estrechos, no lo entiendo, en los últimos meses no he comido mucho, pero también es cierto que no he hecho ejercicio. Me obligo mentalmente a apuntarme a un gimnasio y comenzar una rutina en la que vuelva a la vida, a ser una persona normal.

Salimos a la calle y cruzamos la acera. Tenemos un supermercado cerca y vamos caminado, Laura insiste en que tengo que andar tras tanto tiempo sin ejercitar las piernas. Cuando entramos en el super me siento rara. Hace mucho que no iba a uno, en casa de Alessandro no faltaba de nada. Intento imaginarlo haciendo la compra alguna vez y una medio sonrisa aparece en mi boca.

Mientras Laura va metido cosas en el carro de la compra yo me limito a empujarlo, no tengo ni idea de qué hace falta en casa, miro a una pareja que va delante nuestra. Son jóvenes y se les ve muy enamorados, tengo que reprimir un par de lágrimas al recordar momentos cómplices de abrazos y besos con Alessandro como los que ellos se dan. De repente, reparo en que Laura echa en el carro de la compra compresas y tampones. Me paro en seco y hago memoria desde cuando no los uso. De repente, comienzo a sentir que mi corazón se acelera y un sudor frío aparece por mi frente.

—¿Qué sucede? —me pregunta Laura, me mira asustada—. Estás muy pálida, ¿te encuentras bien? —inquiere mirándome con atención y agarrándome del brazo.

—Necesito sentarme —murmuro.

De inmediato, salimos del supermercado a la calle, para que me dé un poco el aire y me siento en un banco de la calle que por suerte está al lado.

—Puede que sea la tensión, quizá se te haya bajado. Tanto tiempo en cama… —murmura Laura, preocupada.

Yo niego con un gesto de la cabeza.

—Vamos a una farmacia —digo de golpe.

—¿Para qué? Mejor llamo a un taxi y que nos lleve a un hospital —propone mi amiga.

—No. Tengo que comprar una prueba de embarazo —le indico con el corazón a punto de salirse por mi pecho.

—¡¿Cómo?! —pregunta Laura con los ojos muy abiertos.

—No recuerdo la última que tuve con la regla, pero te aseguro que no me ha venido desde que Alessandro murió.

—¡Madre mía! —exclama llevándose las manos a la boca—. ¿Estás embarazada?

—No lo sé. Puede que sea por todo lo que ha pasado o puede que la vida me haya premiado

con el gran regalo de tener un hijo de Alessandro. Vamos, no puedo esperar más. —Me levanto, tiro de ella y ahora soy yo la que se preocupa al ver a Laura un poco pálida, pero se recupera de inmediato.

Cuando llegamos a la farmacia y pido tres test de embarazo Laura se ríe.

—No quiero que quepa la menor duda —le susurro.

Vamos directas a casa, el carro lleno de comida que hemos dejado en el supermercado sin pagar, ya no es importante. Tengo que saber si estoy embarazada.

Entro en el baño, Laura se ofrece a acompañarme, pero es algo que quiero hacer sola. Me hago un primer test, luego otro y mientras estoy sentada en el váter con ambos en mis manos mi amiga llama a la puerta con insistencia. No le contesto, no me salen las palabras y ella entra.

—¡¿Qué?! —pregunta ansiosa.

—Ambos han dado lo mismo —anuncio mientras lo asimilo.

—¿Y es? —pregunta mirándome con atención.

—Son positivos. Según ellos —Alzo los test en mis manos—, estoy embarazada de dieciséis semanas.

Laura abre mucho los ojos y luego viene hacia mí y me abraza. En ese momento tomo conciencia del gran regalo que me ha dejado Alessandro, y no ha sido una cuenta millonaria, sino un hijo de él.

—¡No lo puedo creer! —grito, eufórica, una vez que he asimilado que voy a ser madre. No puedo sentirme más contenta—. Dime que es cierto esto que está pasando, que no se trata de un sueño —le suplico a mi amiga.

—Es real. En cinco meses vas a ser madre —grita mientras nos abrazamos y saltamos de alegría.

—Esto me ha devuelto a la vida. ¡Un hijo de Alessandro! —Llevo las manos a mi vientre y lo acaricio emocionada.

—Tenemos que ir a un médico, para que te haga seguimiento y comiences con todo lo que toman las embarazadas —dice Laura—. Tienes que cuidarte. Cuenta conmigo para todo. Te prometo que seré una gran tía para ese niño.

Ambas nos abrazamos, felices y emocionadas. Tener un hijo de Alessandro es el mayor regalo que me puede hacer la vida en estos duros momentos.

56

Diez meses después

—Acabo de comprar lo vuelos —le anuncio a Laura.

—¿Estás segura? —me pregunta con miedo.

—Sí —afirmo convencida de ello—. Algo dentro de mí me dice que tengo que ir a Dubrovnik. Alessandro y yo prometimos que haríamos ese viaje en un año y voy a cumplirlo con mi hija. Creo que es una forma de despedirme de él para siempre, aunque nunca lo pueda arrancar de mis recuerdos ni de mi corazón.

—¿Cuándo nos vamos? —pregunta, decidida. Es un tema que llevamos mucho tiempo hablando, no me importaba viajar sola con Carla, es muy buena, pero Laura insiste en acompañarnos. Vamos a pasar un mes en la casa que heredé de Alessandro como planeé con él antes de que ocurriese todo. Aún no sé ni como los documentos de propiedad de esa casa llegaron a mí, pero lo cierto es que, al parecer, era el único bien que me dejó tras su fallecimiento ya que estaba a mi nombre sin yo saberlo antes de él morir.

—En una semana —le indico.

Carla comienza a lloriquear y ambas miramos en dirección al moisés donde duerme. Se lo tenemos colocado en el salón. Cuando nació mi hija, Laura y yo nos mudamos a un ático muy grande en pleno centro de Madrid. Mi amiga insistió en vivir con nosotras y yo me sentía mejor con ella que volviendo a casa de mis padres.

Desde que Alessandro y Fábregas murieron Laura y yo estamos más unidas que nunca. Cuando les di a mi familia la noticia de mi embarazo insistieron en que me fuese con ellos, estuve a punto de marcharme, pero vi en los ojos de mi amiga el gran dolor que eso le iba a producir y decidí quedarme a su lado. Aparte, también teníamos grandes proyectos juntas. Somos dos mujeres millonarias que en estos diez meses han aumentado su fortuna considerablemente. Hemos invertido, comprado y vendido, y todo nos ha salido de maravilla. Tengo que admitir que Alessandro y Fábregas se preocuparon por nosotras y nos dejaron la vida resuelta, pero yo cambiaría todos los millones de mi cuenta bancaria porque Alessandro estuviese a mi lado y con su mi hija. Muchas noches pienso cómo sería en la faceta de padre, pero no consigo imaginármelo, nunca hablamos de tener hijos y ni siquiera sé si le hubiese gustado serlo.

En estos meses Laura y yo nos hemos dedicado a trabajar, decorar nuestra nueva casa y a mi hija. Carla es una preciosa niña de ojos verdes, como los de su padre, que ya tiene cinco meses, es la alegría de Laura y mía. Mi bebé llegó a nuestras vidas para devolvernos la sonrisa y las ganas por la vida.

Estamos cenando, una vez que mi hija ya duerme, cuando Laura me indica:

—Durante el mes que estemos fuera he dejado a María encargada de todo. —Ella es una chica que conocía Laura y nos ayuda con nuestros negocios. Es la encargada de reformar y vender las

propiedades que compramos a bajo precio y luego las vendemos de nuevo proporcionándonos unas buenas ganancias.

—Me parece bien, pero si tú no te quieres quedar tanto tiempo en Dubrovnik puedes regresar antes.

—Creo que me merezco unas buenas vacaciones y gastar nuestro dinero en caprichos. Desde que somos millonarias solo hemos trabajado.

—Tienes razón, entre mi embarazo y el nacimiento de Carla… —recuerdo. Sin embargo, pese a mi hija darme una gran alegría con su llegada, no pude evitar la tristeza que su padre no estuviese con ella y que crezca sin conocerlo.

—He reservado en el mejor hotel para la primera semana que estemos en Dubrovnik, no sabemos cómo nos vamos a encontrar la casa y seguro que tendrán que limpiarla a fondo antes de que entremos allí con la pequeña —comenta Laura.

—Me parece bien, no había contemplado esa posibilidad.

—¿Cómo te sientes al estar tan cerca el viaje que planeaste hacer con Alessandro? —pregunta Laura.

—En todos estos meses no ha pasado ni un solo día en el no pensase en él o llorase su muerte antes de quedarme dormida cada noche, sin embargo, algo dentro de mí me dice que este viaje va a ser bueno para mí, creo que es como una forma de reencontrarme con Alessandro en algo que planeamos juntos y sanar al fin mi alma rota.

—Sabes que cuando lleguemos allí, a su casa —especifica— no serán momentos buenos.

—Cuento con ello. Sé que todo me recordará a él. Sin embargo, lo recibo como un regalo ya que no tengo nada suyo. Lo que más anhelo es encontrar ropa suya en la que permanezca su olor.

Me abrazo a Laura, emocionada, y sé que ella me entiende. En estos meses hemos hablado muchísimo y he comprobado que estaba muy enamorada de Fábregas.

—Estoy deseando de ver la casa que te dejó Alessandro en Dubrovnik, igual nos gusta tanto que nos quedamos allí —bromea.

—No podría apartar a mi hija de sus abuelos, sus tíos y sus primos.

***

Una semana después.

Llegamos cargadas de maletas al hotel que Laura ha reservado en Dubrovnik y subimos a la suite de dos habitaciones y salón compartido que ha escogido. Es maravillosa. Estamos un poco cansadas del viaje, le doy el pecho a mi hija y luego almorzamos algo. Laura tiene sueño y va echarse una siesta, Carla está tan bien en su cuna que me da pena llevármela conmigo, por ello le propongo a mi amiga:

—¿Qué te parece si te quedas aquí con mi hija y yo voy a ver el estado en el que se encuentra la casa de Alessandro?

—¿Vas a ir sola? —se preocupa.

—Cogeré un taxi en la puerta del hotel, le daré la dirección y entraré en la que es mi casa, no veo el peligro. Prefiero que Carla se quede aquí contigo, mírala, mi pobre niña está cansada del viaje.

—Está bien —accede tras pensárselo.

—Si me demoro, dale un biberón —le indico. Desde hace un mes tuve que alternar pecho y biberón ya que mi pequeña come mucho.

Cojo mi bolso, dejo a Laura y a mi hija en el hotel mientras que me encamino a la casa que Alessandro puso a mi nombre en Dubrovnik. Mientras que el taxista llega hasta el lugar voy pendiente de todo el paisaje, es maravilloso. Nunca había estado en Croacia, pero tenía entre mi lista de viajes increíbles venir algún día a Dubrovnik, solo siento que lo haga sola y no con Alessandro como planeamos. Estoy segura de que él lo conocía bien y me hubiese enseñado muchas cosas.

Llegamos ante una impresionante mansión de cuatro plantas y el taxista me indica:

—Aquí es.

Miro bien la propiedad, compruebo la dirección y el número, y es ahí, no hay dudas. Le pago al taxista y me bajo. El sitio donde se encuentra la casa se nota que es un lugar seguro, está rodeada de más viviendas y, sin entrar en la casa, ya me ha enamorado desde fuera. Es magnífica. Por los documentos que me hacen propietaria de esta casa sé que consta de siete habitaciones, nueve baños, salón, cocina, sauna, gimnasio, sótano y un garaje con capacidad para cinco coches. Todo ello distribuido en cuatro plantas.

Introduzco la llave, que me llegó junto con las escrituras de propiedad, en la cerradura y me adentro en la que es mi casa en Dubrovnik. Nada más entrar, compruebo de forma inmediata que todo está muy limpio y ordenado. Está decorada con un gusto exquisito y caro. Las vistas del salón, con paredes frontales en vidrio en primera fila al mar son espectaculares. Me quedo en silencio comprobando, emocionada, lo increíble que hubiese sido estar aquí todo un mes con Alessandro.

Recorro la primera planta y encuentro un salón comedor donde la cocina está integrada, un baño y un despacho. Cuando me adentro en esta última estancia mi corazón se acelera y me llevo una mano a la boca para acallar un grito cuando compruebo que el cuadro que le regalé a Alessandro por su cumpleaños y estaba en su despacho de la casa de Madrid se encuentra aquí. Está colocado detrás del sillón del despacho. Me quedo paralizada frente a él. Recuerdo cuándo lo pinté y esa noche entre nosotros en la que me inspiré. Dos lágrimas brotan de mis ojos, sin querer, al vernos ahí abrazados mientras me pregunto cómo ha llegado hasta este lugar. Suspiro, pensativa, tomo aire y levanto la mirada para salir del despacho, cuando lo hago, me sobresalto y emito un grito, llevándome la mano al corazón. Hay un hombre en el salón de la casa, está de espaldas a mí y su mirada la tiene clavada en el paisaje que tiene ante él. No sé quién es ni qué hace ahí, no tiene pintas de ser un ladrón. Lleva una gorra negra, pantalones negros y una camiseta del mismo color. Fijo la mirada en sus brazos, mi corazón se acelera hasta el punto del infarto y susurro cuando advierto en sus tatuajes y los reconozco: no puede ser. Temblando, con pasos lentos y silenciosos, me encamino hacia esa figura masculina que parece que no ha percibido mi presencia.

Conforme me acerco al hombre siento que me voy a desmayar, mis piernas parecen de gelatina, mis manos tiemblan y un sudor frío cubre mi frente.

De repente, el individuo se da la vuelta y me quedo paralizada. Pienso de inmediato que mi mente y mi vista me están jugando una mala pasada. Cierro los ojos con fuerza, los abro de nuevo, pero él está ahí. Es real, de carne y hueso. Se mueve, me mira en silencio y viene en dirección a mí.

—Alessandro —musito sin apenas voz mientras millones de lágrimas ruedan por mis mejillas —. Estás vivo —murmuro sin entender nada.

Eufórica, voy a dar un paso hacia él, pero me para en seco y dice:

—Alessandro Albani murió en aquel tiroteo. No soy quién crees.

57

¿Quién eres?

—¿Cómo… que no eres Alessandro? —pregunto mirándolo como si él o yo estuviésemos locos. Es su cara, su cuerpo, sus ojos, los mismos tatuajes de sus brazos y sus manos. No entiendo nada.

—Mi nombre es Oliver Ferrer —se presenta, mirándome serio mientras que a mí me tiembla todo mi ser.

Sacudo la cabeza y comienzo a marearme un poco.

—Tengo que sentarme —susurro mientras tomo asiento en el sofá. Me revuelvo el pelo mientras que él me mira, sentado a mi lado, pendiente de mí en todo momento.

—¿Dónde está Alessandro? —pregunto atacada por completo. Tengo a un hombre frente a mí que es igual a él, pero dice que no es Alessandro Albani, sin embargo, yo veo al hombre del que me enamoré.

—Alessandro nunca existió —murmura.

—No me confundas más, por favor —le ruego, desesperada—. ¿Qué está pasando?

—Como ya te he dicho que mi nombre es Oliver Ferrer, era agente del servicio de inteligencia de España y me metí en la piel de Alessandro Albani para hacerme con muchos contactos y detener a personas que ponían en riesgo la seguridad nacional —explica mientras lo miro con atención y asimilo toda la información.

—¿Eres tú? —pregunto, confusa—. ¿Alessandro y tú sois la misma persona? No estás muerto —afirmo con alegría medio entendiendo todo lo que me ha dicho.

Alessandro asiente y yo me tiro en sus brazos y lo beso, quiero comprobar que es él de verdad. Sus labios, su sabor y sus besos me dirán si el amor de mi vida está de nuevo junto a mí. Me corresponde al beso con ganas y pasión, descubro que es él, mi hombre. Lloro sin control mientras que nos besamos y gimo de placer al sentirme viva de nuevo en sus brazos. Me separo de él, lo miro con atención y lo siento muy distante.

—¿Qué te ocurre? —pregunto de inmediato, extrañada—. ¿Pasa algo? ¿Por qué me miras así?

—Te he mentido mucho en todo este tiempo, Melania —revela, sin embargo, lo que me pone el vello de punta es que no me llama Mel—. Me prometí que en cuanto pudiese decirte toda la verdad lo haría de frente, sin condicionarte. No soy el hombre del que te enamoraste —concluye mientras que en ese momento se me cae el alma al suelo.

—¿Qué quieres decir? —pregunto con miedo, mirándolo con atención.

—Que puede que en apariencia sea el mismo hombre, pero yo no soy Alessandro Albani, el hombre al que le has llorado y del que te enamoraste hace tiempo.

—¡¿Qué dices?! —pregunto, confusa, tomándole el rostro con ambas manos y haciendo que me mire a los ojos.

—Da igual cómo te llames, Alessandro, Oliver o como sea. Yo te amo a ti —confieso con el

mayor amor del mundo, mirándolo a los ojos, feliz de que esté vivo.

—No me conoces —insiste—. Te enamoraste del gran Alessandro, puede que Oliver no sea lo que esperas.

—¿Por qué estas dudas? —pregunto, pero, de repente, me paro en seco y pienso en lo más importante y lo acuso de golpe—: ¿Por qué has estado tantos meses sin decirme que estabas vivo? ¿Qué haces aquí? —No me cuadra nada, siento que me voy a volver loca de un momento a otro.

—Aquí es donde debía de estar. Tenía la leve esperanza de que algún día vinieses a esta casa por voluntad propia y nos encontrásemos.

—¿Has estado aquí todo este tiempo? —pregunto con el corazón en vilo.

—Sí —responde de inmediato.

—Un momento —le indico, cierro los ojos, me sumerjo en los recuerdos y ordeno mis pensamientos—. Vi con mis propios ojos cómo te dieron varios tiros en el pecho, tenías sangre por todos lados, Lupo nos sacó de allí a Laura y a mí, me dijo que estabas muerto. ¿Cómo sobreviviste?

—Es una larga historia que te contaré ya que tienes derecho a saberlo todo.

—Bien, empieza por el principio. Soy todo oídos —le exijo algo alterada. Le he llorado durante meses y estaba vivo.

—¿Has venido sola? —se interesa mientras observa que no he traído equipaje.

—No, con Laura y … —Me callo de golpe. ¿Cómo le digo que tenemos una preciosa hija de cinco meses? ¿Cómo se tomará la noticia? Ni siquiera sé si le hará ilusión ser padre.

—¿Y? —pregunta, serio—. Es obvio que habéis venido con alguien más.

—Sí —respondo, mirándolo con los ojos muy abiertos, mientras el corazón me late muy deprisa.

Se hace un silencio entre ambos mientras Alessandro mueve la cabeza. Ya sé que me ha dicho que su nombre es Oliver, pero no puedo dejar de pensar en él como Alessandro.

—¿Tan pronto me has sustituido? —inquiere de golpe, mirándome con una ceja alzada, serio, y lo siento como un golpe bajo que me duele como su me disparasen al corazón.

—¡¿Cómo?! —pregunto enfadada. ¿Realmente está pensando que he venido con alguien? ¿Otro hombre?

—¿Qué has hecho durante todo este tiempo, Melania? —pregunta de forma seca y distante, con desconfianza.

Me levanto del sillón, me paseo delante de él, me revuelvo el pelo y trato de tranquilizarme. Me repito que esto no puede estar sucediendo. Está vivo, deberíamos celebrarlo, comiéndonos a besos y yo dándole la maravillosa noticia de que somos padres, en vez de tenerlo que soportar con un ataque de celos frente a mí.

—No podrías imaginar todo lo que me ha sucedido en estos meses —murmuro con un profundo dolor.

—Ilústrame —comenta mirándome de arriba abajo. Lo siento muy frío.

Su actitud hace que me hierva la sangre y enfurezca hasta límites insospechados. Me doy media vuelta y lo encaro. Él no ha sufrido tanto como yo en estos meses. No tiene derecho a

hablarme y tratarme así.

—Me llevé tres meses metida en cama, llorando tu muerte —le espeto con dolor—. No me importaba nada.

—Te dejé una cuenta corriente muy saneada —murmura de forma cortante. Lo siento como un reproche y esto hace que me embale.

—¿Tú o Alessandro Albani? Porque ya no sé quién es quién. Creo que ni tú mismo lo sabes —lo acuso de frente, enfurecida.

Esboza una medio sonrisa ante mi comentario, pero rápidamente consigue ocultarla.

—En mi vida estaba todo muy claro y trazado hasta que apareciste para alterarlo todo —murmura y lo siento como una acusación.

—Lo mismo digo, pero supongo que el destino así lo quiso. Yo no te supliqué que me tuvieses secuestrada. Haberme dejado ir y no nos hubiésemos enamorado ninguno —le grito, enfadada.

—No te desvíes del tema —llama mi atención—. ¿Qué hiciste después de llorarme tres meses? —pregunta en tono acusatorio.

Lo miro sin poder creer que me esté hablando de esa forma, sin preocuparse por mi dolor y por todo lo que sentí tras dejarme y verlo morir ante mis ojos abatido a tiros, para luego resultar una gran mentira.

—Parir a tu hija —le espeto de una forma cruel, pero ha conseguido acabar con mi paciencia mientras me mira de forma desafiante sentado en el sofá, recostado en la espalda de este y el brazo sobre el reposacabezas.

De repente, aprecio que el rostro de Alessandro se vuelve blanco. Me mira con los ojos muy abiertos mientras que me siento la peor persona del mundo por haberle dado una noticia tan bonita e importante de esta forma. No sé qué me ha pasado, no soy así, pero saberlo vivo y su actitud hacia mí me ha sacado de mis casillas por completo.

—¡¿Qué?! —pregunta con la mandíbula desencajada. Su porte seguro, serio y distante ha desaparecido por completo. Ahora siento que tengo ante mí a alguien muy vulnerable.

—Tenemos una hija de cinco meses —le revelo sin acercarme a él. Observo cómo le sube y le baja el pecho, respira de forma acelerada.

—¿Una hija? ¿Nuestra? —balbucea, emocionado.

—Sí —afirmo de golpe, mirándolo de forma implacable—. Nuestra, Alessandro u Oliver, como sea que te llames o te empeñes en ser —le recrimino de forma distante mientras siento una enorme decepción por la forma en que está sucediendo todo, podría haber sido tan bonito…

—Yo… yo… —Se le atascan las palabras mientras lo observo visiblemente emocionado—. No sabía nada, pensé… pensé que…

—Ni me lo digas —lo corto de golpe—. Es muy fácil imaginar mal —lo acuso—. Nunca me interesó el dinero de Alessandro Albani, creo que te demostré que me enamoré del hombre. Y, por cierto, —añado—, puedo devolverte todo el dinero que me diste en ese boleto. Soy joven, tengo dos manos, una carrera e inteligencia, puedo salir adelante junto con mi hija sin tu dinero —le dejo claro, ofendida.

—Una hija —murmura con la mirada perdida, como si no hubiese oído nada de lo que le he

dicho—. La has traído contigo —afirma de golpe, centrando su mirada en mí, y esboza una sonrisa.

—Sí —afirmo de inmediato, con la cabeza alta—. Está en un hotel con Laura. Yo viene a ver cómo estaba la casa que por obra y milagro es mía. Cuando recibí las escrituras y las llaves… Lo has manejado todo desde la distancia sin importarte mi sufrimiento —lo acuso. Me quedo en silencio y le pregunto—: ¿Te importaba? —Pienso y voy un poco más allá—. ¿Te enamoraste de mí o todo fue un plan de Alessandro Albani y solo me utilizaste? —Lo miro con miedo a su respuesta.

Se levanta y se acerca un poco a mí. Me toma por la cintura con fuerza y algo de brusquedad, me arrima a su cuerpo y murmura muy cerca de mi boca:

—Tienes el don de aparecer y alterar todos mis planes. —Me besa de golpe y siento que me mareo de placer—. Nunca dudes de que me enamoré de ti —susurra sobre mis labios, ofendido y cabreado porque lo he cuestionado—. Las cosas que hice y todo lo que puse en riesgo solo lo hace un hombre enamorado hasta los huesos —confiesa sin tapujos.

Tiemblo sobre su cuerpo al mismo tiempo que siento su intensa mirada verde clavada en mí. Me quedo en silencio y me envalentono a hacerle la pregunta del millón.

—¿Sigues enamorado de mí? —Han pasado catorce meses si vernos, puede que haya alguien en su vida o me haya olvidado teniendo en cuenta que no ha hecho nada por ponerse en contacto conmigo.

Alessandro suelta una carcajada, la siento amarga, y revela:

—Ninguna otra mujer podrá ocupar tu lugar jamás. No sé qué me hiciste, Melania del Castillo, pero me hechizaste en cuando te miré a los ojos por primera vez. He conocido lo que es el verdadero sufrimiento en todos estos meses alejado de ti, sin poder decirte que estaba vivo, sin poder comunicarme contigo de ninguna forma. Tan solo albergaba la esperanza de que algún día aparecieses por esta casa.

Lo miro en silencio con el corazón desbocado.

—Te amo, Alessandro, Oliver —rectifico—. No importa tu nombre. —Me lanzo a sus brazos y nos besamos con pasión.

Comenzamos a quitarnos la parte de arriba de nuestras ropas mientras nos dirigimos al sofá sin dejar de besarnos y acariciarnos como locos.

De repente, sentimos que la puerta se abre y entra alguien. Alessandro se incorpora de golpe y yo me quedo fría como el hielo cuando veo a Fábregas vivito y coleando. Emito un grito, me llevo las manos a la boca y lo miro con los ojos muy abiertos.

58

En la vida y en el amor no todo sale como se planea

—Tranquila, es Fábregas —me indica Alessandro. Recoge mi camiseta y me la entrega. Me la coloco delante del sujetador para taparme mientras no dejo de mirar a este otro hombre que también creía muerto.

—¡Está vivo! Pero, ¿qué juego macabro es este? —les pregunto en forma de reproche mientras los miro a los dos.

—Lo siento —se disculpa Fábregas, parado en medio del salón sin saber qué decir ni qué hacer.

Alessandro suspira y su amigo lo imita.

—¡¿Cómo nos habéis podido hacer esto a Laura y a mí, tenéis una ligera idea de lo que hemos sufrido creyendo que estabais muertos?! —les recrimino con valentía.

—Cálmate, Melania —me indica Alessandro.

Observo a Fábregas intranquilo, mirando hacia todos lados.

—No he venido sola, Laura está en un hotel. ¿Tienes idea lo mal que lo ha pasado? —le revelo mientras él toma aire y lo expulsa, agobiado. Se sienta y mira a su amigo de forma cómplice.

—Somos conscientes de que os debemos muchas explicaciones —comienza a decir Alessandro—, os las daremos —asegura—, pero dadas las circunstancias, ¿podemos hacer un paréntesis en todo esto y primero conocer a mi hija? —pregunta, sorprendiéndome. Escucharlo llamarla su hija hace que el corazón me dé un vuelco y lo mire con ternura consiguiendo ablandarme.

—¿Una hija? —pregunta Fábregas mirándonos a los dos, confundido.

Alessandro y yo asentimos a la vez.

—La niña está en el hotel donde me hospedo, con Laura —aclaro.

—Vamos —dice de inmediato Alessandro, con urgencia.

—Yo voy también, tengo que ver a Laura —manifiesta Fábregas, ansioso.

—¿Pero queréis que a mi amiga le dé un infarto cuando os vea a ambos vivos? —les reprendo, alterada—. Ya me contaréis esa capacidad que tenéis para resucitar —murmuro de forma mordaz a la misma vez que me levanto y me dirijo a algún lugar en el que colocarme de nuevo la camiseta que sostengo arrugada contra mi pecho sin estar a la vista de Fábregas.

—Al fondo a la izquierda está el baño —me indica Alessandro.

Cuando estoy a solas me coloco bien la camiseta, me adecento el pelo delante del espejo y suspiro mientras pienso en todo lo sucedido. Una parte de mí se siente feliz porque el amor de mi vida está vivo, sin embargo, presiento que hay algo que nos separa. Tenemos mucho que hablar, Alessandro, no puedo dejar de pensar en él como Alessandro, tiene que darme muchas

explicaciones, pero en estos momentos solo puedo pensar en que mi hija sí va a tener a su padre y es algo que me hace inmensamente feliz.

Cuando aparezco de nuevo en el salón no puedo evitar que el corazón me dé un vuelco al ver a Alessandro y Fábregas ahí de pie, vivitos y coleando, esperándome. Por un lado, siento una enorme alegría, sin embargo, por otro, no puedo evitar la decepción por todo el dolor y sufrimiento que nos han causado en estos meses. No atino a adivinar las razones por las que no nos han dicho que estaban vivos y nos han dejado sufrir tantos meses.

—Será mejor que vaya yo sola y luego, cuando prepare a Laura, os llamo —propongo.

—De eso nada —zanja Alessandro—. Vamos los tres. No pienso dejarte sola —ordena de forma tajante.

Lo miro de arriba abajo y le comento con desdén:

—Para no ser el Alessandro Albani del pasado creo que te sigues pareciendo mucho a él.

Compruebo que su mirada se enciende de golpe. Su pecho se hincha, pero cuando creo que va a decirme algo Fábregas lo frena.

—Llamaré a un taxi.

Me sorprende que no tengan un coche a mano, pero no digo nada sobre esto.

—No vais a presentaros a la vez delante de Laura. Primero hablaré con ella y luego pasaréis a la habitación. —Cuando siento que Alessandro va a decir algo le dejo claro—: Y no hay nada más que hablar. Guárdate tus órdenes porque no pienso acatarlas. —Lo miro de forma desafiante mientras que advierto que Fábregas esboza una medio sonrisa y se da la vuelta.

Alessandro se dirige a la salida de la casa con grandes zancadas mientras que Fábregas y yo lo seguimos.

Cuando salimos el taxi ya está ahí esperándonos. Nos montamos en el coche y le indico la dirección al señor cuando Alessandro me hace una señal para que lo haga.

Al llegar a la puerta del mejor hotel de Dubrovnik, cuando ya nos hemos bajado, Fábregas murmura:

—Habéis sabido escoger bien.

Me adentro en el hotel y les indico a ambos cuando siento que me siguen:

—Necesito una hora con Laura, luego podéis subir a la suite quinientos cinco.

Alessandro y Fábregas se paran en seco, sin embargo, ambos asienten, se dan media vuelta y observo que se dirigen al restaurante del hotel.

Cuando subo en el ascensor hacia el encuentro con Laura y mi hija voy nerviosa, no sé cómo decirle lo que está sucediendo y todo lo que estoy sintiendo.

En cuanto entro en la habitación veo a mi amiga con mi hija en brazos, dándole un biberón. La observo en silencio, con el pecho hinchado de alegría, sin saber cómo decirle que el amor de su vida está vivo.

—¿Qué tal la casa? Has tardado mucho, ya te iba a llamar, me tenías preocupada —me indica Laura en cuanto entro—. ¿Está todo bien?

Suspiro, tomo aire, la miro algo incómoda y me siento mientras la observo con el corazón acelerado, aún no me he recuperado de la impresión de saber que Alessandro y Fábregas están vivos. Pienso en cómo se lo va a tomar mi amiga y lo primero que hago es coger a Carla de sus

brazos. Le doy un beso a mi bebé mientras pienso en que su padre está vivo y va a conocerlo en breve, luego enfrento las preguntas de mi amiga.

—La casa es muy grande, y lujosa —añado mientras trago con dificultad.

—¿Está bien? —pregunta Laura con impaciencia.

—En perfecto estado —le indico mientras la miro, nerviosa.

—¿Qué pasa? —inquiere, preocupada, mientras me observa con atención tratando de adivinar lo que tengo en mente.

—Me encontré algunas sorpresas en esa casa con las que no contaba —lanzo de golpe, acelerada.

—¡¿Cuáles?! —pregunta con interés, inclinándose hacia mí.

—Tienes que prometerme que vas a estar tranquila, y me vas a creer —le indico con calma mientras me mira algo desubicada.

—Me estás asustando —susurra.

—Yo también me asusté cuando lo descubrí, pero es algo bueno —le revelo de inmediato.

—¿Bueno? ¿Qué puedes haber encontrado tan bueno en esa casa que te ha devuelto ese brillo tan especial en tus ojos que no veía desde que Alessandro murió? —inquiere, pensativa y confusa a la misma vez.

—He encontrado lo que más deseo en este mundo. Lo he pedido tanto…

—¿Y qué es? —pregunta, ingenua.

—El amor de mi vida —anuncio, temblando.

—No me digas que había un hombre y te has enamorado a primera vista. Por cierto, no me habías dicho que tenías ganas de volver a enamorarte —reflexiona, pensativa.

—El hombre que encontré allí es el amor de mi vida —especifico con una amplia sonrisa mientras observo que mi amiga se queda de una pieza, con los ojos muy abiertos.

—¿Se te ha presentado el espíritu de Alessandro? —pregunta cagada de miedo, a ella estas cosas no le gustan—. ¿Y estás así de contenta? —lanza mirándome horrorizada.

—Era él en carne y hueso. No está muerto —revelo con el corazón encogido.

—¡¿Cómo que no está muerto?! —exclama con un grito ahogado—. Tú y yo vimos cómo le dieron varios tiros en el pecho, de eso no se salva nadie —me recuerda como si estuviese loca, diciendo una gran barbaridad.

—Está vivo, Laura —insisto—. Ha estado en Dubrovnik todo este tiempo, tenemos muchas cosas más de las que hablar, me debe mil explicaciones porque no entiendo nada, pero me pidió que antes de nada quiere conocer a su hija y no pude negarme.

—¡¿Está aquí?! —pregunta con un grito, mirando hacia la puerta con una mano sobre su pecho.

—Sí —afirmo de inmediato. Mi amiga me mira con los ojos muy abiertos, no me cree del todo—. Pero no ha venido solo —anuncio con miedo a su reacción, despacio, mientras la observo.

—No que digas que fingió su muerte para dejarte, estaba aquí con otra y ahora solo quiere ver a su hija —resume mientras se retuerce las manos, creo que está en shock y no puede pensar con coherencia.

—No —niego de inmediato.

Me levanto, suelto a mi hija en el moisés, me siento al lado de mi amiga, le cojo de ambas manos y la miro de forma cariñosa, sonriente.

—Alessandro y Fábregas están vivos, los dos —revelo con calma. Laura abre mucho los ojos y de inmediato niega con la cabeza—. Sé que parece increíble, pero es cierto —manifiesto, emocionada—. Los he visto a ambos y están abajo.

—No, no, no —niega de golpe, alterada, se levanta y se pasea delante de mí revolviéndose el pelo—. Nosotras fuimos testigos cuando le agujerearon el pecho a ambos —grita con dolor, llorando sin control.

—Tienen mucho que explicarnos, Laura —le indico de forma paciente. Me levanto, voy hasta ella y la abrazo. Siento que está temblando y me reflejo en ella. Hace unas horas yo estaba como ella.

—¿Qué coño pasó? —pregunta alterada, con rabia.

—Alessandro no me dijo mucho. Fábregas te lo explicará todo —intento calmarla.

—Ahora mismo tengo ganas de matarlo. ¿Por qué nos han ocultado que estaban vivos tantos meses? —pregunta con dolor, confusa.

—No lo sé. Yo también espero muchas respuestas. ¿Estás preparada para que suban? —pregunto con cautela. Laura asiente de inmediato.

Miro el reloj y compruebo que solo faltan unos minutos para que se cumpla la hora que he pactado con Alessandro para que suban a la suite.

De repente, tocan a la puerta. Laura se sobresalta, yo miro a mi hija dormida en el moisés y me levanto para abrir la puerta mientras que mi amiga permanece paralizada y en trance en el sofá.

Cuando me topo de frente con Alessandro y Fábregas al abrir la puerta mi corazón da un vuelco, me tengo que acostumbrar a ver de nuevo vivo al amor de mi vida.

Pasan al interior de la habitación mientras que se respira un aire tenso en el ambiente, creo que ninguno sabemos cómo actuar.

Laura tiene los ojos clavados en Fábregas y no deja de llorar, Alessandro mira en dirección al moisés del bebé mientras que los cuatro nos observamos sin saber qué decir. Es una situación muy incómoda en la que Fábregas rompe el hielo al ir hacia mi amiga a abrazarla y besarla.

—Eres un completo cabrón —le reprocha Laura mientras está abrazada a él—. ¡Cómo nos habéis hecho esto! —grita dolida.

—¿Puedo ver a mi hija? —pregunta Alessandro con delicadeza. Lo miro y lo siento nervioso, creo que es la primera vez en su vida que ha perdido el control de la situación y de sí mismo.

Me dirijo hacia mi pequeña, la cojo en brazos y camino de nuevo hacia Alessandro, que nos mira emocionado. Justo en el momento que Alessandro ve a su hija ella abre los ojos y puedo apreciar que carraspea, se mete las manos en los bolsillos del pantalón, incómodo, pero finalmente no puede evitar que varias lágrimas broten de sus ojos.

—Mi vida, nuestros deseos se han cumplido y papá está aquí —le indico a mi hija. Miro a Alessandro y está embobado en ella.

—Es preciosa —murmura, emocionado, con los ojos clavados en su hija.

—Tiene tus ojos —le indico. En esos momentos la niña esboza una sonrisa que hace que su padre llore mucho más.

Me emociono al verlo con lágrimas en su rostro, nunca había presenciado una faceta tan emotiva en él. Pensé que era un hombre tan duro que jamás lo vería así.

—¿Puedo cogerla? —pregunta con miedo.

—Por supuesto, es tu hija —le indico con orgullo. Le entrego a nuestra hija y la acoge en sus fuerte y grandes brazos con inexperiencia. Lo miro emocionada y termino con lágrimas en mis ojos al ver tan bonita y emocionante imagen. Es todo un sueño hecho realidad.

Alessandro se inclina sobre nuestra hija, le da un beso en la frente y murmura:

—Tienes que perdonarme, pequeña. En la vida y en el amor no todo sale como se planea.

59

La hora de la verdad

—¿Cómo… cómo se llama? —pregunta Alessandro, emocionado, sin apartar la mirada de su hija. Yo lo observo con el corazón latiéndome a mil por hora. Es una imagen tan tierna verlo en la faceta de padre, como tanto he imaginado en estos meses, que me deja sin respiración.

—Carla —revelo con un nudo en la garganta.

—Carla, eres preciosa. Tienes la maravillosa sonrisa de tu madre —le indica a su hija mientras que varias lágrimas ruedan por mis mejillas.

De repente, el grito de Laura nos sobresalta:

—¡¿Cómo has podido?! —le reprocha con fuerza a Fábregas, ambos sentados en el sofá y él intentando darle explicaciones.

Alessandro y yo nos miramos en silencio. Sabemos que nos debemos las mismas preguntas, reproches y explicaciones, solo que, en nuestro caso, Carla lo ha suavizado todo, por el momento. No se me olvida que me tiene que contar muchas cosas.

—Creo que es mejor que los dejemos a ellos aquí y nosotros nos marchemos a la casa con la niña —propone—. Los días que vienen no van a ser fáciles —augura.

Me quedo algo pensativa y finalmente asiento. Creo que cada pareja necesitamos nuestro espacio.

—Te ayudo a recoger todo —se ofrece Alessandro.

—No. Quédate ahí sentado con Carla, yo lo haré —le indico mientras que me acerco a Laura y Fábregas y les anuncio—: Alessandro, la niña y yo nos vamos a la casa, os dejamos a vosotros aquí. Cada cual tenemos mucho de qué hablar.

Laura y Fábregas asienten. Se relajan un poco y yo me marcho a la habitación a recoger las maletas que aún no he deshecho.

Unos minutos después, cuando aparezco en el salón, encuentro a Alessandro aún con nuestra hija en brazos, a Fábregas sentado a su lado, mirando a la niña embobado y a mi amiga admirando a esos dos hombretones que en esos momentos no son nadie.

—Podemos marcharnos —anuncio con las maletas y el carro de mi hija alrededor.

Alessandro levanta la vista a la misma vez que Fábregas y este último murmura:

—¿Para cuánto tiempo pensasteis venir?

—Un mes —revelo.

—¿Algún problema? —pregunta Laura, a la defensiva.

—Es tiempo suficiente —murmura mientras que mi amiga y yo nos miramos sin entenderlo muy bien.

Laura se despide de la niña. La coge de los brazos de Alessandro, le da un beso y la deposita en el carrito. Antes de marcharnos, le indica a Alessandro, no han cruzado palabra alguna desde

que llegaron:

—Me alegra que mi sobrina tenga a su padre vivo.

Él asiente y le dedica una sonrisa. Luego me ayuda con las maletas y yo empujo el carro de mi hija.

Cuando bajamos en el ascensor Alessandro me indica:

—Fábregas y yo cargamos a la cuenta de vuestra suite lo que tomamos en el restaurante, no traíamos dinero.

Yo solo asiento y pienso dónde está el Alessandro que siempre llevaba un buen fajo de billetes en su cartera, pero no me preocupo, el dinero no es un problema en mi vida.

Salimos a la calle y cogemos un taxi delante del hotel. Alessandro le indica la dirección de la casa y nos llevan hasta allí. Al bajar me apresuro a pagar al taxista y él no pone objeción alguna.

Cuando entramos en la casa, con todas mis maletas y mi hija en mis brazos, siento una sensación extraña. Miro a Alessandro y sonrío al pensar en los tres como una familia viviendo en este lugar, pero, de inmediato, descarto la idea. No sé qué planes de futuro tenga Alessandro y no quiero hacerme ilusiones, con un hombre como él nunca se sabe.

Cuando llegamos al salón me siento en el sofá con mi hija en brazos y miro a Alessandro en silencio, sin saber qué decir ni qué hacer, al menos me siento refugiada y protegida por mi bebé.

—Voy a llevar todo arriba. No hay habitaciones aquí abajo —se excusa—. ¿Hace falta comprar algo para que la bebé esté más cómoda en esta casa? —se interesa a la misma vez que lo miro, interrogativa, mientras me pregunto cuánto tiempo querrá que nos quedemos.

—Mañana compraré una cuna para la habitación y un moisés para cuando estemos aquí abajo. Hoy dormirá conmigo —le indico.

—Bien. Voy a preparar vuestra habitación.

Coge todas las cosas y se mete en el ascensor con el que cuenta la casa mientras que miro hacia arriba y observo las tres plantas más que tiene.

—Tu padre nunca dejará de sorprenderme, cariño —le susurro a mi hija mientras le doy un beso enorme en el cachete.

Alessandro tarda en bajar y cuando lo hace estoy amamantando a mi hija. Se queda en silencio, a una cierta distancia, cohibido, sin saber qué hacer. Le dirijo una mirada y le susurro:

—Ven —lo animo a que se acerque y vea cómo alimento a su hija.

Se queda embobado mientras clava sus ojos en mi pecho. Carla lo tiene agarrado con fuerza y come con ansia.

—Tiene mucha hambre —murmura expectante.

—Es muy comilona. En realidad, es muy buena en todos los sentidos.

—¿Está sana? —se interesa, sacude la cabeza y dice contrariado—: Hay tantas cosas de las que tenemos que hablar…

—Muchas —manifiesto con interés—. Está perfecta. Come bien, duerme bien, está en su peso y es muy risueña para los pocos meses que tiene. Ha sido mi gran pilar, mi alegría y mi fortaleza en estos meses en los que creí que estabas muerto —le indico con un profundo dolor.

—Es muy largo de contar —se excusa—, y tengo que empezar por el principio de todo para que puedas entender que ahora estemos aquí.

—Soy toda oídos —lo animo con ganas, impaciente.

Alessandro consulta el reloj mientras que mi hija ya ha acabado de comer.

—Es hora de cenar, con todo lo sucedido ni siquiera hemos comido. ¿Tienes hambre?

—Sí —le indico. Hasta que él no ha nombrado la comida mi estómago no ha rugido.

—Voy a pedir algo —propone de inmediato. Coge el teléfono y hace una llamada, un poco más alejado de mí, mientras tiene la mirada posada en las vistas al mar que tenemos desde el precioso salón.

Dejo a mi hija dormida y tapada en el sofá y camino hacia el lado de Alessandro. Después de haberlo recuperado siento una enorme decepción por esta distancia que siento entre nosotros. Me muero por abrazarlo y besarlo, sin embargo, no percibo lo mismo en él hacia mí y es algo que me asusta.

—Supongo que para ti también ha sido un día de muchas emociones —murmuro a su lado, con la vista en el horizonte, sin atreverme a mirarlo de forma directa.

—Mandé a investigarte hace unos meses, tenía la esperanza de que vinieses en la fecha que pactamos aquí. La información que recibí fue que habías comprado una casa muy grande en el centro de Madrid, te habías convertido en una gran empresaria y que vivías con alguien que te hacía muy feliz. ¿Puedes imaginarte cómo me sentí tras saber esto?

—¿Celoso? —pregunto mirándolo con atención.

—Casi enloquecí —susurra—. Adrián tuvo que aguantarme para que no cogiese un avión y volviese a España pese a correr un gran riesgo si regreso allí.

—¿Quién es Adrián? —pregunto con interés.

—Es el nombre de Fábregas.

Asiento y luego le aclaro:

—Tras tu muerte y Lupo llevarme las supuestas cenizas —ironizo—, me llevé tres meses metida en cama, llorándote, sin importarme nada. Luego me enteré que estaba embarazada y fue el mayor milagro de mi vida, tenía algo de ti pese a no tenerte. El embarazo me dio fuerzas, compré una casa grande, decidí quedarme en Madrid, y Laura se vino a vivir conmigo. Tiramos del dinero que nos diste para vivir e invertir —le indico con algo de culpabilidad.

—Es tuyo y de Laura, no tienes que darme explicaciones.

—He doblado ese dinero en las inversiones de negocios que he hecho en estos meses —le revelo y él me mira con los ojos muy abiertos.

—Vaya, eres muy buena —murmura con admiración.

—No se me da mal —le quito importancia mostrándole una media sonrisa. Se hace un silencio entre nosotros y me atrevo a preguntar—: ¿Qué has hecho en todo este tiempo?

—Esperarte —revela de golpe y siento que me quedo sin respiración—. No me podía poner en contacto contigo, solo me quedaba confiar en que algún día vinieses hasta aquí, por ello me quedé en este lugar. Solo tú sabías la dirección.

—¿Y por qué te siento tan distante? ¿qué sucede? —inquiero, preocupada.

—Ya te lo he dicho, no soy el hombre que piensas que era.

—Yo creo que sí —le rebato, segura de ello.

—Quiero que conozcas a Oliver Ferrer y te enamores de él —anuncia de forma contundente.

Me quedo en silencio y pregunto:

—¿Y qué hay de Oliver Ferrer, está enamorado de Melania del Castillo o debo esperar que se enamore de mí?

Alessandro esboza una sonrisa, se acerca a mi oído de forma sensual y susurra:

—Si te doy esa información es jugar con ventaja. —Siento que bromea, pero me duele que no me haya confesado que me ama.

Cuando voy a replicarle tocan a la puerta y Alessandro dice:

—La comida. ¿Tienes dinero? —me pregunta antes de ir a abrir. Voy hacia mi bolso, cojo de mi cartera y se la entrego.

Alessandro recibe la cena, nos sentamos a la mesa desde donde veo a mi pequeña dormida en el sofá y nos disponemos a comer.

Degustamos la exquisita comida casi en silencio. Ambos tenemos mucha hambre. Cuando Alessandro me mira, clava sus ojos de una forma intensa sobre mí, consigo acalorarme. Lo deseo. Está más guapo, más sexi, más atractivo, incluso lo he notado más fuerte, su pecho y sus brazos están más musculosos.

—¿Y si comenzamos por el principio? —lo animo. Siento que no sabe cómo empezar a dar explicaciones.

Él asiente, se levanta, recoge la mesa, me extiende la mano, se la tomo y vamos juntos al gran sofá donde está nuestra hija. Nos sentamos y nos miramos en silencio unos segundos.

—Vamos a ir por partes —anuncia—. Primero te voy a contar quién era antes de ser Alessandro Albani y cómo me convertí en él, luego te relataré los cinco años en los que viví en la piel de un hombre que no era yo y, finalmente, te revelaré porqué estoy aquí y no me puse en contacto contigo. Alessandro Albani está muerto, eso quiero que lo tengas muy claro —me advierte antes de empezar con su relato.

Lo miro y no le digo nada, quiero escucharlo, saber todo lo que ha rodeado su vida en estos años y qué lo llevó a hacer todo esto y luego, solo luego, lo juzgaré. Sin embargo, sé que nada de lo que me diga va a hacer cambiar lo que siento por él, lo amo, pero intuyo que él teme contarme esa parte de su vida por miedo a que lo vea de otra forma.

—Como ya te he dicho, mi verdadero nombre es Oliver Ferrer —comienza a decir—. Trabajaba como policía del cuerpo nacional de inteligencia y seguridad del estado, me propusieron crear y ser Alessandro Albani para que cayese una importante red de narcotráfico y lavado de dinero, una mafia —especifica—. Se trataba de una misión compleja, ya que llevaría algunos años, arriesgada, ya que si me descubrían los enemigos me mataban, y peligrosa. Tenía que dejar atrás mi vida, dejar de ser quién era y meterme en la piel de un hombre como los que me iban a rodear. No fue fácil prepararme, sin embargo, lo logré. Creé a un hombre poderoso al que todos comenzaron a respetar, envidiar y temer.

—¿Estabas solo en esa misión? —lo interrumpo.

—No. Pedí tener un equipo de confianza cerca. Fábregas y Nerea eran de los míos. —Abro mucho los ojos, asombrada—. Yo era el jefe máximo. Me cuestionaron algunas veces, pero lo que yo decía no tenía vuelta atrás.

—¿Tenías familia? —pregunto con temor, se me acaba de pasar por la cabeza que tuviese

pareja, estuviese casado e incluso hijos.

—Mi padre murió cuando yo tenía doce años, ello me impulsó a ser como él. También era policía. Mi madre murió de un cáncer en cuestión de meses un año antes de comenzar todo esto y mi hermana pequeña murió en un accidente de moto porque estaba liada con un tío que traficaba con drogas. Esto ocurrió tres meses antes de aceptar la misión y creo que mi sed de venganza me impulsó a ello. En cuando me metí en la piel de Albani lo primero que hice fue encargarme de ese tío. Fue lo único que les puse de condición a mis jefes para realizar la misión. Aceptaron porque sabían que yo era el único agente del cuerpo capaz de llevar a cabo todo.

—Un hombre como tú… ¿No tenías pareja? —lo interrumpo. Necesito saberlo.

—Nunca tuve un lugar fijo, por lo cual mantener una relación seria era imposible. Por raro que parezca no me había enamorado hasta que te conocí. Desestabilizaste todo en mi vida. La misión, mi corazón y mis sentimientos —enumera.

—Lo siento —me disculpo con culpabilidad.

Alessandro me mira, serio, se toma unos segundos en silencio y añade:

—Eres lo más bonito que me ha pasado en la vida. Me causaste muchos problemas, pero, al mismo tiempo, me hiciste sentir que era un hombre de carne y hueso, real, con sus debilidades. Te convertiste en mi mayor prioridad —confiesa—. Hubiese dado mi vida por ti sin dudarlo, y la daría el resto de mis días —revela mientras que un nudo se instala en mi garganta y siento ganas de abrazarme a él y llorar, pero Alessandro mantiene las distancias y lo respeto. Creo que lo necesita para terminar de contármelo todo.

—¿Cómo te convertiste en Alessandro Albani? —pregunto con interés. Quiero saberlo todo.

—Es una información confidencial que no puedo revelar, junto con todos los detalles. Solo te diré que, con una identidad falsa, contactos y dinero se consigue todo en la vida. Empecé de cero. Llevaba en la misión casi cinco años, todo estaba a punto de finalizar cuando llegaste a mi vida, solo faltaban meses para que cayese un montón de gente de la cual llevábamos mucho tiempo detrás, pero todo se fue a la mierda. —Cierra los ojos y lo lamenta.

—Lo siento —me disculpo de nuevo.

—No fue tu culpa —revela masajeándose la cabeza—. Nerea lo jodió todo por celos —ladra, ofuscado.

—¡¿Cómo?! —pregunto sorprendida.

—Se enamoró de mí. Fue mi culpa porque nos acostamos un par de veces durante la misión —confiesa abiertamente—, pero siempre le dejé claro que no sentía nada por ella y que no quería una relación. Ella lo intentó, se justificó en que sería bueno que tuviese una pareja para la misión, y me negué siempre. Por ello cuando tú apareciste y no tuve más remedio que presentarte como mi pareja porque Faheem se encaprichó de ti Nerea no lo aceptó. Me traicionó. A mí y a Fábregas. Les reveló a nuestros enemigos quiénes éramos en realidad.

—¿La mataste tú? —pregunto con miedo, llevándome una mano al pecho.

—No. Intentó traicionarme y mi socio le quitó la vida, como presenciaste —me recuerda—. Pero ella ya había abierto la boca y Fábregas y yo estábamos con el culo al aire. La regla máxima era que si se llegaba a saber algo de esta misión estábamos fuera y desamparados, a nuestra suerte. Y Nerea nos traicionó.

—¿Qué pasó entonces? —inquiero, preocupada.

—Fábregas y yo, de haber estado solos, hubiésemos salido sin más de la misión sin dejar rastro, pero estábamos muy implicados contigo y con Laura. Tuvimos que actuar con rapidez y trazar un buen plan que no dejase lugar a dudas, por vuestra seguridad. Tenía acceso a un montón de dinero que el gobierno jamás controlaría en la misión, Fábregas y yo decidimos asegurarnos el futuro, por ello tramamos el plan del boleto del Euromillones, convertimos muchísimo dinero ilegal en legal. Había dedicado cinco años de mi vida a una misión en la que había puesto la piel para que me dejasen desamparado por un arrebato de celos, no era justo. Y, finalmente, Fábregas y yo decidimos fingir nuestras muertes. Éramos conscientes de que sería algo muy doloroso para vosotras, pero lo único eficaz que garantizaría la vida de los cuatro para siempre.

—¿Cómo… yo vi los tiros, la sangre…? —pregunto, confusa.

—Llevábamos chalecos antibalas y bolsas de sangre debajo de la ropa. Tenía que parecer todo muy real.

—¿Quién os disparó? —pregunto con miedo mientras recuerdo a los tipos que nos metieron a Laura y a mí en el cuarto maniatadas.

—Todo estaba organizado. Fábregas y yo sabíamos qué iba a pasar en todo momento. Solo teníamos que hacerlo creíble ante toda la gente que estaba en la inauguración. Flavio nos ayudó —revela—. A cambio le dimos cierta información y fue el único de toda la lista que no cayó ante las autoridades.

—¿Las personas que os dispararon sabían la verdad?

—No. Las ordenes fueron que nos tenían que dar varios disparos en el pecho. Nada más. Supuestamente Flavio los envió a ellos. Lupo se encargó de todo el resto —añade.

—¿Él también es uno de los vuestros? —pregunto con interés.

—No, pero me fue fiel y leal hasta el final. Nos ayudó a Fábregas y a mí cuando le aseguramos que lo salvaríamos de que lo cogieran. Tras nuestras muertes cayeron muchas personas. La misión que llevamos a cabo durante cinco años no fue en vano, solo que no salió como esperábamos para nosotros porque Nerea filtró quiénes éramos. Por eso fingimos nuestras muertes —relata.

—¿Y por qué no os quedasteis en Madrid con vuestros verdaderos nombres? —pregunto mientras pienso con rapidez.

—Porque éramos demasiado conocidos y tarde o temprano nos matarían. Siempre queda alguien que no se arresta y quiere venganza. He jodido a mucha gente en estos años y también he matado, solo cuando ha sido necesario —añade.

—Entiendo —murmuro.

—¿Cómo llegasteis aquí y cómo ha sido todo este tiempo? —pregunto con sumo interés.

Alessandro consulta su reloj y dice:

—Esa pregunta te la contestaré mañana. Es tarde y mañana tengo que madrugar.

Advierto que son más de las once de la noche mientras me quedo pensativa en sus últimas palabras mientras me pregunto dónde irá.

60

Todo sobre ti

Alessandro se adelanta y coge a nuestra hija en brazos y subimos por las escaleras hasta la que será mi habitación. De camino a ella me pregunto si la compartiremos.

Cuando Alessandro abre una puerta me indica:

—Te he dejado mi habitación. Es la principal de la casa. La más grande y con las mejores vistas. Para que tú y la pequeña estéis cómodas.

Lo miro con decepción al comprobar que no tiene intenciones de dormir conmigo mientras que yo me muero por sentir sus brazos alrededor mientras duermo. Me recompongo y le digo:

—No hace falta que usemos tu habitación, hay más.

—Quiero que estéis en la mejor, además, esta es tu casa. Yo dormiré en el otro cuarto que hay justo aquí al lado. Fábregas tiene su habitación en la última planta, le gustan las alturas —bromea —, pero dudo que aparezca por aquí a menos que Laura lo eche del hotel.

—¿Todo este tiempo Fábregas y tú habéis vivido aquí? —me intereso.

—Sí —responde a la misma vez que se sienta en la cama con Carla, la deposita en el colchón y la admira. Se está despertando, mira a su padre y puedo ver una maravillosa sonrisa en los labios de Alessandro.

—Nunca hablamos de tener hijos, no sé si querías ser padre, si te hacía ilusión, si alguna vez lo pensaste…

Alessandro alza la cabeza y me mira con atención.

—Qué más da. Ella ya está aquí y solo nos queda amarla y protegerla —murmura mientras se despide de su hija y a mí me da un vuelco el corazón al apreciar tanta ternura en él. Se coloca en pie, una vez deja a la niña en el centro de la cama, y me indica—. ¿Necesitáis algo más? —pregunta con interés.

Paseo la mirada por la habitación y observo nuestras maletas.

—Estaremos bien, gracias —le indico de forma educada cuando mi interior está revolucionado. Quiero besarlo y abrazarlo. No deseo que nos deje solas, sin embargo, Alessandro u Oliver, no me importa cómo se llame, se da media vuelta y se marcha. Estoy a punto de rogarle que no lo haga, lo necesito, pero me contengo.

Una vez a solas, cambio a mi pequeña y me coloco un pijama. Nos metemos ambas en la cama, la abrazo contra mi pecho y lloro recordando el día tan intenso que ha sido al llegar a Dubrovnik. Nunca lo hubiese imaginado.

Carla lloriquea cuando le toca su toma, son las cinco de la mañana y la siento incómoda, creo que tiene gases. No deja de llorar. Para no molestar a Alessandro, que está en la habitación de al lado, decido bajar con ella al salón, pasearme con mi hija en brazos a ver si consigo que le salgan

los gases y se relaje.

Estoy en el sofá acurrucada con mi niña cuando siento a Alessandro. Lo miro y está vestido, dispuesto para salir a la calle ya que se sorprende de encontrarnos a Carla y a mí en el salón. Se acerca a nosotras y pregunta con preocupación:

—¿Está todo bien? —Nos observa a ambas mientras que advierto que aún no ha amanecido.

—Sí, tenía hambre y gases, me bajé aquí porque estaba llorando para que no te molestase.

—No te preocupes, cada habitación de esta casa está insonorizada. —Me mira apresurado y dice—: Me tengo que marchar, llegaré sobre las cuatro.

—¿Puedo preguntar dónde vas tan temprano y qué te llevará tanto tiempo? —no puedo parar mi curiosidad.

—Voy a trabajar —revela de inmediato.

—¿En qué trabajas? —pregunto de golpe.

Se acerca a su hija, le da un beso y luego me da otro a mí, para mi gran sorpresa, en la frente.

—Luego te lo cuento todo con la parte que te falta por descubrir de mi vida. —Me hace un guiño con el ojo y se marcha bajo mi atenta mirada.

Vuelvo a la habitación y me meto en la cama, donde consigo dormir otro poco hasta que Carla me despierta demandando comer de nuevo. Compruebo que son las nueve de la mañana y aprecio unas vistas maravillosas a través de los amplios cristales de mi habitación, los cuales dan a una terraza con sillas, mesa y dos tumbonas.

—Esto es el paraíso —murmuro.

Le doy el pecho a mi hija desde la cama, mientras que contemplo las vistas y recibo la llamada de Laura. Descuelgo el teléfono y contesto:

—¿Qué tal?

—Muy bien —murmura, la siento feliz. Por su tono de voz sé que ha pasado una noche increíble con Fábregas, sin embargo, no puedo evitar cierta envidia porque mi relación con Alessandro no haya sido igual de placentera—. Finalmente terminé perdonando y comprendiendo a Fábregas. Lo amo y tenerlo vivo de nuevo… Hemos pasado una noche maravillosa, pero me ha dejado sola en la cama antes del amanecer, encontré una nota al despertar en la que me decía que se iba a trabajar. ¿Le puedes preguntar a Alessandro si está a tu lado en qué trabaja Fábregas?

—Él también se fue a trabajar muy temprano —le comento sin demasiado entusiasmo—. No me dijo en qué trabaja, pero supongo que lo hacen juntos.

—¿Qué te pasa, Mel? —inquiere de golpe mi amiga.

—Mi reencuentro con Alessandro no ha sido el esperado —me quejo.

—¡¿Por qué?! —pregunta con preocupación—. Estáis enamorados y tenéis una hija.

—No sé qué le pasa —argumento—. Está muy frío. Solo nos hemos dado un beso en condiciones.

—¿No habéis pasado la noche juntos? —pregunta con sorpresa.

—No. Se empeña en que no es el hombre del que me enamoré.

—¿Cómo?

—Supongo que Fábregas te ha contado todo al igual que Alessandro a mí.

—Sí.

—Pero, ¿qué importa el nombre? —inquiere—. Lo importante son los sentimientos.

—Pienso igual, pero, al parecer, entre Alessandro y Oliver existe una lucha interna de diferentes yo.

—No lo entiendo. ¿Y ahora qué?

—Tendremos que volver a enamorarnos, volver a sentir esa pasión, ese deseo y ese fuego que nos consumía cuando estábamos juntos. Por mi parte no se ha apagado en ningún momento, pero no sé qué le sucede a Alessandro. Sé que le importo y me quiere, pero no es el de antes y eso me asusta.

—Supongo que no se siente orgulloso de quién fue. Fábregas tampoco, pero no lo lleva como Alessandro.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy? —Cambio de tema con mi amiga.

—Nada hasta que llegue Fábregas. Le prometí esperarlo para continuar recuperando el tiempo perdido.

—¿Por qué no vienes a conocer la casa y comes conmigo y la niña? —le propongo.

Laura acepta de inmediato.

Cuando Carla se queda dormida me levanto de la cama, abro las maletas y me visto. Cuando entro en el vestidor de la habitación alucino, es muy grande, pero lo que más me llama la atención es que la ropa de Alessandro aún sigue ahí y solo hay ropa informal y nada de marca.

Movida por la curiosidad, voy hasta la que me indicó que sería su habitación y allí no hay ropa, en esta planta hay otra habitación y también está vacío el vestidor. Pensativa, vuelvo a por mi hija, la monto en el carrito y bajo con ella en el ascensor a la planta de abajo. Voy a la cocina e intento hacerme el desayuno. Tardo casi una hora mientras encuentro todo en la inmensa cocina.

Laura llega cuando estoy haciendo café, le preparo uno mientras admira toda la planta de debajo de la casa. Queda alucinada con las vistas.

—¡Madre mía! —exclama—. Esto es más de lo que pensamos. Vaya terrazas privadas con acceso al muelle y playa privada. Siempre soñé con una casa así con muchas paredes frontales de vidrio. Y las vistas al mar quitan la respiración. Me quedaría a vivir aquí para siempre —murmura mi amiga.

—Es una casa y un lugar espectacular.

—Por lo que veo Alessandro y Fábregas no han estado nada mal estos meses —comenta Laura.

—¿Dónde trabajarán? —pregunto, pensativa.

—Creo que el mundo ilegal lo dejaron atrás —afirma Laura.

—Alessandro me dijo que hoy me terminaría de contar todo, me falta la parte de cuando llegaron aquí.

—¿Se habrán puesto de acuerdo? Fábregas me dejó donde mismo.

—Yo creo que tenían planeado este momento. Preveían que viniésemos juntas. Por el momento, solo quiero saberlo todo sobre él, que no existan más secretos entre nosotros. Confío en que una vez que no queden sombras Alessandro se abra y volvamos a estar como antes.

Tras desayunar, Laura y yo, con mi hija en brazos, recorremos toda la casa. Ella se detiene más en el cuarto que ha ocupado Fábregas en este tiempo. Al igual que la habitación que ocupaba Alessandro, son muy impersonales y con poca ropa en el vestidor.

Laura se marcha antes de que llegue Alessandro, ambas queremos estar a solas cuando los amores de nuestras vidas regresen. Antes de que mi amiga se vaya hemos pactado que ella se quedará en el hotel con Fábregas para cada pareja tener más intimidad.

61

Volver a enamorarnos

Cuando Alessandro llega estoy en el salón con nuestra hija en brazos. Escucho la puerta y miro alerta hacia ella, encuentro a un Alessandro sudoroso, con los brazos manchados y con la ropa sucia.

—¿Qué te ha sucedido? —pregunto preocupada en cuanto lo veo aparecer y reparo de cerca en su apariencia.

—Nada, vengo de trabajar —dice con naturalidad—. Voy a darme una ducha, no quiero acercarme a vosotras así.

—¿En qué trabajas? —pregunto con los ojos muy abiertos, repasándolo de arriba abajo.

—Ahora te lo explico —murmura. Me guiña un ojo, me dedica una medio sonrisa y se marcha.

Suspiro cuando fijo la mirada en su fornida espalda y su culo mientras sube las escaleras. Verlo con esas pintas me ha calentado la sangre, madre mía, es un verdadero dios y yo me muero por estar de nuevo entre sus brazos, que me haga el amor y me ame para siempre.

Permitiéndome soñar en un para siempre entre Alessandro, Oliver, o como se llame, mi hija se queda dormida y el hombre que amo aparece de nuevo ante mis ojos como por arte de magia, ni siquiera lo he escuchado bajar. Lo admiro recién duchado, con el pelo mojado, una camiseta blanca y unos vaqueros rotos por las rodillas. Está arrebatador, muy lejos del impoluto Alessandro Albani que conocí.

—¿Cómo se ha portado esta princesa? —se interesa admirando a su hija, se sienta a mi lado y yo se la entrego en sus brazos. Le da un beso a la bebé y se queda embobado en ella—. Eres tan guapa como tu madre —le susurra mientras que provoca una sonrisa en mis labios.

—Muy bien.

—¿Qué habéis hecho durante todo el día? —se interesa mientras le acaricia la carita a su hija.

—Hemos estado aquí. Laura vino a visitarnos. Ella y Fábregas lo han arreglado todo. Me ha dicho que se van a quedar en el hotel —le comento mirándolo con pena. Ha llegado a casa, se ha duchado, ha besado a su hija y yo he envidiado ese beso y anhelado su contacto—. ¿Has comido? —No puedo evitar preocuparme por él. Cuando ha llegado tenía pintas de haber hecho un gran ejercicio físico.

—Sí. Tenemos media hora para comer un bocadillo —comenta.

—¿En qué trabajas? —inquiero mientras lo miro con sorpresa.

—Desde que llegamos aquí Fábregas, Lupo y yo trabajamos descargando mercancía que llega en barco al puerto.

—¿Lupo también está aquí? —pregunto con sorpresa.

—Sí, pero no vive en esa casa. Solo estuvo con nosotros unos tres meses, luego encontró a

una mujer y se fue a vivir con ella.

—¿Qué clase de mercancía descargáis? —inquiero, asustada. No sé qué vida llevará Alessandro aquí.

—Tranquila, es un trabajo legal. Requiere esfuerzo físico, pero pagan medianamente bien.

—¿Trabajas por dinero? —pregunto, confusa. No entiendo nada.

—Como la mayoría de las personas de este mundo —murmura mientras me dedica una sonrisa.

—Pero tú tenías mucho dinero —le recuerdo.

—No te confundas, Alessandro Albani tenía mucho dinero —especifica—. Cuando salí de España solo tuve tiempo de coger mis ahorros de cuando era Oliver Ferrer, con ello tiramos los primeros días aquí. No teníamos nada más. Después buscamos trabajo descargando mercancías de los barcos que llegan al puerto.

Lo miro sin creer lo que relata.

—¿Por qué no me pediste dinero? —le imploro con pena al saber por las penurias que ha pasado.

—De una forma indirecta lo hice. Te llegaron las escrituras de esta casa junto con las llaves y se te pedía que te hicieses cargo de todos los gastos. Eso fue un gran alivio. Es una casa con muchos gastos mensuales que no hubiésemos podido mantener, pero era un buen lugar donde nadie nos encontraría. En nuestro trabajo decimos que cuidamos de esta casa porque los dueños nos pagan. También está cerca, vamos andando y no necesitamos coche. Básicamente este es el nuevo hombre que tienes ante ti. Pobre, sin poder ni influencias. Por ello te decía que te enamoraste de alguien que no era.

—Yo me enamoré de tu corazón. Creo que jamás te di indicios de que me importase el dinero ni el lujo que te rodeaba. Es más, me incomodaba —termino por confesar. Alessandro esboza una sonrisa y lo siento más cercano a mí—. ¿Hay algo más que quieras contarme? ¿Ya lo sé todo de ti? —me atrevo a preguntar, molesta.

—Sí. Ya sabes quién fui antes de ser Alessandro Albani, luego, cuando fui el jefe máximo por cinco años y todo lo que sucedió después de que fingiese mi muerte. ¿Algo más qué preguntar?

Llevo la mano hacia el colgante que me regalo y lo acaricio. No me lo he quitado desde la noche en la que me lo colocó en el cuello. En todo este tiempo he sentido que lo tenía a mi lado y me protegía.

—Qué ironías de la vida, cuando me interrogaste al llegar junto a ti, en el búnker, pensé que estaba en un interrogatorio de verdad, solo que estabas muy lejos de ser un policía, y lo eras —murmuro—. Siempre cuidaste de mí, mientras yo pensaba que estaba secuestrada.

—No tuve otra opción. Bueno, sí la había, sacarte del país con otro nombre como testigo protegido, pero tus ojos me atraparon y decidí que te quedases junto a mí. Puede que fuese un egoísta.

—Me enamoré de ti si saber cómo. Me costó aceptar que pudiese amar a alguien con tu historial. Pero algo me decía que no eras el demonio que aparentabas ser.

—Me costó ser duro contigo, implacable, cuando en realidad solo tenía ganas de besarte y tenerte en mi cama. ¿Alguna curiosidad más?

—Sí —murmuro mientras me revuelvo en el sofá algo incómoda—. Hay algo más que te quiero preguntar —manifiesto con valentía—. ¿Tu frialdad conmigo desde que he llegado y el distanciamiento se deben a que en estos meses aquí has conocido a alguien y tus sentimientos por mí han cambiado? —le vuelvo a preguntar—. Yo me enamoré de un hombre que dices no eras, sin embargo, yo siempre he sido la misma —le argumento.

—Quiero que me conozcas, que te enamores de Oliver Ferrer. Te propongo volver a enamorarnos —insiste de nuevo.

Lo miro en silencio mientras me pregunto cómo enamorarme de un hombre que ya te ha calado hasta los huesos. Sin embargo, sé que por alguna extraña razón Alessandro necesita esto.

—Volver a enamorarnos —musito, pensativa—. Acepto, pero tengo mis condiciones —exijo. Alessandro esboza una sonrisa y se queda a la espera de mis palabras—. Todo lo que tengo es gracias a ti, me refiero a esta casa y una cuenta bancaria millonaria —especifico—. No quiero que vuelvas a trabajar. Puedes hacer uso de todo el dinero que tengo porque está en mis manos gracias a ti.

—Has tenido el don de doblar esa cantidad —comenta con admiración.

—Podemos vivir el resto de nuestras vidas sin trabajar —le planteo.

—No sé vivir sin hacer algo productivo, pero unos meses de vacaciones le vendrían muy bien a mi cuerpo y a mi espalda. Los tengo machacados.

—Y en esos meses podría conocer a Oliver Ferrer y enamorarme como una loca de él —propongo con una sonrisa.

Alessandro asiente y me devuelve el gesto.

—¿Cuánto tiempo tienes pensado quedarte? —pregunta con interés.

—Donde tú estés, toda la vida si me haces un hueco en tu corazón.

—Trato hecho —afirma, contundente. Extiende su mano y me la estrecha. La tomo y, pese a tener a nuestra hija en brazos, tira de mí y susurra—. Sellémoslo como dios manda.

Para mi gran sorpresa, me planta un beso demoledor en los labios que hace que tiemble por dentro y gima en su boca.

—Oliver Ferrer besa de maravilla —susurro cuando terminamos el beso, mientras me relamo los labios saboreando aún su sabor.

—Quiero volver a enamorarte, Mel —murmura y me derrito cuando escucho que vuelve a llamarme así.

Estoy a punto de decirle que lo amo más que nunca, pero no lo hago.

—No te lo voy a poner nada fácil. Tendrás que desbancar al dueño de mi corazón —le advierto, sonriente y juguetona.

—Cuento con el hecho de que tendré que sudar bastante.

—Voy a darte una pista —le susurro cerca del oído.

—Él nunca fue romántico, solo me sorprendía con el lujo de su alrededor. Igual Oliver Ferrer es alguien más detallista.

—¿Flores, velas y citas románticas? —inquiere con una ceja alzada, mostrándome una medio sonrisa.

—No sé, creo que es el modo más común de enamorar a una mujer. ¿Cómo lo haría Oliver

Ferrer?

—Ya lo comprobarás —aventura, sonriente. Lo siento más cercano y es algo que me gusta.

Nos miramos y la tensión sexual es evidente en el ambiente, sin embargo, ninguno de los dos nos atrevemos a dar el paso. Tengo la sensación como si fuésemos dos desconocidos.

—Estoy deseándolo —lo incito. Me muero por besarlo, pero quiero que sea él quien dé el paso de acercarse a mí.

—¿Quieres que vayamos a comprar la cuna y el moisés de la niña? —me propone.

—Me parece una idea maravillosa —acepto de inmediato.

Alessandro llama a un taxi mientras yo me arreglo y cojo todo lo necesario para la niña y nos marchamos de compras.

Pasamos una tarde en familia estupenda. Ver a Alessandro empujar el carro de su hija por un centro comercial mientras lo admiro embobada en él me parece un completo sueño. Por otra parte, estoy muy sorprendida con mi hija, creo que es cierto eso de que la sangre llama a la sangre, ya que desde que conoció a su padre es como si hubiese estado siempre con ella. No lo rechaza ni llora cuando está a solas con él y es algo que me emociona.

Cuando llega la hora de pagar todo lo que hemos comprado, Alessandro insiste en llevárnoslo nosotros mismo ya que él quiere montar la cuna y todo lo que hemos añadido, un cambiador con bañera, una cómoda, una trona… , saco mi tarjeta cuando veo que él lo va a pagar con su dinero y le indico:

—Este dinero también es tuyo. —Cuando me pone mala cara le especifico—: Si no quieres el que Alessandro Albani puso en mis manos, acepta el que yo misma he doblado gracias a ese dinero que llegó a mí.

—Vale, lo acepto —dice tras pensarlo por unos segundos—, pero deja que le compre este regalo a mi hija con el sueldo de este mes. Es importante para mí —refleja y yo asiento.

—Puedo entenderlo —le indico, orgullosa de él.

Llama a dos taxis, en uno nos marchamos los tres y a otro le indica que nos lleve todo lo que hemos comprado.

Cuando llegamos a casa es Alessandro es el encargado de descargar las pesadas compras. Nuestra hija llora y tengo que darle de comer. Le preparo un biberón y se lo doy sentada en el sofá mientras que el hombre que amo desembala todo lo que ha comprado para su hija. Lo primero que monta es el moisés que tendremos en el salón, luego le coloca las sábanas y la colcha, y me derrito con la dulzura y el cariño con el que lo hace todo.

Me levanto con mi hija, le dejo en su nuevo moisés mientras que ella nos sonríe y su padre y yo la admiramos.

—Te imaginé tantas veces en la faceta de padre desde que nació Carla… —murmuro, emocionada.

—¿Decepcionada? —inquiere mirándome muy cerca. El brillo intenso de sus ojos verdes me hace temblar.

—Todo lo contrario, muy orgullosa de ti. Carla es muy afortunada de tenerte como padre.

—Gracias. Intentaré seguir mejorando. Soy novato.

—Sigo pensando que no hay nada que se te dé mal —le revelo con orgullo, admirándolo. Nos

quedamos en silencio y me atrevo a preguntarle—: ¿Va a pasar mucho tiempo hasta que Oliver Ferrer se decida a besarme? —Suspiro en actitud coqueta, suplicándole un beso.

Me dedica una media sonrisa, se inclina sobre mí y se apodera de mis labios. Yo me fundo en sus brazos y me entrego a él. Nos besamos con pasión, mientras que nos sentimos arder por dentro, pero nuestra hija lloriquea y nos interrumpe.

Lo miro sonriente y voy hacia mi hija. Alessandro se pasea incómodo por el salón masajeándose la cabeza. Me siento en el sofá, acunando a mi hija, mientras lo admiro. Se sitúa a mi lado, sentado con las piernas abierta y deja caer la cabeza en la parte de detrás del sofá con los ojos cerrados.

Puedo observar el bulto a través de sus pantalones, y solo nos hemos dado un beso.

—Yo me siento igual —murmuro—. Han sido demasiados meses, aunque igual tú… —dejo caer, con miedo a su respuesta.

—Te juro que en todo este tiempo solo he pensado en ti y he trabajado como un mulo. Después de más de ocho horas diarias de jornada laboral te aseguro que caía rendido en la cama. Aunque he de confesar que cada mañana me desahogaba en la ducha pensando en ti —confiesa.

Lo miro incrédula, pero en sus ojos puedo leer que es verdad. Luego sonrío y él se queda mirándome con intriga. Lo miro y le comento:

—Recuerdo la noche que te encontré en la ducha masturbándote, por poco me muero de la vergüenza.

—Eras una tentación demasiado fuerte en mi cama. No tienes idea de cómo te deseaba.

Me mira y puedo leer el deseo en sus ojos.

—Supongo que el hecho de que terminemos acostándonos en cuestión de horas, cuando Carla nos deje —bromeo con ella en mis brazos—. Ambos lo deseamos más que nada, sin embargo, no tengo método anticonceptivo —anuncio. No quiero otro hijo, por el momento, deseo disfrutar al máximo a mi pequeña que solo tiene cinco meses—. Y antes de que me lo preguntes, Carla llegó porque se me olvidaron las pastillas anticonceptivas en Madrid cuando nos marchamos a Sotogrande.

—No tienes que justificarte. Ella es un regalo. El más inesperado de mi vida —dice con la vista clavada en la niña—, pero, a la misma vez, el más bonito y hermoso. Nunca pensé en ser padre, recordarás en que insistí y me aseguré que te tomases la pastilla del día después cuando tuvimos relaciones por primera vez, pero las circunstancias de mi vida en esos momentos, la misión estaba a punto de terminar, no me permitían margen de error, y un embarazo lo hubiese sido.

Recordando aquella vez entre nosotros, asiento, sonriente.

—¿Tienes preservativos en casa? —pregunto con interés.

—No —contesta de inmediato—, pero llevo demasiado tiempo deseándote como para que exista ninguna barrera entre nosotros —revela con los ojos entornados mientras que mi estómago se revoluciona y siento un fuerte tirón en mi vientre—. Te quiero sin límites, toda para mí.

—Tendremos que esperar hasta mañana. Cógeme cita en la consulta de alguna ginecóloga. Tú hablas inglés e italiano a la perfección, y algo de croata habrás aprendido en todo este tiempo aquí— le indico—. Desde que tuve a Carla llevo una regla irregular y no sé cuáles son mis días

fértiles, y no quiero arriesgar. Creo que, con ella, por el momento, es suficiente para hacernos en la faceta de padres —bromeo y él asiente, está de acuerdo.

Se acerca a mí, me acaricia el mentón y luego me da un beso. Se pone de pie y realiza una llamada, la cual no entiendo porque habla en inglés, pero estoy segura de que está cumpliendo mis órdenes.

62

Corazón dividido

Alessandro corta la llamada en inglés y realiza otra bajo mi atenta mirada, en la que escucho:

—Necesito que salgáis de la cama y ejerzáis de tíos por un par de horas. —Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro cuando admiro a Alessandro delante de mí, tan imponente y maravilloso como siempre. Estoy segura de que habla con Fábregas y Laura—. Gracias, no esperaba menos. Melania y yo tenemos unos asuntos pendientes.

Cuando cuelga la llamada me mira y comenta:

—Tenían una cita a última hora de la tarde disponible en la clínica y les dije que sí. Quiero acompañarte y le pedí a nuestros amigos que se quedasen con Carla. ¿Te parece bien? —pregunta finalmente.

Le sonrío y asiento. Ha hecho todo sin preguntarme, se empeña en separar a Alessandro Albani de Oliver Ferrer, pienso que tienen más en común de lo que él mismo cree, pero, por el momento, no lo voy a sacar del error. Durante mucho tiempo ha sido un hombre acostumbrado a no preguntar, solo dar órdenes y quiero ver y vivir cómo es sin estar en la piel de jefe máximo como era Alessandro.

—Me parece muy bien. Nuestra pequeña se quedará en buenas manos. —Me levanto y le indico a Alessandro dejándole a la niña—: Voy a darme un baño y podemos marcharnos.

Vamos en un taxi, de camino al hotel donde se alojan Laura y Fábregas, cuando le sugiero a Alessandro:

—Deberíamos comprar un coche.

Él me mira y asiente tras pensarlo por unos largos segundos.

Llegamos al hotel, subimos a nuestra hija a la habitación con sus tíos y no nos demoramos mucho ya que el taxi nos sigue esperando en la puerta para marcharnos de nuevo. Llegamos a la clínica donde Alessandro ha cogido la cita, es muy lujosa y nos tratan de maravilla nada más entrar, y en muy poco tiempo hemos resuelto el problema que nos llevó hasta allí.

Cuando salimos de la clínica miro a Alessandro, no se ha separado de mí en ningún momento, ha sido muy atento y se ha presentado a la doctora que me ha atendido como mi marido, algo que me ha emocionado. Imaginarlo en ese papel y una vida juntos y felices con nuestra hija es a todo lo que aspiro en la vida para considerarme completamente feliz.

—¿Qué hacemos ahora? —le pregunto mirando alrededor de la calle en la que nos encontramos, ya ha oscurecido.

—¿Me calificarías como un a demonio si te rapto hasta mañana por la mañana y dejamos a Carla esta noche con sus tíos? —pregunta con una mirada ardiente y una sonrisa en la que sé leer el doble sentido de lo que me ha preguntado.

Me acerco a su oído y le susurro de forma coqueta:

—Oliver Ferrer —Utilizo su nombre por primera vez para dirigirme a él—, le advierto que sufro el síndrome de enamorarme como una loca de los hombres que me raptan.

Esboza una amplia sonrisa mientras que nos miramos fijamente a los ojos.

—Correré el riesgo —susurra sobre mis labios y al fin me besa.

Me toma por la cintura con posesión y le atrae hacia él. Me abraza mientras nos besamos con pasión en plena calle sin importarnos nada.

Cuando sentimos que hemos olvidado dónde estamos, porque escuchamos el fuerte sonido de varios coches que frenan con brusquedad porque han estado a punto de colisionar, suspiramos, tomamos aire y Alessandro me toma de la mano mientras murmura:

—Vámonos o no respondo de mí. —Sonrío mientras que caminamos a paso ligero en busca de un taxi y pienso en que ambos sentimos la misma tensión y las mismas ganas en estos momentos. No sé qué tendrá planeado para esta noche, pero siento que voy a explotar. No puedo más.

Nos montamos en un taxi y no entiendo lo que Alessandro le indica. El camino lo hacemos en silencio, sin apenas mirarnos ni rozarnos demasiado. Cuando veo que el taxista para delante de la casa en vez de en el hotel me sorprendo y miro al hombre que amo, situado a mi lado.

—¿No vamos a recoger a Carla? —pregunto con sorpresa.

Alessandro chasquea la lengua, me ayuda a bajar del coche y luego dice:

—Puede que sea el padre más egoísta del mundo, pero esta noche necesito a su madre para mí por completo, en exclusividad. —Lo miro con los ojos muy abiertos, el corazón desbocado y él añade—: Sus tíos se han mostrado muy contentos de quedarse con ella hasta mañana. Creo que está en buenas manos —murmura en tono de broma.

Asimilo lo que me acaba de decir mientras mi corazón se acelera y lo miro embobada en él. No esperaba esto. Me acerco, lo abrazo y le susurro cerca del oído:

—Me parece una idea maravillosa. Te necesito.

Alessandro me alza en sus brazos, se apodera de mis labios y me besa con ansia. Así entramos en la casa y, deshaciéndonos de la ropa como si nos quemase en el cuerpo, llegamos entre besos y caricias hasta la habitación. Nos tumbamos en la cama, acaricia mi cuerpo casi desnudo, solo llevo la ropa interior, con sus manos mientras las siento más ásperas sobre mi piel que tiempo atrás. Recuerdo que el trabajo que ha llevado a cabo Alessandro en estos meses no ha sido fácil y percibo, sin querer, la primera diferencia entre Alessandro y Oliver. Sonrío sobre sus labios, él me mira, me besa el cuello y murmura:

—No tienes idea de las veces que he imaginado esto en esta cama. Tú y yo así. Desde que apareciste en mi vida me tienes loco, Mel.

—La vida me vuelve a recompensar con un hombre que se preocupa por mí y sé que me protegerá —susurro, perdida en el placer de sus besos y caricias.

—Eso no lo dudes jamás. Eres mi razón de vivir, lo primero en lo que pienso cuando me levanto y lo último cuando me acuesto. Cada decisión que he tomado en mi vida desde que apareciste en ella fue para protegerte —revela mientras me deja completamente desnuda y me admira en silencio—. Eres la imagen más increíble que he visto jamás, pasaría el resto de mi vida así contigo.

Me besa, lo abrazo y nuestros cuerpos, completamente desnudos, se funden y siento que somos uno solo. Él es mi lugar en el mundo, lo sé, como también sé que solo seré feliz a su lado. Es el dueño de mi corazón y estoy completamente segura de que nadie me amará ni protegerá más que él jamás.

Cuando Alessandro entra en mi interior lo siento más fuerte, más grande, más sedoso y más caliente que nunca. Siento que ardo por dentro, las llamas me consumen a la misma vez que su boca y sus manos me vuelven completamente loca.

—¡Alessandro! —grito desgarrándome la garganta de puro placer.

Se detiene de pronto, me mira, me besa con mimo y susurra en mi oído:

—Oliver.

Hacemos el amor con urgencia, saltándonos todo tipo de preliminares y romanticismo, sin embargo, siento que es el acto de amor más puro que he realizado jamás. Es muy difícil de explicar, pero mi corazón está rebosante de felicidad y mi amor por el hombre que tengo junto a mí es infinito. Este momento juntos, en el que siento que es mío de verdad, y que lo sé todo sobre él, la sensación de que me pertenece y que le pertenezco es lo más real que he experimentado nunca.

—Ha sido increíble —murmuro abrazada a su pecho, aún con la respiración alterada y todo mi cuerpo temblando.

—¿Te hizo sentir alguna vez Alessandro así? —pregunta con interés.

Alzo la mirada y aprecio algo de preocupación en sus ojos. Me incorporo un poco más y le pregunto:

—¿Por qué te empeñas en diferenciar a dos hombres que no existen en sí?

—Porque sé que, en el fondo, cuando era Alessandro lidiabas con la carga de quién era. Te habías enamorado de un hombre poco conveniente —suaviza—. Nunca me lo dijiste, pero estoy seguro de que era la parte que no te gustaba de mí.

—Ya me has explicado todo, lo he comprendido y te he perdonado. ¿Qué problema sigue existiendo? —pregunto preocupada.

—Quiero que te enamores de Oliver Ferrer y me consideres un hombre perfecto, pese a que mi pasado puede que no lo fuese tanto.

—Estoy completamente enamorada de ti —le indico con el corazón en la mano.

—Déjame enamorarte más —me ruega.

—¿Más de lo que ya estoy? —inquiero—. ¿Sabes lo que supuso para mí encontrarte aquí con vida? Mi amor se multiplicó.

—Déjame que sea yo mismo —me suplica—, y no guiado por acciones para protegerte en una misión de riesgo.

—Acepto. Te he echado tanto de menos que tenerte junto a mí es un verdadero milagro.

Lo abrazo, lo beso y le hago el amor como tantas noches imaginé pensando que ya no lo volvería a tener más junto a mí.

En medio de la noche, me despierto y lo admiro junto a mí. Duerme como un tronco mientras ronca. Paso un par de horas sin dejar de observarlo así, tan tranquilo, plácido y sintiendo que es el hombre perfecto. Mi corazón se encuentra dividido. Sé que jamás olvidaré a Alessandro, sin

embargo, Oliver está despertando nuevos sentimientos en mi interior. Pese a tratarse del mismo hombre, comienzo a sentir que son dos personas diferentes. Alessandro tenía un patrón diseñado a seguir, Oliver es libre y quiero descubrir cómo es, igualmente es algo que me inquieta, pero también me atrae.

63

Una verdadera historia de amor nunca se termina

Despierto y estoy sola en la cama. Me sobresalto al no encontrar a Alessandro junto a mí. De inmediato pienso que igual se ha marchado a trabajar, busco una nota o algo que me indique dónde está, pero no ha dejado nada. Cojo mi móvil y tampoco tengo ningún mensaje suyo, tan solo de Laura donde me dice que mi hija ha sido muy buena y que no tengamos prisa en ir a recogerla, que disfrutemos de nuestro amor.

Cuando voy a levantarme de la cama la puerta de la habitación se abre y Alessandro entra con una bandeja en las manos en la que lleva un suculento desayuno servido. Lo miro con sorpresa y admiro todo su cuerpo, solo lleva unos calzoncillos negros.

Se acerca a mí, deposita la bandeja en la cama, me sonríe y luego me da un beso.

—Buenos días, dormilona —murmura sobre mis labios. Luego vuelve a besarme.

—Nunca me han traído el desayuno a la cama así —le hago saber mientras le acaricio el rostro, embobada en él.

—¿Punto a favor de Oliver? —pregunta con una ceja alzada.

—No te empeñes en desbancar a Alessandro. Él es el padre de mi hija —le indico, y cuando pone mala cara le especifico—: La concebimos cuando eras Alessandro Albani, y de haber sido un varón le hubiese puesto ese nombre. Y te advierto que si un día tenemos un hijo quiero que se llame Alessandro —le dejo muy claro.

—Rezaré para que volvamos a tener otra hija —murmura sonriente y es algo que me sorprende en él. No se ha negado y se ha mostrado complaciente en tener otro hijo en el futuro —. La casa de Alessandro estaba llena de gente que trabajaban para mí y me respetaban, algo que me había ganado con los años. En muchas ocasiones no podía ser contigo como quería. —Fija la mirada en la bandeja del desayuno—. Siempre deseé sorprenderte con gestos como este, pero mi vida no me lo permitía —se excusa.

—Ahora tenemos una nueva oportunidad —le indico, orgullosa de ello.

—Eres una gran mujer, Mel. Me la has otorgado sin tan siquiera pedírtela después de todo por lo que has pasado desde que me conociste.

—Te amo, nunca dejé de hacerlo.

—Lo he comprobado —susurra mientras me acaricia la pierna, donde llevo un tatuaje en la ingle donde dice: *una verdadera historia de amor nunca se termina.* Me lo hice después de nacer mi hija.

—Pese a creer que estabas muerto siempre supe que jamás dejaría de amarte y que lo nuestro nunca se terminaría. Mi amor por ti era y es muy grande. Me enseñaste a amar de verdad, Alessandro —lo llamo así a conciencia—. No todo fue tan malo mientras estabas en su piel.

Puede que no dieses rienda suelta a todos tus sentimientos como querías, pero conseguiste que perdiese la cabeza por ti.

—Te empeñas en santificarlo —murmura contrariado.

—Me empeño en una realidad que te haré ver quieras o no —le indico en tono mandón, me abrazo a él y lo beso.

Desayunamos en la cama entre miradas y caricias cómplices. Tenemos aún mucho de lo que hablar, del pasado y del presente, pero tengo la certeza de que tenemos tiempo.

—Extraño a mi pequeña, ¿vamos por ella? —le propongo a Alessandro.

—Sí, pero antes voy a secuestrarte en la ducha y a hacerte el amor en ella —propone con una sonrisa que me acelera el corazón y hace que me tiemble el cuerpo entero.

Me carga en sus brazos, grito de la emoción, nos besamos y así llegamos a la ducha, donde damos rienda suelta a todo lo que sentimos.

Desnudos en el vestidor de la habitación, mientras nos colocamos la ropa, siento que nuestras complicidad y confianza ha aumentado. Antes de acostarnos juntos todo entre nosotros era pura tensión. Las miradas, los gestos, las conversaciones, sin embargo, en estos momentos siento que ese hilo se ha roto, nos hemos relajado un poco y comenzamos a ser nosotros mismos, dejándonos guiar por lo que sentimos y nos une, una maravillosa hija.

—Tengo que comprarme ropa —murmura Alessandro cuando se coloca unos vaqueros gastados y una simple camiseta.

—Ya sé lo que haremos hoy —le indico, sonriente, mientras él me mira expectante—. Iremos de compras —anuncio.

—Odio ir de compras —refunfuña.

—¿Hablas como Alessandro o como Oliver? —pregunto en tono de broma mientras me cuelo unos vaqueros.

—Como ambos —contesta algo crispado.

—¿Quién le compraba a Alessandro toda la ropa de marca cara que tenía? —pregunto con interés.

—Personas especializadas en ese trabajo —contesta.

—¿Y antes de ser Alessandro? —me intereso.

—Iba una vez al año a un centro comercial y compraba lo que necesitaba.

—Pues eso haremos hoy. Te prometo que no insistiré en ir más por mucho tiempo —le propongo, sonriente y animada.

—Está bien —acepta, de mala gana, pero lo hace y es algo que provoca en mí una gran alegría.

Nos terminamos de vestir y, mientras yo me maquillo un poco y me arreglo el pelo, él se encarga de llamar a un taxi. Cuando nos montamos en este le propongo a Alessandro:

—Hagamos una parada antes de ir al hotel.

—¿Dónde quieres ir? —pregunta con curiosidad.

—A comprar un coche. Lo necesitamos. No podemos estar moviéndonos siempre en transporte público.

—Podemos comprarlo otro día, déjame ver coches por internet a ver qué encuentro.

—No —me niego de forma tajante—. Quiero uno nuevo, grande, familiar y caro —añado mostrándole una sonrisa—. Es un regalo para el hombre que amo, me lo puedo permitir —manifiesto con alegría cuando observo que me mira con la boca abierta a punto de replicar a mi petición.

Alessandro suelta una sonora carcajada, me mira sonriente y le habla al taxista. Luego se acerca a mi oído y susurra en él:

—Esta faceta mandona me ha puesto a cien. Ten por seguro que si fuésemos en nuestro coche hubiese parado a un lado y te hubiese follado.

—Lo tendré en cuenta en el futuro —murmuro sonriente y atrevida, con el corazón acelerado mientras observo el brillo especial que tienen sus ojos verdes donde puedo apreciar el deseo más puro.

Llegamos a un concesionario de coches donde hay varias marchas caras y de inmediato llegan a atendernos. Es Alessandro quién se encarga de hablar con la mujer que se dispone a vendernos un coche. Observo que nos mira de arriba abajo como si no pudiésemos entrar en ese lugar por no poder permitirnos un vehículo como los que tiene allí, sin embargo, sin entender lo que Alessandro le dice en inglés, puedo apreciar el porte y el aire de superioridad con el que se dirige a la señora de mediana edad. Disfruto viendo cómo se mueve y estoy a punto de darle un beso cuando le dice algo a la dependienta que la deja callada y lo mira con los ojos muy abiertos. Luego ella asiente y nos pide que la acompañemos. Alessandro me coge de la mano con fuerza y vamos tras ella. Nos enseña varios coches como los que le debe haber especificado Alessandro y luego él se olvida de la mujer y me habla a mí.

—¿Cuál te gusta? —pide mi opinión mientras yo lo miro con admiración.

—Mi único requisito es que sea grande en su interior y el maletero, tenemos una hija —puntualizo—. El resto lo dejo a tu criterio, además, ya te he dicho que es un regalo —le guiño un ojo y le acaricio el pecho con la mano. La dependienta me mira de mala forma, le dedico una sonrisa forzada y luego beso al hombre que tengo a mi lado con pasión sin importarme nada.

Alessandro escoge un Tesla Model X en color negro. Me gusta el coche, aunque no entiendo de ellos.

La dependienta sigue mirándonos alucinada. Nos lleva hasta su oficina y nos sentamos ahí para firmar todos los documentos de la compra y pagar el coche. Mientras ella hace una llamada Alessandro me susurra:

—No pensaba escoger un coche tan caro, pero voy a enseñarle a esta mujer a no juzgar a la gente por su apariencia. Ha costado ciento veinte mil euros —me indica.

—Me lo puedo permitir —murmuro, sonriente. Él me devuelve la sonrisa y mi corazón se acelera.

Firmamos la compra y nos aseguran que en tres días tendremos nuestro nuevo coche.

Cuando salimos del concesionario, juntos y de la mano, miro al hombre que amo y le digo con orgullo:

—Creo que has tenido que sacar a Alessandro Albani para enfrentar a esa mujer, no he entendido mucho de vuestra conversación, pero si he visto al hombre del que me enamoré.

Alessandro suspira y me mira serio mientras yo lo admiro sonriente. Solo quiero que se dé

cuenta de que Alessandro solo es un nombre, el hombre es él independientemente de cómo se llame. Deseo que acepte que me enamoré de él siendo quién era y que siempre lo voy a amar.

—No me he dado cuenta —miente descaradamente.

—Yo sí —respondo de inmediato, manteniéndole la mirada, valiente—. No te empeñes en matar a Alessandro —le aconsejo.

—Ni tú en seguir enamorada de él. Ya te he dicho que fue creado. Soy lo que tienes delante de ti —me indica serio.

—Yo te veo con claridad, el problema es que tú no te ves, por ahora —añado. No voy a cesar en mi empeño. Él quiere matar a Alessandro y no lo voy a permitir. No fue un monstruo, buscaba justicia y considero que fue alguien justo.

Resopla y volvemos al taxi que nos sigue esperando. Llegamos al hotel donde están Laura y Fábregas con nuestra hija y lloro al cogerla en mis brazos. Ha sido la primera vez que me he separado de ella casi un día completo y, pese a haber estado con el hombre que amo, la he echado muchísimo de menos. Y, sobre todo, al ver la carita de alegría de mi hija cuando me ha visto aparecer me ha emocionado como nunca.

Alessandro también la coge en sus brazos y consigue hacer que vuelva a llorar cuando la acuna y la besa con mimo.

—¿Qué tal se ha portado? —le pregunto a Laura.

—De maravilla, es muy buena.

—Tenéis una hija estupenda —nos indica Fábregas—. Sois muy afortunados.

—¡Oh! —grita Alessandro—. Mi amigo quiere ser padre —carcajea mirándolo, sonriente, mientras le palmea la espalda.

Laura lo mira con sorpresa.

—No me importaría tener una hija como ella, es un amor —murmura Fábregas.

—Nunca hemos hablado de los hijos —le reprocha mi amiga algo molesta.

—Jamás me paré a pensar en ellos hasta que Carla se ha quedado con nosotros y he descubierto lo maravillosa que es. También me ha gustado verte en la faceta de madre estas horas, estabas increíble —le lanza a Laura.

—¡No lo puedo creer! —exclama ella.

—Animaos, mi hija necesita un primo de su edad —les dice Alessandro mientras yo lo admiro como un padre orgulloso con Carla en sus brazos.

—Yo a lo único que me animo por ahora es a invitaros a comer —dice Laura, sonriente. Fábregas la abraza y la besa bajo nuestra atenta mirada.

Bajamos al restaurante del hotel y almorzamos todos juntos. Mientras estamos en la mesa los admiro a todos y me siento una mujer feliz. Ver a Laura y Fábregas juntos y felices me emociona. Alessandro también está más cercano conmigo, no hemos hablado de nada en concreto ni cómo será nuestra relación de ahora en adelante, pero está claro que nos amamos y ya tendremos tiempo de establecer todo.

Volvemos a nuestra casa y juntos bañamos a nuestra hija. Le voy indicando a Alessandro cómo tiene que hacerlo y descubro que es un buen aprendiz. Luego le doy el pecho, los tengo a reventar y él se queda a nuestro lado en el sofá, mirándonos embobado. Carla se queda dormida

en mis brazos mientras su padre nos admira, a ambas.

—¡¿Qué?! —pregunto con insistencia para sacarlo de sus pensamientos, está como absorto.

—Soy un hombre muy afortunado en esta vida —determina con orgullo.

Mi corazón da un vuelco y miles de mariposas aparecen en mi estómago. Cuando me mira de esa forma me deja sin voluntad.

—Desde que nos hemos reencontrado no me has dicho qué planes de futuro tienes —comento sin incluirnos a Carla y a mí, quiero que sea él quien nos haga un hueco en su vida. Sabe que lo amo y que tiene una hija, solo espero que me pida que me quede a su lado toda la vida y lo haré, pero necesito oír esa petición.

—No puedo volver a España y este lugar me encanta —murmura.

—¿Nunca más podrás volver? —pregunto con pena.

—Supongo que dentro de muchos años cuando la gente haya olvidado la cara de Alessandro Albani y haya envejecido. No quiero correr riesgos, y menos ahora que tengo una hija a la que proteger. Si algunos de mis antiguos enemigos se enteran de que estoy vivo puede que quieran eliminarme de verdad, o tomar represalias contigo o Carla, he jodido a mucha gente en estos años.

Ante su confesión un escalofrío recorre mi cuerpo. Asiento y me quedo en silencio, mirándolo mientras en mi interior suplico que me pida que me quede a su lado, pero no lo hace. Se levanta, bajo mi atenta mirada, y coge el mando de la televisión.

—¿Una película? —propone.

—Vale. Te dejo escoger, quiero conocer tus gustos cinematográficos.

Ver una película en el salón de casa con mi hija dormida y el hombre que amo se convierte en un plan maravilloso, solo que no presto atención a la película que pone, ha escogido una de acción y tiros. Yo me dedico a mirarlo, relajado y tumbado a mi lado, disfrutando de otra novedad en su compañía. Lo cierto es que me tengo que acostumbrar a que no sea un hombre tan ocupado como antes, ahora es todo para mí y es algo que me encanta.

64

Pídeme un futuro juntos

—No te ha gustado la película —dice Alessandro con desilusión cuando termina y apaga la televisión.

—Me gustaba más el hombre que tenía al lado —respondo mirándolo a los ojos, sonriente.

—Te has pasado toda la película mirándome, ¿en qué pesabas? —pregunta con interés mientras me quedo sorprendida, pensé que no se había dado cuenta.

—En ti, en mí, en todo lo que nos rodea, en el futuro —le dejo caer a conciencia.

—Nuestra historia es complicada —susurra.

—Yo la calificaría como atípica. Me secuestraste, terminé enamorada de ti y siendo tu mujer, me dejaste destrozada tras tu supuesta muerte y resucitaste haciéndome la mujer más feliz sobre la tierra —resumo, lo miro con atención y le pregunto—: ¿Qué sigue?

—No sé lo que el destino nos tenga preparado, solo te puedo decir que nunca seré un hombre normal y corriente.

—Eso lo descubrí al instante de mirarte a los ojos, cuando apareciste en el búnker —le recuerdo.

—Tuve que secuestrarte, no tenía otra opción. Nunca te he pedido perdón por ello —se disculpa.

—Al principio te odiaba, pero ese gran odio se convirtió en amor.

—¿Qué hizo que te enamorases de mí? —pregunta con miedo.

—A través de tus ojos vi tu corazón. No me atrajo tu poder, tu dinero ni tu cuerpo, bueno, tu cuerpo puede que sí —rectifico, sonriente—. No era ciega. Cada vez que te presentabas ante mí me dejabas sin palabras y una parte de mí te deseaba en contra de la otra que me gritaba que estaba loca por tener esos pensamientos.

Alessandro suelta una carcajada ante mi comentario.

—Te compliqué la vida.

—Solo un poco, pero aprendí a amar. Y tú que tenías rendidas a todas las mujeres, ¿qué te atrajo de mí? ¿Por qué yo? —pregunto con interés.

—Tu mirada limpia y transparente me atrapó. Eras la única verdad en todo el mundo de mentiras que me rodeaba. Te metiste en mi corazón sin preguntar y me di cuenta de ello cuando Faheem quiso llevarte con él. Mi instinto de protección hizo que te presentase a todos como mi mujer sin importar las consecuencias. Tuve claro que me daba igual la misión. Tú valías más que todo eso.

—Siempre te agradeceré ese gesto, si ese hombre llega a … —No termino la frase.

—No lo hubiese permitido con ninguna mujer, menos contigo. Su propuesta me vino bien para tenerme más cerca y obligarte a compartir mi cama. Cómo lo disfruté —carcajea—. Dormir

contigo a mi lado era lo mejor de mis días —revela con una mirada traviesa.

—Yo también lo disfruté, me quejaba, pero, en el fondo, me encantaba tenerte cerca y escuchar tu respiración a mi lado mientras dormías. ¿Qué sigue ahora? —insisto. Ni siquiera sé si esta noche vamos a compartir la misma cama.

—¿Qué es lo que quieres? —pregunta, confuso.

—Pídeme un futuro juntos —lo aliento, ilusionada.

—Nunca sería tan egoísta —responde de inmediato y me deja impactada—. Soy un hombre que, de alguna forma, tiene que vivir escondido el resto de su vida. Y si, por casualidad, alguien descubre que sigo vivo y es alguno de los enemigos que se forjó Alessandro Albani tendría un grave problema. ¿Comprendes mi situación?

—¿No me quieres a tu lado, ni a tu hija? —pregunto con miedo.

—No he dicho eso, tan solo que nunca te pediría que pases el resto de tu vida conmigo.

—¿Y si no quiero marcharme de tu lado? —le planteo.

—Es una decisión tuya —comenta son desgana y me quedo pensativa por unos minutos.

—Júrame que nunca más te vas a ir de mi lado sin decirme que te marchas. No podría levantarme una mañana y que hayas decidido irte u organizar otra supuesta muerte. —Estoy muerta de miedo, hasta tiemblo.

Alessandro se acerca, me acaricia el rostro y me tranquiliza.

—No lo haré. Siempre sabrás de mí a menos que esté muerto de verdad.

—Júramelo por tu hija —le exijo, desesperada.

—Te lo juro.

Alessandro me abraza y me besa, luego coge a Carla de mis brazos y le da un beso, la niña se acaba de despertar. La alza, le dice cosas y la hacer reír. Lo miro y sé que mi lugar en el mundo está a su lado, puede que no me lo pida, pero me aferraré a él mientras me ame y no me iré de su lado jamás.

Cenamos algo ligero después de acostar a la niña y mientras recogemos la cocina le digo:

—Estoy cansada, me voy a la cama. —Lo miro con ganas de que me acompañe, pero no dice nada. Se acerca a mí, me da un beso en el cabello y murmura:

—Que descanses, voy a hacer unas cosas en el ordenador del despacho.

Estoy tentada de preguntarle qué va a hacer o qué es más importante que irse conmigo a la cama después de todo el tiempo que hemos pasado separados, pero no digo nada y me marcho en silencio.

Me meto en la cama y en arropo, tengo el cuerpo un poco cortado y sueño. Doy varias vueltas, inquieta, hasta que me quedo dormida.

En mitad de la noche, cuando me muevo, me topo con algo, me sobre salto, sentándome en la cama de golpe y trato de callar un grito que sale de forma involuntaria de mi garganta.

—Joder, ¡¿qué pasa?! —pregunta Alessandro, mirando alerta por toda la habitación.

—¿Qué haces aquí? No te esperaba, me has asustado al sentirte en la cama. Estaba soñando, aparecías muerto y encontrarte aquí… No sabía que ibas a dormir conmigo —le reprocho muy enfadada.

—He subido hace un rato. Estuve trabajando —justifica.

—¡¿En qué?! ¿Por qué no hablamos las cosas? Te empeñas en que no eres Alessandro y te comportas como él. No das explicaciones y no me preguntas mi opinión sobre nada desde que he llegado —le echo en cara, alterada.

Suspira, se queda en silencio y se sienta en la cama, reposando la cabeza sobre el cabecero. Lo observo desnudo de cintura para arriba y con los ojos cerrados.

—Discúlpame, tengo que aprender a hacer las cosas de forma diferente —lamenta—. Llevo demasiados meses solo —se excusa—. Me voy a la otra habitación. —Comienza a levantarse de la cama, pero se lo impido.

—No. Si estás aquí es porque querías estar junto a mí. Yo también quiero dormir contigo, abrazada a ti, escuchando los latidos de tu corazón y sintiendo tu piel caliente junto a la mía, pero tenemos que hablarlo. Dime: Melania, tengo que hacer no sé qué en el ordenador, en un rato nos vemos en la cama. Me muero por que estés a mi lado, me beses y me abraces. No me hagas esto, por favor —le ruego—. ¿Por qué te siento a medias? —pregunto con preocupación mientras tiro de su mano, sentada en la cama. Él me observa de pie.

—Porque no quiero obligarte a nada y porque soy un hombre dividido en dos. Alessandro Albani no ha desaparecido de mí por mucho que me empeñe en ello —admite al fin.

—Creo que tienes que darte cuenta de que eso no es malo. —Me coloco de rodillas en la cama y le acaricio el rostro con ambas manos, acercándome a él.

—Pero convertirme en ese hombre me marcó —reconoce con pesar—. Hice cosas de las que no me siento orgulloso.

—Pero estás vivo y seguro que gracias a ellas mucha gente también y otros han pagado. No te atormentes. Sé que, en parte, lo haces por mí, porque según tú no eres un hombre perfecto que nos puedas ofrecer a Carla y a mí todo, pero tienes que saber que para mí lo eres todo. Te amo con tus defectos y tus virtudes. Y si tú no me pides un futuro juntos yo te ofrezco no separarme nunca de tu lado. Es mi elección, porque tú y mi hija sois mi vida y mi felicidad. No estaría completa sin teneros a ambos.

Lo atraigo hasta mí y lo beso con ganas. Él me abraza y caemos juntos en la cama.

—¿Qué voy a hacer contigo, Mel? —susurra sobre mis labios.

—Quererme y aguantarme —le indico sonriente, sintiéndome triunfadora de esta batalla que acabamos de librar.

—Te amo más que a mi vida.

—Eso lo sé —reconozco—. Ahora demuéstramelo —lo reto mientras acaricio su miembro sobre la tela del calzoncillo, sintiendo que se pone duro de inmediato.

—Me gusta esta Melania traviesa —reconoce con picardía.

—Es lo que tú provocas en mí. —Me apodero de su boca y terminamos haciendo el amor.

***

3 días después.

Nos han llamado del concesionario y ya podemos recoger el coche esta tarde. Me hace ilusión salir de casa. Llevamos tres días aislados, disfrutando de nosotros, de nuestra hija, de la maravillosa casa en la que estamos y de la playa con acceso privado que tenemos.

Alessandro y yo estamos muy bien, es atento y cariñoso en todo momento con su hija y conmigo. Han sido unos días de ensueño en los que siento hemos recuperado la confianza y la complicidad que permanecía oculta tras reencontrarnos.

Fábregas y Laura vienen a visitarnos y se quedan con nuestra hija mientras que nosotros vamos a recoger nuestro nuevo coche, ellos, por su cuenta, también han estado organizando sus vidas. Han comprado una casa en Dubrovnik y un coche. Alessandro y Fábregas no han vuelto a trabajar descargando mercancía en el puerto y es algo que me tranquiliza. Todo el dinero que tenemos Laura y yo les pertenecen y han estado trabajando muy duro porque no tenían nada.

Recogemos el coche, Alessandro insiste en dar una vuelta por la ciudad para probarlo y finalmente terminamos en un supermercado porque Laura nos ha llamado para decirme que quedan pocos pañales para mi hija.

Dejamos el coche en el parking que hay en la calle y cuando estamos entrando me doy cuenta de que he olvidado mi móvil en el coche, le pido las llaves del coche a Alessandro y vuelvo a cogerlo mientras él me espera un poco alejado. Cuando estoy cerrando el coche siento un fuerte golpe en la espalda y una voz que me susurra algo que no entiendo, pero creo que me están atracando.

Intento revolverme, pero el extraño me tiene sujeta muy fuerte, le propino una patada, el tío se queja y me cruza la cara con fuerza, pero no le da tiempo a arrebatarme las llaves del coche. Alessandro está a mi lado y reduce al atracador en cuestión de segundos.

Cuando considero que le está pegando de una forma desmedida intento pararlo. No me hace caso hasta que grito:

—¡Alessandro! —Se paraliza ante mi voz, me mira y le indico—: Para, aquí no tienes la inmunidad de la que gozabas en España.

Me dirige una mirada cargada de reproches, coge al tío, que está semi inconsciente, lo mete en el maletero del coche nuevo y me indica que nos vayamos.

—¡¿Dónde vamos?! Pero, ¿qué has hecho? —pregunto fuera de sí, nerviosa mirando hacia todos lados en el solitario parking.

Él hace una llamada a Fábrega mientras conduce, habla en inglés, no entiendo nada, mientras lo miro sin reconocerlo.

Llegamos a la puerta de casa, Alessandro me indica que me baje y Fábregas ya está ahí, preparado para marcharse juntos.

—¿Qué vais a hacer? —pregunto con pavor cuando están a punto de arrancar.

—Asegurarnos de que solo es un simple ladrón —dice Fábregas.

Alessandro pone el coche en marcha y se van a gran velocidad.

Cuando entro en casa Laura me recibe con mi hija en brazos y me pregunta algo alterada:

—¿Qué pasa?

Le explico lo sucedido en el parking del supermercado a plena luz del día y ambas nos sentamos en el sofá muy preocupadas.

—¿Y si les pasa algo? ¿Y si no los volvemos a ver más? —murmuro con miedo.

65

La cruda realidad

Dos horas después, cuando a Laura ni a mí nos quedan uñas, aparecen Alessandro y Fábregas. Cuando los veo entrar tan tranquilos en casa, como si nada, por un lado, me tranquilizo y por otro los quiero matar. ¿Saben la que nos han hecho pasar en este tiempo?

—¿Qué ha pasado? —pregunta Laura caminando hacia su encuentro.

Yo estoy sentada en el sofá, me tiembla todo el cuerpo y soy incapaz de levantarme.

Alessandro y Fábregas se sientan, este último llevando a Laura de la mano junto a él, nos miran y el hombre que amo toma la palabra:

—Esta es nuestra cruda realidad —anuncia y yo no entiendo nada.

—¿Dónde está ese hombre? ¿Lo habéis matado? —pregunto con temor.

—No lo hemos matado —corrobora.

—¿Por qué lo metiste en el maletero del coche? —lo increpo.

—Porque tenía que averiguar quién era, si un simple ladrón de poca monta que te vio sola y decidió robarte el cochazo o alguien que quería matarte porque te relacionó con Alessandro Albani.

—¡¿Por qué iban a querer matarme en un parking a plena luz del día?! —lanzo la pregunta con un grito ahogado.

—Porque me hubiesen descubierto mis enemigos. Me guste o no, Alessandro Albani me acompañará hasta el fin de mis días a menos que me cambie la cara. No podía dejar a ese hombre allí y venirme sin averiguar quién era. Fábregas y yo lo cacheamos, comprobamos su documentación y su historial. Es un ladrón profesional que vive medianamente bien gracias a los objetos de lujo que roba y posteriormente vende al mercado negro.

—¿Estamos seguros? —pregunta Laura.

Fábregas asiente.

—¿Lo habéis entregado a la policía? —me intereso.

—Nada de policía —dice de inmediato Alessandro—. Lo hemos dejado en un callejón y le hemos puesto un GPS y una cámara que nos alertará de su próximo robo y ahí nos aseguraremos que lo cojan para siempre, pero nosotros nos mantendremos al margen. No nos conviene ningún jaleo con la policía.

Yo los miro y sigo pensando que nunca serán dos hombres normales y corrientes.

—¿Nos vamos? —le pide Fábregas a Laura.

Le da la mano y se marchan en silencio mientras que yo medito toda la información que nos ha dado Alessandro y ordeno mi cabeza.

Una vez a solas él va hasta nuestra hija, dormida en el moisés, la coge en sus brazos y la acuna en ellos mientras la besa con infinito mimo. Algo se despierta en mi interior que me hace

pensar que ese beso a Carla es una despedida, puedo ver en los ojos de Alessandro tristeza y decepción.

—Esta es y siempre será mi vida —me indica con dolor—. ¿De verdad crees que puedo pediros que forméis parte de mi futuro? Siempre tendré que estar alerta de quién se acerca a nosotros, con quién nos relacionamos. En mi despacho tengo tres ordenadores y el mejor equipo que existe con una base de datos que me permite rastrear a cualquiera —revela mientras que lo miro en silencio—. Alessandro Albani tenía muchos enemigos, todos ellos me creen muerto, pero ¿y si alguien me ve o sospechan algo? Tengo que cuidarme. Siento que esta cruda realidad haya aparecido tan pronto para hacer que choquemos contra ella como en una pared.

—Te voy a hablar claro, Alessandro —le corto de golpe y él me mira serio, pero no me acobardo—. Sí, Alessandro. Para mí siempre serás Alessandro porque es el hombre del que me enamoré. No sé pensar en ti de otra forma —le espeto alterada—. A lo que iba —reconduzco mi discurso—. No voy a permitir que me apartes de tu lado, ni a tu hija —Observo una levo sonrisa que le borro inmediatamente—. En esta batalla gano yo, ¿y sabes por qué? Porque tengo la absoluta certeza de que me amas y siempre me protegerás. Si te alejas de mí y no vuelvo a saber nada de ti, en cuanto vuelva a España pregonaré a los cuatro vientos que estás vivo.

—Eso sería muy poco inteligente de tu parte, irían a por ti.

—Sí —afirmo segura de ello—. Pero el primero en hacerlo serías tú para que nada me ocurriese. —Levanto el mentón y lo miro desafiante. Él me sostiene la mirada, pero le transmito mi valentía y sabe que llegado el momento lo haré.

—Estás loca —murmura al fin.

—Loca por ti. Soy yo la que desea un futuro juntos, y acepto los riesgos para estar a tu lado. Sé que alejarme de ti, junto con Carla, sería el acto de amor más grande que hicieses, para protegernos, pero yo deseo esa protección a tu lado porque sé que en ningún lado estaré mejor que contigo, en todos los sentidos. Y nuestra hija —añado—. Así que, por favor, entra en razón y acepta que Alessandro Albani no se va a interponer entre nosotros, sino que es parte nuestra, de ambos. Y yo lo considero un héroe, no un villano ni un asesino. También creo que es un hombre justo y muy inteligente al que no tienes que matar. Creo que Alessandro y Oliver pueden convivir juntos sin que tengas que eliminar a ninguno de ellos, de hecho, creo que siempre has sido ambos hombres sin darte cuenta.

Alessandro me mira en silencio, serio, sin embargo, aprecio un brillo en sus ojos y poco a poco esboza una medio sonrisa que no sé cómo tomar.

—¿Cómo lo haces para que cada día me sienta más orgulloso y más enamorado de ti? —pregunta con un hilo de voz, emocionado.

—La magia eres tú, yo solo soy tu reflejo, lo que provocas en mí. Soy otra mujer desde que me enamoré de ti, pero estoy orgullosa de ella porque lucha por lo que ama y no va a permitir que se le escape de las manos.

—Eres una testadura, ¿lo sabes? —Se acerca a mí con nuestra hija en brazos, me besa mientras que siento varias lágrimas suyas y lo miro emocionada—. Te amo como nunca llegué a pensar que se podría. Me has enseñando tanto… Nunca te pediría un futuro juntos, pero sí acepto tu ofrecimiento. Para siempre —susurra sobre mis labios.

—Para siempre, mi amor. —Lo beso y sello nuestro pacto sintiéndome la mujer más feliz del mundo. Sé que Alessandro es un hombre de palabra.

66

Para toda la vida

Ya en la cama, después de bañar a nuestra hija y darle el biberón su padre mientras yo hacía la cena, Alessandro me abraza y me refugio en su pecho sintiéndome segura y feliz.

Paseo las manos por sus tatuajes, los de los brazos y las manos mientras le pregunto con curiosidad:

—¿Forman parte de Alessandro o de Oliver?

—Tuve que caracterizarme —murmura, sonriente—. Nunca me disgustaron los tatuajes y he de confesar que los eligió Oliver. ¿Qué piensas de ellos? —inquiere con una ceja alzada.

—Son interesantes, te hacen especial, atractivo e interesantes. Me gustan, como todo de ti.

Me besa y nos abrazamos mientras le pregunto:

—¿Qué planes de futuro tienes? ¿Dónde vamos a vivir? ¿Qué vamos a hacer? —le pregunto intrigada. Lo seguiré donde vaya, no me importa, pero quiero saber qué tiene pensado.

—¿Estás completamente segura de que quieres renunciar a tu vida en España y a tu familia allí? —me recuerda—. Yo no podré volver en muchos años.

—Nunca he tenido algo tan claro. No me importa dónde, solo quiero que sea junto a ti. —Le acaricio el pecho y le doy un beso en el lado de su corazón—. Tenemos dinero y si no lo tuviésemos somos dos personas jóvenes e inteligentes, con dos manos, dispuestos a trabajar para salir adelante —le indico con valentía.

—Bien —murmura, me abraza más fuerte y me besa—. Por el momento podemos quedarnos aquí. Es un lugar tranquilo y me gusta. ¿Te parece vivir en esta casa con nuestra hija como una familia? —propone.

—Me parece el mejor plan de mi vida. No podría renunciar él. —Le muestro una sonrisa, radiante, sintiéndome feliz.

—Ya pensaré en algo con Fábregas, creo que también tiene intenciones de quedarse aquí con Laura —comenta—. Crearemos una empresa, ya pensaré de qué. No puedo estar sin trabajar.

—Lo sé. Eres un hombre muy activo —le recuerdo—. Tenemos dinero suficiente para vivir el resto de nuestras vidas sin trabajar. Haz lo que quieras, siempre te apoyaré.

—¿Qué le vas a decir a tu familia? ¿Cómo vas a justificar que no vas a volver? No quiero que sepan que estoy vivo por el momento, aún es pronto —me deja claro.

—Tengo que pensarlo, pero les diré que me he enamorado de esta casa y de este lugar, primero les comunicaré que me quedo aquí por una larga temporada y luego les anunciaré que me quedo para siempre —planteo con espontaneidad. En mi familia son muy independientes, no se extrañarían.

—No sabes cómo me gusta tenerte así —murmura Alessandro mientras me besa el cuello,

abrazado a mí.

—Para toda la vida, no pienso conformarme con menos —le indico mientras le devuelvo el beso en la boca.

—Estoy de acuerdo.

—Quiero pedirte algo —le propongo con valentía.

—Dime —me anima mirándome expectante.

—Quiero tenerte solo para mí y para nuestra hija durante un tiempo, sin que trabajes —especifico—. Cuando estabas en la piel de Alessandro Albani pasamos muy poco tiempo juntos como pareja y desde que he llegado tampoco es que hayamos recuperado el tiempo. Quiero más —le indico.

—¿Es una queja? —pregunta en tono de broma.

—En toda regla —respondo, sonriente, siguiéndole el juego.

—Entonces tendré que atender sus peticiones. Quiero hacerla una mujer feliz y que no tenga ni una sola queja de este hombre que la ama con locura.

Y a eso nos dedicamos el resto de la noche, a amarnos con locura hasta que Carla se despierta y quiere comer.

La noche siguiente Alessandro me prepara una cena romántica en la terraza de nuestra casa. Tenemos unas vistas maravillosas y se ha esmerado en decorarlo todo con luces y velas.

—Es maravilloso —murmuro cuando descubro todo lo que ha hecho mientras yo me arreglaba.

Lo miro, vestido de forma impecable, con nuestra hija en brazos y me emociono. Nunca lo imaginé así, detallista, dándome esta sorpresa, con nuestra hija junto a él y mirándola con un amor infinito. Se acerca a mí, me da un beso en los labios y me anima a que me siente. Luego coloca a Carla en la trona que tenemos junto a nosotros y él se encarga de servir la comida en nuestros platos. Huele de maravilla.

Admiro todo lo que me rodea mientras me siento mimada y consentida.

—¿Feliz? —pregunta Alessandro mientras sirve el vino.

—Mucho. Me encantan estas sorpresas.

—Te lo mereces todo. Te prometo que voy a darte todo lo que no te pude dar cuando era Alessandro.

—Para mí siempre serás Alessandro —le recuerdo. De hecho, sigo llamándolo así.

—De eso quería hablarte —anuncia poniéndose un poco serio—. Creo que debes de comenzar a llamarme Oliver. Si un día estamos en un lugar con más gente y te refieres a mi como Alessandro puede crear alerta si alguien me reconoce —explica—. Además, mi verdadero nombre es Oliver —me recuerda.

—Intentaré llamarte Oliver —accedo sin demasiado entusiasmo—. Pero tienes que saber que cada vez que me corra en tus brazos te llamaré Alessandro —susurro bajito.

Consigo arrebatarle una enorme sonrisa mientras lo miro de forma intensa, pensando cada vez que hacemos el amor.

—Te concedo ese desliz —me indica de forma pícara. Se inclina hacia mí y me roba un beso.

—Para mí no hay diferencia alguna entre Alessandro Albani y Oliver Ferrer, yo amo al

hombre —le dejo claro una vez más.

—Lo sé, al fin lo he entendido —susurra sobre mis labios, robándome otro beso—. Al igual que he entendido que mi futuro está junto a ti. —Se levanta, se arrodilla a mi lado y saca un anillo del bolsillo de su pantalón—. Cásate conmigo, Mel —me propone emocionado, sus ojos verdes tienen un brillo especial y contiene las lágrimas en ellos—. Nada me haría más feliz que fueses mi mujer para toda la vida.

—Sí, sí, sí —respondo abrazándome a él y besándolo como una loca. Nunca pensé que me propusiese matrimonio, había pensado hacerlo yo con el tiempo, pero Alessandro nunca dejará de sorprenderme—. Te amo.

Me coloca un anillo maravilloso en el dedo y yo lo admiro emocionada, llorando, sintiéndome muy feliz. Luego cogemos a nuestra hija en brazos, nos abrazamos y besamos los tres.

—Mi maravillosa familia, jamás soñé con algo así —dice Alessandro.

—¿Eres feliz, mi amor? —le pregunto.

—Tú siempre tienes el don de cambiar todos mis planes y convertirme en un hombre muy feliz. Contigo y Carla me siento completo. Gracias por aparecer en mi vida y por enamorarte de mí.

—Gracias a ti por protegerme siempre.

—Lo haré el resto de mi vida. No permitiré que a ti o a mi hija os pase nada.

—Yo también cuidaré de ti, mi amor.

—Para toda la vida —sella mis labios con los suyos mientras que siento que nuestra aventura juntos acaba de empezar.

Epílogo

Sentada en la terraza de mi habitación, con la vista clavada en la puesta de sol que tengo delante, la cual llevo disfrutando de ella dieciocho años, me siento una mujer privilegiada en esta vida. Nadie me hubiese dicho que cuando pisé por primera vez la ciudad de Dubrovnik lo hiciera para convertirla en mi hogar definitivo y reencontrarme con el amor de mi vida. Alessandro y yo somos inmensamente felices. Hoy es nuestro aniversario y nuestros hijos nos han preparado una sorpresa, nos han pedido que bajemos al salón de la casa en la que vivimos a las diez en punto. Estoy casi arreglada, mi marido ha llegado un poco tarde y mientras se ducha he salido a la terraza a observar mi paisaje favorito. Cuando estoy aquí siento paz y tranquilidad. Pienso en la maravillosa familia que hemos formado en estos años y una sensación de orgullo me invade. Me abrazo a mí misma mientras pienso en Carla, nuestra hija mayor. En unos meses empieza la universidad y nos ha pedido estudiar en Madrid. Su padre se lo ha concedido tras pensárselo mucho. Luego está Alessandro, recuerdo cuando llegó y me empeñé en llamarlo así, me salí con la mía gracias a que fue un parto complicado y mi marido sufrió tanto que tras vernos a mí y al bebé en perfecto estado me lo concedió. Aless tiene dieciséis años y es todo un hombretón, es igualito a su padre, un calco. Sus mismos ojos, su cuerpo y hasta la voz. Y hace once años llegó mi pequeño Oliver. Es un amor. Mi marido dice que es igual a mí, pero yo insisto que solo en el carácter, el resto es de su padre. Me siento sumamente feliz con los tres hijos que tenemos. Alessandro es un padre estricto, pero lo considero el mejor del mundo. Cada día me sorprende con el amor que le tiene a sus hijos, cómo los cuida y cómo se preocupa por ellos. Al igual que conmigo, cada día me siento más amada, en todos estos años no ha dejado de sorprenderme.

Entro en la habitación y me coloco un vestido blanco con bordados en negro en el escote. Me miro al espejo y recuerdo el día de mi boda con Oliver. Cuando el juez me pregunto si quería a Oliver Ferrer como esposo tuve la sensación de estar casándome con otra persona. En todos estos años he aprendido a llamarlo Oliver delante de los demás, incluidos mis hijos, pero cuando pienso en él y estamos en la intimidad lo llamo Alessandro. Tengo que confesar que me ha venido muy bien ponerle a mi hijo mayor Alessandro, alguna que otra vez he metido la pata al nombrar a su padre delante de ellos y me he excusado muy fácilmente al decir que me había equivocado.

Mi marido sale de la ducha envuelto en una toalla de cintura para abajo y cuando lo miro revoluciona todo mi ser, tras los años ese efecto no ha pasado. Sigue teniendo un cuerpo de infarto, entrena todos los días incluso compite con su hijo quién de los dos está más fuerte.

—Estás impresionante —me indica con los ojos clavados en mí.

—Tú sí que estás impresionante —le devuelvo el piropo—. Cada día estás más guapo y me atraes más, ¿cómo lo haces? —Me acerco a él y paseo mis manos por su abdomen.

—Es la felicidad de estar a tu lado. Haces que sea mejor en todos los aspectos. Pese a tener casi cincuenta, me siento como un chaval —carcajea con orgullo.

—Yo te encuentro como el primer día. —Le doy un beso y lo dejo que se vista.

Me retoco un poco los labios y los coloretes frente al espejo, me miro bien, es un vestido largo con una raja en una pierna que me llega hasta el muslo, de manga larga. Atuso un poco mi pelo, lo llevo suelto, peinado con ondas, un poco recogido en el lado izquierdo para lucir los pendientes que mi marido me ha regalado esta mañana al despertarnos.

Cuando siento a mi marido me doy la vuelta y lo admiro. Está impresionante. Ha escogido un traje de chaqueta negro, camisa blanca y corbata en negra. Esbozo una sonrisa y pienso en Alessandro Albani, por mucho que luche, jamás desaparecerá de nuestras vidas.

—Feliz aniversario, ¿preparada? —pregunta consultando su reloj y extendiéndome la mano. La uno a la de él y le indico:

—Contigo al fin del mundo, con los ojos cerrados.

Bajamos las escaleras y encontramos una gran fiesta, con globos, comida, amigos y familiares. Hace algunos años tuve que decirle a mi familia que Alessandro estaba vivo, no se lo podía ocultar para siempre, les expliqué que no volveríamos a España y que él tendría que permanecer muerto para siempre para todos los que los conocieron.

Me da una enorme alegría el hecho de que a pie de escalera nos reciban nuestros tres hijos. Se abrazan a nosotros, nos felicitan de nuevo y luego me encuentro con nuestros grandes amigos, Laura y Fábregas, junto con sus dos hijas. Una de ellas es de la edad de Alessandro y otra, dos años más pequeña. También están Lupo y su mujer, junto con su hijo. Mi familia, mis tres hermanos y todos sus hijos. Es la primera vez que nos visitan al completo. Miro a mi hija y a mi amiga Laura y sé que ellas son las causantes de esta gran sorpresa. Los abrazo y los beso a todos, feliz de tenerlos a mi lado. Mis padres están muy mayores y no han querido viajar, pero me han dejado un video grabado que nos proyectan después de la cena. Luego bailo con mi marido por petición de nuestros hijos y la fiesta se alarga hasta bien entrada la madrugada.

Cuando llego a la cama con el hombre de mi vida compruebo que se ha tomado unas copas demás. Lo siento en la cama y lo ayudo a desvestirse.

—¿La edad, cariño? —inquiero, sonriente.

Alessandro alza una ceja y me sonríe, altivo, haciendo esfuerzos, pero yo evito reírme y mantengo el tipo.

—Me gusta sentir tus manos por mi cuerpo. No existe nada más excitante que mi mujer me desnude.

—¿Vas a desnudarme tú a mí? —contraataco.

—Prefiero disfrutar las vistas desde la distancia. —Suelto una carcajada, sigue siendo un testarudo y no va a admitir que le cuesta mantenerse en pie.

Me desnudo frente a él, contoneando todo mi cuerpo a conciencia y luego me reúno con mi marido en la cama.

—¿Vamos a celebrar nuestra noche de aniversario como se merece? —le pregunto en tono

burlón.

Se apodera de mi boca, me abraza, rodamos sobre la cama y susurra sobre mis labios:

—¿Lo dudabas?

Hacemos el amor, y la noche de nuestro dieciocho aniversario termina con un gran broche final.

***

Ocho meses después.

Echo de menos a mi hija, hace tres meses que estudia en España y no puedo evitar pensar en ella a diario y preocuparme, pero han pasado dieciocho años de todo y hemos tenido una vida normal, sin sobresaltos. El pasado de Alessandro Albani quedó enterrado y todos deben de haberlo olvidado.

Voy a recoger a mi hijo pequeño de sus clases particulares y vuelvo a casa, donde encuentro a mi marido y a mi hijo Alessandro entrenando juntos. Oliver dice:

—Yo también quiero.

Padre e hijo están levantando unas pesas con muchos kilos, ambos están chorreando en sudor.

—Aún eres muy pequeño, mi amor. —Ambos nos quedamos en la puerta observando a los dos titanes que tenemos en el gimnasio.

—Muy pronto entrenarás con nosotros, pequeñajo. Te queda poco —le dice su hermano mayor—. Verás como juntos podemos con papá.

—Aún os quedan unos años para superarme —defiende mi marido.

—Voy a hacer la cena. Os quiero en la mesa en una hora —les ordeno.

Cojo de la mano a mi pequeño Oliver y subimos arriba. El gimnasio se encuentra abajo, en el sótano, junto al garaje.

Estoy haciendo el pescado a la plancha cuando mi marido aparece por detrás, me abraza y me besa.

—Huele de maravilla —me indica besándome el cuello—. Estoy hambriento.

—La cena estará en cinco minutos —le indico.

—No me refería a esa clase de hambre —susurra en mi oído y no puedo evitar una enorme sonrisa.

—Papá, deja de meterle mano a mamá —le regaña Alessandro desde el salón.

—Siempre están igual —se queja Oliver.

—¿Incomodamos a nuestros hijos? —pregunta mi marido con sorpresa. Yo me encojo de hombros—. Cuando tengáis a una mujer como vuestra madre al lado me comprenderéis —les grita, sin soltarme. Sonriente.

Mis hijos ponen la mesa ayudados por su padre cuando suena el teléfono. Mi marido lo coge y se queda callado, escuchando lo que le dicen al otro lado del teléfono. El rostro de Alessandro se vuelve blanco y, de inmediato, sé que algo grave está pasando. Me llevo una mano al pecho y

susurro:

—Carla. ¡¿Qué pasa?! —le pregunto alterada a mi marido sin que llegue a cortar la comunicación.

—¡Joder! —vocifera en cuando suelta el teléfono. Mira a Oliver y le indica a Alessandro—: Cenad vosotros, vuestra madre y yo tenemos un asunto que arreglar.

Mi marido me coge de la mano y me lleva al despacho. Cierra la puerta y dice:

—Es Carla, ha acudido a una fiesta, ha bebido demasiado y ha terminado en el hospital con un coma etílico. Tu hermana está con ella.

—¡¿Cómo está mi hija?! —pregunto alterada.

—Está fuera de peligro. Puedes llamar a tu cuñada para que te dé el parte médico. También está allí con ella.

—Quiero ir a Madrid —suelto de golpe. En todos estos años jamás he sentido la necesidad de volver, pero tengo que ir junto a mi hija en estos momentos.

—Ve. Yo ya estaría allí si pudiese, pero para traérmela a casa a rastras. Le damos toda nuestra confianza y así nos paga —se queja, muy enfadado—. Tiene suerte de que no pueda viajar contigo. —Pese a haber pasado muchos años, mi marido sigue siendo cauto en ese tema.

Suspiro e intento tranquilizarme.

—¿Puedes cogerme un vuelo? —le ruego con la mirada clavada en sus ordenadores, estoy tan nerviosa que no sé ni lo que hago.

—No quiero que viajes sola en este estado.

—No hay otra opción, le pediría a Laura que me acompañase, pero esta semana están de viaje con sus hijas.

—Que te acompañe Alessandro —murmura mi marido de golpe.

—¿Crees que sea buena idea? —pregunto con miedo.

—Es muy maduro, todo un hombretón de casi diecisiete años que podrá protegerte y estar a tu lado. Desde que se marchó su hermana no deja de decir que quiere ir a Madrid y conocer la capital de España, aprovecha y que lo haga de la mano de su madre.

—¿Te quedas aquí con Oliver?

—Sí. Desde la distancia os protegeré. Os cogeré un vuelo en primera y un hotel.

—No. Me voy a quedar en casa, con Carla. —Mi hija vive en el ático que compré en Madrid cuando ella nació, nunca me deshice de él y cuando quiso estudiar allí le dijimos que la única condición era que se tenía que alojar allí y vivir sola.

—Me parece bien. Os saco el vuelo de ida y ya me dices cuando estés allí, y según vaya todo programamos la vuelta.

Vuelvo al salón y le indico a mi hijo mayor:

—Alessandro, nos vamos a Madrid. Haz la maleta.

—¡¿Cómo?! —pregunta con sorpresa, levantándose de la mesa.

—¿Y yo? —pregunta Oliver.

—Te quedas con papá, cariño —respondo y advierto su cara de desilusión.

—¿Ha pasado algo? —pregunta mi hijo mayor mientras me sigue escaleras arriba.

—Vamos a ver a tu hermana.

—Eso me queda claro, no soy tonto, mamá. ¿Pero qué ha pasado para irnos así de golpe? ¿Mi hermana está bien?

—¿Crees que si no estuviese bien tu padre no nos acompañaría? —No voy a darle más explicaciones. Ya tendré tiempo de contarle todo en el vuelo.

En menos de tres horas mi hijo y yo estamos en el aeropuerto. Ponemos rumbo a España mientras que agradezco la compañía de Alessandro. Voy demasiado nerviosa y él me guía en todo momento. Es igual a su padre en todo, no solo en el físico.

Cuando piso suelo español me siento en casa, si no fuese porque la preocupación por mi hija me tiene de los nervios estaría feliz de volver a mi país.

Cogemos un taxi en el aeropuerto y vamos directamente al hospital. Allí están mi cuñada y mi hermana. Les agradezco que estén con mi hija en este momento y paso a verla acompañada de mi cuñada Carmen, sigue ejerciendo la medicina y me indica en cuanto me abrazo a Carla:

—Está bien. —Mi hija está dormida. Tiene mala cara y unas enormes ojeras, pero si Carmen dice que está bien yo la creo—. Le darán de alta mañana. He pedido que la dejen aquí unas horas más, vigilada.

—Me quedaré con ella. —Me siento a su lado y le beso la mano.

Al rato pasa su hermano a verla. En el avión le he contado lo sucedido. Alessandro es muy maduro.

Alessandro se va a casa con mi hermana y yo me quedo con mi hija. Llamo a su padre y le cuento que el vuelo ha ido bien y que ya estoy junto a Carla.

En mitad de la noche mi hija despierta y se sobresalta cuando me encuentra a su lado.

—¡Mamá! —exclama, intentando incorporarse en la cama.

—Estoy aquí. —La tranquilizo tomándola de la mano. Se merece una buena regañina, pero no es el momento.

—Lo siento —se disculpa de inmediato y comienza a llorar—. Papá y tú confiasteis en mí y mira.

—Sí, nos has decepcionado un poco —murmuro apartándole el pelo de la cara.

—¿Está papá aquí también? —pregunta asustada.

—No. He venido con Alessandro. Papá tenía trabajo y se quedó en casa con Oliver.

Al escuchar esta información mi hija se tranquiliza un poco.

—Mamá, te juro que no beberé más. No quiero que me obliguéis a volver.

—Ya hablaremos, por ahora estoy aquí a tu lado para que te recuperes. —Le doy un beso y la animo a descansar un poco.

Pasa el resto de la noche bien, yo apenas duermo. A la mañana siguiente nos dan el alta temprano y cuando llegamos a casa allí nos esperan mi hermana, su hijo y Alessandro.

Durante la noche he hablado largo y tendido con mi marido y he determinado quedarme una semana en Madrid para estar con mi hija y comprobar, por orden de mi esposo, el círculo de amigos que la rodea. Si no se cerciora de que todos son de fiar querrá que Carla vuelva a Dubrovnik. Es la primera vez que considero una ventaja que Alessandro no pueda viajar a Madrid, sino lo hubiese revolucionado todo.

Mi hermana se marcha a su casa, sin embargo, su hijo, que vive en Madrid, anima a

Alessandro a dar una vuelta y ambos se marchan. Le agradezco a mi sobrino que lleve a su primo a conocer la ciudad mientras yo me quedo en casa con mi hija a solas, donde aprovecho para dejarle las cosas claras de cómo será su comportamiento de ahora en adelante o tendrá que atenerse a las consecuencias.

Carla se muestra arrepentida y finalmente considero que lo sucedido ha sido el resultado del descontrol de su primera gran fiesta al introducirse en el mundo universitario. Cuando sus amigas se enteran de que está en casa vienen a visitarla y siento que son buenas personas, con cierto nivel económico, educadas y simpáticas. Ellas fueron las encargadas de llamar a una ambulancia y luego a mi hermana. Les agradezco el gesto y terminamos tomando café las cuatro en el salón de casa.

Me empiezo a preocupar por mi hijo y mi sobrino cuando son casi las diez de la noche y aún no han aparecido. Llamo a Alessandro y su teléfono está apagado o fuera de cobertura. Al rato aparece y viene con su primo, el cual trae un golpe en la cara.

—¡¿Qué ha pasado?! —pregunto, alarmada, en cuanto les abro la puerta.

Entran hasta el salón, donde veo la televisión con mi hija, y se sientan.

—Al salir del restaurante donde hemos comido, un tío quiso robarle la cartera al primo —explica mi hijo mientras lo miro con el corazón en un puño.

—¿Estáis bien? —inquiero de inmediato—. El dinero es lo de menos.

—No te preocupes, tía. Intentó quitarme la cartera y me golpeó cuando me resistí, pero el primo pelea como un experto. Le dio su merecido y se lo entregamos a la policía —relata con emoción.

Miro a mi hijo con el corazón desbocado y me llevo la mano al pecho.

—No ha pasado nada, mamá. Papá me enseñó a defenderme desde pequeño.

—Me impresionó con la habilidad que le quitó la navaja al ladrón —dice mi sobrino.

—¿Tenía una navaja? —pregunto con un grito ahogado.

—Joder, hermanito, las clases de papá te han servido —dice Carla. A ella también la obligó desde pequeña de tomar clases de defensa personal, pero Alessandro siempre fue más aplicado y constante.

—Quería atracarnos a los dos. Aprovechó que volvimos la esquina del restaurante y era una calle oscura y solitaria, pero no permití que ese tío se saliese con la suya —dice mi hijo, orgulloso de sí mismo.

Yo me llevo las manos a la cabeza de solo pensar en contarle este nuevo incidente a su padre. No gano para problemas, todo era más fácil cuando eran pequeños y podíamos manejarle sus vidas y sus movimientos.

Mi sobrino se marcha y nosotros nos vamos a la cama. Tengo ganas de descansar tranquila y por ello decido no contarle este nuevo incidente a mi marido hasta el día siguiente.

Nos levantamos tarde y mi hija propone que demos un paseo por el centro, comamos fuera y visitemos algún que otro museo.

Salimos a la calle, la casa está en pleno centro de Madrid, y paseamos. Hace un buen día. Les explico a mis hijos que durante un tiempo viví en la capital. Ambos se interesan en porqué nos marchamos a Dubrovnik y mi respuesta es la de siempre: por el trabajo de papá. Hace años

Alessandro y Fábregas crearon una empresa de seguridad y les va de maravilla.

Comemos en un buen restaurante y cuando paseamos cerca del Palacio Real un hombre con canas se acerca a mi hijo y le pregunta:

—¿Alessandro Albani? —Cuando escucho que lo llama así por poco me caigo de la impresión. Miro al hombre y no lo conozco, sin embargo, él, después de preguntarle a mi hijo dirige la mirada hacia mí. Estoy a su lado.

—Se ha equivocado —digo de golpe, cojo a mi hijo del brazo y tiro de él, con miedo.

—Mi nombre es Alessandro, pero mi apellido no es Albani —le indica mi hijo con amabilidad.

—Vaya, lo siento —se disculpa el desconocido—. Te pareces muchísimo a alguien a quien conocí hace tiempo. —Se queda mirando a mi hijo con desmesurado interés, tanto que me pone la piel de gallina—. Pero tienes razón, me he equivocado. No puede ser quién pienso. Tú eres muy joven.

Tiro del brazo de Alessandro con prisa, miro por última vez a ese hombre y les indico a mis hijos con verdadero pavor:

—Vámonos a casa.

—¿Te encuentras bien, mamá? —me pregunta Carla.

—No. Necesito hablar con vuestro padre de inmediato —murmuro casi de forma inconsciente.

En cuanto llego a casa me encierro en la habitación y le cuento a mi marido los dos incidentes que ha tenido nuestro hijo en las cuarenta y ocho horas que llevamos en Madrid. Las órdenes de Alessandro son claras: todos debemos volver a Dubrovnik, incluida Carla. Sé que será difícil, pero también sé que si no lo hago él mismo se presentará aquí sin importarle las consecuencias. Lo conozco y sé que en estos momentos debe de estar preparando y controlando todo lo que nos rodea.

Cuando le planteo a mis hijos que debemos volver de forma inmediata a Dubrovnik Carla se niega, Alessandro no lo entiende muy bien, pero es un poco más flexible. Me cuesta convencer a mi hija, sin embargo, le miento convenciéndola de que solo venga a casa por tres días, su padre quiere verla y hablar con ella.

En cuanto aterrizamos en Croacia Alessandro nos espera. Se baja del coche, viene hacia nosotros, nos recibe un poco serio y seco y sé que ha perdido toda la tranquilidad que hemos tenido en estos dieciocho años, en los cuales llegamos a pensar que Alessandro Albani había muerto de verdad y nadie lo recordaba.

El trayecto en coche hasta casa lo hacemos en estricto silencio. Sufro por mi hija ya que debe de pensar que la actitud de su padre tiene que ver con lo que hizo.

En cuanto llegamos a casa mi marido se disculpa con nuestros hijos y me lleva con él a su despacho. Cierra la puerta con llave y abre una carpeta, de ella saca varias fotografías.

—¿Quién era ese hombre? —pregunta esparciendo todas las fotos encima de su mesa. Le describí al desconocido varias veces.

—Ninguno de ellos —le indico convencida tras mirar las siete fotos bien.

—¿Estás segura? —me apremia—. Solo ellos coinciden con la descripción que me has dado.

Tiene que ser alguno.

—No —me reafirmo.

Alessandro se pasa las manos por la cabeza y se pasea nervioso delante de mí.

—Nunca debí permitir que ninguno de vosotros, menos Alessandro, volviese a España. Fue un error por mi parte —maldice, está muy enfadado.

—Puede que solo fuese un cliente de alguno de los restaurantes o discotecas que tenías. No tiene por qué ser un enemigo —trato de tranquilizarlo.

—Sea quién sea, se ha quedado con la duda. Es obvio que no era el verdadero Alessandro Albani por la edad, pero todo el mundo sabe que estoy muerto y que no puedo tener un hijo de esa edad. Si es que es un calco a mí. ¡Cómo pude permitir que te acompañase! —lamenta—. Además, iba contigo —añade, fuera de sí.

Me quedo callada y suspiro.

—¿Qué tienes pensado? —pregunto con miedo.

—Por el momento, que todos estéis en esta casa bajo mi control.

—¿Y Carla?

—Que vuelva aquí —zanja de golpe.

—¿Olvidas que es mayor de edad? Ya no son unos niños. Comenzaran a hacer preguntas. Alessandro también quería ir a estudiar a Madrid con ella.

—No puedo exponerlos así. Que estudien en otro lado —brama.

—Creo que ha llegado la hora de contarle a nuestros dos hijos mayores quién fue su padre. De esa forma te entenderán y ayudarán en todo lo que les pidamos por la seguridad de toda la familia, sin mentiras y sin que te odien porque los obligues a hacer algo que no entienden —argumento.

Alessandro se queda pensativo, no ha rechazado de golpe mi propuesta y es algo que me tranquiliza. Se toma unos minutos para pensar y meditar todo, finalmente dice con pesar:

—Hablaremos con ellos.

Expulso todo el aire que tenía contenido, me acerco a mi marido y lo abrazo. Luego lo beso y susurro:

—Es lo mejor. —Yo también necesito convencerme de que lo que vamos a hacer y desvelar es lo mejor para todos.

—¡Joder! —maldice mi marido, furioso.

—Mírame —lo obligo a hacerlo—. Hemos aprendido en todos estos años que en la vida y en el amor no todo sale como se planea, pero también sabemos plantar cara a las adversidades. Siempre has sido alguien valiente y decidido, no te vengas abajo ahora —lo animo. Nunca lo había visto así.

—Ahora no solo somos nosotros —especifica—. Tengo que proteger a mis tres hijos —murmura con miedo.

Lo abrazo y le indico:

—Y lo harás de maravilla, pero con el apoyo de ellos, como has contado con el mío en todos estos años. No quiero que te odien por las decisiones drásticas que tomes, es necesario que te comprendan —le hablo con decisión.

—Vale —contesta—. Hablaremos con nuestros hijos esta noche. Voy a pedirle a Fábregas que se lleve a Oliver a dormir a su casa. No quiero que nada nos interrumpa.

Mi marido pasa el resto del día encerrado en su despacho. Nuestros amigos llegan a recoger a Oliver y se lo llevan para pasar la noche con ellos viendo una película y comiendo pizzas, mi pequeño se va muy contento. Se lleva muy bien con las hijas de mi amiga Laura.

Cuando Oliver se ha ido voy en busca de mis hijos y los llevo hasta el despacho de mi marido. Una vez todos reunidos, observo cómo el padre de mis hijos se prepara para asumir la misión más difícil de toda su vida, contarles quién fue en el pasado y cómo nos puede afectar en el futuro.

—Chicos, los que os voy a revelar os va a cambiar la vida, pero es necesario que estéis al tanto de mi pasado ya que puede salvaros la vida en un futuro —anuncia Alessandro, serio. Miro a mis hijos y los observo sentados frente a su padre, creo que ha conseguido asustarlos un poco. Nunca lo han visto hablarles así antes.

—¡Joder, papá, nos estás acojonando! —dice mi hijo.

—No es una historia fácil de asimilar, pero confío en vosotros. Os he preparado durante todos estos años. De ahí siempre mi insistencia en vuestra preparación física y defensa personal —anuncia—. Ha llegado la hora de la verdad.

Alessandro comienza por el principio de todo, les cuentas desde el momento en el que aceptó la misión para convertirse en Alessandro Albani hasta el instante más duro de su vida, planear su muerte y que yo la creyese. Posteriormente les relata cuando nos reencontramos. Yo permanezco en todo momento en silencio, a su lado. Observo a mis hijos y ni siquiera pestañean, creo que piensan que lo que su padre les está contando forma parte de una película, pero mi hijo me asombra cuando pregunta:

—El hombre que me paró en Madrid me confundió contigo, y temes que a raíz de ahí puedan averiguar que estás vivo. Solo un hijo tuyo podría parecerse tanto a la persona que conocieron, sin embargo, por mi edad, deducirían que no estás muerto —argumenta. En ese momento descubro que no solo posee el mismo físico que su padre, también su inteligencia e intuición.

—Exacto —reafirma su padre—. Necesito que estéis cerca por un tiempo, para poder protegeros en el caso de que algo suceda a raíz de esto —les pide.

Miro a mi hija y la veo asentir asustada, sin embargo, mi hijo se coloca en pie y le dice a su padre:

—Cuenta conmigo para todo lo que necesites. Enséñame todo lo que sabes. Si alguien viene por esta familia voy a protegerla junto a ti. No estás solo.

Su padre se dirige hacia él con orgullo y ambos se funden en un gran abrazo. Miro a mis dos Alessandro y se me saltan las lágrimas mientras abrazo a mi hija, que me susurra en el oído:

—Tengo miedo, mamá.

—No te preocupes, papá siempre nos protegerá —le indico mientras la abrazo con más fuerza.

***

5 años después.

—Es hora de volar —se despide nuestro hijo Alessandro de nosotros.

Tras estos años en paz y sin ninguna alteración en nuestras vidas, mi marido por fin ha aceptado que su pasado está enterrado para siempre. Alessandro se encuentra en el último año de su carrera y quiere pasarlo en Italia para luego realizar un máster allí. A su padre le ha costado que salga bajo su protección, pero no puede tener el resto de su vida a todos sus hijos en casa.

Carla terminó la carrera de diseño de moda y trabaja aquí en Dubrovnik, hace un año se ha independizado y tiene un novio que aún no nos ha presentado. Alessandro, desde que su padre le contó su pasado, se volvió un chico muy maduro y estudioso. Decidió estudiar informática y quiere especializarse en ciberseguridad. El pequeño de la familia es un adolescente que le gusta poco estudiar y demasiado salir, su padre le impone castigos y siempre están peleando. Espero que en un par de años madure como su hermano y deje de darnos tantos quebraderos de cabeza. Es el único de la familia que, por el momento, ignora el pasado de su padre.

Nos despedimos de nuestro hijo en el aeropuerto y su padre y yo nos marchamos juntos, un poco tristes por tenerlo lejos por un par de años, pero muy orgullosos de él. Es un gran hombre, digno hijo de su padre.

Cuando volvemos a casa nuestro pequeño nos dice que se va al cine con unos compañeros de clase. Mi marido me mira y murmura:

—¿Cuánto hace que no teníamos la casa para nosotros solos? —me mira con un brillo especial en sus ojos verdes, pese al tiempo que ha pasado desde que lo conocí los sigue teniendo igual de maravillosos. Reconozco el tono de picardía en su voz.

Me atrae hacia él, me besa y me abraza con pasión.

—Me apetece una noche loca con mi marido —le propongo.

—¿Cómo de loca? —me pregunta en tono burlón.

—Una en la que me mantengas despierta durante toda la noche y me hagas ver todas las estrellas del universo como solo tú sabes hacerlo.

—Intentaré no defraudarte —susurra en mi oído.

—Tú nunca lo haces, siempre me sorprendes y me das más de lo que imagino.

—Estos años juntos hemos aprendido muchísimas cosas —me recuerda.

—Sí, la principal de ellas es que una verdadera historia de amor, como la nuestra, nunca se termina. Hemos pasado por tanto… Y aquí estamos, amándonos más que nunca.

—Creo que también hemos aprendido que en la vida y en el amor no todo sale como se planea.

—Lo sé, pero cuento con la seguridad de que siempre me protegerás.

—Bueno, ya no soy el hombre que conociste. Han pasado casi veinticinco años —bromea.

—Sigues robándome el sueño todas las noches. Suspiro por ti como el primer día y sé que siempre estarás ahí.

—A veces me siento celoso de mis hijos —revela—. En especial de Alessandro —susurra en mi oído mientras me besa el cuello.

—Es un digno sucesor de su padre. Un calco de ti en todos los sentidos. —Le acaricio el

rostro, lo miro a los ojos y antes de besarlo le confieso—: Pero ningún hombre ocupará jamás el lugar tan especial que siempre has tenido en mi corazón. Te amo, Alessandro, mi demonio —confieso con una sonrisa, solo lo llamo así en la intimidad.

—Y yo a ti. Te voy a confesar algo que nunca hice en todos estos años. Aunque creas que yo te rapté y fui tu captor, estás muy equivocada, desde el momento en el que te miré a los ojos me volví tu cautivo.

Lo beso sintiéndome una mujer muy feliz y afortunada que, pese a las adversidades por las que hemos pasado, considero que la vida nos ha sonreído.

FIN

Agradecimientos

A todas mis lectoras, gracias infinitas por seguirme y estar ahí pendiente de mis historias.

A mi gran amiga, Esther, mi lectora 0, y a la que le cuento todas mis dudas y nervios.

A @bbccreative_1 por una portada tan atractiva.

A Sylvia y a Faty, dos grandes lectoras a las que aprecio muchísimo y me encantan mis charlas con ellas, por estar siempre ahí deseando todas mis novelas. Espero que esta también os haya robado el corazón.

Queridos lectores, espero que hayáis disfrutado la historia tanto como yo al escribirla, ya que en las correcciones he tenido la sensación que era una novela ajena a mí y me enamoraba de ella por completo. Creo que el personaje de Alessandro Albani siempre permanecerá en mis recuerdos como el más especial hasta el momento. Fue un gran reto para mí crear un protagonista como él.

Gracias infinitas a todos los que estáis ahí al otro lado.

Si te ha gustado esta novela te agradecería que dejases tu valoración en Amazon, es importante para mí y me ayuda a crecer.

También agradezco infinito que os pongáis en contacto conmigo a través de mis redes sociales y me comentéis las impresiones que os causan mis historias. Me encanta charlar con mis lectores ya que de ellos aprendo mucho.

Continuaré creando más historias para hacéroslas llegar con toda mi ilusión.

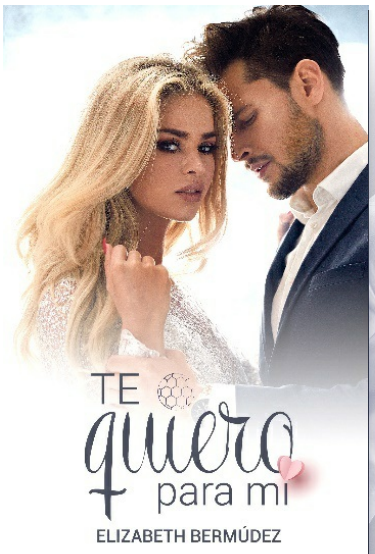
Hasta muy pronto.

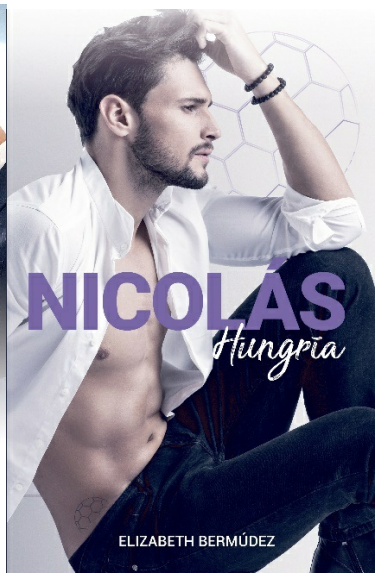
Elizabeth Bermúdez.

Otras novelas de la autora

BILOGÍA: Vida y amor



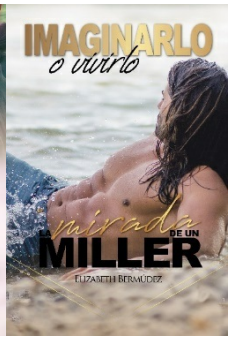

TE
quiero
para mi
ELIZABETH BERMÚDEZ


NICOLÁS
Hungría
ELIZABETH BERMÚDEZ

FAMILIA MILLER

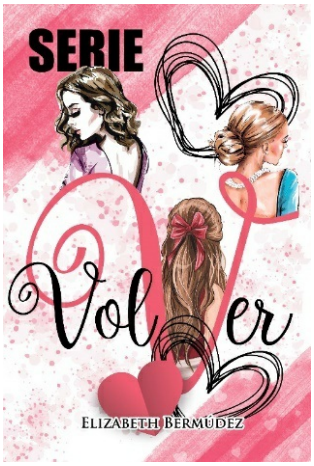






SERIE VOLVER





Incluye los 3 libros de la serie más nuevos extras.

NOVELAS INDEPENDIENTES

